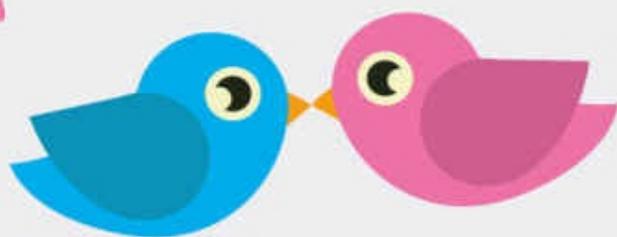
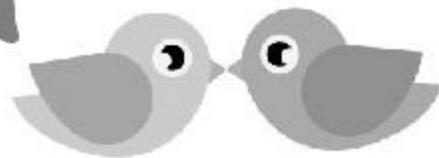


VIRTUAL  
MENTE  
perfecto



Azaroa Sánchez

VIRTUAL  
MENTE  
perfecto



por Azaroa Sánchez

Título: Virtualmente perfecto

1ª edición: marzo de 2019

©Azaroa Sánchez, 2019

Diseño de portada: Mila Burton

Prólogo y corrección: M.P. Southwell

Diseño interior: Azaroa Sánchez

Todos los íconos y vectores utilizados en el diseño de este libro corresponden a Freepik. <https://www.freepik.es/>

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra registrada en la Propiedad Intelectual de la Comunidad Autónoma de Galicia y en SafeCreative.

*A mi chico. Por su infinita paciencia a alguien que vive entre las  
nubes.*

# Prólogo

*M. P. SOUTHWELL*

Nunca se está preparado para el amor, eso es un hecho. Como la mayoría de las cosas buenas en esta vida, llega sin previo aviso, haciendo temblar el suelo bajo nuestros pies. Cupido nos acecha, incansable, y cuando menos lo esperamos, nos atraviesa con su flecha.

La vida no es más que una sucesión de instantes, una colección de momentos que van dejando su huella, de sentimientos que van trazando su propio camino. La forma en la que decidamos vivirla será la que nos determine como personas, la que firmará nuestro destino.

*Virtualmente perfecto* es una novela que, por sobre todo, habla del amor. Ese amor avasallante que es capaz de cortarnos la respiración. Ese amor que no es perfecto, pero cuyas imperfecciones lo vuelven irresistible.

Elisa lo tenía todo planeado, su profesión era el motor que la mantenía encendida, hasta que un impulso la llevó a mandar el mensaje que pondría su mundo del revés. Lo que empezó como admiración profesional a un exitoso y supuestamente inalcanzable colega, se fue abriendo camino en su interior, para dar lugar a algo mucho más profundo.

Daniel, por su parte, vivía a la sombra del gran Edward Parker. Era exitoso y con un brillante porvenir, pero no se sentía completo. Su familia había quedado relegada años y kilómetros atrás, y él necesitaba desesperadamente una vuelta de página, agregar un nuevo capítulo a su historia.

La vorágine del mundo actual muchas veces nos lleva a ir de paso por la vida sin vivirla realmente pero, cuando el milagro sucede, la venda cae de nuestros ojos y hace que veamos por fin aquello que antes se hallaba en las tinieblas. Eso es otro hecho, y los protagonistas de esta historia, la prueba fehaciente de mis palabras.

La obra está plagada de amor, eso ya lo dije, pero de amor en todas sus formas y variantes. Nos muestra el valor de la familia, el precioso regalo de la amistad y, como no podía ser de otra manera, la ternura del romance.

Azaroa Sánchez es una escritora que se encuentra dando sus primeros pasos en el mundo editorial, regalándonos la primera de muchas obras que vendrán y que, sin duda, serán un éxito. Su estilo, y su inmejorable manejo del ritmo de la narración, los cautivarán por completo.

Esta comedia romántica endulzará sus días, pero déjenme advertirles: les resultará adictiva. Como un niño frente a su pastel preferido, querrán devorarla al instante. Sin embargo, cuando la terminen querrán desesperadamente más, así que disfruten de cada una de sus porciones, dejen que la magia los envuelva y no olviden que el final en sí mismo es importante, pero el camino que nos ha llevado hasta allí lo es aún más.

[www.facebook.com/MPSouthwell.Escritora](http://www.facebook.com/MPSouthwell.Escritora)  
[www.twitter.com/mpsouthwell](http://www.twitter.com/mpsouthwell)

# introducción

*ELISA*

*Tic, tac.*

Observo el reloj en mi mano izquierda con nerviosismo. Tan solo quedan tres horas, tres benditas horas para que llegue el momento, para que llegue el instante con el que llevo soñando todo el último año.

Saco el móvil del interior de mi bolso negro. Abro el Whatsapp y releo sin pensarlo su último mensaje. Un escalofrío me recorre entera al apreciar una vez más sus palabras. Esas palabras que llevan meses dejándome sin aliento.

Quién me iba a decir a mí hace un año que terminaría cumpliendo mi sueño de conocerlo. Es más, que terminaría cumpliendo la ilusión de mantener algún tipo de contacto con él, llegando incluso a despertar sentimientos en mi interior.

Sonrío sin darme cuenta, observando mi reflejo en el espejo sabiendo que hoy es el día.

Hoy, por fin, podré ver cara a cara a Edward Parker.

# ¿Qué puede tener ese hombre?

*ELISA*

Leo una y otra vez lo que llevo de artículo en la ventana de Word. No sé si está bien, o si pasará por la dura crítica de Ricardo, pero a decir verdad ya ni me importa. Suspiro y echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo de la silla. Miro a un lado y a otro, y después vuelvo mi vista a mi ordenador portátil, maldiciendo en voz baja.

«Necesito que te encargues de un nuevo artículo»

¡Ag! ¿Quién diablos me manda aceptar? ¿Por qué no puedo negarme como haría cualquier persona normal? Si recurre a mí es, precisamente, porque los demás se niegan a cumplir con sus estúpidos encargos de última hora. Pero yo no, yo soy la estúpida que siempre tiene que pagar los platos rotos. ¡Idiota!

Me dirijo al baño arrastrando los pies, con una sola idea en la cabeza: refrescarme las ideas y borrarle de un plumazo todas esas bolsas horrorosas que tengo depositadas bajo los ojos, tarea arduamente complicada.

Prefiero no mirarme al espejo, eso solo serviría para hacerme sentir peor conmigo misma. Después de un par de minutos vuelvo a ponerme manos a la obra. No tengo ganas, solo quiero dormir, dormir durante al menos veinte horas, pero sé que eso no será posible jamás. Ni en mis vacaciones me dejarían descansar de tanto trabajo.

Siento como los ojos se me cierran a cada paso más y, con pocas ganas, observo el reloj en la esquina inferior derecha de la pantalla del ordenador. Me doy cuenta de que, para mi alivio, todavía estoy dentro de plazo. Sin dudar lo entro en el correo y me dispongo a enviarle el artículo terminado al idiota de mi jefe. Y sí, le llamo idiota porque, básicamente, lo es.

Durante un par de segundos mantengo mis ojos cerrados, segundos que se podrían haber prologado de no ser por la insoportable, intolerable y mil veces insufrible vibración de mi móvil sobre la mesa.

No puedo evitar soltar un fuerte resoplido, intuyo de sobra de dónde procede aquella notificación, y lo cierto es que no me hace ninguna gracia. Estoy acostumbrada a que, cada día, el idiota de mi jefe —como bien llevo todo el rato definiéndolo— me envíe mensajes de Whatsapp para: a) meterme prisa; o b) pedirme que le haga el maldito favor de escribir un maravilloso artículo sobre algún tema del que no tengo ni puñetera idea en un par de horas; y, a decir verdad, no tengo pensado hacer ninguna de ambas cosas. Bufo al apreciar que mis suposiciones son correctas, y se trata de un mensaje de Whatsapp. A regañadientes me apresuro a acceder a la aplicación. Para qué retrasar más lo inevitable.

Pero me sorprendo al darme cuenta de que se trata de un mensaje de Gema, la adorable y depravada de mi compañera de trabajo —y casi con total seguridad mejor amiga, aunque siempre me ha costado bastante decir esas palabras—. Me siento como en el cole cuando tienes veinte mil amigas pero solo confías de verdad en una, y a esa la defines así: mejor amiga. Pero ahora, con más de quince años a mis espaldas —bastantes más, a decir verdad— me considero un poco tonta catalogándola de ese modo, por lo tanto podríamos dejarlo en que es mi amiga favorita, en la que confío bajo cualquier circunstancia.

En mi época infantil tenía un grupo bastante grande de amigas —sí, quién lo diría ahora—. Todas éramos inseparables, pero Jennifer para mí era especial. Esa que sin duda denominamos como «mejor amiga». Era con la única que hablaba de mis problemas y le confiaba hasta mis más tontos secretos... Hasta que con catorce años me traicionó, confesándole al idiota de Raúl mis sentimientos, motivo por el que todo el instituto se terminó burlando de mí. Porque sí, el tal Raúl era uno de los chicos más populares mientras que yo... bueno, yo siempre fui yo.

—Lo siento, Eli. Me lo sonsacó —se intentó justificar la muy asquerosa cuando descubrí su traición—. Eres demasiado evidente y...

Mentira, Raúl jamás se habría fijado en mis evidencias porque, para ser sincera, él ni ponía sus malditos ojos en mí. Supongo que le resultó divertido ridiculizarme delante de todos.

A partir de ahí no volví a cruzar palabra con ella. Tal vez fui un poco

tajante, pero no me arrepiento en absoluto. Puede que fuera ese —o tal vez alguna otra absurda razón que ya ni recuerdo— el motivo por el que no volví a confiar de verdad en nadie más.

Por suerte, mi historial amoroso se reduce a un pequeño post-it —de esos que coleccionas cuando eres pequeña, y no les encuentras realmente utilidad hasta que llegas a la universidad—, y ninguno de ellos, por suerte para mí, tenía el ego del idiota de Raúl.

A pesar de todo, mi relación más larga roza los cuatro meses. Todos terminan huyendo cuando se dan cuenta de que, dentro de mis pasiones, no se encuentra mantener una relación con nadie, y pasan a ocupar el último puesto en mis prioridades. Mi pasión es mi trabajo y seguir creciendo dentro de este mundo todo lo que pueda.

«Te estoy esperando, marmota. ¡Ven ya!»

Leo el mensaje de Gema. Resoplo, observándome de arriba abajo y tuerzo los labios.

Me apresuro a apagar mi ordenador portátil y a cambiarme de ropa todo lo rápido que mis pies me lo permiten, para después salir de casa sin desayunar. Vamos, lo de todos los días.

Me coloco los auriculares y activo el mp3 en el móvil, permitiendo que la canción *Un mar de besos* de Bombai me alegre algo el camino al trabajo.

Aspiro y expiro intentando relajar mi más que tenso cuerpo. A pesar de ser las nueve de la mañana, el sol está comenzando a inundar la ciudad. Sonrío sin querer, dejándome contagiar por el buen rollo de la canción y del buen día que amanece detrás del horizonte.

—Ya iba siendo hora —protesta Gema cuando me acerco a ella, balanceando su pie derecho en el suelo.

Me saco los auriculares y los guardo en el bolso. La observo torciendo los labios, simulando una pequeña disculpa. Puede que tenga muchas virtudes, no lo sé, pero la puntualidad no es una de ellas. Lo admito, soy la persona más impuntual del mundo. Llegaría impuntual hasta a mi propio funeral.

Al momento aprecio como dibuja una amplia sonrisa y una pequeña carcajada brota de sus labios mientras niega, supongo que dándome por imposible. Me muestra unos vasos de café del Starbucks, y juro que puedo ver un halo de luz a su alrededor. Algo así como una Hada madrina que aparece

para salvarte de un verdadero día de mierda.

Definitivamente adoro a esta mujer, ¿recordáis cuando os dije que odio las palabras «mejor amiga»? En estos momentos las adoro. Observo cómo me da uno de ellos y se adjudica el otro.

—Te quiero —pronuncio moviendo solo los labios.

Escucho como se ríe y le quita importancia con una de sus manos, pero sabe que es cierto: por veces es la mejor.

—Veo que hoy conseguiste dormir más. ¡Y hasta te dio tiempo a arreglarte antes de salir de casa! —Se ríe de mí la muy cínica.

Me mira de arriba abajo, como analizando cada paso de mi vestimenta — que no puede ser más normal, por cierto—; y mi pelo, imposible de domar, atado en una coleta alta. Lo de todos los días.

¿Dicen que los polos opuestos se atraen, no? Pues puede que sea por eso por lo que Gema y yo nos llevamos tan bien. Creo que no puede haber dos personas más diferentes en el mundo, tanto física como mentalmente. Mientras que Gema es rubia, con un pelo perfecto digno de anuncios de Pantene, bajita —no más de un metro cincuenta y cinco—, unas buenas curvas y unos hipnóticos ojos azules, yo soy más del montón. Pelo castaño, ligeramente rizado, ojos color café, algo más alta que Gema —lo cual no es complicado—: un metro sesenta y dos; y unas dos tallas por encima, tanto de pantalón como de sujetador.

Y mentalmente ya ni hablar, no nos parecemos en nada. Yo a Gema la recuerdo siempre elocuente, fiestera y con millones de pretendientes a su alrededor; mientras que yo supongo que me definiría como tranquila y un poco obsesionada con el trabajo.

Siento una pequeña vibración en el bolsillo y maldigo. Gema me observa como si estuviera mal de la cabeza a la vez que le da un trago a su vaso de exquisito café.

Busco el móvil con poco tacto, para encontrarme con una notificación del correo. Entro con rapidez en la aplicación y me sorprendo al leer el contenido del mensaje: un aviso de un nuevo artículo de Edward Parker, uno de los mejores periodistas a nivel mundial.

Sonrío con ganas, tanto que termino llamando la atención de Gema.

—¿Ya estás otra vez con tus *frikadas*? —pregunta, acercándose a mí. Observa el contenido del mensaje y tuerce los labios.

No sé ni cuándo pasó, pero Edward Parker se fue convirtiendo en una pequeña obsesión para mí. Creo que jamás seré capaz de reconocerlo, y sé

que suena ridículo y hasta patético, pero me gusta de una manera que hasta yo sé que no es ni lógica ni normal.

¿Qué puede tener ese hombre para gustarme de esta manera? Jamás lo reconoceré abiertamente, ya que es una auténtica locura, pero tengo que admitir que algo se revuelve dentro de mi interior cada vez que leo un artículo suyo. ¿Será su manera de expresarse? ¿Su manera de escribir?

—Hoy es sábado... —musita Gema, totalmente ajena a mis pensamientos. Abre la puerta de la redacción y me hace un gesto para que la siga.

Saludamos a Paloma con una pequeña sonrisa, y ella nos devuelve el saludo con alegría. ¡Qué mujer! No entiendo cómo puede estar tan feliz siempre trabajando en un ambiente tan hostil.

—Lo sé. —Le doy el último sorbo al *Caramel Macchiato* y tiro el vaso, que lleva escrito mi precioso nombre, en la papelera.

—Quiero presentarte a Alberto —me anuncia, como si fuera la noticia del mes.

Me río al escucharla. Hace tiempo que dejé de controlar la de nombres que aparecen en la biografía de mi amiga. Es adulta y puede hacer lo que le venga en gana, yo desde luego no soy quién para juzgarla.

—Olvídalo. A mí me los presentas cuando tengas algo serio con ellos —alego, acercándome a mi mesa. Me dejo caer frente al ordenador y presiono la tecla de encendido. Escucho como protesta antes de hacer lo mismo que yo.

—Paso —musita—. Tengo mucha vida por delante para amargarme con uno solo... soy un alma joven de veintiséis años. ¿Por qué iba a querer atarme a alguien?

Pues también es verdad. Yo no lo haría. Aunque tampoco me buscaría un ligue cada semana.

—Me gusta disfrutar de la vida. Mi media naranja algún día llegará, pero mientras no lo hace, ¿por qué tengo que estar esperándola?

Con esta última frase no puedo evitar visualizar la portada de sus memorias: «Gema Albán y la fatídica huída del encuentro de su medio limón». Me río y niego, intentando apartar esas ideas de mi cabeza.

# Mi corazón y mi razón de vivir

*DANIEL*

Quién iba a pensarlo, quién se iba a imaginar que mi vida cambiaría tanto. Hace tan solo seis años estaba por las calles de mi ciudad natal, mendigando un triste puesto de trabajo en cualquier esquina.

Recuerdo a la perfección el día en que les dije a mis padres que mi futuro estaba en Londres con Flor —mi hermana— y su esposo. Ellos llevaban tiempo viviendo allí y no me costaría demasiado adaptarme al nuevo país con su ayuda, y eso fue lo que hice.

Aunque no fue todo tan sencillo como yo me imaginaba: está claro que un joven periodista, sin experiencia, no es recibido con los brazos abiertos en cualquier lado. Pero después de mucha insistencia, de mucho empeño realizando funciones de becario; después de un año entero de fotocopias, y de trabajo duro durante más de doce horas diarias logré lo que tanto ansiaba: una oportunidad.

Lo cierto es que odiaba vivir con ellos: Peter siempre se comportó genial conmigo, como un hermano, pero yo me sentía un incordio, una molestia. Y sin más, de un día para otro, de la forma más inesperada, llegó mi oportunidad. Después de eso decidieron darme un puesto provisional en la empresa que, con los años, pasó a ser permanente.

Ahora aquí la pregunta del millón, ¿realmente soy feliz siendo Edward Parker? No sabría contestar a la pregunta porque lo cierto es que no tengo tiempo ni de pensarla. Me paso todo el día trabajando sin parar, pero ahora eso da igual. Mi corazón, y sobre todo el de mi madre, está por delante de todo lo demás.

Sé de sobra que, si me vuelvo para España, voy a dejar pasar la mejor oportunidad de toda mi carrera y que es casi imposible que consiga en un futuro un trabajo del mismo nivel, pero ¿qué importa eso si estoy lejos de las

personas a las que más quiero? Y lo peor de todo es que tuvo que ocurrir, tuvieron que darme la mala noticia con una llamada, una maldita llamada para que yo volviera a poner los pies sobre la tierra y estableciera de nuevo mis prioridades: mi familia.

Localizo con poca paciencia el móvil en mi bolsillo derecho, y me pongo a buscar con inquietud un vuelo que se ajuste a lo que necesito: que me lleve a Madrid, y cuanto antes mejor.

Me muerdo el labio inferior desesperado, sobre todo al darme cuenta de que, como ya me había notificado Flor horas antes, el asunto está complicado: no hay absolutamente nada en las próximas veinticuatro horas.

Me tiro hacia atrás, abatido, sin quitar la vista de la pantalla. Tuerzo los labios justo antes de presionar en la pestañita que indica que quiero que me avisen en el caso de que exista algún hueco en último momento, y me dispongo a comprar un billete para mañana «por si acaso».

Flor siempre dice que hay que tener un plan B. Bueno, yo estoy bastante seguro que este será mi plan A, ya que solo existe una posibilidad entre un millón de que algún alma caritativa cancele su vuelo.

Me giro con rapidez observando la radio, todavía encendida. La canción *Good Life* de Sweet California comienza a sonar. Pienso en apagarla, pero al final me limito a volver a mi tarea inicial: preparar el equipaje antes de arrepentirme de mis decisiones.

Observo con impaciencia el armario sin saber bien qué llevarme de allí. En la maleta ya tengo colocada una capa enorme de pantalones, que casi la ocupan en su totalidad; y a continuación comienzo a añadir las camisas, casi todas lisas. Siempre me gustó ir muy discreto a trabajar.

Lanzo un fuerte suspiro al apreciar que todavía tengo que embutir los zapatos, y no tengo modo posible de hacerlo. Pienso que igual le sirven a Peter, así que me decido por dejarlos allí y después enviarle un mensaje a mi cuñado para que los venga a recoger.

Culmino con mi tarea, dejando las maletas apoyadas a un lado, para después dirigir una ojeada al apartamento: no es demasiado grande, pero suficiente para una sola persona. Por veces me parece inmenso.

Resoplo a la vez que me decido a dar el último paso necesario en este rompecabezas: dejar el mejor trabajo que pude tener en toda mi vida.

Cuando el taxi para delante de la que fue mi segunda casa durante estos últimos años no puedo evitar sentir algo en la boca del estómago. ¿Realmente estoy preparado para dar este paso? Lo cierto es que da igual, lo único

importante es que tengo que hacerlo, es mi deber como hijo y como ser humano en general; pero por otro lado me siento hundido. Sé de sobra que estoy tirando una grandísima oportunidad por el retrete.

Trago saliva cuando llego a la puerta del despacho de Walter, la persona que confió en mí tres años atrás, y que ahora estoy bastante seguro de que me comenzará a odiar por lo que tengo pensado hacer.

Siento como me pican los ojos, pero no, no pienso llorar. ¡Por supuesto que no! Llamo un par de veces a la puerta con los nudillos para escuchar un «adelante».

Carraspeo con nerviosismo antes de girar la manilla y entrar.

—¡Edward! —exclama.

Estoy bastante acostumbrado a sus excesivas muestras de afecto a todas horas, algo que es relativamente nuevo. Hace algunos años su conducta conmigo era muy diferente, ya que le resultaba una molestia. Desde luego cómo cambia la gente cuando les ayudas a generar grandes cantidades de dinero para sus bolsillos.

—¿Cómo estás?

Entreabro los labios para responder, pero no me deja ni intentarlo. Aprecio como comienza a mover las manos con rapidez y me quedo paralizado, esperando que continúe con su monólogo, algo también bastante frecuente.

—¡Tu último artículo fue un rotundo éxito! —Se acerca a su portátil y teclea algo en él, para después girarlo hacia mí—. Mira esto, ¡más de un millón de visitas en menos de doce horas!

Siento un fuerte nudo en la garganta. En cualquier otro momento me sentiría feliz, pletórico... ¡Joder, mires como lo mires eso es una puta maravilla! Pero en este momento me siento el ser más miserable del planeta.

—Te prometo que te subiré el sueldo, por si me olvido: ¡recuérdamelo!

Observa de nuevo la pantalla de su portátil con una amplia sonrisa antes de cerrar la pestaña. Al sentir que sigo presente vuelve a depositar su vista sobre mí. ¡Qué novedad!

—¿Querías algo más? —Me observa con un gesto que me causa hasta gracia, aunque de lo último que tengo ganas es de reír.

Parece extrañado de que siga aquí. Walter siempre me resultó un ser muy curioso.

—Sí, tenía que hablar con usted de algo. —Bajo la cabeza mientras observo como el que todavía es mi jefe se acerca hacia mí a paso muy lento.

—Dime, Edward. Tus problemas ahora son los míos.

No lo miro pero sé que tiene que estar sonriendo. Sé que no lo dice en serio, lo dice solo porque en este mismo instante soy su puto periodista del momento, pero aun así siento algo en el corazón.

—Esto es complicado. —Me paso la mano por el pelo, nervioso—. Mi madre está muy enferma—murmuro.

Es la primera vez que lo digo en voz alta, y con sinceridad pensé que me sería más sencillo. Es algo que lleva más de doce horas dándome vueltas en la cabeza, ¿por qué me produce esa sensación tan extraña expresarlo en voz alta?

Levanto la mirada por primera vez en todo el rato, siento como millones de lágrimas se apoderan de mis ojos.

—Me vuelvo a España —digo sin más, dejándole claro que es una decisión definitiva—. Por lo menos hasta que se recupere —añado, al percatarme del gesto tenso de su mandíbula.

No es que me importe él en sí, lo conozco demasiado bien como para saber que todo lo que se esconde detrás de ese gesto es simple interés; pero sí que me gustaría poder mantener mi puesto de trabajo aunque fuera en la distancia. O tal vez lograr que me den una excedencia.

—No puede ser, no ahora...

Observo cómo se gira con desesperación, pasando a observar la empapada calle principal que se aprecia desde su amplia ventana.

—Yo... Lo siento mucho, Walter, es una decisión definitiva. —Asiento, de forma tajante.

Por supuesto que estoy seguro, muerto de miedo pero seguro. Mi madre está por delante de cualquier otra cosa.

—¿Vas a desperdiciar esto, Edward?

Su mirada cambia por completo al pronunciar estas palabras. Sus ojos no destellan el mismo gesto amistoso de antes, lo que me facilita las cosas. ¿Para qué quiero estar en un sitio así? Asiento con la cabeza, con decisión.

—Si te vas...

Tuerce los labios, sé lo que va a decir por lo que le hago un gesto para que no prosiga. En el fondo tenía una pequeña esperanza de que me permitieran ausentarme un par de meses para luego retomar con lo que me gusta, con lo que no me cabe duda de que hago bien.

Presiono con fuerza un labio contra el otro antes de salir por la puerta. Al cerrarla puedo ver una placa grabada en tonos dorados en la que pone: *Walter Brandon. Director y gerente*, que está claro que será la última vez que veré.

# Al final va a ser verdad que vivo de ilusiones

*ELISA*

Esto debe de ser una maldita broma. Miro a Ricardo y, en ese instante sé que es cierto. Me observa con ese gesto de superioridad que no soporto, y esa sonrisa socarrona con la que me está diciendo «atrévete a negarte y te pongo de patitas en la calle». Respiro, con la única intención de relajar a mi dragón interior, y finalmente dibujo una discreta sonrisa en los labios. La sonrisa más falsa de mi vida.

Tú puedes, Elisa. Puedes con esto y con algo mucho peor.

—¿Qué tal? —me pregunta Gema tan pronto Ricardo desaparece de nuestro campo de visión. No necesito responderle, creo que por mi gesto se da cuenta de todo. Cada día estoy más harta de este bendito trabajo.

—Baloncesto —me quejo.

¿Pero qué idea tengo yo de deporte? La respuesta es clara: ninguna. No es lo mío, y tampoco es que estén entre las funciones que debo cumplir en la empresa, por cierto.

Gema se limita a chasquear la lengua antes de regresar a su mesa con más bien pocas ganas de trabajar. Fijo por un momento la vista en ella, que se deja caer con disgusto y comienza a teclear algo con una mano. Me recuerda a mí cuando era pequeña y no tenía ni idea de la colocación de cada letra. Me río sin querer, justo antes de poner de nuevo la vista sobre mi ordenador, para que la ansiedad vuelva a tomar mi cuerpo una vez más.

No sé ni cómo empezar, ni qué escribir. Me paso una mano por mi alborotado cabello, al que ya le había costado bastante aguantarse en un amago de recogido esta mañana, y suspiro.

Sin saber por qué se me viene a la mente uno de los múltiples artículos que había leído en el *Current Importance*. Está claro que él no tendría

problema ninguno en escribirlo. Ni este ni ningún otro. Puedo decir, con total sinceridad, que mi sueño es llegar a convertirme en alguien tan grande y polifacético como él.

Sin más algo capta toda mi atención —esa atención que hoy no puede estar más dispersa—, y clavo la vista en la puerta de la redacción: Gema y un chico alto al que no conozco pero que tiene que ser el camarero de la cafetería de al lado, más que nada por su vestimenta. No hay dudas de que Gema está intentando ligar con él, algo frecuente en ella, y está siendo menos sutil que una mona en celo.

A ver, no es que Gema sea una chica de esas que intentan ligarse a todo lo que se mueve, no; o bueno, tal vez sí. En el fondo no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa al ver en primera plana su trabajo porque, por mucho que me fastidie reconocerlo, es muy buena en ello.

Vuelvo la vista a mi ordenador, no debo de entretenerme con minucias, y lo que haga Gema lo cierto es que no es de mi incumbencia.

Siento como los párpados me pesan cada vez más y un pequeño bostezo se adueña de mis labios. Estoy agotada. Desplazo la mirada del artículo hacia el lado derecho de la pantalla y miro el reloj, todavía me quedan un par de horas dentro de esas cuatro paredes.

—Al parecer organizan hoy una fiesta en el Melon Lux.

Giro con discreción la cabeza hacia mi lado derecho para encontrarme con Tomás, uno de esos chicos de la redacción con los que nunca hablo. A decir verdad no sé ni por qué conozco su nombre. Lo observo con el ceño fruncido sin saber muy bien qué responder.

—Es una macro discoteca que abrieron hace un par de meses, dicen que es la mejor de la ciudad. —Esbozo una discreta sonrisa, aunque totalmente forzada. ¿Está intentando ligar conmigo?—. Te lo comento porque seguro que a tu amiga le interesa.

Dicho esto se va, dejando sobre mi mesa un *flyer* con un 2x1 en copas a partir de las tres de la mañana. Lo observo con detenimiento durante un par de segundos.

Sí, se supone que tengo que sentirme agradecida de que no tenga pensado invitarme a tomar una copa y bailar hasta las seis de la mañana, pero en el fondo me molesta. Por el amor de Dios, ¿es tan obvio que soy una asocial?

—¿Qué hablabas con Gabriel?

Levanto la mirada del folleto y la fijo en los ojos azules de Gema, que me observan interrogante.

—¿Gabriel? ¿Quién es Gabriel? —le pregunto, totalmente contrariada. Ella me señala con la cabeza al chico que había herido mi orgullo momentos antes—. No se llama Gabriel, Gema, por el amor de Dios. Hace dos años que trabajamos con él, ¿aún no sabes que se llama Tomás?

Aprecio como suelta una pequeña risa antes de dejarse caer sobre la silla con desgana.

—Es posible. —Se encoge de hombros a la vez que lo observa con esmero—. Es que se me parece a un chico con el que compartí clase en secundaria. Es clavadito a él: esas gafas de pasta, ese corte de pelo a lo «champiñón» y ese gesto tan... no sé, es tan simplón como el tal Gabriel.

—¡No parece un champiñón! —me apresuro a responder. A veces no consigo comprender a Gema y su manía por sentirse superior a ciertas personas.

—Oh, vale, ya entiendo. ¡Gabriel te mola! Por eso no quieres venir de fiesta conmigo hoy, porque ya le tienes la caña echada a tu Romeo. —La observo durante un par de segundos frunciendo el ceño.

—Lo que tú digas. Tomás —enfático su nombre— quería darme esto para ti.

Le ofrezco el folleto. Al momento lo agarra entre sus manos, y en cuestión de segundos una amplia sonrisa inunda su rostro.

—Pues siento decirte que voy a darle un morreo a tu nuevo amor platónico, preciosa.

Suelta una fuerte carcajada al decir esto último y yo no puedo más que negar con la cabeza con gesto cómico. Aunque no quiera, la felicidad de Gema es contagiosa.

—Si así eres feliz —repongo, fijando la vista en la pantalla de nuevo.

—«Yo para ser feliz quiero un camión»<sup>1</sup> —canturrea en voz baja.

No puedo evitar presionar los labios, intentando controlar la risa. En el fondo Gema es única, jamás va a cambiar.

—Recuerda que mañana tienes que venir a trabajar. No está el horno para bollos —digo en cambio, intentando parecer la amiga formal. Lo que se supone que soy.

Veo como mueve la mano de un lado para otro, como quitándole importancia a mis palabras, pero sé que sabe que tengo razón. Ricardo está más cabreado que nunca, y no necesita un solo motivo para mandarnos a todos a la calle.

—Oh, casi lo olvido. Tengo algo para ti —dice, dejando el papel de la

fiesta sobre mi mesa y sacando con rapidez algo de su carpeta azul—. Sé que no te gusta leerlo online, y también sé lo mucho que te gustan los artículos de ese tal...

No puedo evitar esbozar una sonrisa al ver un ejemplar del *Current Importance* sobre la mesa.

—Edward Parker —completo, al apreciar que Gema parece no recordar su nombre.

¡Por el amor de Dios! ¿qué me está ocurriendo? Siento una fuerte opresión en el pecho. A ver, que me gusta como escribe no es un secreto, ni tampoco lo mucho que lo admiro; pero también admiro a Pérez Reverte, y no por ello se me dibujó una sonrisa de idiota cuando mi madre me regaló la segunda parte de *El Capitán Alatriste*. Niego con la cabeza confusa ante la mirada atenta de Gema.

—Oh, vaya, ya lo entiendo todo... —dice con voz graciosa mientras se apoya en la esquina de su mesa—. A ti Gabriel te importa un bledo. —Tuerzo el gesto al escuchar las palabras de Gema—. Tú no buscas a tu príncipe por los pubs porque crees que es él, que algún día te harás famosa y lo conocerás en un acto de esos a los que él siempre está invitado...

Gema está mal de la cabeza. Me encanta, y es algo que he admitido siempre, es un grandísimo periodista y sí, estaría encantada de conocerlo al igual que le ocurrirá a millones de personas en el mundo. Pero nada más.

—No digas tonterías —protesto, intentando quitarle importancia.

—¿Pero lo viste alguna vez? —continúa con el tema la muy pesada—. Porque tengo entendido que él nunca va a los premios literarios a los que está nominado, y si los gana, porque siempre lo hace, le recoge el premio un tal... —Vuelve a quedarse pensando durante un rato.

—Walter, Walter Brandon.

Sonríe e intento volver a mi trabajo, pero en el fondo Gema acaba de abrir una buena brecha en mi cabeza. ¿Por qué nunca sale a la luz?

—Seguro que es feo —espeta de repente, sin más, observando la punta de sus uñas rosas con cuidado—. ¡Tengo claro como es! Atenta.

Me muestra uno de sus dedos en alto, como para captar mi atención. Tal cual como si estuviéramos jugando a adivinar la palabra escondida, o algo así.

—Viejo, de unos sesenta y pico años. Para mí sería viejo, no sé para ti. —Suelto una carcajada, sobre todo por el gesto serio de Gema, quien está narrándolo todo como si estuviera segura de ello—. Medio calvo, así como unas grandes entradas. —Hace un gesto con las manos sobre su cabeza, para

expresar el tamaño de las mismas—; con los ojos pequeños y rasgados. Rechoncho y bajito: ¡más bajito que yo!

Me río ante su descripción. Nadie en el mundo puede ser más bajito que ella, así que deduzco que en eso está equivocada pero... ¿Y en lo demás? ¿Tendrá razón?

—¡Ay, Gema!

No puedo evitar formarme una imagen de lo que está diciendo, haciéndome sentir idiota. Nunca llegué a imaginarme como sería, ni tampoco fue algo que me importara hasta ahora.

Un amor platónico es exactamente eso, algo que jamás planea ser real, pero algo dentro de mí se rompe mientras sonrío ante las palabras de Gema. Al final va a ser verdad que vivo de ilusiones.

# El placer de volver a casa

*DANIEL*

Respiro profundamente cuando por fin puedo poner un pie en suelo español, no me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos hasta este preciso instante.

Sin duda mi vida había cambiado mucho, pero eso no quiere decir que no quisiera volver a casa.

En Inglaterra había dejado enterrado a mi otro yo. En España está el verdadero Daniel Suárez, que desde luego es en el que me he convertido ahora.

Finalmente, lejos de todo pronóstico, se había producido una cancelación para el último vuelo del día, por lo que podré ver a mis padres antes de lo previsto en un inicio. Esa fue, sin duda alguna, la mejor noticia que me pudieron dar en todo este día de locos.

Sigo con una radiante sonrisa en los labios a la multitud de personas que vinieron conmigo en el avión, hasta una zona por donde salen todas las maletas. No tardo en ver como una de las mías, la más grande, llega por la cinta y me aproximo a ella.

—¿Amante del baloncesto? —Escucho una voz detrás de mí. No puedo evitar sonreír. Me había acostumbrado tanto a aquellas pegatinas de los *Lakers* que casi no aprecio que están ahí. Asiento.

—Desde pequeño —respondo justo antes de poner la vista en la persona que había hablado. Se trata de una chica bastante joven, con el pelo rubio y una bonita sonrisa en los labios—. Encantado, me llamo Daniel. —Le extiendo la mano derecha, la cual acepta gustosa.

—Yo Lily. —Sonríe y puedo apreciar como se le marcan unos pequeños hoyuelos en las mejillas—. ¿Eres español, verdad? Se te nota, no sé que tenéis los españoles pero sois mucho más guapos que los ingleses. —No me deja

responder, lo cual me causa gracia.

—¿Es tu primera visita a la capital española? —Ya no solo por su rostro, pálido como el papel, o su pelo rubio; su acento y su intento por hablar español dejan más que clara su nacionalidad. Asiente—. Pues disfruta de la ciudad.

Observo cómo llega a lo lejos mi otra maleta, la más pequeña, y me acerco para agarrarla. Le dedico una pequeña sonrisa a esa chica —tan simpática como cotilla— antes de abandonar aquel lugar.

Siento una mirada esmeralda taladrarme, y no puedo evitar revolverme inquieto. Me giro, con la única intención de enfrentarla, pero ya no la encuentro.

Niego con la cabeza como si me estuviera volviendo loco de remate, pero por suerte no tardo en apreciar la melena negra de mi hermana al viento, que observa de forma incansable su teléfono móvil. Levanta la vista y, sin dudarle, sale corriendo hacia mí a tal velocidad que me da la impresión de que ambos terminaremos el abrazo en el suelo.

—Vaya, estás guapísimo. —Siento los brazos de Flor alrededor de mi cuello, abrazándome con fuerza—. Ni te imaginas las ganas que tenía de verte. —Sonrío, adoro su efusividad—. ¿Qué tal el vuelo?

—Sin más —respondo, con una tímida sonrisa.

Flor es la mayor de los dos, aunque nadie lo diría. Es mucho más pequeña en todos los sentidos. A pesar de eso, nadie podría negar que somos hermanos. Ambos compartimos el mismo tono de pelo y de ojos: azul cielo, herencia de mi padre; la misma nariz respingona y un corte de cara similar, pero Flor es, por el contrario, mucho más pequeña y menuda.

—¿Cómo está mamá?

—Mejor, aunque igual cuando llegemos ya está durmiendo —dice, observando de nuevo su teléfono móvil—. Lleva unas noches descansando fatal —añade, guiándome hacia el aparcamiento.

La sigo en silencio, sonriendo como un autómatas de pura felicidad por volver a casa.

—Oye, Flor —intento llamar su atención. Se gira hacia mí sin reducir la velocidad—. ¿Cuándo tienes pensado volver a Londres?

Veo como enarca una ceja y tuerce los labios.

—¿Aún acabas de llegar y ya me quieres echar? —Cambia totalmente su semblante por una amplia sonrisa, que no puedo evitar secundar—. En principio la semana que viene, pero ya se irá viendo... Hasta dentro de dos

meses, cuando me den la baja.

Se acaricia de forma lenta la barriga, ya se le nota bastante. No puedo evitar sonreír. Me hace mucha ilusión tener un sobrinito al que poder consentir.

Me señala con la mano el coche viejo de mi padre, que no nos da la bienvenida hasta que Flor mete la llave dentro de la cerradura para abrirlo.

—Algún día lo dejará tirado... —masculla entre dientes, mientras observa como abro el maletero para depositar en él las maletas—. Nunca me dio buena espina este coche.

—Pues yo tengo grandes recuerdos en él —lo defiendo, entrando en el lugar del copiloto. Observo cómo Flor arranca tan pronto me pongo el cinturón.

—Por el amor de Dios, Daniel, no me digas que perdiste la virginidad en el asiento trasero o te juro que lo mando hacer pedacitos. —Me mira por el rabillo del ojo con una media sonrisa inundando sus labios.

—Vaya, me has pillado... —Dibujo una mueca graciosa en el rostro—. No sé, tengo bonitos recuerdos de cuando íbamos a la playa, ¿no te acuerdas? —Veo como mueve la cabeza de arriba para abajo con nostalgia—. Tiene kilómetros encima este trasto.

—Muchos —masculla mi hermana de nuevo entre dientes. Está claro que si por ella fuera mañana mismo lo mandaría al desguace, y no por mi supuesta y falsa pérdida de virginidad en los asientos traseros del vehículo.

Una pequeña vibración en el bolsillo derecho de mi pantalón vaquero me pone en alerta. Lo cierto es que no recordaba ni haber encendido el móvil, con total seguridad lo habría hecho al salir del avión sin darme apenas cuenta.

Al observar la pantalla no tardo en reconocer el número a pesar de que no lo tengo guardado. Dudo, porque en realidad no quiero responder, pero la mirada confusa de mi hermana me saca de cavilaciones.

—¿Quién es? —respondo lo más seco que puedo.

—*Soy Walter —responde con voz entrecortada. Creo que es la primera vez que lo escucho hablar en mi lengua materna, y eso solo puede significar una cosa: presión por parte de los accionistas por recuperarme. Sin duda está contra la espada y la pared.*

*Cómo voy a disfrutar este momento.*

—Daniel —le corrijo, aunque no estoy seguro de que me haya escuchado, ya que continúa hablando.

—Lamento mucho lo que ocurrió antes. Quiero que te quedes con nosotros.

Ni tú quieres irte ni nosotros queremos que te vayas.

—Ya es tarde, Walter, acabo de aterrizar en Madrid. —Escucho como suelta un fuerte resoplido al otro lado de la línea telefónica—. Te dije que era una decisión tomada.

—*Are you crazy?* —chilla como un poseso retomando de nuevo su lengua original. Chisto la lengua y me veo obligado a mordérmela para no decirle que si estuviera loco me habría quedado con ellos en Londres.

Se queda callado durante unas décimas de segundo, como sopesando sus posibilidades.

—Está bien, todo tiene solución. —Me río por lo bajo al escuchar como retoma el español para conseguir convencerme—. Podrás trabajar desde España hasta que todo se solucione, en un mes o así volverás y...

—No —respondo tajante. A decir verdad me había costado tomar la decisión, pero ahora tengo más que claro que no pienso volver—. Lo siento mucho, Walter, ya te dije que la decisión es definitiva. Buenas noches.

Y, dicho esto, me dispongo a pulsar el botón de apagado de mi teléfono móvil. No quiero saber nada más al menos en lo que queda de día de esta panda de desagradecidos.

—¿Walter Brandon? —Asiento con la cabeza ante la pregunta de mi hermana, que sin duda había estado más pendiente de mi conversación de lo que a mí me habría gustado—. ¿Pero por qué se preocupa por qué te hayas ido? ¿Eres tan indispensable?

—¡Es que era el mejor haciendo fotocopias! Este último mes batí mi propio récord: ¡cien por minuto! —Escucho como suelta una pequeña carcajada antes de volver a poner todos sus sentidos en la carretera.

Igual parece tonto no confesarle a mi familia quién soy y a qué me dedico, pero a decir verdad nunca lo vi necesario. El seudónimo de Edward Parker me dejó tanta libertad como quise para hacer y deshacer a mi antojo. Nadie fuera de esa maldita redacción conoce mi verdadera identidad.

No sabría decir con seguridad cuánto tiempo nos había llevado llegar desde el aeropuerto hasta la casa de mis padres —que se encuentra en un pequeño y hermoso pueblo de Toledo—, pero se me había pasado volando gracias al casete de Manolo Escobar que todavía guarda mi padre en el coche. No porque me guste Manolo Escobar, vamos a ser serios, sino por la de recuerdos que nos trae, tanto a mí como a Flor, de esos viajes en los que mis padres lo ponían de forma incansable una y otra vez.

—Hijo, estás... —Mi padre observa como abro el maletero del coche, no

tenía ni idea de que estaba ahí. Cesó en mi trabajo y me dirijo hacia él, dando dos grandes zancadas, y lo estrujo entre mis brazos. Cualquiera pensará que es de maricas abrazar a tu padre como si no existiera un mañana, pero en el fondo me da igual.

—¿Qué tal estás, papá? —La pregunta es más por cortesía que otra cosa. Las ojeras, su rostro pálido y compungido, y su mirada triste hablan por sí solos.

—Ahora que estás tú aquí, perfectamente. —Sonríe más por complacerme que porque quiera hacerlo—. Tu madre se va a alegrar tanto contigo...

Observo por el rabillo del ojo como mi hermana intenta agarrar mis maletas y, sin pensarlo, me giro hacia ella, volviendo yo a mi trabajo. Me lo agradece con una diminuta sonrisa.

—No sé si lo sabes, hijo, pero tu madre se está quedando en tu habitación. Como tiene las mejores vistas y...

—No necesito explicaciones, papá —le digo, con una sonrisa en los labios—. De todas formas yo dormiré en el sofá, no te preocupes.

Entiendo a mi padre. Desde que mi madre enfermó prácticamente no sale de casa, y por lo tanto es más que razonable que mi padre no quiera que siga durmiendo en su pequeña habitación del primer piso. Lo cierto es que ellos se adjudicaron ese cuarto por no tener que subir las escaleras, detalle que a nosotros nos daba lo mismo; pero ahora es más que comprensible. Y por otro lado sé que mi padre tampoco quiere compartir habitación con ella debido a sus ronquidos, si a mi madre ya le cuesta dormir no quiero ni imaginar lo que podría ser si durmieran juntos.

—Puedes quedarte conmigo, enano.

Mi hermana me da una pequeña colleja, por lo que me giro hacia ella y la agarro entre mis brazos, levantándola del suelo. Escucho como se ríe y me dirige ciertas maldiciones antes de soltarla. Al hacerlo, observo el rostro sereno de mi padre. En este momento me siento tremendamente feliz y satisfecho de haber vuelto a casa.

# Odio pensar que las reglas del juego son estas

*ELISA*

Al abrir la puerta de casa me quedo estática, sin saber bien qué hacer o qué pensar. Está todo en un silencio sepulcral, tanto que hasta me llega a asustar.

Después de tanto tiempo ya me había acostumbrado a escuchar ruido en el salón, o incluso gritos en la cocina, pero en estas últimas semanas todo se había ido desmoronando. Me resulta increíble darme cuenta de que estoy echando de menos las peleas insoportables de Patricia y Samuel. Ahora os estaréis preguntando quiénes son, pues bien: son mis compañeros de piso y sí, en efecto, son matrimonio. Sé que suena patético, pero cuando comencé a trabajar en el *Crónica Matinal* no tenía donde vivir. Todos los pisos e incluso los apartamentos se salían por completo de mi presupuesto; pero ellos, con el corazón tan grande que tienen, aceptaron acogerme en su casa a cambio de un pequeño alquiler.

Al principio yo era la inquilina de la habitación del fondo, sin más, pero con el paso de los meses, y sobre todo de los años, empecé a ser una más: era algo así como su consentida hija, sobre todo porque por edad pueden ser mis padres más que de sobra.

Samuel y Patricia se habían pasado todo el día discutiendo desde el mismo instante en que yo entré por esa puerta, parece ser como una forma de vida o algo así, pero en el fondo se quieren más de lo que yo jamás he visto querer a nadie. Podría decir que los admiro, que yo sueño con que alguien me quiera así: como Samuel a Patricia, pero a decir verdad agradecería tener una relación donde las discusiones no sean el pilar fundamental, los cimientos que la unen pero, de vez en cuando, también la fracturan. Prefiero renunciar a un poquito de amor y ganar un poco en calidad de vida.

Cierro la puerta de la calle y me aproximo al cuarto de baño, ya que la luz

está encendida. Frunzo el ceño antes de acercarme al interruptor y apagarlo sin más, un tanto extrañada por la situación. La figura esbelta de Patricia saliendo de la cocina me obliga a emitir un pequeño grito producto del susto, ¡soy una cagada total! Pero casi al momento transformo el gesto en una pequeña sonrisa, no sabría decir si me alegro más de verla en casa de nuevo, o de que el misterio del cuarto de baño esté resuelto.

—Perdona por asustarte, he venido a buscar unas cosas —me dice con gesto triste.

Sé perfectamente por dónde van los tiros. Durante todo el tiempo que llevo viviendo con ellos no podría contar con los dedos de ambas manos las noches que, por discusiones tontas, terminaron durmiendo en camas separadas. Incluso alguna que otra vez alguno de los dos terminó pasando la noche en un hotel mientras que yo, su mimada hija de adopción, aguantaba el llanto del otro.

Entreabro los labios, con la única intención de perder el tiempo intentando llevarla a la cordura, cuando se me adelanta.

—Esta vez no tiene nada que ver con eso, Eli —dice, bajando la cabeza.

Siento que me lee la mente. Odio cuando me pasan esas cosas. Tuerzo los labios y espero a que prosiga.

Me cuenta que hace unos meses que se está produciendo un pequeño traspaso de información en el periódico —algo que yo ya sé, de hecho por ese motivo cada vez nos cargan más de trabajo. Ricardo se pasó un mes haciendo una limpieza totalmente innecesaria, tengo que añadir. Por suerte Gema y yo nunca estuvimos en su punto de mira—, y que al parecer Sam fue blanco de sus tontas teorías de conspiración. Alucino en colorines con lo que me cuenta, tanto que me veo obligada a buscar una silla.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunto con un pequeño hilo de voz.

Patricia solo se limita a asentir con un ligero movimiento de cabeza.

Ya no hay duda de que Ricardo perdió todo vestigio de inteligencia. ¡Menudo idiota!

Tengo que ayudarlo. ¿Qué puedo hacer por él? ¡Tengo que saber quién diablos está vendiendo la información! A este paso el único que quedará en la redacción para ello será Ricardo.

—Pero ahora ya no hay nada que hacer —dice, como si por un casual hubiera podido leer mis pensamientos otra vez. Creo que voy a tener que ponerles una contraseña más segura para que no cualquiera pueda acceder a ellos—. Samuel cree que fue cosa de ese jefe vuestro que nunca le tuvo

demasiado aprecio...

Siento como miles de lágrimas se acomodan en mis ojos castaños, no quiero llorar, no me gusta mostrar esa imagen de mí a los demás.

—¿Qué vais a hacer? —Veo como se lleva una mano al rostro, acariciando la barbilla con cuidado.

—Nos vamos a ir a vivir con mis padres a Murcia. —Observo como tuerce el gesto, disgustada—. No es que no quiera ir, pero es que nuestra vida está aquí... Tú te quedas aquí.

Ahora sí que ya no puedo controlar las lágrimas que mantengo amontonadas en mis vidriosos ojos y las dejo resbalar a su antojo.

—Te vamos a echar tanto de menos...

Se acerca a mí y me abraza con fuerza, yo también los voy a extrañar. ¡Por el amor de Dios, son como mis segundos padres! O casi puedo decir los primeros.

Me quedo parada ahí en el medio del pasillo como una idiota viendo como Patricia sale y cierra la puerta tras ella, ¿por qué tienen que ocurrir esta clase de injusticias? Samuel es, con total seguridad, uno de los mejores profesionales que he visto en toda mi vida, y ahora tiene que empezar de cero por culpa del idiota de mi jefe —para que veáis que si le llamo idiota es porque, básicamente, lo es—.

Siento un fuerte golpe en la cabeza, odio pensar que las reglas del juego son estas: los poderosos pueden hacer lo que les venga en gana contigo, mientras que a ti solo te queda joderte y aguantarte.

Chasqueo la lengua a la vez que me llevo una mano al pelo, alborotándolo. No sé qué es lo mejor, pero quedarme paralizada no servirá de nada.

Saco el móvil y me apresuro a enviarle un mensaje a Samuel. Me cabrea una barbaridad que hayan tenido que pasar por eso ellos solos... ¡en ningún momento me dijeron nada! Igual podría haberlos ayudado.

No tarda en responder:

«No te hagas la súper heroína, Eli. Conserva tu trabajo»

¡Ag! Detesto que me conozcan tanto.

Tiro el móvil sobre la cama, y a continuación me dejo caer yo boca abajo. Odio esto.

Me paso así unos cinco minutos más hasta que una nueva notificación

consigue ponerme los nervios de punta. Busco el móvil con pocas ganas y mi nivel de cabreo aumenta cuando aprecio el destinatario: el idiota.

«Necesito...»

No leo más. Tiro el móvil de nuevo entre protestas.

—Yo lo que necesito es que te vayas a la mierda —digo entre dientes, incorporándome por primera vez en todo el rato.

Puede que solo haya una cosa —o más bien una persona— que consiga que desconecte de todo esto: Edward Parker. Me acerco al bolso y saco de él el ejemplar del *Current importance* que me había regalado Gema. Lo agarro y aprecio cómo, en primera plana, aparece una importante noticia sobre la subida de las acciones en no sé cuántas empresas. La noticia será importante, sí: pero a mí me da igual.

Lo observo durante unos segundos, ojeando un poco por encima, para después abrirlo. ¿Dónde se encontrará Edward Parker? Lo cierto es que, aunque soy sin duda una enamorada de los periódicos en papel —sí, lo confieso, adoro el olor de las páginas recién impresas y la textura de las hojas al pasar—, es la segunda vez que tengo un ejemplar de este periódico en concreto entre manos, por lo que a decir verdad no tengo ni idea de dónde buscar.

Comienzo a pasar las páginas sin fijarme en nada en concreto, solo busco su nombre, el puñetero artículo escrito por él: ¿dónde puede estar? Suelto un fuerte resoplido. Solo hay una cosa que me llama la atención al final de todo:

*«¿Quieres ponerte en contacto con alguno de nosotros? Entra en nuestra página web y ¡encuétranos en quiénes somos!»*

Sonrío pero hago caso omiso, cierro el periódico y lo dejo sobre la mesa para más tarde. Me acerco a mi ordenador arrastrando los pies, y espero — con la misma paciencia de un niño de cinco años antes de abrir su enorme regalo de navidad— a que encienda.

Entro en el artículo que había comenzado en la redacción y lo releo una y otra vez. Pero no consigo concentrarme.

Me tiro hacia atrás, abatida. Necesito sonido, ruido, algo. Entro en YouTube y busco uno de mis vídeos preferidos con rapidez. Además confieso

que me ayuda muchísimo escribir con la música de Pablo López de fondo. Dejo que *No me arrepiento* inunde por completo mi habitación justo antes de volver al artículo una vez más.

Releo lo escrito una y otra vez, pero no consigo centrar por completo las ideas.

Me siento perdida. Con ganas de mandarlo todo al carajo... ¡joder! Por mucho que me fastidie, yo no puedo hacer nada por Samuel. ¿Quién soy yo en la empresa además de la que hace todos los malditos artículos de última hora? Y también estoy segura de que ese es el motivo de que Ricardo no me tenga en el punto de mira: para él soy necesaria, indispensable. Soy la tonta de turno, y si quiero seguir ahí tendré que seguir siéndolo —o más bien aparentándolo—.

Entro de nuevo en su mensaje, me muerdo la lengua, me trago el orgullo y mi maldita dignidad antes de responderle con un «ok».

Fijo de nuevo la vista en la pantalla. El tiempo apremia. Ahora no solo tengo que terminar un artículo, sino dos. Pero hay algo que no me permite pensar.

¿Sería una locura ponerme en contacto con él? Observo de forma incansable la pantalla del ordenador, veo como el puntero me está echando en cara que no siga escribiendo, parpadeando de forma incansable, pero es que no soy capaz.

Me siento patética, ¿pero realmente sería un error decirle que me encanta su forma de escribir? ¿Estaría entrometiéndome en su intimidad? Comienzo a negar con la cabeza, estoy segura de que recibirá millones de correos. Lo más seguro es que no haga ni caso al mío, pero a la porra: ¡Nada pierdo por intentarlo!

Sin pensarlo abro una nueva página en internet y tecleo la web del periódico en la barra de dirección —que ya tengo recordada de la cantidad de veces que entro en ella a lo largo del día—, y me adentro en lo que en español sería: «Quiénes somos».

Voy pasando la vista por cada uno de los nombres, uno por uno, pero no aparece. Me muerdo el pulgar con nerviosismo, en el fondo siempre había imaginado que ese no sería su nombre real, ¿y si aparece por su nombre y no por su seudónimo? Así sí que ya no tengo nada que hacer.

Sigo bajando por la página hasta que un fuerte escalofrío me recorre entera. Veo su nombre junto con el de Estela Olton, subrayados de azul al final de todo, no sé por qué. Pincho encima y se abre una pestaña nueva donde me informan, de forma muy amable —o eso quiero pensar yo—, que les resulta

imposible ponerme en contacto con él.

Maldigo interiormente. Pero cuando me estoy planteando tirar la toalla observo algo debajo de su nombre, un símbolo en azul con una especie de pajarito. A ver, no es que sea una chica con mucha vida social, pero no me cuesta darme cuenta de que sí, en efecto es el símbolo del Twitter.

Tuerzo el gesto. Como es obvio, yo no tengo cuenta personal en dicha red social, sería un gravísimo error teniendo en cuenta que me robaría mucho tiempo, pero recuerdo haber abierto una algunos años atrás, antes de entrar a trabajar en el *Crónica Matinal*.

Lanzo un pequeño suspiro al aire, ¿recordaré la contraseña? Entro con rapidez en la página web y comienzo a probar combinaciones con mi cuenta de correo antigua —que prefiero omitir ya que perdería toda la seriedad que me he ganado durante todos estos años de duro trabajo— y, después de un par de intentos, entra.

Observo la foto de perfil y la biografía, nada que tenga que ver conmigo. La foto es una de una de las películas de Harry Potter donde se aprecia la imagen de Hermione —Emma Watson— sonriendo después de asentarle un puñetazo al idiota de Draco Malfoy. Sí, para que voy a negarlo, soy muy fan de Harry Potter desde niña.

Sin dudarlo más busco a Edward Parker y no tardo en encontrarlo. Tiene de imagen una foto en blanco y negro de un periódico y un ordenador, y en la biografía pone claramente quién es.

Después de un par de minutos, que se convierten en una hora, termino de escribir el pequeño mensaje que Twitter me permite —y con el que estoy de acuerdo—, y se lo envío.

La suerte está echada. Me conteste o no, por lo menos no se podrá decir que no lo he intentado.

# Julk el hombre verde

*DANIEL*

No recuerdo haber pasado una noche peor en toda mi vida. Me llevo la mano al cuello y siento que no puede estar más agarrotado, tal vez no debería de haber rechazado el ofrecimiento de mi hermana de dormir con ella en su habitación. Ahora una única duda ocupa toda mi mente y capta toda mi atención: ¿acaso podrá existir un sofá más incómodo en algún lugar del mundo?

—«Sé lo que tengo que hacer para conseguir que tú estés loco por mí»<sup>2</sup>.  
—Escucho como canturrea mi hermana la canción de Radio futura, bajando las escaleras que separan el salón de la planta superior.

¿Y esa felicidad mañanera? Estoy por preguntarle el nombre de su camello, para que me pase un poco de lo mismo para sobrellevar mejor el día, pero ella se me adelanta con esa rapidez que solo ofrece un buen descanso.

—Buenos días, enano —me saluda. Se acerca y me da un sonoro beso en la mejilla. Ahora en serio, ¿qué se fumó?—. Hace muy buen día hoy.

Se acerca a la cocina y llena un vaso de agua del grifo para después llevárselo a los labios, todo eso a una velocidad que me deja eclipsado. Creo que, sin duda, necesito descansar más.

—¿Qué vas a hacer hoy? —Me encojo de hombros. Es verdad que existen muchas cosas que quiero hacer pero la principal es estar en casa, con mis padres. Me mira torciendo los labios—. No vas a pasarte aquí todo el día, de eso olvídate... —Se sienta a mi lado, poniendo una de sus manos encima de mi rodilla derecha.

—Quiero buscar trabajo. —Me observa un tanto curiosa—. No pienso irme de aquí, Flor. Tú tienes tu vida en Londres pero a mí ya no se me pierde nada: no pienso volver.

Observo como asiente con la cabeza. En el fondo sabe que tengo toda la

razón. No voy a volver a Inglaterra cuando mis padres me necesitan aquí.

—Tengo que hacer una llamada —dice saliendo a toda velocidad hacia quién sabe dónde. La verdad ni me importa.

Chasqueo la lengua a la vez que vuelvo a dirigir mi mano derecha a la nuca: creo que es imposible que me duela en algún momento más que en este preciso instante. Maldito sofá.

—Oye, enano, ¿te acuerdas de Maribel? —Me giro hacia Flor, sobresaltado, ¿desde cuándo es tan sigilosa?

—Te pienso comprar un cascabel como el de los gatos. —Me llevo la mano al pecho, todavía impresionado del susto—. A ver, sorpréndeme, ¿quién es Maribel?

Se disculpa con un pequeño gesto de cabeza antes de proceder a responder.

—Es una amiga de mamá, al parecer lleva años trabajando en la redacción de un periódico, y se ha enterado que están buscando gente. Tal vez te interese.

Asiento, ya recuerdo a esa mujer, o más bien recuerdo a su hijo más pequeño, solíamos jugar bastante a pasarnos el balón en el patio del colegio —porque desde luego a eso que jugábamos no se le puede llamar fútbol—.

—Oh, vaya, no tenía ni idea de que fuera periodista. —Al momento me fijo en que Flor tuerce un poco el gesto—. ¿Fotógrafa? —Niega con la cabeza.

—No exactamente, pero aún así te ha conseguido una entrevista. Esta es la dirección, ¿qué pierdes con intentarlo? —Afirmo con la cabeza a la vez que fijo la vista en el papel que me acaba de ofrecer mi hermana.

—¿Secretaria?

—Por Dios, Daniel, qué más da eso. Lo importante es que nos ayudó a conseguir la entrevista, punto.

No puedo evitar esbozar una amplia sonrisa, en el fondo me da lo mismo, de hecho casi ni recuerdo a esa amiga de mi madre, pero ahora me siento en deuda con ella.

—Te dejaré mi portátil para que lo organices todo. —Pienso en negarme, pero al momento recuerdo que tengo el mío sin batería—. Conéctate al wifi de los vecinos, la contraseña es «Julk el hombre verde», todo junto y con j.

Me río sin poder evitarlo. No puedo saber cómo es que mi hermana sabe eso, pero en cierto modo casi prefiero desconocer el motivo.

Por el rabillo del ojo veo como comienza a subir las escaleras, todavía arrastrando los pies, y procedo a encender el aparato. Lo tiene liberado de contraseña, mi hermana siempre tan confiada. Me río al recordar la multitud

de problemas que tuvo durante toda su vida precisamente por ser así, y ver que ni eso la hizo cambiar me hace sonreír. Ella siempre fue única.

Espero a que termine de encender y entro en búsqueda de red. Cuando la encuentro escribo la contraseña que mi hermana me había dicho, y abro la página de internet.

¿Podría ser posible que las cosas comenzaran a ir bien? ¿Tan pronto? Aunque sé de sobra que no lo tengo nada fácil. Estoy más que seguro de que me exigirán experiencia y, ¿qué experiencia tiene Daniel Suárez? Lo único que puedo justificar es haber trabajado como becario en uno de los periódicos más importantes de Inglaterra.

Después de darle mil vueltas en la cabeza me pongo a redactar mi curriculum como loco, está claro que tendré que llevarles una buena carta de presentación si pretendo que me contraten.

«Estudios superiores de periodismo en la universidad complutense de Madrid», pongo como punto final a mis estudios. Ahora empiezo con mis trabajos, bueno, mi único trabajo, como becario. Si he decidido dejar mi vida atrás, ello implica olvidarme completamente de Edward Parker y formarme una vida desde cero en Madrid. Aunque para ello tenga que pasar de nuevo meses como becario, entregando papeles, haciendo fotocopias y cargando cajas de un lado para otro. Sin querer un escalofrío me recorre todo el cuerpo, desde luego que no me apetece volver a tener esa vida.

Busco con cuidado el móvil en uno de los bolsillos de la maleta pequeña, con la única intención de entrar en el GPS para buscar la dirección, cuando aprecio que tengo una notificación, concretamente del Twitter. Presiono un labio contra el otro, estoy harto de que me envíen cosas, y ahora que estoy en Madrid pienso eliminarlo todo, pasar página, por lo que lo ignoro con un chasquido de dientes y prosigo con mi cometido.

Entro en la aplicación del GPS y busco la dirección. Hago un par de capturas y salgo sin más.

Meto mi *curriculum* en un *pendrive*, con la idea de imprimirlo antes de pasarme por la redacción, y me dispongo a cerrarlo todo.

¿De qué será esta vez la maldita notificación del Twitter? Es posible que sea otro estúpido intento de Walter para obligarme a regresar, pero en el fondo la curiosidad me puede y, sin muchas ganas, entro en la aplicación.

Observo que realmente son dos: un nuevo seguidor y un nuevo mensaje. Vamos a ser claros, suelo tener bastantes notificaciones, tanto de tuits como de mensajes privados, por lo que no le doy importancia ninguna hasta que algo

me sorprende. No puedo evitar un gesto de asombro al observar que no es, desde luego, la clase de persona con la que suelo tratar, ya que el remitente del mensaje no es nada más ni nada menos que Hermione Granger. Sonrío. El tuit está escrito en un perfecto inglés, igual que todo lo que recibo cada día.

@EdwardParkerCI Me encantan tus letras, estoy prendada de las cosas que escribes. Gracias por compartirlo con todos nosotros.

Me llevo una mano a los labios mientras muevo la cabeza hacia los lados. En el fondo sé que me hace ilusión básicamente porque nunca, jamás, me había dicho nadie que no fuera Walter —o alguno de los repelentes intelectuales literarios que se dedican a dar estúpidos premios— que se me da bien lo que hago.

Sin dudarle un segundo entro en su perfil. Como ya había dicho antes, la foto es de Hermione Granger, podría decir exactamente de qué escena de la tercera película pero, a decir verdad, no quiero parecer un obseso con Harry Potter —que lo soy, para que nos vamos a engañar, sobre todo después de haber ido a conocer cada uno de los rincones escondidos de la película por Inglaterra—, pero lo que me llama la atención es que su biografía no está escrita en inglés, sino en español. Se trata de cierto fragmento del último libro de la saga, aunque debería de fingir que no lo sé si no quiero parecer un obseso, como ya he dicho antes. Pero lo que más me extraña es que todos sus mensajes, a excepción del tuit que me había enviado a mí, están fechados cuatro años atrás.

Lanzo un fuerte suspiro antes de proceder a responderle mediante un mensaje privado.

# Dime que no es un puto ángel

*ELISA*

Me observo en el espejo una vez más. A decir verdad esta noche, en la que por fin conseguí dormir más de lo previsto, me sirvió para que mis ojeras ahora sean mucho menos notables, y está claro que esta pequeña capa de maquillaje tapa todas aquellas imperfecciones que me niego a mostrar al público en general.

Me recojo el pelo de nuevo, como cada mañana, en una coleta alta y me dispongo a salir de casa rumbo a la redacción.

Siendo domingo sé de sobra que seré la primera en llegar por lo que, para compensar lo de toda la semana, esta vez soy yo quien me paso por la cafetería, aunque por la que está más cerca de mi apartamento. Compró dos cafés con leche: uno de ellos bien cargado y el otro normal. Hecho esto, me dispongo a esperar delante de la puerta a que mi querida compañera de trabajo se digne a hacer acto de presencia, pero cuando da la hora de entrar me veo en la obligación de hacerlo sin ella, quien no aparece hasta pasados más de diez minutos.

—Buenos días. —La escucho, arrastrando las palabras—. Dime que Ricardo todavía no ha llegado...

La observo con el ceño fruncido, lleva unas pintas más que curiosas. Por una vez que yo me siento bien, como renovada, ella llega en el mismo plan en el que llego yo cada mañana: totalmente despeinada y con unas ojeras que se le verían desde Mérida<sup>3</sup>.

—Está en su despacho, pero no te preocupes: le he dicho que hoy te has levantado mal, con lo de todos los meses, y que por ello te habías metido en el cuarto de baño.

Me encojo de hombros, no se me había ocurrido qué decirle, y sabía que eso no pensaba ir a comprobarlo. Me mira arqueando una ceja pero finalmente

asiente. En el fondo está claro que no tiene fuerzas ni para discutir conmigo.

—Toma, te hará falta. —Le ofrezco uno de los cafés: el más cargado, y no me pasa desapercibido el hecho de que lo mira como si fuera una auténtica bendición.

—Eres mi maldita hada madrina, Elisa. —Se acerca a mi mesa y me da un pequeño beso en la frente. No puedo evita esbozar una sonrisa—. No he dormido casi nada hoy...

¿En serio? Quién lo diría, hija.

La miro entornando los ojos y al momento dirijo la vista hacia mi ordenador, que todavía se está comenzando a encender, ¿puede ser normal que le lleve más de diez minutos? Creo que esta es una clara señal de que deberíamos de comprar ordenadores nuevos. Me lo apuntaré para solicitárselos al imbécil y cretino de Ricardo, seguro que le encanta la idea.

—Eso te pasa por salir hasta tan tarde.

Veo como tuerce los labios y murmura algo entre dientes. Me hace gracia su gesto pero omito la carcajada, más que nada porque estamos en horas laborales.

—No fue hasta tan tarde, tan solo hasta las seis. —Se tira en su silla, mirando con desgana el café que tiene entre sus manos—, pero desde luego ha merecido la pena salir, he conocido a un chico que le quitaría el hipo a cualquiera. —Observo cómo se muerde el labio inferior y me mira con picardía.

—¿Y Alberto?

Arquea una ceja a la vez que niega con la cabeza como si hubiese dicho el mayor disparate del planeta.

Me cuenta su noche con todo lujo de detalles, la muy pesada, y yo me limito a escucharla.

—Oye, Gema —digo después de un rato de silencio—. ¿Sabías que Ricardo echó a Samuel?

Le expongo un poco por encima la situación vivida el día anterior con Patricia y no puede ocultar su asombro, sabe igual que yo que Sam jamás sería capaz de eso.

Seguimos con nuestra tertulia particular hasta que el carraspeo de Ricardo nos sobresalta. Espero que no se haya percatado de nuestro tema de conversación. Aunque en el fondo... ¡qué más me da! Tendría que cantarle las cuarenta por lo que le hizo al pobre Sam.

Escucho como, con voz cínica y sin preocupación alguna, le pregunta a

Gema si se encuentra mejor. Menos mal que me inventé esa tonta excusa, porque el rostro de mi amiga parece de todo menos saludable. Ella se limita a asentir y a quitarle importancia a su situación con una mano. Creo que no voy a poder salvarla todos los fines de semana del resto de su vida, así que espero por su bien que empiece a madurar.

—Lo necesito todo para hoy a las ocho de la tarde, ¿de acuerdo? —concluye, dejando la carpeta encima de mi mesa, esa carpeta que trae todos los malditos días.

Gema se levanta a toda prisa, parece haber recuperado la energía en ese preciso instante, y lee por encima el documento. Observo como entrecierra los ojos, con gesto cansado, a la vez que suelta un pequeño bufido y me ofrece los papeles a mí.

—¿Tauromaquia? —Veo como Ricardo se encoge de hombros—. No pienso hablar de eso, ¡es una tortura! —Me mira con gesto burlón a la vez que comienza a subir de nuevo las escaleras.

—¿Fútbol? —Gema parece atónita—. Reportaje sobre... ¿fútbol?

—No te quejes, yo lo tengo que hacer sobre la tauromaquia, Andorra y las playas de Benidorm. —Lanzo un suspiro de resignación.

Gema se tira en su silla con desgana, no sé si por el tema que le ha tocado afrontar, por la juerga de anoche o tal vez por ambas. Chasqueo la lengua a la vez que comienzo a teclear en el ordenador.

Entro en una de las primeras páginas que encuentro, que ni me fijo cuál es, y me pongo a leer sin mucho entusiasmo.

Desde luego esto todavía va a ser más difícil de lo que creía, sobre todo para una antitaurina como yo. Lo peor es que conociéndolo estoy más que segura de que Ricardo me eligió a mí porque sabe que la cagaré, no haré el artículo que quiere y tendrá un motivo para darme la patada y echarme a la calle, igual que a Samuel.

—Tenemos que averiguar qué es lo que pasa con el tráfico de información —repongo pensativa.

—Estoy segura de que es Ricardo —dice sin más—. O tal vez sea todo una excusa para ponernos de patitas en la calle.

Dudo mucho que no exista, ya que el periódico va cada vez peor. Antes de su declive oficial —porque hay que ser muy idiota para no reconocer que ahora no está en su mejor momento—, comenzaron a ponernos problemas para entrar en diferentes escenarios. Nos decían que «no estábamos autorizados», mientras que los de *Prensa madrileña* se hartaban a hacer fotos. ¡Cómo no! Y,

además, nos robaban la poca información que nosotros conseguíamos recopilar. ¿Casualidad? Lo dudo.

—Me va a estallar la cabeza —murmura Gema, acariciándose las sienes.

La observo con gesto de «¿y qué te esperabas?» antes de comenzar a rebuscar en mi bolso por un calmante.

Mi abuela siempre decía que sabes cuándo te haces vieja por lo mucho que llenas tu bolso de medicación. Perfecto, soy una vieja de veintiséis años.

En el intento de búsqueda de la pastilla desaparecida, una hoja del periódico que el día anterior me había regalado Gema se asoma con mucho cuidado.

Mi corazón comienza a latir descontrolado producto de los nervios. Ayer por la noche, durante horas, estuve actualizando la maldita página de la red social una y otra vez, todas ellas sin éxito alguno.

¡La pastilla! Maldita sea. Agarro el bolso y lo abro en su totalidad, y es ahí cuando la encuentro.

—Aquí tienes —expongo, pasándosela. Gema me lo agradece con un gesto triste.

Miro hacia todos lados, comprobando que nadie esté pendiente de mí en ese preciso instante: nadie, así que tengo la libertad total para entrar en mi cuenta de Twitter, esa que había creado tantos años atrás. Ya no tengo que hacer memoria para recordar la contraseña porque sé perfectamente cuál es.

No recuerdo mucho el tema del Twitter, sobre todo porque deduzco que desde que yo lo usaba —hace ya bastantes años— habrá cambiado considerablemente, por lo que entro en su cuenta y veo que no respondió a ningún mensaje. Sin saber por qué una fuerte decepción me inunda por completo.

—Vaya, ¿tienes cuenta de Twitter? —Suelto un pequeño grito ahogado, ¿es que está mal de la cabeza? Menudo susto de muerte—. ¿Con quién te estas mensajando, querida? —Me mira con picardía. ¿Es qué el dolor de cabeza le da súper poderes?—. No me mires así, tienes un mensaje privado.

Veó como se encoge de hombros antes de regresar a su sitio.

¿Un mensaje privado? Siento como el corazón me late a toda velocidad, aun así, ¿qué probabilidades hay de que sea suyo? Teniendo en cuenta que no sabía cómo mirarlos existe una alta probabilidad de que ayer, cuando entré para escribirle a él, ese mensaje ya existiera. Aun así siento el corazón en la garganta.

Me muerdo el labio inferior con fuerza a la vez que espero a que el

maldito mensaje se abra de una vez por todas. ¡Por el amor de Dios, parezco una puñetera colegiala! Pero no es hasta que veo su nombre cuando las manos me empiezan a sudar y el corazón a latir de forma desbocada. ¿De verdad me pudo haber respondido?

«No es la primera vez que me felicitan, pero tengo que decir que es la primera vez que quien lo hace es Hermione Granger. Vaya, me siento totalmente agradecido y tengo que confesarte mi más profunda admiración a tu persona. No todo el mundo es capaz de hacerle frente a un troll con once años, ni no temer al mismísimo quien-tu-sabes.

Bueno, dejando a un lado este momento friki: muchas gracias, de verdad. Tengo que reconocer que me sacaste una sonrisa con tu tuit. Me alegra saber que mis palabras llegaron al corazón de alguien.

P.D. «La fuerza de tus convicciones determina tu éxito, no el número de tus seguidores». Firmo debajo de esta grandiosa frase de Lupin de tu bio, no puedo estar más de acuerdo.

P.D.2. Perdona que me haya tomado la libertad de hablarte por privado, espero que no te moleste, no me apetecía perder mi reputación de tipo serio cuando se enteraran de que soy un friki más.»

—Oh, vaya. ¡No me lo puedo creer!

Escucho de nuevo la voz cantarina de Gema detrás de mí y no puedo evitar dar un respingo.

—Joder, Gema, que susto me has dado. —Me llevo la mano al pecho. En el fondo sé que la velocidad de mi estúpido corazón no se debe a Gema ni a sus sigilosos pies, pero prefiero culparla a ella, siento que es más digno.

—¿Es él de verdad? ¿El periodista? —Asiento con la cabeza, con más bien poco convencimiento—. ¿Estás segura? ¿No será alguna especie de broma? No sé si te has dado cuenta pero el mensaje está escrito en español.

Realizo de nuevo el mismo gesto, eso es lo que más me había llamado la atención. Observo como Gema tuerce los labios.

—No me esperaba que ese tío fuera un friki. ¡Ya me cae bien! —Suelta una pequeña risa—. Aunque yo no soy mucho de Harry Potter, prefiero Crepúsculo.

Después de ver como Gema se vuelve a sentar en su sitio me apresuro a responderle, aunque no sé bien por qué lo hago. Con total seguridad pensará

que soy una loca, pero en el fondo me da igual. Parece un tío de lo más normal.

Esbozo una pequeña sonrisa para después regresar a mi trabajo.

Suspiro a la vez que observo con detenimiento el reloj en mi mano izquierda, llevo tres malditas horas solo buscando información, y todavía me faltan, además de este, dos maravillosos artículos más de los cuales no tengo ni puñetera idea. Me apoyo en el respaldo de la silla mientras aprecio el gesto contrariado de Gema, quien está claro que prácticamente tiene que aguantarse los párpados para no dormirse.

—¡Gema! —Le pego un grito, con la única intención de despertarla. Se gira hacia mí con cara de pocos amigos, pero peor habría sido que la hubiese despertado Ricardo—. ¿Cómo va eso?

—Granada es una hermosa ciudad, ¿fuiste alguna vez? —La observo con el ceño fruncido, sin entender el porqué de la pregunta—. Yo fui dos veces. ¡Pues ahora parece ser que tiene un equipo de fútbol! —Abre los ojos como platos, con sorpresa, lo que provoca que, sin poder evitarlo, una sonrisa surque mi rostro.

Vale, yo no sé mucho de fútbol, más bien no sé nada de ningún deporte. Prefiero que nadie me pregunte que es un córner o un fuera de juego, pero al menos conozco, por nombre, a todos los equipos de la liga. No por nada viví los últimos dos años con Samuel, quien se empapa de fútbol las veinticuatro horas del día.

—Deberías de tomarte otro café bien cargado, ya sabes que a Ricardo no hay que darle motivos para que te dé la patada. —Escucho como chasquea la lengua pero asiente, a la vez que se levanta de su sitio, arrastrando los pies.

Protesta y masculla algo entre dientes pero no consigo entender lo que dice y, para ser sincera, tampoco me importa demasiado.

Espero un tiempo prudencial para que Gema desaparezca y deposito la mirada en la pantalla de mi ordenador.

Me siento patética, pero en el fondo le había dejado tiempo suficiente para contestar. Suelto un pequeño resoplido. ¿Qué me está ocurriendo? Yo soy más bien el tipo de chica centrada en su trabajo, punto y final. Ahí se resume toda mi vida. A pesar de eso entro en la página de Twitter, aprovechando que mi compañera cotilla no se encuentra por la zona.

—Oh, dioses del Olimpo...

Escucho la voz de Gema, lo que me hace girarme hacia ella, extrañada. Aprecio cómo tiene un vaso humeante entre las manos, lo que me hace rodar

los ojos, ¿por qué creí que se iría a la cafetería? Gema es una especie de adicta al café de máquina. No entiendo qué le ve.

—Mira para ahí, por Dios, y dime que no es un puto ángel.

Miro hacia la zona donde descansan los ojos de mi amiga y lo veo. Se trata de un chico de unos treinta años como mucho, pelo negro y, con casi total seguridad, un cuerpo escandalosamente atractivo, pero, ¿y qué? Es un chico más.

Dirijo de nuevo mi vista a la pantalla. ¡Mierda, el mensaje!

# ¿Soy famosa entre los chicos guapos?

*DANIEL*

Me sudan las manos de tal forma que me cuesta controlar el volante. Me siento bastante idiota, ¿por qué voy a estar nervioso?

Subo el volumen de la radio del Opel Corsa viejo de mi padre para ver si, de esta manera, consigo relajarme. En este momento *Sincericidio* de Leiva resuena en el pequeño vehículo a todo volumen.

¡Por el amor de Dios! No es la primera vez que me enfrento a una situación parecida. En Londres debí de acudir a una treintena de entrevistas — si es que no fueron más— y en veintinueve de ellas me mandaron para mi casita, con una mano delante y otra detrás. Aunque tal vez ese sea el motivo de mis repentinos nervios incontrolables e incomprensibles.

Paro el coche a un lado y me fijo en el nombre de la calle. Protesto al darme cuenta de que todavía no es, aunque para ser sincero algo dentro de mí se relaja un poco más, como si atrasar el momento de lo inevitable lejos de estresarme, me aliviara.

Sigo conduciendo, a una velocidad muy reducida para no pasarme del lugar, y me fijo en otro cartel. Suelto un fuerte suspiro a la vez que siento el corazón en la garganta. ¡Por favor!, soy un hombre hecho y derecho, ¿a qué viene toda esta tontería de adolescente? Aparco tan rápido como puedo y salgo del coche.

No tardo en ver la redacción: se trata de un edificio de planta baja más bien poco cuidado, poco tiene que ver con la del *Current Importance*, aunque la verdad tampoco me lo esperaba.

Al entrar me encuentro con una señora de mediana edad en una especie de recepción o algo así, que me pide que me acredite. Al parecer no tiene constancia de que el tal Ricardo Delgado vaya a recibir a nadie hoy y le cuesta creerme, sobre todo por ser domingo.

—Te pido mil disculpas, Daniel —me dice con una diminuta sonrisa tan pronto como cuelga el teléfono—. No sería la primera vez que algún chico de la zona intenta entrar aquí sin consentimiento. Espero que me entiendas.

Le devuelvo la sonrisa, en el fondo sé que es su trabajo, pero con ello solo consigue que mis nervios crezcan. Me hace un gesto para que pase y lo hago, emprendo camino hacia unas mesas, aunque solo tres de ellas están ocupadas. Me fijo que se trata de dos chicas: una rubia, que a decir verdad parece estar analizándome con la mirada; y la otra con el pelo castaño, totalmente metida en su trabajo; el tercero de ellos es un hombre moreno al cual no le puedo ver el rostro.

—Disculpad...

Comienzo, acercándome a ellas. La mirada de la rubia me hace sentir un tanto incómodo por lo que centro la vista en la otra chica, que tiene la mirada clavada en la pantalla de su ordenador.

—Estoy buscando a Ricardo Delgado.

—¿Estás seguro? —me pregunta la rubia. Tras decir esto se incorpora, sentándose encima de su mesa, por lo que me veo obligado a centrar mi vista en ella—. Igual yo te puedo ayudar...

Me fijo en que la otra chica hace un gesto con los ojos que no llego a comprender. Carraspeo, depositando una pequeña sonrisa en el rostro. Tampoco es que quiera crearme enemigos tan pronto.

—Disculpa a mi amiga, el despacho del señor Delgado está en la primera planta.

Esta vez es la otra la que habla, aunque creo que no llega a poner los ojos sobre mí en ningún momento. Continúa escribiendo algo en su teclado como si todo lo importante se escondiera dentro de esa estúpida máquina.

En el fondo no sé ni por qué me siento molesto. Se lo agradezco con un escueto «gracias» antes de comenzar a subir las escaleras con el corazón en un puño.

Llamo un par de veces a la puerta hasta que una voz fuerte al otro lado me indica que pase. Carraspeo un par de veces y lanzo un pequeño suspiro. Abro la puerta y la cierro detrás de mí antes de acercarme a la mesa.

—Buenos días, señor Delgado.

Le muestro una de mis mejores sonrisas. Observo como el hombre me mira por encima de sus diminutas gafas, como escrutándome con la mirada.

—¿Tu nombre es Daniel...? —pregunta, todavía observándome con detenimiento.

—Daniel Suárez, señor.

Me hace un gesto con la mano para que tome asiento, la verdad pensaba que esto sería un poquito más serio. No sé, tal vez un apretón de manos, o algo así. Le ofrezco mi *curriculum* y veo que lo acepta un poco más por protocolo que porque realmente le interese leerlo.

—¿Eres periodista, no? —Frunzo el ceño al escuchar esa pregunta, ¿está hablando en serio? Asiento, un tanto contrariado—. Tenía que preguntarlo, ni te imaginas la de gente que entró por esa puerta por ir gratis a los partidos del Real Madrid.

Suelta una fuerte carcajada que se me hace demasiado cargante, aun así esbozo una pequeña sonrisa.

—Vaya, veo que has trabajado en el *Current Importance*. —Asiento con la cabeza, un tanto desorientado—. Tengo muy buena relación con Walter, supongo que podría preguntarle por ti. —Vuelve a estallar en otra carcajada, ¿es que ese hombre no se toma nada en serio?—. Así que más te vale no haberme mentido.

Sonríó más por cortesía que otra cosa.

—Mira, voy a ser claro: si empiezas ahora mismo te contrato. —Me mira directamente a los ojos.

Con total sinceridad espero que de un momento a otro estalle de nuevo en una carcajada, pero esta vez no lo hace. Se queda paralizado, observándome de un modo que me asusta. Me hace un gesto con los labios, como si se estuviera empezando a impacientar.

—Claro, por supuesto —respondo, ¿cómo voy a rechazar una oportunidad así?

—Genial, tendrás que escribir un artículo que le adjudiqué esta mañana a una de tus compañeras. Colaborarás con ella —dice como si nada—. Pregunta por Gema y ayúdala. Si el artículo es bueno nos pasaremos juntos mucho tiempo, Daniel.

Vuelve a estallar en otra carcajada a la vez que se levanta de su asiento. Al verlo hago lo mismo que él, observo cómo me ofrece su mano, la cual estrecho entre la mía antes de salir del despacho un tanto desorientado.

¿De verdad puede ser todo tan sencillo?

Sin más comienzo a bajar las escaleras, ¿quién de las dos chicas será Gema? ¿O habrá una tercera? Sin pensarlo paso la vista por ambas. La rubia parece estar entretenida ahora con su ordenador, aunque no tiene pinta de estar trabajando, desde luego; y lo que más me sorprende de todo es que, por

primera vez desde que había entrado por esa puerta siento los ojos castaños de la otra chica sobre mí, aunque no duran más de un segundo.

No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa aunque no sabría decir por qué.

—Perdonad de nuevo, chicas —comienzo, una vez que me he acercado lo suficiente a ellas como para que me escuchen.

De nuevo la rubia me observa como si fuera un dios o algo parecido. A ver, no voy a decir que no me sienta halagado, pero lo cierto es que no: me incomoda mucho.

—¿Gema quién es? —Fijo mis ojos en la chica del cabello castaño, que no hace ninguna mueca, al contrario: prosigue escribiendo en su ordenador, algo que parece no haber dejado de hacer en ningún momento.

—¡Soy yo! —espeta la otra con voz estridente, que ahora me mira con una pequeña y coqueta sonrisa—. ¿Por qué? ¿Soy famosa entre los chicos guapos?

Presiono los labios con fuerza. Presiento que mantener las distancias con esa chica va a ser tarea complicada, pero yo me niego rotundamente a mantener algún tipo de contacto con una compañera de trabajo.

—Ricardo me pidió que te ayudara con un artículo —le digo con amabilidad. No quiero que se imagine cosas que no son.

En menos de una hora lo tenemos todo terminado, observo como la chica rubia —que al parecer se llama Gema— lo relee una y otra vez con la boca medio abierta. Tan pronto lo termina se gira hacia mí y me da un fuerte abrazo.

—Vale, no es para tanto —expongo con una pequeña sonrisa en los labios, vamos a ser sinceros, mantener las distancias con esa chica no es difícil, no: ¡es imposible!

Ricardo había bajado para decirnos que cuando nos diera la gana —palabras textuales— podíamos irnos para casa, por lo que tan pronto terminamos apresuro el paso. Tengo ganas de ver a mi madre y con las bromas terminaré por pasar otro día sin hacerlo.

El camino de vuelta se hace más cansado, de ser posible, que el de ida, sobre todo porque el sol ya ese ha comenzado a esconder en el horizonte. Me llevo la mano a la nuca, agotado y frustrado: sé de sobra que ya no voy a poder darle ni un simple beso de buenas noches a mi madre.

Dejo el coche aparcado en la inmensa finca de mis padres para después adentrarme al interior, arrastrando los pies.

—Dime que te fue bien —me cuestiona mi hermana tan pronto me ve. No puedo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—Y tú dime que llego a tiempo de ver a mamá. —Ahora la que sonrío es ella a la vez que asiente.

—Hoy está muchísimo mejor, hermanito. Está feliz sabiendo que estás de vuelta. —Tuerzo el gesto. Sé que debería de sentirme feliz, pero en el fondo me siento culpable por no haberlo hecho antes.

Me hace una seña para que la siga y eso hago, en un silencio sepulcral.

Siento una opresión en el pecho cuando mi hermana abre la puerta de la habitación de mi madre, que antes era mía, y observo como está todo en penumbra. Mi madre está recostada encima de un par de cojines, bastante pálida.

—Hola, mamá —la saludo en un pequeño susurro. Gira la mirada hacia mí y me sonrío con sinceridad.

—Estás guapísimo, Daniel —me responde, pidiéndome con un gesto que me acerque un poco más.

—Tú sí que estás guapa. —Alargo la mano hasta ella y le acaricio con cuidado el rostro.

Mi madre siempre fue una mujer preciosa, y no dejará de serlo por culpa de una asquerosa enfermedad.

—¿Qué tal te fue, cariño?

Me muerdo el labio inferior con nerviosismo, sabía que sería duro verla así, pero pensé que sería capaz de soportarlo más fácil. Lo cierto es que siento que me estoy muriendo por dentro.

—Muy bien, mamá, creo que me vais a tener por aquí mucho tiempo. —Le dedico una sonrisa que ella me devuelve al momento, pero noto un hilo de tristeza en sus ojos.

—No quiero que estés aquí por mí, Daniel. Yo estoy bien.

Tuerzo los labios. Es cierto que estoy aquí por ella, pero en el fondo sé que no debería haberme ido jamás, ella había sido el motivo con mayúsculas para regresar, sin más.

—Tenía muchísimas ganas de volver a casa, ni te lo imaginas.

Sonríe al escucharme, y no dejo de mirarla hasta que escucho un pequeño ruido en la puerta y me giro para ver de qué se trata: mi padre llega con una bandeja que deduzco será la cena para mi madre.

—Buenas noches, mamá —me despido, acercándome a darle un pequeño beso en la cabeza.

Veo como me responde con una hermosa sonrisa, triste y apagada, pero posiblemente de las más bonitas que vi en mi vida; y salgo de la habitación

con una sensación extraña en el estómago y en el corazón. Comienzo a bajar las escaleras, destino a la cocina, para ayudar a Flor con la cena.

—¿Entonces te fue bien, no? —Asiento, cogiendo un trozo de pan para después llevármelo a la boca—. ¡No sabes cuánto me alegro! Pensé que te costaría más asentarte aquí. —Me encojo de hombros, hasta esta tarde pensaba lo mismo—. Lo único malo es que está bastante lejos, igual te compensa pillarte un pisito por allí o algo.

—No me quiero ir, pero tampoco quiero llevarle el coche siempre a papá... Debería de comprarme uno. —Me cruzo de brazos, tendré que ponerme a buscar como loco para encontrarlo, pero lo cierto es que no tengo maldita idea de coches.

—Tu hermana tiene razón, Daniel. —Me giro para encontrarme a mi padre observándome con gesto severo desde la puerta—. Es mucho camino, tendrías que comer por allí, y gastarías mucho dinero, y si te alquilaras algo...

—No, y no hay más que hablar. —Los miro a ambos, primero a mi padre y después a Flor—. Quiero estar cerca de mamá, y ya está. —Me dejo caer en una de las sillas de la cocina, echándome hacia atrás.

—Sé coherente, Daniel. Mira a qué hora has llegado hoy, no vas a tener tiempo ni a verla. —Chasqueo la lengua, igual me apresuré mucho a buscar trabajo. Como si me estuviera leyendo la mente, mi padre prosigue—. Ni se te ocurra pensar en rechazar el empleo, ¿me oyes? —me dice, con el dedo índice amenazante, tal cual como cuando éramos críos. Tuerzo el gesto.

—Me jode reconocer que igual tenéis razón. —Me llevo las manos a la cabeza, presionándola como si de ese modo el dolor se pudiera apaciguar.

—Oye, señorito, que tengas treinta años ya no te da derecho a hablar de esa forma, ¿eh? —Me recrimina mi padre. Suelto una pequeña carcajada al escucharlo, sobre todo al darme cuenta de que lo dice en serio.

Asiento y cuando veo como Flor y él se enzarzan en una conversación sobre a saber qué, yo me introduzco en mis pensamientos. Busco el móvil con cuidado en el bolsillo derecho del pantalón, me había olvidado completamente de él durante todo el día. Lo desbloqueo con más bien pocas ganas y observo que tengo una nueva notificación de Twitter.

Siento de nuevo aquella maldita sensación extraña en la boca del estómago: ¿quién será esa persona que se esconde detrás de esa imagen que tantos niños en el mundo adoran? Bueno, niños y no tan niños, como yo.

Sonrío para mis adentros a la vez que abro el mensaje, pero solo una frase consigue que una pequeña sonrisa surque mi rostro, y no sabría decir por qué.

«Estoy segura de que tus palabras llegan al corazón de muchísimas personas».

Releo una vez más. ¿Puede ser cierto?

# ¡Es el futuro padre de mis hijos!

*ELISA*

Decir que estoy agotada sería quedarme demasiado corta. Estiro el cuello hacia atrás a la vez que se me escapa un pequeño bostezo, aunque lo intento disimular.

Cuando al fin termino de recoger todas mis cosas, y estoy dispuesta a largarme sin mirar atrás, me fijo en que Gema me observa de forma curiosa.

—¿A dónde se supone que vas? —me pregunta, con una mirada intimidatoria. Quiero responderle que a mi casa, pero por su gesto sé que algo se me está escapando, así que me quedo en silencio—. ¡Hoy es domingo!

Intento recordar, repasando todas las citas en mi calendario mental. Me quiero golpear en la cabeza cuando recuerdo los planes con Gema y Héctor. ¡No puede ser!

Héctor es uno de mis mejor amigos de la universidad. Gema, él y yo nos convertimos en inseparables, aunque últimamente toda nuestra amistad se reduce a una quedada mensual que, por motivos obvios, no puedo cancelar.

—Estoy agotada, Gemita —intento justificarme—. ¿Qué tal mañana? Dile a Héctor que...

Me hace un gesto con el dedo índice y me quedo en silencio. Veo como teclea algo en su teléfono móvil y, en cuestión de segundos lo gira hacia mí, mostrándome una foto de mi querido amigo con un gesto nada amigable. Bufo, sabiendo que tienen razón y que soy una pésima amiga.

—Está bien... —acepto. Estoy bastante segura de que la compañía unida a un *Caramel Macchiato* y una de esas galletas que quitan la respiración a cualquiera con papilas gustativas normales, me vendrá de perlas—. Pero un cafecito y para casa, ¿vale?

Veo como se emociona y comienza a dar saltitos. Le envía un audio a Héctor, notificándole que todo marcha, y nos dirigimos a su encuentro.

Al salir de la redacción me fijo en que Gema mantiene una hermosa sonrisa en los labios, tan hermosa que me dan ganas de pegarle con el bolso en la cara. ¡Seguro que yo estoy horrible!, sobre todo después de tantas horas metida en esa maldita redacción, y con lo que me cuesta mantener el pelo decentemente recogido. ¿Por qué ella parece estar siempre perfecta para cualquier situación?

—¿Seguro que te apetece? Hace un par de horas estabas agotada. —La observo contrariada, parece otra, como si le hubiesen dado un buen chute de red bull.

—Tú misma lo has dicho, Eli, estaba. ¡Ni te imaginas la energía que tengo ahora en el cuerpo!

Comienza a moverse de un lado para otro, como si una música que solo ella puede escuchar sonara por toda la calle.

Me llevo las manos al rostro, muerta de la vergüenza, aunque en el fondo no puedo evitar sonreír. Gema es única.

—«Algo ha cambiado cuando desperté, una sonrisa yo me dibujé»<sup>4</sup> — comienza a canturrear de una forma bastante entonada. Sí, Gema también canta bien, otro motivo por el cual debería de odiarla, ¿es que hace algo mal? Ah, sí, no se le da demasiado bien comportarse como una persona normal.

—¿Desde cuándo escuchas a Bustamante? —pregunto, al reconocer la canción.

—Que ame con todo mi corazón a David Bisbal no quiere decir que no acepte que algunas canciones de Bustamante son perfectamente aceptables. ¡Esta en concreto es lo más!

Sonrío, en el fondo la tengo que adorar. ¿Quién puede no hacerlo? Así es Gema y eso es, sin ninguna duda, lo que la hace tan especial.

Al llegar al Starbucks vemos a Héctor sentado en una esquina, trasteando en su teléfono móvil, pero no tarda en elevar la vista para clavarla en nosotras y sonreírnos de esa forma cómo solo él sabe hacerlo.

—Hola, chicas guapas —nos saluda, elevando las cejas con coquetería.

Se acerca primero hacia mí y me acuna de una forma tan fraternal que me hace sonreír.

Cuando llega el día de vernos no recuerdo por qué siempre retraso tanto este momento. Tal vez sea todo culpa de mi loca obsesión por tenerlo todo bajo control, que me impide reservar un espacio de tiempo para la gente a la que quiero. Después se acerca a Gema y le da un pequeño beso en la mejilla.

Nos notifica que, como tardábamos tanto, ya se tomó la libertad de pedir

su café y, tras recibir un pequeño sermón por parte de mi amiga, se ofrece voluntario para pedir también los nuestros: un *Mocha Frappuccchino* para ella y un *Caramel Macchiato* para mí, ni se me pasa por la cabeza pedir otra cosa; y dos *cookies* de chocolate, por supuesto: una para cada una.

Tan pronto vuelve y lo deja todo sobre la mesa siento como se me empieza a hacer la boca agua.

—A la mierda la dieta —dice Gema antes de llevarse un pedazo pequeño de la galleta a la boca, devorándolo.

No puedo evitar soltar una fuerte carcajada. ¿Dieta? ¿Está hablando en serio? ¿Qué clase de dieta tiene que hacer alguien tan perfecto como Gema? Si yo le contara que arraso con la nevera cada vez que puedo sin importarme qué tanto me puedan crecer las caderas...

—Menos mal que nos dignas con tu presencia, princesa Elisa —me dice Héctor con mucha guasa, llevándose la taza a los labios.

Tuerzo el gesto antes de disculparme.

—Soy la peor amiga del mundo —me lamento. Me sentiría realmente mal si no llega a ser porque él le quita importancia con rapidez con la mano y me dedica otra de sus hipnóticas sonrisas.

Sí, Héctor es uno de los tíos más guapos que pude conocer en toda mi vida. Es de esas personas que roban miradas allá por donde pasan, ya no solo por su sonrisa o por sus preciosos ojos azules. Tiene algo que lo hace muy especial.

Me siento como el patito feo rodeado de cisnes cuando estoy con estos dos.

—Tenemos chico nuevo en la oficina —canturrea mi amiga, ganándose un «uhhh» por parte de Héctor. Le doy un codazo, lo último que necesita Gema es que la animen en sus locuras.

—Cuenta más —la alienta el muy idiota, elevando las cejas—. ¿Está bueno?

Esa pregunta, lejos de lo que creía, está dirigida a mí. Comienzo a toser, sintiendo como el café se me va por el lado incorrecto.

—¿A mí qué me preguntas? —me excuso, perdiéndome de nuevo en el contenido de mi taza.

Comienzo a remover con la cuchara como si eso fuera lo más importante del mundo.

—Te lo tengo que presentar —interrumpe Gema el incómodo silencio que se instauró sobre nosotros—. Así descartamos la posibilidad de que sea gay.

Y así lleva siendo desde que la conozco. Héctor es como una especie de radar para ella que le notifica que tiene pista libre con los tíos.

—En una de estas Miguel se va a empezar a mosquear —dice entre risas—. Demasiadas citas me organizas tú con otros hombres.

—Nah. No tiene de qué preocuparse. Eres demasiado fiel —escupe Gema, como si eso fuera malo.

—Yo acepto a cambio de que tengas cuidado. No te olvides que es un compañero de trabajo.

¡Por fin! Lo miro con los ojos muy abiertos, como si fuera la primera vez que dice algo coherente. Me acerco y le estampo un débil beso en la mejilla. Gema nos observa con un gesto gracioso.

—Pero si no hice nada malo... —Se acerca la pajita a los labios y le da un ligero sorbo a su *frappuccino*.

—Claro, estoy segura de que tus intenciones con el chico son totalmente puras, ¿no? —pregunto, negando con la cabeza. Me mira ladeando una sonrisa.

—Se llama Daniel —matiza.

Le quito importancia con un movimiento de cabeza. Me importa más bien poco como se llame.

—Ni te imaginas lo que detesto no saber nada de él —protesta—. ¡Solo sé su jodido nombre, maldita sea!

Héctor niega con la cabeza con gesto cómico, como dándola por perdida.

—Estuve pensando en organizar una cena, ¿qué os parece? —pregunta tras un breve silencio—. Así le damos la bienvenida a la redacción.

—¿La bienvenida o el pésame? Porque trabajar con Ricardo es un puñetero suplicio —expongo. Héctor me da la razón. A pesar de no tener que soportarlo durante más de diez horas al día, tiene que aguantar nuestras quejas a diario por el grupo de Whatsapp y se puede imaginar lo que supone.

—Lo importante es organizar una cena o algo, para poder intimar un poco más. Ya me entendéis.

Para mi desgracia la entiendo demasiado bien. Lo que no consigo comprender es que esté pensando en eso. Me parece tonto y hasta cruel.

—A ver, Gema, Héctor tiene razón —comienzo, intentando relajar mi tono de voz—. Puedo entender que te tires a todo lo que se mueve fuera del trabajo, pero por el amor de Dios, creí que tenías más cabeza y que no te intentarías acostar con nadie de la redacción.

Observo como tuerce los labios, como dubitativa.

—Es que hasta ahora no tenía con quien hacerlo, Gabriel es tan...

—Tomás —la corrijo de nuevo.

Héctor nos mira a una y a otra como si estuviera en un partido de tenis, sin entender absolutamente nada de lo que decimos.

—Como sea, es tan simplón; Sam a pesar de su edad era bastante mono, pero jamás cambiaría a Patricia por mí. —Suelta una fuerte carcajada—. Y Ricardo pues... —Dibuja una mueca de desagrado en el rostro—. Joder. ¡No me lo hagas pensar! ¿Te lo imaginas desnudo?

—¡Dios, Gema, no! —Me llevo las manos al rostro con espanto. Escucho como Héctor se ríe de nosotras con descaro. Le dirijo una mirada retadora para instarlo a que se relaje antes de volver a clavarla en mi amiga—. A ver, las cosas son simples: tú no quieres una relación y acostarte con un compañero te puede traer problemas, lo verás todos los días y...

—Oye, pues pensaréis que estoy loca pero no me importaría en absoluto tener una relación con alguien como él. —Nos guiña el ojo, de forma coqueta. Niego con la cabeza, no me creo ni una sola palabra—. Es la primera vez que lo veo y digo: ¡Joder, es el futuro padre de mis hijos!

Eleva la voz al decir esto, por lo que varias personas se giran hacia nosotras.

¡Qué vergüenza! Me giro hacia Héctor y veo como se remueve incómodo, claramente tan fuera de lugar como yo. ¿Por qué siempre nos tiene que poner en evidencia delante de todo el mundo?

—Es que no es solo que esté bueno, que lo está, sino que además es culto, ¿llegaste a leer el artículo que escribió?

Niego con la cabeza, ni lo leí ni tampoco tengo pensado hacerlo, para qué mentir. Tengo demasiadas cosas de las que preocuparme.

—Pues es increíble, no sé —murmura—. En cierto modo te entiendo: tú estás loca por un tío del que solo sabes que es culto en exceso, tanto como para ser aborrecido por cualquiera, listo y que te hace sentir mariposas en el estómago al leer las tonterías que escribe en un maldito periódico inglés. Pues a mí me pasa lo mismo.

Suspiro al escuchar la forma en la que define mis sentimientos hacia Edward. Por desgracia todo es muchísimo más complicado de como ella lo intenta puntualizar.

—Venga, Gema, no me fastidies. —Echo la taza hacia atrás y la observo confundida—. A ti te pone porque está bueno y punto, lo demás es secundario.

—¡No me lo puedo creer! —exclama—. ¿Te gusta el nuevo?

Abre la boca como una idiota, solo deseo que aparezca una mosca de la

nada y se la trague.

—¡Por supuesto que no! —protesto horrorizada—. Al contrario que tú yo sí me fijo en más cosas, y no lo conozco lo suficiente.

Me llevo la taza de mi *Caramel Macchiato* a los labios y le doy un pequeño sorbo pero, para mi desgracia, todavía está demasiado caliente.

Como puedo mantengo la compostura. ¡Malditos nervios!

—Pero has dicho que...

—Sí, tengo ojos en la cara y el tío está bueno. ¡Pero ya está! —Hago un gesto como intentando zanjar el tema.

—Vale, chicas... —nos interrumpe Héctor con gran acierto—. ¿Qué tal si hablamos de otra cosa? Que ese tal Daniel está bueno ya nos quedó claro a los tres, y no hace falta alargarlo más.

Gema asiente y comienza a contarnos sobre su noche de ayer. Se explaya mucho más que en la redacción y, a pesar de lo que creía, me alegra el cambio de tema.

Y, sin más, sin saber cómo, el tema de Edward se abre paso en la conversación. Gema le cuenta a Héctor que le hablé, mi amigo alucina y todo se descontrola.

—¡No es para tanto! —me intento justificar, llevándome una mano a la cabeza—. Solo pensé que tal vez sería una buena idea...

—¿Y qué? ¿Qué sabes de él? —me interroga Héctor.

Gema se pone como una locomotora y le cuenta por encima el contenido de su mensaje privado. Me quiero morir. Odio ser el tema de conversación, detesto ser el centro de atención.

Comienzo a darle vueltas a mi café de forma desesperada. Lo único que necesito es que mi mente esté ocupada en otra cosa, y centrar todas mis atenciones en el humeante brebaje puede ser suficiente. O por lo menos es lo que pienso intentar.

—No creo que me vaya a decir nada más —los interrumpo cuando me doy cuenta de que sus locas ideas se están desviando más de lo debido—. No me contestó en toda la tarde... —Suspiro decepcionada.

—Porque igual tiene vida —canturrea Gema a la vez que mueve la cabeza hacia los lados, lo cual me hace sentir todavía más patética de ser posible.

En el fondo tiene razón, toda la razón del mundo. Lo más probable es que se haya pasado toda la tarde ocupado con sus cosas, y yo comprobando cada dos por tres si me había contestado al puñetero mensaje. En el fondo soy idiota.

—Son casi las nueve —dice Héctor, observando el reloj en su teléfono móvil.

Al momento, como si se tratara de una orden implícita, me llevo la taza a los labios y, en un par de tragos, me termino todo el contenido.

—¿Eres tonta?—me pregunta entre risas.

Me imagino que tendré que estar más roja que un tomate, ¿cómo puede ser que el café siga tan caliente después de todas las vueltas que le di sin descanso? Si es que solo a mí se me ocurre pedir un café así en pleno mes de agosto, así que la respuesta a su pregunta es: sí, no cabe duda de que soy tonta.

—Quería decir que ahora sí que puede que te haya respondido, es una hora prudente aquí y hasta en Inglaterra, ¿no?

Asiento con la cabeza, pero es algo que no podré comprobar hasta estar en casa. Gema me hace un gesto con los ojos que no llego a interpretar.

—Joder, eres una carga, tía —exclama ella antes de soltar una risotada—. Míralo en mi teléfono móvil, venga.

Y después de decirlo me pasa el aparato, demasiado grande para mi gusto. ¿Por qué alguien quiere un móvil tan grande? ¿Qué utilidad le dan para necesitar que sea casi del tamaño de un puñetero portátil? Yo para eso ya tengo mi ordenador, no necesito otra cosa.

Cuando me lo ofrece me doy cuenta de que la aplicación del Twitter está abierta, aunque sin sesión. Me siento un poco anticuada, pero no sabía de la existencia de una aplicación de dicha red social. Yo solo utilizo el correo y el Whatsapp. ¿Para qué necesito más?

Después de sopesar los pros y los contras mentalmente procedo a escribir mi dirección de correo y mi contraseña, esa que ahora parece que pongo bien a la primera.

Tiemblo de puros nervios, pero, cuando la puñetera aplicación parece al fin querer cargar mi cuenta, la sensación de vértigo se hace más incontrolable. No tardo en percatarme de la figura de Gema detrás de mí, leyendo el mismo mensaje que leo yo, ¿puede ser más patético?

«Yo también soy español».

Releo una y otra vez. Pienso que soy la única hasta que Gema me da un pequeño golpe en el hombro.

—¿Estás loca? ¡¿Le dijiste que eres española?! —Asiento con la cabeza a

la vez que prosigo leyendo el mensaje, restándole importancia—. ¿Y si es un puto acosador o algo así? ¡¿Pensaste en esa posibilidad?!

Me giro hacia ella confundida.

—Gema de mi corazón, ¿tú tienes idea de lo que significa decirle que vive en España? —responde Héctor por mí—. ¿Sabes cuántos kilómetros tendría que recorrer antes de dar con ella?

Veo como su gesto se suaviza y no puede más que darle la razón. Hasta este momento no sabía que Gema pudiera llegar a ser tan paranoica.

—El destino es caprichoso, ¿verdad? —musita finalmente en un pequeño susurro.

Asiento totalmente contrariada, aunque en el fondo ese es un detalle sin importancia. Yo nunca creí en el destino.

«Llevo viviendo en Londres desde los veinticuatro años, desde que terminé la carrera».

Gema me observa presionando con fuerza los labios. Tal vez ahora tenga que darle la razón: ¿cuántos años tendrá entonces? Me mira y sé realmente qué es lo que está pensando, pero me niego a creerlo. Y de ser así, ¿realmente me importaría?

Le respondo al mensaje lo más rápido que puedo, aunque sin saber muy bien qué decir.

# ¿Realmente puede ser cosa del destino?

## *DANIEL*

Siento la mirada atenta de mi hermana sobre mí, no sé ni por dónde empezar y parece que ella lo nota. Estoy agotado, tanto física como mentalmente, por lo que me tiro hacia atrás en el sofá con más bien poco cuidado, dejando entrever que no tengo pensado buscar nada, al menos no hoy. Escucho como chasquea la lengua antes de acercarse a mí, dejándose caer a mi lado.

—Podríamos preguntarle a los padres de Laura, igual saben de algún piso interesante por ahí. —Me giro hacia ella como si hubiera dicho la mayor barbaridad del mundo.

Laura es la única novia que tuve en mi vida, al menos la primera y única relación seria, con la que había terminado poco antes de tomar la decisión de irme para Londres por un motivo que, por lo que parece, mi hermana desconoce. Tuerzo el gesto, mostrando mi disconformidad con la opción tan disparatada de Flor.

—También podrías meterme veneno en la cena y dejarme morir con dignidad. —Echo la cabeza hacia atrás, abatido—. No pienso hablar con nadie que tenga que ver con esa bruja.

Por si os lo estáis preguntando sí, me puso los cuernos, y no con una persona cualquiera —lo que sin duda también me molestaría, tonto no soy—, sino que, aún encima, fue con el idiota al que yo consideraba mi mejor amigo. Veo como tuerce el gesto, sin saber bien qué decir.

—Pues ya me dirás qué hacemos. —Se lleva una mano a la cabeza, soltando la coleta que mantiene aprisionado su hermoso pelo negro, dejándolo caer sobre los hombros—. ¡Ya está, ya lo tengo!

Eleva tanto la voz que no puedo evitar soltar un respingo antes de levantar la cabeza, observándola con impaciencia.

—Internet siempre es la solución —concluye, encaminándose hacia su

portátil.

No digo nada, solo me limito a lanzar un pequeño suspiro. La idea de alquilarme un piso me parece demasiado ridícula. Me parece de idiotas tener que pagar un dineral por mísero apartamento, aunque solo sea provisional.

Observo como Flor abre su portátil, que ya está encendido, y teclea algo en él; aunque a decir verdad no hago demasiado caso a sus movimientos.

—Daniel, nunca quise meterme en tu vida pero: ¿qué fue lo que pasó con Laura? —me pregunta mientras espera a que su ordenador cargue.

En definitiva no, Flor no tiene ni idea de lo que ocurrió. No puedo más que soltar un fuerte resoplido, es algo que ni pienso ni quiero recordar, al menos no ahora. Al darse cuenta de mi gesto prosigue.

—Todavía no lo entiendo, estabais tan unidos...

—Flor, por favor, no quiero hablar de ella, ¿vale? No ahora.

No quiero que los recuerdos vuelvan a aparecer en mi mente. No puede ser tan difícil pasar página.

—¿Y hay alguien más, hermanito?

Siento su mirada puesta sobre mí y no puedo más que mover la cabeza hacia los lados.

—¿De verdad crees que tengo tiempo para eso, enana? —Al momento escucho como hace rechinar los dientes y comienza a fijar la vista en su portátil.

—Trabajas demasiado para lo poco que te valoran —dice al fin—, deberías de empezar a vivir. Seguro que hay alguna chica guapa en el periódico, ya verás como al final...

Estoy a punto de intervenir en la conversación cuando noto como mi hermana se queda callada, observando algo.

—Vaya, es todo carísimo —dice con resignación.

¿Qué se esperaba? Por eso, sobre todo, lo veo ridículo. Me da un par de golpes en la rodilla para que me levante y lo hago, sin muchas ganas. No puedo olvidar que es ella la que me está haciendo un favor a mí.

—¿Qué te parece este?

Pasa las fotos, una a una. Se trata de un apartamento no demasiado grande, aunque bastante decente. En la descripción nos informa de que se compone de tres habitaciones, un baño pequeño con ducha y una sala con vistas a la casa del vecino. El sueño de cualquiera, vaya.

—Es un piso compartido —apunta, como si no fuera un detalle importante. Suelto un pequeño resoplido, no me apetece nada compartir piso con nadie,

pero sé que es inevitable—. Al parecer son dos hermanos que trabajan en el centro, por lo que solo van a dormir, y estarías cerca del trabajo.

Tuerzo los labios, sé que tiene razón. Esboza una amplia sonrisa al darse cuenta de mi gesto a la vez que se apropia de mi móvil con brusquedad y teclea algo en él.

—Te he apuntado el número de teléfono, llámalos mañana a ver si puedes acercarte a verlo —expone, dedicándome una bonita sonrisa—. Por cierto, ya sabes que no me quiero meter en tus cosas, pero tienes una notificación. —Me guiña un ojo de forma coqueta a la vez que siento el corazón en la garganta.

¿Cómo puede ser posible que a mi hermana nunca se le escape nada?

Observo como coge su portátil y lo cierra antes de llevárselo y salir con él hacia su habitación.

Suelto un pequeño suspiro, estoy bastante seguro de que me estoy volviendo loco. No es posible que pueda sentir ese cosquilleo en mi interior por recibir un maldito mensaje de una chica a la que no conozco de nada, que resulta ser española: ¿casualidad? ¿Realmente puede ser cosa del destino?

Decido abrir el dichoso mensaje antes de que Platón se disponga de mi cuerpo. Detesto ponerme a filosofar de esa forma, yo nunca fui de darle demasiadas vueltas a nada: las cosas suceden y punto. No hay más.

Mis ojos se quedan clavados en una frase, y una discreta sonrisa se sitúa en mis labios de forma involuntaria.

«¿Español? ¿De verdad? Jamás lo hubiera dicho, debes de llevar allá muchos años porque dominas muy bien el idioma»

Desde luego es una manera muy poco sutil de preguntarme la edad, pero en el fondo me parece gracioso. ¿Estoy dispuesto a decírsela?

Al momento centro mi vista en el último mensaje que me envió y no puedo evitar fruncir el ceño.

«Supongo entonces que Edward Parker no es tu nombre real, ¿verdad?»

No tengo pensando decirle mi edad, ni mucho menos mi nombre. Igual

parece una tontería, pero me gustaría seguir manteniendo mi seudónimo oculto, y además algo dentro de mí me empuja a mantener la magia que se instauró entre nosotros. Ella cree que soy Edward, un reconocido periodista. Mejor dejar que siga creyendo eso.

Al parecer la chica también se dedica al periodismo lo que, en cierto modo, le comienza a quitar algo de encanto. Aunque no se trate de la típica persona que me habla por intereses profesionales, ni el típico crítico que me halaga sin parar por no sé cuantas tonterías, en el fondo me esperaba otra cosa.

No sé, tal vez una cajera de supermercado o una abogada. Aunque vamos a ser justos, ¿qué persona de la calle se busca un periódico inglés en España y se interesa por sus artículos? En el fondo es hasta descabellado que mi Hermione sea la típica ama de casa con rulos en la cabeza y cucharón para las lentejas en mano, y... ¿yo quiero eso?

Muevo la cabeza hacia los lados, totalmente confuso. No sé ni qué me espero ni qué quiero de ella. Solo pretendo quitarla de la cabeza y que esa estúpida sonrisa deje de hacer acto de presencia en mi rostro, porque parezco un puto idiota adolescente.

Al momento la figura de mi padre me sorprende, es posible que lleve ahí más tiempo del que yo creo. Me observa de forma curiosa.

—Te está haciendo bien estar por casa —me dice, con una bonita sonrisa en el rostro.

—Pero ya me queréis echar... —protesto.

Niega con la cabeza a la vez que se lleva el vaso de leche a los labios.

—Para nada, Daniel, solo queremos lo mejor para ti. Eso será siempre así —dice, sonriente—. Qué descansas, hijo.

Se acerca a mí y me da un ligero beso en la frente, tal cual como hacía cuando tenía cuatro años. No puedo evitar sonreír.

—Qué descansas, papá —murmuro, más para mí que para nadie más.

No recuerdo el motivo por el cual me fui de España. Bueno, para ser sincero sí lo sé: por la falta de trabajo y la puñalada que acababa de recibir por parte de Laura. Todo eso pesó mucho más que el amor que sentía, y que sin duda siento, por mis padres.

Lanzo un fuerte suspiro para después posar mis ojos de nuevo en mi teléfono móvil, y sin querer sonrío. No sé si es normal pero por algún motivo esta desconocida consigue que hasta los pensamientos más negativos se borren de mi mente de un solo plumazo.

Comienzo a escribir tan rápido como la pantalla del móvil me lo permite,

prefiero no pensar demasiado y dejarme llevar un poco por la situación. Cuando al fin lo tengo escrito lo ojeo.

«¡Bingo! ¡Premio gordo para la señora/señorita! (esto se arreglaría si me dijeras tu edad). Edward Parker nació y murió en el Current Importance».

Sonrío como un tonto al enviarle el mensaje. Sé de sobra que esa desconocida no va a ser para nada lo que yo me imagino, pero a pesar de eso no puedo evitar que algo me recorra por dentro cuando ella me manda un mensaje, algo inexplicable.

Lo cierto es que, por desgracia, ya me había formado una imagen de ella en mi mente: una imagen que estoy seguro que no se acercará, ni de lejos, a la real.

# al más puro estilo Kathleen Kelly y Joe Fox

*ELISA*

Hogar dulce hogar, o por lo menos eso es lo que dicen. ¿Dónde vas a estar mejor que bajo la manta de silencio de tu propia casa?

Es curioso que durante meses, o tal vez años, anhelara este sentimiento de paz, de tranquilidad que solo te puede proporcionar la soledad. Quién me iba a decir a mí que cuando obtuviera esa armonía conmigo misma, iba a sentirme tan sola.

Tiro las llaves sobre la mesa y me dejo caer en una de las sillas con desgana. Me quedo en la misma posición durante un par de segundos hasta que un pitido me sobresalta. Segura de que será un mensaje de Gema lo abro sin más preámbulos.

«¿Qué tal por ahí?»

Sonrío con nostalgia al ver que el remitente es otro: Patricia. Le respondo con un emoticono simulando el «ok» y le devuelvo la pregunta, ya que mi vida aquí sigue igual que siempre: monótona y aburrida.

Me cuenta brevemente —para ser ella—, en unos tres párrafos aproximadamente, como comenzó su nueva experiencia de vida, y me sorprendo al encontrarla animada. Sonrío antes de dar por concluida la conversación.

La voy a echar de menos. Los voy a extrañar una barbaridad a los dos.

Me incorporo, me acerco a la mesa de la sala, donde tengo apoyado el portátil, y me apresuro a encenderlo. Por suerte no es tan lento como la

máquina a pedales que tenemos en la redacción.

Al abrir el buscador me aparece recordada la página de Twitter. Me estoy volviendo loca, tremendamente loca. Esbozo una pequeña sonrisa a la vez que tecleo encima. Me extraño al comprobar que no me pide ni usuario ni contraseña, y no tarda en cargar. Siento como el corazón me va a mil por hora, sobre todo cuando descubro que, en efecto, tengo un mensaje nuevo.

Estoy segura de que fui muy descarada —tal vez por la presión de Gema, que no dejaba de observar lo que le escribía, o puede que todo se deba a que me moría por hacerlo—. No le había preguntado su edad, pero no era difícil intuirlo:

«Para nada, no es que lleve muchos años, es que siempre me gustó muchísimo el idioma»

Se limita a responder sobre ese tema. Tuerzo los labios al leerlo, en el fondo esperaba que me respondiera con un: «no te creas, solo llevo dos años»; o tal vez: «pues sí, llevo cuarenta años viviendo en Londres». En este caso me moriría por dentro pero al menos lo sabría ya.

No puedo evitar sonreír al leer su último mensaje, ahora es él quien intenta manipular la situación para que, en consecuencia, yo le diga mi edad. Me siento como una puñetera adolescente, o ya ni eso: como una colegiala a la que le dan por primera vez un lápiz de colores. No tengo ni idea que es lo que me pasa por la cabeza, pero comienzo a escribir tan rápido como puedo, con los nervios depositados en la garganta.

¿Debo de decirle mi edad? Es tan simple como hacerlo, y a partir de ahí habría dos posibilidades: a) que salga corriendo y no vuelva a saber nada de él jamás; b) esperar un poco más, que él me diga la suya y de ese modo ser yo la que salga por patas y me entierre bajo tierra; o c) que ambos descubramos que estamos hechos el uno para el otro, y que él venga corriendo a mi casa a darme un beso como si no existiera un mañana. Vale, como os habréis dado cuenta dije dos posibilidades básicamente porque la tercera opción ni la contemplo.

Releo una vez más lo que había escrito, con una pequeña sonrisa en los labios. Nunca antes había hablado tanto con nadie, y menos de esa forma tan desenfadada.

«Puedes llamarme señorita, ya que no estoy casada y tengo menos de sesenta y cinco años todavía, hasta los sesenta y cinco me niego a que nadie me llame señora; bueno, o cuando me vean todo el pelo lleno de canas y la cara repleta de arrugas.

Mi edad te la diré cuando me digas tú la tuya, sólo te adelanto que tengo menos de sesenta y cinco y más de veinte, algo ya sabes. ¡Haz cálculos!».

Al final me decanto por la opción b), de escaparme prefiero hacerlo yo.

Me llevo una mano a la cabeza y suelto un fuerte resoplido, creo que nunca en mi vida había estado tan confundida.

El silencio inunda la casa, y eso, aunque parezca extraño, me impide concentrarme. Sin pensarlo dos veces entro en Youtube y tecleo en el primer vídeo que me sale. La mayor parte de las veces no conozco las canciones, pero me da igual, en el fondo solo necesito un poco de ruido en casa. La canción resulta ser *Mira como vuelo* de Miss Caffaina. Suficiente para que me sirva como incentivo para comenzar de nuevo a escribir.

Necesito concentrarme ya que solo me falta un párrafo para terminar con el último artículo del día. Miro el reloj, me quedan al menos un par de horas por delante. Debería de escribir, pero algo me impide pensar, y ya no le puedo echar la culpa al silencio.

Necesito quitarme de la cabeza al puñetero periodista que me está robando el sueño si quiero terminar mi trabajo.

Releo una y otra vez lo que tengo escrito. Escribo y borro sin piedad, presa de la desesperación por terminar de una maldita vez.

No me gusta, tiene que ser algo más llamativo, algo más especial. Nunca tengo problemas con esto. ¿Por qué ahora sí?

Con frustración termino permitiendo que la tentación me invada de nuevo y vuelvo a abrir la página de la red social. Cuanto antes termine con esto, mejor.

Paso la vista por su último mensaje y una pequeña sonrisa surge de mis labios.

«Cuéntame algo de ti»

Y es ahí cuando decido mandar el artículo y todo al carajo.

Recuerdo la voz de Gema preguntándome si estoy mal de la cabeza, pero ella no tiene idea de la confianza que me genera. Tal vez sea una locura, pero ¿qué más da? La primera locura había sido localizarlo y si somos coherentes, pensando en eso, la acosadora tendría que ser yo y no él.

Sin darle vueltas a nada me pongo a escribir. Se me da fatal hablar de mí, pero por algún extraño fenómeno paranormal las palabras brotan solas.

Le cuento que soy de Salamanca pero que llevo desde que comencé la carrera viviendo en Madrid. No menciono el periódico en el que trabajo de pura casualidad, ya que estoy bastante segura de que no lo va a conocer.

Al momento una duda sacude mi mente y abro la página del *Current Importance*, buscando con la mirada algún artículo escrito por él. Me resulta extraño ya que llevo más de un año entrando cada día a leer sus artículos, y nunca había tenido problema para encontrarlos.

Chasqueo la lengua al darme cuenta de que, de nuevo, no encuentro nada y vuelvo a abrir la página en su conversación. Suspiro antes de dejar caer las manos sobre el teclado una vez más.

«¿Por qué no leo nada de Edward Parker?»

Al momento me doy cuenta de que, en efecto, ya me respondió al primer mensaje. Creo que es la primera vez que lo hace tan rápido.

«¿Crees en las casualidades? Igual algún día nos encontramos por la calle sin querer, al más puro estilo Kathleen Kelly y Joe Fox en *Tienes un Email*»

Siento una fuerte opresión en el pecho que me baja hasta la boca del estómago. ¿Está hablando en serio? Por primera vez estoy comenzando a pensar que tal vez no fue tan buena idea decirle dónde vivo. Puede que Gema tenga razón y yo simplemente me esté comportando como una auténtica lunática.

Y al momento otro mensaje ocupa todo mi campo de visión.

«Dejé el trabajo en el Current Importance por problemas familiares».

Me llevo las manos a la boca, olvidándome por completo de todas mis dudas y miedos. ¿Me está diciendo que ya no voy a poder leer nada escrito por él?

Sin saber por qué tuerzo los labios para después hacer un pequeño mohín con ellos, lo dicho, parezco una puñetera colegiala a que le quitan su caramelo favorito de los labios.

¿Confiar o no confiar en él?

Antes de que mi cabeza sea capaz de procesar una respuesta, mis manos toman el control.

«Terminé la carrera hace cuatro años y no repetí nunca, así que tengo... (espero que seas bueno en matemáticas aunque nuestra carrera sea de letras). Y sí, ¡exacto! Todavía no tengo canas ni arrugas, así que llámame señorita, por favor. Y ahora cumple, y dime tú también tu edad. Recuerda que un trato es un trato».

Nervios, muchos nervios. Siento como todo mi cuerpo tiembla sin control. Me levanto con rapidez y me acerco a la ventana, abriéndola y permitiéndome así respirar un poco de aire fresco. ¿Me habré vuelto loca diciéndole mi edad?, ¿qué va a ocurrir ahora? Recuerdo de nuevo la opción «a» de mis dos posibles alternativas anteriores. Tengo claro que se irá corriendo sin decir nada más.

Vuelvo hacia dentro, sintiendo todavía como me tiemblan las piernas. Observo con detenimiento la página principal, solo tengo que recargarla para saber si me ha contestado. ¿Voy a hacerlo? Niego con la cabeza.

En este momento me gustaría tener algún vicio relajante, poder llevarme un cigarro a la boca y después comenzar a sonreír como una idiota; o tal vez beberme un vaso de whisky con hielo de una sentada, pero no me gusta beber, ni tampoco fumar. Como siempre dice Gema: estoy despojada de todo vicio.

Me acerco al teclado de nuevo y comienzo a escribir, como para intentar demostrarle que no me preocupa el hecho de que mi edad le disguste, o que se hubiese decepcionado.

«Y como respuesta a tu pregunta, lo cierto es que no creo en el destino. No creo que haya dos personas destinadas a estar juntas y toda esa historia, pero en las casualidades puede que sí. Al fin y al cabo, ¿qué sería la vida sin ellas?».

Suelto un fuerte suspiro antes de actualizar, una vez más, como había hecho tantas veces antes mi página de Twitter, y de nuevo siento ese retortijón en el estómago cuando veo que tengo un mensaje.

«Antes de nada tienes que saber que toda mi vida he suspendido matemáticas, es mi asignatura pendiente»

No puedo evitar soltar una pequeña risa, aunque más por nervios que otra cosa. Aunque para qué mentir, mi nota más alta en matemáticas había sido un siete en primaria, y de purísimo milagro había aprobado la asignatura en cuarto de ESO.

«Entonces tendrás unos veintiséis, deduzco por mis cálculos mal hechos»

Asiento, con los nervios en la boca del estómago. Recargo de forma incansable la página del Twitter de nuevo pero nada, ni un solo mensaje me llega. Bien, puedo decir ya, definitivamente, que he metido la pata hasta el fondo. ¿Aunque para qué seguir manteniendo el misterio?

Siento una fuerte opresión en el pecho y unas ganas ingentes de llorar me consumen por dentro, que se acrecientan con su siguiente mensaje:

«Espero que tengas unos dulces sueños».

No. Me. Lo. Puedo. Creer.

¿Qué se supone que le tengo que responder a eso? ¿Es una broma, verdad?

Pero un nuevo mensaje me saca de dudas:

«Ah, casi lo olvido. Pensaba decírtelo directamente, pero como tú te pusiste con acertijos dignos de matemáticos avanzados ahí te llevas el mío (recuerda no contar con los dedos, que eso queda feo): súmale cuatro a tu edad.

Buenas noches».

# ¿De verdad estoy dispuesto a dejarlo pasar?

*DANIEL*

Observo como Flor acerca su mano hasta la radio, encendiéndola, y dejando que las risas y las bromas inunden el coche. Intento evitar que un nuevo bostezo brote de mí, pero mi hermana se percata a la perfección y comienza a negar con la cabeza.

—No debería de haberte permitido dormir en el sofá. —Me giro hacia ella, encogiéndome de hombros—. No pegas ojo en toda la noche.

Es cierto que el sofá no es muy cómodo, pero el porqué de mi insomnio no había tenido nada que ver con el sofá, al menos esta vez no.

Por algún motivo que no llego a descifrar una sonrisa surge de mis labios pero, por suerte para mí, mi hermana parece entretenida observando con impaciencia como el coche de delante va pisando huevos, o eso es lo que repite una y mil veces entre maldiciones, a la vez que juguetea con gesto nervioso con las uñas en el volante.

Sin dudarlo más busco mi móvil en el bolsillo derecho de mi pantalón y entro en la aplicación del Twitter. No puede ser que me esté volviendo loco por una chica a la que ni conozco, pero me intriga. Me intriga mucho.

Leo por tercera vez el último mensaje que me había enviado esa noche y de nuevo esa sonrisa idiota inunda mi rostro.

«Qué descanses, Edward»

No puedo evitar un pequeño suspiro que esta vez si llega a los oídos de mi hermana, ya que me observa curiosa. Intento disimularlo observando de forma

persistente por la ventanilla del coche, pero sé que no funcionará.

—¿Estás nervioso? —Bueno, por lo menos piensa que tiene que ver con el trabajo.

Me muerdo despacio el labio inferior a la vez que muevo la cabeza hacia los lados.

—Ni que fuera un novato, Flor. —La miro con una pequeña sonrisa, todavía con la aplicación y su mensaje abierto en el móvil.

Observo como vuelve su mirada hacia delante, continuando con las maldiciones, así que yo regreso a lo mío.

Desbloqueo el móvil de nuevo y, después de armarme de valor, comienzo a escribirle un mensaje. Simple pero directo:

«Espero que tengas un lindo día»

Le doy a enviar casi sin haberlo pensado. Yo nunca fui tan cursi, jamás, ni siquiera sé porque sigo manteniendo relación con una chica a la que no conozco de nada.

—Acuérdate de llamar a los chicos del piso —me dice, girándose algo hacia mí. Lo había olvidado por completo pero asiento, solo me falta que mi hermana me eche una bronca por tener el cerebro del tamaño de un mosquito —. Ya me dirás a qué hora te vengo a buscar, ¿vale?

Muevo la cabeza de arriba abajo. No me apetece tener que molestar a mi hermana con esto, pero odio tener que dejarlos sin coche en casa. Nunca se sabe si lo pueden necesitar.

Las risas parecen haber cesado en ese programa de radio, ya que la canción *Quiero que sepas* de Juan Magán resuena por todo el vehículo. Veo como Flor la comienza a tararear y mueve la cabeza al son de la música, y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa.

La verdad no sabría decir si es por la compañía, o porque tal vez el tráfico a estas horas es algo más fluido, pero el camino se me hace mucho más corto. Me despido de mi hermana con un pequeño beso en la mejilla, después de darle las gracias y jurarle que llamaré a los chicos para ver el dichoso piso.

Apresuro el paso todo lo que puedo, hasta que algo me obliga a paralizarme. Siento que alguien me observa, y no tardo en girarme para buscar esa mirada penetrante que, obviamente, no está.

Cada vez que regreso a España la veo entre la gente. Sé que no es ella, pero siempre me da esa tonta impresión.

Estoy seguro de que si se lo confesara a algún profesional me diría que sigo perdidamente enamorado de ella, o que tal vez tengo que pasar página de una puta vez. Puede que incluso me animara a enfrentarla, pero es que no quiero. No quiero saber nada qué tenga que ver con ella.

Durante los primeros meses en Londres recibí un montón de llamadas y mensajes por parte de ambos, que, como es obvio, ignoré. Desde el momento en que decidí dejar todo atrás supe que la primera página que tenía que romper era la de Laura.

Fue difícil, ya que fue mi primer amor y compartimos un montón de cosas juntos, pero al final terminé pasando ese maldito capítulo de mi vida. O eso es lo que creo.

Meneo la cabeza hacia los lados, antes de lanzar un fuerte suspiro y aproximarme a la puerta de la redacción. La abro y, según lo hago, me encuentro con la misma mujer que estaba ayer detrás de la mesa de la entrada observándome con el ceño fruncido. Me acerco a ella, sonriente, con la intención de recordarle quién soy cuando, sin previo aviso, cambia su expresión y me da los buenos días antes de volver a sus quehaceres. Al parecer termina por acordarse de mí.

Observo a una de las chicas de ayer, la desconocida de la cual no sé su nombre, colocando una pila de documentos encima de la mesa, y una pequeña sonrisa brota de mis labios sin querer.

Tiene como doscientos papeles por lo menos colocados en tres montones dispares y sin mucho orden. Parece desesperada, como si no supiera en que montón colocar cada uno de los que le faltan.

Escucho que resopla y se lleva su mano derecha al pelo, colocando un mechón rebelde que habría brotado de su bastante imperfecto recogido, pero que en el fondo le da un aspecto atractivo. Me acerco a ella, sin hacer mucho ruido y carraspeo antes de hablar:

—Buenos días. —Se gira con rapidez hacia mí, provocando que uno de los montones caiga al suelo en su totalidad, desparramándose por todos lados. Escucho como maldice antes de llevarse las manos a la boca—. Vaya, siento haberte asustado...

—No, para nada, la culpa es mía —farfulla antes de agacharse.

Escucho como protesta antes de alargar su mano para agarrar uno de los papeles.

—Perdona mis modales, no estoy comenzando bien el día... —Se levanta de nuevo, dejando todo en el suelo tal cual está.

Le quito importancia con una sonrisa. Veo como intenta responderme del mismo modo, y finalmente lo consigue. Estoy totalmente seguro de que es la primera vez que la veo realizar ese gesto, y tengo que reconocer que, no sé por qué, pero me fijo que tiene una sonrisa preciosa.

—Me llamo Daniel —me presento.

Presiona los labios antes de animarse a responder:

—Buenos días, Daniel. Yo soy Elisa.

Baja la cabeza tras decir esto y vuelve de nuevo a las maldiciones iniciales. Sonríó al verla, qué chica más curiosa.

Se agacha para seguir con su quehacer de recuperar todos los papeles esparcidos por el suelo.

—Cuando piensas que nada puede ir a peor pues... ¡va! —gruñe. Deja caer de malos modos uno de los documentos y me acerco a ella para ver qué ocurre. En efecto, tiene razón.

Dibujó un gesto de disgusto al darme cuenta de que parte de la hoja está algo dañada.

—No te preocupes —la intento tranquilizar—. Eso tiene solución.

Me agacho y me apropio del papel. Lo cierto es que no es la primera vez que me ocurre algo parecido. Durante los últimos años en el *Current Importance* tuve una secretaria muy maja y todo eso, pero que no era nada cuidadosa. Cada día me encontraba con algún detalle por el que quería colgarla de un campanario, pero era tan buena, tan noble y dulce que jamás pude echarla. Siempre terminaba arreglando yo los pequeños defectos que hacían que quisiera ahorcarla.

Desdoble con cuidado el papel y busco con la mirada un peso fuerte.

—Eso no funcionará —susurra.

Mujer de poca fe.

—No quedará perfecto así, no. De hecho te daré un par de tips para que lo arregles después en casa —expongo, guiñándole un ojo. Veo como relaja el gesto, y eso me agrada—, pero servirá para que nadie lo note a simple vista.

Dejo el papel sobre la mesa, poniéndole encima una de las carpetas, y le digo que no se le ocurra levantarla en un rato. La idea es que quede bastante decente y que, en medio de tanto papel, no se note la diferencia.

Veó como suspira con alivio y entreabre los labios para decir algo, supongo que para agradecerme, cuando un torbellino aparece ante nosotros.

Me quedo pasmado al apreciar la energía que tiene esa mujer por las mañanas.

—Buenos días, Gema —la saludo con amabilidad. Veo que se sorprende al ver que recuerdo su nombre y me hace ojitos.

Tal vez debería de haberle llamado Mónica, Cristina o, tal vez, Teodora, para así evitar que se cree falsas ilusiones pero... ¡Madre mía! Solo tengo buena memoria, ¡eso es todo! Sobre todo para las caras y los nombres, no olvido uno por muchos años que pasen.

Se gira hacia la otra chica, que ahora sé que se llama Elisa, y comienza a hablar con ella en modo cuchicheo. Me dejo caer en la silla con gesto divertido. Me río de la situación, ya que está claro que no le pega a Elisa ese comportamiento. No parece para nada una chica «de esas» que hablan de los demás entre susurros.

Pero todo parece helarse cuando Ricardo hace acto de presencia. Parece el hombre de hielo, o algo parecido. Las chicas se quedan en silencio y yo me incorporo de nuevo, con esa educación que me inculcaron mis padres desde niño.

—Buenos días, Daniel —dice, acercándose a mí.

Me espero una crítica a mi trabajo de ayer, ya sea positiva o negativa, pero me sorprende dejando una carpeta sobre mi mesa sin más. Creo que le dirijo una mirada un tanto extraña ya que prosigue:

—Este es el artículo de hoy. Trabajarás con Tomás.

¿Y Tomás es...? Quiero preguntar, pero me limito a asentir. Lo cierto es que no son demasiados, así que me animo a creer, de hecho hasta sería capaz de apostar, que es el chico de la última mesa.

*¡Bing, bing, bing!* Premio gordo para mí.

Al momento escucho como la rubia suelta una maldición y me giro hacia ella con gesto divertido. ¡Qué mujer! Me río al ver como tuerce los labios e intenta evitar un gesto de hastío.

—Esto es un desastre —masculla.

Elisa se inclina un poco sobre el papel que porta la rubia y asiente. Juro que no estoy entendiendo nada.

—Compañías de viaje *low cost* —expone ella con fastidio, mostrándole el papel que le había dado Ricardo momentos antes. Creo que se termina percatando de mi mirada porque se gira hacia mí antes de comenzar con su explicación—: En Madrid pasan cosas, pero no somos nosotros los que las contamos.

Creo que me metí en la boca del lobo. Pasar de trabajar en un periódico como el *Current Importance* a esto es un cambio muy brusco, de hecho cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Bufo. Lo cierto es que sé que tuve suerte de conseguir el empleo, y más con tanta rapidez, así que no pienso protestar: es lo que hay y punto.

Clavo la vista al fondo de la redacción. El tal Tomás —con el que en teoría tengo que colaborar hoy— está aporreando el teclado sin mucho glamur, con una desesperación terrible. Presiono los labios intentando evitar un quejido: odio a la gente que hace eso. ¡El pobre teclado no tiene la culpa de nada!

Me acerco a él y me presento con diplomacia. Veo como eleva la mirada antes de suspirar.

—Perdona, estoy algo despistado hoy —se excusa con rapidez. Se levanta y me extiende la mano. Me notifica que, en efecto, es Tomás, y que tiene que escribir un artículo sobre fútbol.

Deportes, genial. ¡Mi especialidad!

—¿Te puedo ayudar? —pregunto. No pienso decirle que Ricardo me ordenó que trabajara con él. Por su estado nervioso tengo muy claro que su confianza en sí mismo es nefasta, y lo último que necesita es que yo le dé la estocada.

—Te lo agradecería —dice, derrotado.

Se tira hacia atrás, permitiéndome acceder a su ordenador.

Sonríó encantando conmigo mismo. ¡Soy el mejor! Acercó una de las sillas y me siento a su lado.

Comienzo a pasear la vista por su artículo y me doy cuenta de que eso no tiene ni pies ni cabeza. Aunque a decir verdad, al no haber visto el partido, no tengo idea de lo que habla. Chasqueo la lengua a la vez que me llevo una mano al pelo y lo alboroto con poco cuidado.

—¿Esto no tendría que haber salido en el periódico de hoy? —pregunto con asombro.

Veó como presiona los labios y se encoge de hombros. Suelto un pequeño resoplido. ¿Qué más sorpresas me voy a encontrar? ¿Por qué no hay nada bien organizado?

Siento como la sangre me hierva sin control. ¿Cómo pueden ser capaces de trabajar en un sitio así? Me veo tentado a preguntárselo, pero después de darle varias vueltas en la cabeza decido no hacerlo y me limito a mi trabajo: yo no soy quién para criticar nada.

Respiro y aspiro un par de veces, intentando controlar los nervios. Es lo que hay, Daniel. Estás en España, con tus padres. ¡Y esto es lo que hay!

Vuelvo la vista al artículo y, de repente, recuerdo algo:

—No pude ver el partido ayer —expongo en voz alta. Para ser sincero, ni recordé que lo había.

Fijo la vista en el resultado y sonrío. No soy muy de fútbol pero, como todos, tengo mis preferencias.

Veo como Tomás se encoge de hombros como si mi revelación no tuviera importancia.

—Yo tampoco lo vi, ni siquiera me gusta el fútbol, he leído ciertos comentarios y...

—Olvídate. No puedes fiarte de eso. —Comienzo a teclear algo en el buscador. Él me mira asombrado, sin tener ni idea de lo que hago. ¿Ya es tarde, no? Pues por lo menos entregaremos un trabajo bien hecho—. Vamos a ver el partido.

Me mira asombrado. Siento que va a protestar, posiblemente porque Ricardo no estará de acuerdo con que se pierda el tiempo con esas cosas en la redacción —supongo que prefiere el trabajo mal hecho al bien documentado—, pero al final, después de ver como el susodicho se larga a toda prisa hacia la cafetería, acepta.

En el fondo tiene que darse cuenta de que no puede hacer un buen trabajo de otra forma. Me ofrece uno de sus auriculares para así no molestar a las chicas, que parecen muy entretenidas con sus labores —o tal vez aburridas—. Fijo la vista en Gema, a quien le cuesta horrores mantener la cabeza levantada; mientras que Elisa suelta pequeños bufidos cada dos por tres.

El partido comienza y, durante noventa minutos, no prestamos atención a otra cosa. De hecho no estoy para nada seguro de que Ricardo no haya regresado.

—Vaya mierda que llevaba escrita —murmura, no puedo evitar reírme ante su comentario: yo no lo habría definido mejor—, pero te juro que lo había leído en un foro.

No lo dudo, amigo.

Terminamos el artículo entre los dos, aunque para ser sincero lo terminé haciendo yo solo. Tomás me mira entre asombrado y contrariado, pero no pone ningún tipo de objeción en que se lo enviemos a Ricardo.

Siento una pequeña vibración en el bolsillo de mi pantalón y no puedo evitar sonreír como un idiota, pero mi sonrisa se difumina al darme cuenta de

que no es lo que yo creía. Se trata de una simple notificación del correo electrónico. Chasqueo la lengua, seguro de que se tratará de algún tipo de propaganda, pero aun así accedo a abrirlo.

Me sorprendo al percatarme de que no es en mi cuenta personal, sino en el correo que me había abierto la empresa en su momento, lo cual todavía me extraña más. Me levanto de la mesa, acercándome a una de las pequeñas ventanas, y me apoyo contra la pared.

Se trata de un mensaje de uno de los responsables de recursos humanos, lo abro totalmente contrariado y me dispongo a leer:

«Le informamos de que a partir del día de mañana todas sus cuentas quedarán cerradas de forma permanente.

En un plazo máximo de veinticuatro horas sus cuentas de correo electrónico, Twitter y Facebook, así como su usuario en la página web del periódico quedarán clausurados por motivos de interés de la empresa.

Un saludo»

Podría jurar que en este instante el corazón me deja de latir. La que en teoría tenía que ser una buena noticia, o así lo habría sido en cualquier otro momento, se acaba de convertir en una verdadera putada.

¿Qué voy a hacer ahora? El móvil vuelve a vibrar, pero esta vez sí que viene de la aplicación del Twitter.

Resoplo con fuerza. ¿Voy a dejar que todo se quede en eso? ¿De verdad estoy dispuesto a dejarlo pasar? Mis ojos se adueñan del control de mis actos y buscan a cierta chica. No sé ni por qué lo hago, pero al percatarme de la tontería que acabo de hacer niego con la cabeza.

Entro en el mensaje con la única intención de dejar de pensar y lo leo, una y otra vez, sin poder evitar que las lágrimas se acomoden en mis ojos. No sé ni qué me ocurre, pero siento que esto se ha terminado aquí.

«Buenos días, Edward. Espero que el día te esté tratando mejor que a mí. ¿Hablamos por la noche?»

# ¿Cómo puede sacarme tanto de mis casillas?

*ELISA*

Vacaciones, me encantaría ir de vacaciones. Hace tanto que no las tengo.

Dirijo una breve mirada hacia Gema, quien también parece enfrascada en su trabajo. Me encantaría proponerle que nos fuéramos a París, a Barcelona, o tal vez a Móstoles<sup>5</sup>, ¡qué más da! Lo único que me importa es poder huir de aquí y dejar de trabajar durante, al menos, veinticuatro horas.

—Esto es un auténtico coñazo —dice Gema, sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Salimos después a algún lado? Te invito a un café.

—No cuento con terminar a una hora decente hoy —respondo, totalmente ida—, y creo que tú vas por el mismo camino.

Escucho como refunfuña y dice algo entre dientes, aunque para ser sincera no le hago mucho caso. Estoy demasiado enfrascada en mi tarea.

—Es que quiero que hablemos de la cena que vamos a organizar —dice sin más. Al momento pongo la vista sobre ella. ¿De qué cena me habla? ¿Qué me he perdido?—. La cena de bienvenida, ya sabes.

No puedo evitar torcer los labios. Me había olvidado por completo de esa maldita cena. Desde luego Gema parece haberse vuelto loca.

—Olvídalo, o al menos no cuentes conmigo —respondo, fijando mi vista de nuevo en el ordenador.

Solo de pensar en la imagen que tiene que tener el nuevo de mí se me suben los colores. Había hecho por completo el ridículo con él, me había comportado como una idiota. ¿Cómo se me había ocurrido ponerme a temblar como una adolescente? ¿A qué mujer adulta le tiemblan hasta las pestañas por estar en presencia de un hombre? Patética, realmente muy patética. ¿Y ahora Gema se piensa que me voy a meter en algún recinto cerrado, fuera del trabajo, con él? ¡Ni loca!

—Eres un puto muermo, Eli, ya no recuerdo la última vez que aceptaste algún plan divertido más allá de salir a tomar un café. Ahora eres una sosa y una...

—¡Ya basta, Gema! —me apresuro a cortarla—. Es verdad que estos últimos meses he estado un tanto liada con el trabajo, pero...

—¿Vendrás? —me pregunta, esperanzada. Suspiro.

—No lo sé. Mira, deja que el chico se adapte primero a esto, y después, tal vez...

No me deja terminar ya que se abalanza sobre mí dándome un sonoro beso en la mejilla. Me río ante el gesto.

—Es que está tan bueno... —Se gira sobre sí misma, observándolo sin ningún tipo de pudor.

Para ser sincera, yo me moriría de la vergüenza en su lugar, pero es que Gema siempre fue una desvergonzada. En fin, para que voy a negarlo, mi sueño es ser como ella, echarle ese morro a la vida.

—Daniel, ¿te vendrías a una cena este fin de semana? —pregunta sin más, como si sus palabras no hubiesen pasado primero por su cerebro.

Me quedo estática, observando el infinito, intentando desviar la atención de esa ridícula conversación como si no me importara que Gema acabe de perder la poca cordura que le quedaba.

—Es un ritual en la empresa, siempre hacemos una cenita de bienvenida y unas copichuelas. ¡Ya sabes! —exclama sonriente. No lo sé porque la esté viendo, sino porque reconozco su tono de voz jocoso. Muchos años de práctica.

Agradezco más que nada en el mundo estar de espaldas a él porque mi cara tiene que ser un poema en este momento.

—Pues... —escucho como balbucea.

Está buscando una excusa, lo sé, yo hago eso mismo: balbuceo como una idiota con la única esperanza de que una tonta excusa llegue a mi mente.

Lo normal es que esas excusas sean demasiado bobas, tanto como para que no me cuelen y al final tenga que acceder al plan o, en caso contrario, ser sincera y alegar un simple «no me da la gana». Con el tiempo aprendí que eso es lo más útil y, a su vez, lo más sencillo. Aunque quedas como una borde asocial, pero al final sales ganando, ya que esas ofertas disminuyen. Excepto con Gema: ella nunca se rinde.

Sin pensarlo una pequeña sonrisa se va formando en mi rostro, no sé ni por qué lo hago, ni por qué lo pienso, pero en cierto modo me siento

identificada con él.

Gema me da un par de toques en el hombro para que preste atención por lo que me veo obligada a girarme hacia ellos.

Al fijar mi vista sobre él puedo observar cómo se acaricia la nuca con nerviosismo.

—¿A qué es un ritual, Eli? —me pregunta dejándome en una situación un tanto incómoda.

—La verdad... —Ahora soy yo la que balbuceo como una idiota. Daniel fija su vista sobre mí y una pequeña sonrisa surge en sus labios—. ¡Claro que sí! —respondo al fin, aunque no sé por qué lo hago ya que es una absurda mentira.

Nunca organizamos ninguna cena en todos los años que llevamos aquí. Ninguna.

—Bueno, si es como una especie de costumbre de la empresa supongo que no podré negarme —responde con esa tonta sonrisa en los labios.

Gema se acerca como una gacela a él, abrazándolo por el cuello. Escucho como el chico suelta una fuerte carcajada pero no protesta. ¡Si es que son todos iguales!

Me giro de nuevo hacia mi ordenador, en un estado de confusión que ni yo misma sé cómo definir. Me molesta, eso es un hecho, aunque no sé ni por qué me importa lo que hagan esos dos idiotas. ¡Son libres de hacer todas las tonterías que se les antoje!

Presiono con fuerza un labio contra el otro a la vez que comienzo a leer por encima todo lo que llevo de artículo una vez más.

—Voy a por un chocolate a la máquina, ¿quieres uno?

Niego con la cabeza de forma sistemática, sin racionalizar las palabras de Gema.

Al momento la veo desaparecer escaleras arriba. Nunca lo entenderé, tenemos una cafetería justo al lado y ella sigue prefiriendo el chocolate caliente de la horrible máquina de café: inexplicable pero real.

Me enfrasco en mis cosas, hasta tal punto que no me percató de la presencia de una persona muy cerca de mí. Suelto un pequeño respingo cuando siento su respiración invadiendo mi espacio personal. ¿Es qué está mal de la cabeza? Me hago la tonta, paseando la vista por la pantalla, con los nervios a flor de piel.

—¿Qué pensarías si un chico te pidiera tu número de teléfono? —pregunta como si tal cosa. Suspiro justo antes de hacer girar la silla para encontrarme

de pleno con la mirada azul de Daniel.

Intento sonreír, aunque todo mi cuerpo esté temblando.

—¿Me estás pidiendo el teléfono? —pregunto con coquetería.

¿Con coquetería? Madre mía, ¿pero qué me pasa? Comienzo a hacer aspavientos con las manos. Seguro que le estoy ofreciendo un espectáculo digno de *El club de la comedia* o algo parecido. Qué patética soy. Me recompongo como puedo y dirijo la vista a mi ordenador, haciéndome la tonta. Intento dejarle claro con mis actos algo así como «no me importa tu respuesta, nene. Qué te quede clarito», aunque por dentro me esté muriendo.

—No, solo es una pregunta. Digamos que es una especie de estudio — responde con una superioridad que me pone enferma. El tipo sabe que está bueno y lo aprovecha todo lo que puede—. Como periodista, ya sabes.

Chasqueo la lengua. ¿Un estudio de qué? Lo miro con el ceño fruncido.

—Solo me interesa saber que pensarías si yo ahora te pidiera el teléfono. ¿Me lo darías?

Me giro de nuevo hacia él. Fijo la vista en sus ojos y una descarga eléctrica me recorre entera.

Desvía la vista, Elisa, desvía la puta vista.

Carraspeo, intentando ganar un poco de tiempo, con la única intención de que la sangre me riegue el cerebro. ¡No soy tonta! ¿Pero por qué nunca tengo buenas salidas en momentos así?

—Oh, pues claro, espera.

Improviso. No sé ni por qué quiero que espere. Busco con la mirada y localizo un fajo de papeles. ¡Perfecto! Comienzo a garabatear algo en uno de ellos, y tan pronto termino se lo ofrezco.

—Llámame esta noche. Nos tomamos una copa y si quieres después nos acostamos —le digo con una falsa sonrisa en los labios.

Ahora es el turno de Daniel de mirarme contrariado, pero agarra el papel entre sus manos y lo lee, cambiando de repente su semblante por uno mucho más cómico.

—¿De verdad?

Me lo muestra, como si yo no supiera lo que había escrito.

—¿Estás segura de que nunca, jamás, me darías tú número de teléfono?

Siento como se acerca a mí, apoyándose en la mesa de una forma realmente sexi. ¿Pero por qué pienso eso? Sexi no, patética. Eso, es muy patético todo él. Resoplo y vuelvo la vista a mi ordenador.

—¿Siempre eres tan cansino? —pregunto, intentando dejar zanjado el tema

de una buena vez.

La verdad es que solo necesito que desaparezca de mi campo de visión. Por algún motivo su presencia me está turbando más de lo que me gustaría admitir.

Observo por el rabillo del ojo como ladea una hermosa y seductora sonrisa. Si mi dignidad como mujer me lo permitiera ya le habría dado mi número de teléfono, la dirección de mi casa y, muy posiblemente, la talla de mi sujetador si él me la pidiera.

—No, solo insistente...

Me agarra por el mentón con un cuidado que me deja desmontada en cuestión de segundos, haciéndome girar de nuevo la cabeza hacia él.

No sé por qué, pero en ese momento siento una fuerte electricidad entre nosotros, y creo que él siente lo mismo ya que quita la mano con rapidez, acariciándose con cuidado la nuca. Escucho como carraspea un par de veces.

—¿Y crees que tu amiga Gema me lo daría?

No puedo evitar sentir una fuerte patada en el estómago. ¿Está hablando en serio?

—Ah, mira tú por dónde... ¿Ese es el motivo de tu estudio, no? —Me mira con el ceño fruncido, como si no entendiera de lo que le hablo—. Venga ya, no te hagas el tonto, te mueres de ganas de quedar con Gema, como cada hombre existente en este maldito planeta.

Sé que estoy elevando la voz más de lo normal. Por suerte para mí, mi amiga parece que mantiene una entretenida conversación por teléfono y no se percata de nada.

—No temas, querido, ella no es como yo: te dará su número sin dudarlo. —Y con ello doy por concluida la conversación.

Me giro de forma violenta hacia mi ordenador y comienzo a teclear sin parar, aunque no sé bien lo que hago: básicamente estoy copiando de nuevo todo lo que llevo escrito.

Observo el gesto contrariado de mi nuevo compañero antes de salir hacia la mesa que está justo detrás de mí, la que antes ocupaba Samuel.

¿Por qué me molesta tanto? ¡Por el amor de Dios! Según lo vi me di cuenta, supe que estaba predestinado a Gema. Como tantos, como todos.

Me siento como una idiota, como la persona más idiota del planeta. Quiero huir de ahí, levantarme y meter la cabeza debajo del grifo de agua fría del baño, pero si me levanto se dará cuenta de que tiene dominada la situación, así que ahí me quedo: con los labios apretados y una amarga

sensación en el pecho.

Las ganas que tengo de trabajar son inexistentes. ¿Por qué consigo alterarme de esa manera? Es inexplicable.

Sin darle más vueltas al asunto bajo todo lo que puedo el brillo a la pantalla de mi ordenador, de esta forma con el sol que está entrando por las ventanas sé que nadie podrá ver lo que hago, y entro en mi página de Twitter.

Antes de poner mi usuario y contraseña me giro hacia atrás. Observo que Tomás está muy entretenido con algo en su ordenador mientras que Daniel observa su teléfono móvil con insistencia. ¿Estará pensando como pedirle el puñetero número a Gema? Ni que fuera tan complicado, estoy segura de que mi amiga se lo dará escrito en sus malditas bragas si hace falta.

Me giro de nuevo, entre cabreada y confundida, y pongo mi usuario y contraseña, algo que en estos últimos días se ha convertido en un puñetero ritual. Me sorprende a mí misma totalmente entera, tranquila, cuando veo que tengo un mensaje. Hasta ese momento siempre había temblado por dentro, ¿qué tiene el idiota del nuevo para sacarme tanto de mis casillas? Chasqueo la lengua a la vez que espero impaciente a que el mensaje se abra.

«Mi día no está siendo mejor, primer día de trabajo y ya estoy haciendo enemigos, y además me han avisado que me van a clausurar todas mis cuentas: Twitter, Facebook y correo electrónico, ya que en teoría Edward Parker es de su propiedad. Así que supongo que aquí termina nuestra historia, ¿no?»

Fue un placer conocerte, pequeña Hermione. Hasta siempre.»

Siento un fuerte dolor en el pecho. ¿Todo se termina aquí? Noto como millones de lágrimas se adueñan de mí y no puedo evitar que una de ellas brote para desencadenar en el borde de mis labios. No puede estar hablando en serio.

Sin saber por qué me giro de nuevo, observando el rostro compungido de Daniel. Ser como soy nunca me trajo nada bueno, absolutamente nada.

No estoy segura, nada segura, pero lo voy a hacer.

Le contesto al mensaje. No pienso dejar que ese hombre desaparezca de mi vida, no ahora. Le doy mi número de teléfono y, al segundo, entro en mi cuenta de Whatsapp para eliminar todo aquello que pueda identificarse conmigo: foto de perfil, estado e incluso el nombre, cambiándolo por una

simple E.

# Jamás entenderé a las mujeres

*DANIEL*

Ya es oficial: No entiendo a las mujeres.

Puede que me haya dejado llevar un poco por la situación, pero la pregunta no tenía ninguna tilde de maldad, al contrario. No me quiero ni imaginar qué estupideces se le habrán pasado por la cabeza para decirme todo lo que me dijo.

Observo de nuevo mi teléfono móvil y siento una fuerte opresión en el pecho. Ya está hecho, ya me he despedido de ella. Ya no hay vuelta atrás.

Necesitaba saber qué hacer, está claro que la chica desconocida no es como Gema: se parecería más a la histérica de Elisa. Más en el sentido de responsable y todo eso, porque espero que no esté tan mal de la cabeza, sino está claro que estoy haciendo lo correcto poniendo distancia entre nosotros.

Sin querer abro mi mano derecha, donde todavía tengo el papelito que me dio la histérica momentos antes y lo vuelvo a releer. La verdad es que me da igual, ni quiero su maldito número ni estoy molesto por su rechazo, solo necesitaba saber su maldita opinión. Necesitaba que alguien me guiara y me dijera como debía actuar, y gracias a ella supe que lo de pedirle seguir en contacto no era una buena opción.

Siento como mi móvil comienza a vibrar y doy un breve respingo, pero al momento me doy cuenta de que no tiene nada que ver con una simple notificación, ya que no deja de hacerlo.

Observo la pantalla, se trata de un número desconocido. Tuerzo los labios, casi nadie tiene mi número. Contesto sin dudar.

—Hola, Daniel. ¿Qué tal te va? —me pregunta como si me conociera de toda la vida—. Perdona, igual no te acuerdas de mí: soy Margarita, la madre de Laura.

No puedo evitar atragantarme con mi propia saliva al escuchar su nombre.

—Hola, Margarita —saludo con educación.

Intento coger aire. Nunca había tenido mucho trato con los padres de Laura, aunque no porque no fueran majos, sino porque ella siempre intentó mantener nuestra relación un poco al margen de todo.

—Justo ahora me pillas en el trabajo.

No sé si lo digo como excusa o porque realmente me preocupa el hecho de que Ricardo me vea con el móvil, siendo como es ese hombre no creo que le sienta muy bien. Me giro y observo con detenimiento su puerta, todavía cerrada, y suelto un pequeño resoplido molesto por no tener la excusa perfecta para poder colgar la llamada sin más.

—Lo sé, estoy con tu hermana ahora mismo. —¿Y esto me tiene que extrañar?—. Me comenta que estás buscando piso.

Le respondo que sí, pero intento demostrarle que no necesito la ayuda de nadie que tenga que ver con la ex que me rompió el corazón en mil pedazos y jugó al fútbol con ellos sin piedad. Le hablo brevemente del piso que me encontró Flor, y me sorprendo al ver que está al tanto de todo.

—Me ha dicho que estás trabajando en el Crónica. ¿No es así?

Me muerdo el labio inferior. Mataré a Flor, ¡por supuesto que lo haré! No puedo más que responderle que sí, que en efecto está en lo cierto.

—Pues tengo uno perfecto para ti. Está justo al lado, como mucho a cinco minutos.

Me comienzo a mover con gesto nervioso. Sé que no es un favor, ella se dedica a eso, pero aun así me fastidia que tenga que ser la madre de Laura. ¿Por qué ella? ¿Por qué Laura tiene que saber mi dirección? ¿Por qué tiene que saber que existo?

—Además está muy bien, Daniel, yo creo que es una muy buena opción. Tu hermana acaba de ver las fotos y quedó encantada.

Acepto, totalmente obligado por la situación y le miento. Porque no, nada me parece bien.

Para ser sincero me corre prisa, y si hoy me libro de ir a ver el otro piso llegaré antes a casa, por lo que podré por lo menos darle un beso de buenas noches a mi madre.

Escucho como suelta un pequeño grito de alegría. Me dice que lo arregla todo con Flor, que le da las llaves y la dirección para que me pueda mudar cuando quiera, antes de colgar.

Suelto un pequeño resoplido y me dejo caer de nuevo encima de la silla. ¿Cómo puede haber cambiado tanto mi vida? Pasé de tener un buen trabajo en

uno de los periódicos más importantes de Inglaterra y vivir solo en un piso en pleno centro de Londres, a esto.

Lo peor de todo es que me encanta mi situación actual, puede que nunca lo vaya a decir en voz alta, pero cambiaría mil veces mi anterior vida por esta.

Siento una corriente eléctrica cuando observo una nueva notificación en el móvil. Maldigo al asqueroso aparato por no haber vibrado para avisarme mientras abro el mensaje de Twitter. Sé lo que es, y con ello solo consigo afligirme un poco más de lo que ya estoy. Siempre odié las despedidas.

Por primera vez no siento los nervios en la boca del estómago, sino una cierta tristeza depositada en algún punto cerca del corazón, y sé que estoy sonando cursi, pero ahora mismo es lo que siento. Su mensaje no es largo, aunque tampoco me lo esperaba, lo cierto es que no tuvimos demasiado tiempo para conocernos.

Lanzo un pequeño suspiro a la vez que comienzo a recrearme en cada una de las palabras que componen ese mensaje:

«No sé si es lo correcto, tampoco sé que en punto está esta extraña relación, pero no quiero dejar de averiguarlo».

Y, a continuación, su número de teléfono.

Ahora sí que vuelvo a sentir todas esas mariposas en el estómago. ¡Le gusta hablar conmigo! Ella se atrevió a dar el paso que yo no por culpa de la tarada de mi nueva compañera de trabajo.

Sin saber por qué dirijo mi mirada hacia ella, que en ese momento parece estar muy interesada observando algo de un documento, ya que ni pestaña.

Comienzo a sonreír como un idiota cuando copio y pego el número que me dio. ¿Es un error? Puede que sí, estoy casi seguro de que lo es, pero ahora sé que merece la pena.

¿Qué nombre se supone que le tengo que poner? Me muerdo el labio inferior. Espero que algún día tenga la confianza de decírmelo. De todas formas la guardo como «Hermione» y, sin más, abro el Whatsapp lo más rápido que puedo. ¿Tendrá foto?

Siento como el corazón me late a toda velocidad pero al momento recuerdo que yo sí la tengo. No es que sea una foto demasiado buena, ya que salgo con uno de los compañeros del *Current Importance* durante una cena, y la calidad es bastante mala, pero aun así me apresuro a quitarla y poner la

primera que encuentro en la galería que nadie jamás identificaría conmigo: la foto de Candy, la perrita de mi hermana. Candy es una mezcla entre Bulldog Francés y Beagle y, pese a lo que pueda parecer, es una perrita preciosa y muy mimosa.

Una vez hecho esto, observo mi estado y mi nombre, el cual también cambio. No sé muy bien por qué, pero algo me dice que es mejor seguir manteniendo el misterio con esa chica desconocida.

Al pensar en ella vuelvo a esbozar otra ridícula sonrisa de idiota, ni yo consigo entender qué es lo que me está pasando.

Busco su nombre en la lista de contactos y siento una fuerte opresión en el pecho cuando la encuentro. No se ve que tenga ni foto ni estado, ni tampoco puedo apreciar su última conexión. Aun así le hablo:

«Hola, pequeña»

Y, a continuación, el emoticono sonriente.

Observo la conversación durante un par de segundos más, sonriendo como un imbécil, hasta que me doy cuenta de la impresión tan lamentable que tengo que estar dando y comienzo a negar con la cabeza.

—Daniel, perdona que te moleste —interrumpe Tomás mis pensamientos.

Le dirijo una mirada interrogante, intentando con todas mis fuerzas que sea amable pero... ¡No puedo prometer nada! Creo que por lo menos disimulo mi malestar porque prosigue sin más

—Ricardo me ha pedido que ordene todos esos documentos. Al parecer no tiene quién lo haga —dice, rodando los ojos—. ¿Te importaría echarme una mano? Si no estás muy ocupado, claro.

Antes de responder vuelvo mi vista al móvil y compruebo que no tengo ningún mensaje nuevo. Suspiro y, antes de arrepentirme, asiento con la cabeza.

# ¡Malditas películas de terror!

*ELISA*

Me encantan los libros. Cuando era pequeña mis padres siempre me decían que mi futuro sería estar rodeada de ellos: mi padre me imaginaba como una escritora de éxito; mientras que mi madre apostaba más por un futuro menos prometedor: rodeada de libros y de gatos a partes iguales, en alguna vieja casa en el pueblo.

Como sea, está claro que ambos se equivocaron ya que sí, me encanta escribir, aunque no imaginar mil universos. Para eso ya está Héctor, que es el imaginativo del grupo; y mi alergia al pelo de gato me impedirá rodearme de ellos, aunque no me importaría.

Paseo la mano por todos los libros que tengo en la estantería sin prestar especial atención a ninguno, hasta que uno de ellos provoca que se me sitúe un nudo en el estómago. Es algo a lo que ya estoy acostumbrada, pero esta vez es algo todavía más potente.

Lo agarro entre mis manos y lo abro, permitiéndome ojear su interior. No necesito leerlo, ya que me sé cada una de sus páginas de memoria.

No se trata de un libro de ficción, ojalá lo fuera, sino de una crítica del sistema por parte de un famoso periodista. Un amplio trabajo de investigación que lo obligó a pasarse meses infiltrado en una de las bandas más peligrosas del mundo. Viviendo como ellos. Pensando como ellos.

Mi admiración por Edward Parker nació gracias a este libro, y se fue haciendo más potente debido a los múltiples artículos de los que pude disfrutar en el *Current Importance*.

Edward...

Odio soñar despierta. Por veces me da la impresión de estar en medio de una peli adolescente repleta de corazoncitos por todos lados. ¡Puaj!

Antes de que mi lado idiota florezca, dejo el libro en su sitio y lo cambio

por mi teléfono móvil.

Dudo, tiemblo y siento el impulso de arrojar el aparato por la ventana cuando aprecio una notificación del Whatsapp. Entro sin pensarlo, como si no se me fuera a salir el corazón por la garganta. No es una conversación, sino varias —algo a lo que no suelo estar muy acostumbrada— pero solo una me importa. Una de un número desconocido.

Miedo y muchas dudas se apropian de mí. ¿Qué habrá pensado al darle mi número de teléfono de una forma tan directa?

«Hola, pequeña»

Solo puede ser suyo, yo no le doy mi número a nadie, por eso solo recibo mensajes de mis locos amigos, Ricardo y, muy de vez en cuando, de mi madre.

No puedo evitar esbozar una amplia sonrisa, olvidándome por completo del resto de los mensajes.

«Hola, Edward»

Me apresuro a responder. Esto es de idiotas, o así me siento yo. Guardo su número entre los contactos para después regresar a la conversación. Según pone, no se conecta desde que me mandó el mensaje lo que, sin saber por qué, me provoca de nuevo otro vuelco en el estómago. Esto ya comienza a ser enfermizo.

Me fijo en su foto y de nuevo una sonrisa ocupa mi rostro: se trata de un perrito precioso jugueteando con una pelota. No sé si lo habré dicho ya, pero adoro a los perros, y también a los gatos, a los pájaros, a los peces... ¡Bah! A cualquier bicho excepto a las arañas, las avispas y las cucarachas.

El móvil vibra y me aparta de mis pensamientos de una guerra entre arañas y cucarachas —a veces es increíble lo macabra que puede llegar a ser la mente humana con las cosas que detestamos—, y me apresuro a desbloquearlo.

«¿Qué tal el pesado día de trabajo?»

Lanzo un pequeño suspiro. ¿Debo sincerarme? Lo definiría como aburrido, angustioso y frustrante por culpa del estúpido chico nuevo. Chasqueo la lengua al recordarlo. Me limito a contestar un simple:

«Largo»

¿Para qué darle más vueltas?

Lo lee pero no responde. Ya no está en línea.

Castañeo los dientes, paseo por la habitación, espero y desespero. Pero no me dice nada más. Entro y salgo con desesperación. Quiero sacarle yo un tema pero... ¿cuál? Después de darle mil vueltas algo se me viene a la mente. Me siento como si se me encendiera una bombillita en la cabeza.

«¿Nuevo en la oficina?»

Veo que se pone en línea y rápidamente aparece el *doble check* en color azul otra vez. ¡Maldita sea! A decir verdad lo del «leído» del Whatsapp siempre me había parecido ridículo, sobre todo por lo que escucho por todos lados. ¿Qué importa si alguien lee tus mensajes pero no te contesta hasta pasada una hora? A mí nunca me había importado, al menos hasta ahora.

Observo como su *en línea* pasa a *última conexión* y siento una fuerte angustia.

Chasqueo la lengua a la vez que recuerdo que tengo más mensajes sin leer. La primera notificación que me sale es del grupo de amigos que tengo con Gema y Héctor. Estoy bastante acostumbrada a que utilicen nuestro grupo para charlar entre ellos, así que entro y salgo sin más. El segundo mensaje, para mi desgracia, es de Ricardo. Más bien son dos.

De nuevo otra vibración me saca por completo de mis pensamientos, esta vez sobre las dudas de si contestarle o no al idiota de mi jefe, en el fondo me preocupa que pueda querer prescindir de mí si no estoy siempre para él. ¡Pero es que yo siempre estoy disponible! Siempre le digo que sí a todos sus puñeteros artículos sorpresa, y por eso siempre recurre a mí. Chasqueo la lengua a la vez que niego con la cabeza, hoy no, que se lo encargue al idiota de

Daniel.

Abro su conversación y me sorprende que me responda con tan solo un breve: «Sí». Me intriga, quiero saber donde trabaja, pero temo que, de preguntárselo, comience a pasar olímpicamente de mí.

Me paso durante al menos media hora esperando un simple mensaje, algo, pero nada llega. Entro y salgo de su conversación cada dos por tres como una vulgar acosadora, ¿es qué acaso yo soy así?

Para entretenerme entro en el grupo y paso la vista por los quince mensajes enviados por Gema y Héctor esta tarde. Como ya me imaginaba, poco tienen que ver conmigo y mucho con ellos. ¡Qué novedad!

«Sabéis que también podéis hablar por conversación privada, ¿no?»

Envío como la corta rollos que soy. Si tengo la fama, que sea por algo.

Al momento aprecio como Héctor está escribiendo, así que dejo la pantalla desbloqueada.

«Sabemos que sin nuestras conversaciones te sientes perdida»

Me río y me apresuro a negarlo con rapidez.

«Me sentiría aliviada, cariño»

Sonríó contenta. Tal vez me hacía falta esta pequeña desconexión. Veo que ninguno de los dos está escribiendo así que salgo, y vuelvo a entrar en la de Edward como la *stalker* profesional en la que me estoy convirtiendo.

Bufo desesperada al ver que todavía no me envió nada. Pienso en volver a retomar mi plan de hablarle a Ricardo, cuando un mensaje de Gema me obliga a entrar de nuevo en su conversación y olvidarme del imbécil de mi jefe por un ratito.

«No te hagas la dura, Eliiii»

Me río soltando los nervios que tenía depositados en la boca del estómago. Hablar con ellos me da la vida.

«Deberías de venirte a vivir con nosotros»

Sonrío al leer su mensaje. Estaría loca si lo hiciera.

En el último año de facultad, hartos de vivir en la residencia universitaria, nos animamos a alquilar un piso los tres juntos. Al principio todo iba bien, ya que habíamos marcado nuestras propias reglas, pero con el tiempo todo se fue descontrolando. Por mucho que uno lo intente, controlar a Gema es tarea complicada, y al final me tenía que pasar más tiempo estudiando en la biblioteca que en casa. Por respetar, no respetaba ni los días previos a los exámenes. Terrible.

Y es por ello que, cuando comenzamos a trabajar en el *Crónica*, decidí tomar mi propio camino. Los adoro, son unos amigos inmejorables, pero prefiero mantener cierta distancia para no dejar de quererlos, vaya.

Les respondo únicamente con un emoticono echando la lengua y doy por concluida la conversación.

Vuelvo de nuevo a mi pose acosadora y al apreciar su última conexión decido desistir. Mi problema es que no puedo estar quieta, tengo que tener la cabeza ocupada con algo, ¿y qué mejor que el trabajo?

Sin dudar más salgo de nuevo de su conversación y entro en la de Ricardo. Presiono un labio contra el otro a la vez que leo el encargo que quiere que realice en menos de dos horas. ¿De verdad este hombre se piensa que soy una máquina? Chasqueo la lengua, pero, cuando estoy a punto de contestarle que sí, que por supuesto que lo haré, me entra una nueva notificación, por lo que salgo sin pensarlo.

«Perdona que esté un poco distante, estoy arreglando unas cosas con mi hermana».

Y, después de esto, el emoticono sonriente.

Esbozo una idiota sonrisa en los labios, sin más mis intenciones vuelven a cambiar. La imagen del chico nuevo, del tal Daniel, viene a mi cabeza, y lo único que deseo es que él sea la segunda opción de Ricardo y que ojalá que, por culpa de ese maldito artículo, se tenga que pasar toda la noche en vela, como me ocurre a mí día sí y día también.

No puedo estar quieta, al menos no esperando algún mensaje suyo, por lo que me levanto de la mesa y me comienzo a quitar la camisa que había llevado durante todo ese día, a la vez que estiro la espalda. Estoy agotada a más no poder, pero no quiero dormir. No todavía.

Dirijo de nuevo la mirada hacia el aparato y, al percatarme de que no tengo nada, me comienzo a desnudar —dejando solo la ropa interior— para luego meterme dentro del cuarto de baño.

Abro el grifo de la ducha a la vez que mis pensamientos se vuelven cada vez más difusos. No sé lo que pienso, no sé lo que siento, solo sé que, por algún motivo, un desconocido me tiene en alerta permanente; motivo por el cual acabo de pasar por completo de hacer mi trabajo. Me recojo el pelo en una coleta alta antes de deshacerme de mi ropa interior para después introducirme dentro de la ducha.

No sabría decir con exactitud el tiempo que estoy debajo del chorro de agua caliente, pero me da la impresión de que pasaron horas. Realmente pensaba que esto me ayudaría a desconectar, pero por desgracia no ha servido de nada.

Cierro el grifo a la vez que estiro el brazo todo lo que puedo hasta la toalla rosa, la coloco alrededor de mi cuerpo y me apresuro a salir cuando, sin saber por qué, un fuerte ruido me pone en alerta, aunque al momento lo descarto. ¿Es qué me estoy volviendo loca? ¡Malditas películas de terror y maldita yo por amarlas tanto!

Rápidamente le quito importancia. Los vecinos de arriba son demasiado ruidosos, y hasta ahora no me había dado cuenta. No me cabe duda de que nosotros éramos más molestos que ellos —yo no, pero si mis queridos compañeros de piso—. Pero no es hasta que la puerta del baño se comienza a abrir cuando sé que no soy yo, definitivamente no estoy perdiendo la cabeza, y siento una fuerte opresión en el estómago. Me llevo las manos a la boca.

Estoy segura de que en cualquier película de miedo la chica buscaría algo con que matar al bicho que entraría por esa puerta —lo más seguro es que se tratara de alguno peludo— y al final se escabulliría entre sus piernas para que este, después, le pueda dar caza sin mucho problema. Pero yo ya omito todo

eso. Me quedo ahí, paralizada, preocupada tan solo por no gritar demasiado. Patética, ¿verdad?

Y eso es lo que hago, fastidiar todos mis planes y pegar un grito como una tonta cuando la puerta se abre en su totalidad y un cuerpo se asoma tras ella.

# ¿No existe algún tipo de secreto profesional?

*DANIEL*

Aunque no lo parezca, nunca fui una persona demasiado sociable. Cuando llegué a Londres, me costó una infinidad congeniar con mis compañeros de trabajo. Y en eso se quedaron: en simples compañeros. A día de hoy no guardo ningún tipo de relación con ninguno de ellos.

Pero a pesar de todo, mi amplio conocimiento en deportes siempre me ayudó a la hora de romper el hielo, y muchas veces incluso me facilitó la entrada a algún círculo de esos en los que no me entusiasmaba participar.

Pero al parecer, con Tomás eso no basta para poder entablar una conversación.

—Parece que al final se quedará una buena noche —murmura, mirando por la ventana.

Me limito a encogerme de hombros. Parecemos un par de viejos sentados en el parque y charlando del tiempo por miedo a olvidarnos de cómo se hace.

Miro a mi alrededor. La chica de pelo castaño y genio exagerado ya había desaparecido, allí dentro solo quedamos Gema, Tomás y yo. La chica está comenzando a recoger a toda velocidad, como si llegara tarde a la cita más importante de toda su vida, y no puedo evitar esbozar una débil sonrisa.

Al momento aprecio como Tomás la sigue con la mirada justo antes de soltar un pequeño suspiro.

—Es un torbellino —murmura entre risas.

Pues sí, de eso no hay duda.

Una pequeña vibración en mi bolsillo derecho provoca que me olvide por completo de Tomás y de su clara fijación por Gema —tema que sin duda trataré con él más adelante—.

Sin pensarlo dirijo la mirada hacia fuera y no tardo en localizar el coche

viejo de mi padre. Seguro de que el mensaje será de mi hermana, notificándome que ya me está esperando, me despido de Tomás con un breve «hasta mañana», y de Gema con una pequeña sonrisa, que al momento me responde con una mucho más amplia. ¿Por qué no puede la otra chica ser igual de amable que ella?

Antes de salir desbloqueo el móvil, con la única idea de eliminar la notificación del mensaje de Flor, cuando aprecio que no se trata de uno, sino de dos.

Será exagerada. Desde niña todo le parecía un drama. Esperar cinco minutos para ella es lo mismo que esperar cuatro horas para un ser humano normal.

Los elimino sin más, negando con la cabeza. Tan pronto hago el intento de cerrar la aplicación me doy cuenta de que tengo otro mensaje. Sonrío como un idiota al apreciar su nombre, y en ese momento siento que mi cabreo hacia la desesperada y entrometida de mi hermana se va desvaneciendo poco a poco.

Me apresuro a responderle:

«¿Qué tal el pesado día de trabajo?»

Subo la vista para encontrarme la figura de Flor, apoyada sobre el viejo Opel de mi padre, agitando su teléfono móvil con desesperación.

Qué bien, aquí se rompe el momento mágico.

—Ya pensé que no salías —protesta.

Bufo. Normalmente soporto sus dramatismos porque bueno, la conozco y la quiero con todo mi corazón, pero hoy no estoy por la labor.

—Aún encima tendrás tú derecho a quejarte —mascullo, acercándome a ella—. Te dejé claro que no quería que te metieras, que no quería involucrar a los padres de Laura en nada. ¿Era tanto pedir? —Observo como tuerce los labios, restándole importancia a mis palabras, y no puedo evitar torcer el gesto.

Miro el móvil que todavía tengo en la mano y me dispongo a guardarlo cuando aprecio que tengo una notificación. Sin ganas ningunas de contestar lo leo por encima y veo que es de la chica desconocida, preguntándome por mi trabajo. La verdad no recuerdo haber hablado con ella de ese tema, por lo que me apresuro a responderle un breve «sí». No quiero hablar de nada, al menos no en este momento, pero tampoco quiero que piense que paso de responderle.

Después guardo el móvil en mi bolsillo derecho y dirijo de nuevo mi vista hacia Flor.

—Eres un exagerado, Daniel. Margarita es una buena mujer, y no sé qué fue lo que te pasó con Laura para... —Le hago un gesto con el dedo para que no siga por ese camino y ella parece entenderlo, ya que se queda callada y observo como tuerce los labios.

Pocas veces me había enfadado con mi hermana, pero esta es, sin ninguna duda, una de ellas. Sé que lo hizo con su mejor intención, pero yo le había dejado clara mi negativa a saber nada de esa dichosa familia. ¿Por qué no puede respetar mi decisión?

—Lo que me ocurrió con Laura es agua pasada —concluyo, mirándola a los ojos—. Ni quiero hablar de ella, ni tampoco de sus padres. Solo te pedí que no los metieras en esto, no quiero que Laura sepa absolutamente nada de mí, ¿es tanto pedir? —Observo como baja la vista, disgustada.

En el fondo, como ya he dicho antes, sé que lo hizo con su mejor intención. Suelto un fuerte resoplido, tendría que comenzar a ser más duro con los demás, pero es que con mi hermana no puedo. Sin pensarlo más me acerco a ella, pasándole mi brazo derecho por detrás del cuello.

—Lo siento, Flor, tienes que entender que...

—Claro que sí, Daniel. Tú me pediste que no lo hiciera y yo pensé que era una cuestión de orgullo. ¡Joder!

Comienza a mover la cabeza hacia los lados, supongo que molesta con ella misma. Me fastidia que se sienta así, pero le dejé bien clara mi postura: nada que tenga que ver con Laura es bienvenido en mi mundo.

—Hablaré con Marga —repone finalmente—. Le inventaré una buena excusa, y yo te ayudaré a buscar un piso donde vivir.

Me dirige una mirada y puedo observar como tiene los ojos llorosos, y todo por mi culpa. Me siento miserable.

—No, Flor, está bien. Es verdad que necesitaba un piso y Margarita tiene una de las mayores inmobiliarias. En el fondo no es tan descabellado lo que hiciste. —Le dedico una pequeña sonrisa, intentando quitarle hierro al asunto—. Y con respecto a Laura, ¿no existe algún tipo de secreto profesional que tengan que respetar, al igual que los abogados o los curas?

—El de los curas es secreto de confesión, Daniel. —Chasqueo la lengua de forma graciosa.

—Qué más da, la cuestión es que tienen que respetar el secreto.

A decir verdad nunca fui a confesarme a ninguna iglesia y no sé muy bien

cómo funciona eso, ¿es como una especie de psicólogo o algo así? Pienso en preguntárselo a mi hermana, pero al final se me quita de la cabeza.

—Me documentaré, seguro que no puede decirle a Laura dónde vivo tan ricamente.

Esbozo una pequeña sonrisa, con la única intención de quitarle importancia al tema.

—¿Qué tal estás? —Veo como asiente con la cabeza, no muy convencida—. ¿Y mi pequeño sobrino?

Al escuchar mi pregunta su sonrisa se ensancha un poco más. Estoy seguro de que la alegría de mi hermana en este momento de su vida es tan solo la criatura que crece dentro de ella.

—Va a ser una niña, Daniel —confiesa emocionada.

La observo con una pequeña sonrisa, voy a tener una sobrina, una sobrina preciosa con ese pelo negro de Flor y los bucles típicos de mi madre; o tal vez rubia de pelo liso como Peter, pero con esa sonrisa tan bonita y tan característica de mi hermana.

—Quiero que se llame Carmen, como mamá. —Observo cómo tiene los ojos algo emocionados—. Quiero que mi hija sea tan fuerte como ella.

Ahora ya no lo puede evitar más y un par de lágrimas se escapan de sus hermosos ojos y me veo obligado a acercarme más a ella, inundándola en un pequeño abrazo.

—Vas a ser la mejor madre del mundo, Flor —le digo con sinceridad. Veo como sube la mirada hacia mí, dedicándome una pequeña sonrisa—. Y yo el mejor tío del universo, le pienso comprar de todo. La voy a consentir tanto como he consentido a su madre durante toda su vida.

Escucho como suelta una pequeña risa. A pesar de ser el pequeño siempre he sentido un afán de protección por Flor, aunque no sabría decir el motivo exacto.

—¡Madre mía, Daniel! ¿Has visto qué hora es? —dice, observando el reloj en su muñeca izquierda—. A este paso llegarás tardísimo a tu nuevo hogar.

—¿Nuevo hogar? —Me separo despacio de ella, torciendo el gesto—. ¿Se puede saber de qué hablas?

—¿No pensarías volver hoy para casa, no? —Asiento con la cabeza, como si fuera una auténtica obviedad—. Pues si te quieres quedar con el piso que te encontró Margarita, ya te puedes mudar hoy. Está a pocos minutos de aquí y... es perfecto.

Veo como presiona un labio contra el otro, con fuerza, y dibuja un gesto soñador en los ojos.

—Te va a encantar, enano.

Siempre me hizo gracia que me llamara así, ya que le saco más de una cabeza, pero en este momento la observo contrariado.

—No me mires así. Traje tus cosas. —Señala hacia el coche con la cabeza —. Todavía no habías desembalado nada así que no me costó demasiado recopilarlas. —Suelta una pequeña risa.

¿Está hablando en serio? Necesito mentalizarme, no soy de esas personas que hacen las cosas sin pensar.

En el fondo me preocupa el hecho de tener que pedirle que me acerque al trabajo todos los días, y la idea de coger el autobús o algún otro medio de transporte público están descartadas por distancia, así que asiento con la cabeza, aunque no muy convencido. Me acerco al asiento del copiloto y me dispongo a entrar.

Antes de hacerlo saco de nuevo mi móvil y entro en el Whatsapp sin pensarlo. No tengo ningún mensaje nuevo, aunque me aparece leída mi escueta respuesta. Siento una fuerte opresión en el pecho, había sido excesivamente cortante, borde: ¿estará enfadada? Al momento comienzo a escribir otro mensaje, aunque no sé muy bien por qué razón.

«Perdona que esté un poco distante, estoy arreglando unas cosas con mi hermana».

Podría mentirle, decirle que estoy agobiado con el trabajo, pero me sale ser sincero con ella. Observo como Flor entra al coche y lo enciende para después parar pocos metros más adelante.

—Vaya, es la primera vez que hago un trayecto tan corto en coche — confieso con una pequeña sonrisa en el rostro.

Estoy casi seguro de que si miro hacia atrás todavía podría ver la redacción de no ser porque hemos doblado la esquina. Me muestra contenta cual es el portal de mi nuevo hogar y me da las llaves, no sin antes decirme el piso y la letra exacta.

Suelto un fuerte resoplido cuando me encuentro delante de él, con las maletas a mis pies, y no puedo evitar sentirme como un niño pequeño perdido por un centro comercial.

Observo como el viejo coche de mi padre desaparece entre la oscuridad de la noche. ¿Cómo llegué a esta situación? Esa pregunta me la llevo haciendo todos estos días, pero en esta ocasión es todavía más pronunciada, esto parece totalmente inverosímil.

Cojo las llaves que me acaba de dar Flor, meto la más pequeñita en el portal y, en efecto, abre. Aguanto la puerta con una pierna mientras intento meter las dos maletas dentro. Me dirijo al ascensor y, una vez que se abre y me adentro en él, pulso el número cuatro.

Las piernas me tiemblan producto de los nervios una vez que me encuentro delante de la puerta y meto la llave más grande en la cerradura para después hacerla girar, lo cual se produce sin ningún tipo de inconveniente. Entro haciendo el menor ruido que puedo, no tengo ningún interés en despertar a todo el vecindario.

Está todo a oscuras, como es de imaginar. Lo primero que me encuentro es la cocina, con la puerta abierta, aunque no me molesto en entrar.

A simple vista parece un piso grande, excesivamente amplio para mi gusto. Tiene un enorme pasillo que lleva a dos puertas cerradas. ¿Cuál será la habitación? Tuerzo el gesto y, sin saber cómo, una de mis maletas termina estampada contra el suelo. Siento como el corazón me late a toda prisa y me apresuro a recogerla. A veces creo que cuanto más silencioso quiero ser, peor es.

Observo una puerta por el camino cerrada y me dispongo a abrirla. No tengo ni idea de qué es, pero me sorprende al darme cuenta de que la luz está encendida y, de un momento para otro, siento como el mundo se me cae a los pies: ¿tendré compañero de piso? Es algo que no había pensado, y viendo lo tranquilo que está todo ni se me había pasado por la cabeza.

Siento el impulso de cerrar la puerta, convencido de que me estaré entrometiendo en su intimidad, aunque no lo hago. Estoy seguro de que ya se habrá dado cuenta y de hacerlo quedaría como un maldito imbécil. Pero un fuerte grito provoca que me gire sobre mí mismo.

¿Mi compañero de piso es una mujer? Mierda, y encima ahora sé que esa maldita puerta da un baño, ¿puede haber peor casualidad? No llego a verla ya que me giro a tiempo.

—Lo lamento mucho. Soy Daniel —digo, de espaldas a ella. Escucho como la chica suelta pequeñas maldiciones en voz baja que no llego a entender—. No era mi intención, de verdad.

—¿Cuál no era tu intención, idiota?

Me giro con poca cautela al escuchar su calificativo hacia mí, y me quedo de piedra al observar la figura de Elisa, la chica de la redacción, con una toalla rosa rodeándole el cuerpo. No puedo evitar observarla de arriba abajo.

—¿Pero qué cojones haces tú aquí?

Me observa con cara de pocos amigos, sobre todo al darse cuenta, o eso supongo, de cómo la miro.

¿Cómo se lo puedo explicar?

—Creo que soy tu nuevo compañero de piso.

# Qué descansas, princesa

*ELISA*

Tuve que haber escuchado mal. ¿Compañeros de piso? Está claro que esto tiene que ser una broma, una estúpida broma del karma o algo así. ¿Habré hecho algo muy malo en otra vida? Sino no lo entiendo.

¿Pero por qué cojones me está mirando así? Carraspeo un par de veces para captar su atención, y sin duda lo consigo ya que aparta su vista de mis piernas para depositarla de nuevo en mi rostro.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta lo que ves?

No sé por qué, pero esboza una pequeña sonrisa a la vez que hace un gesto extraño con los ojos. Me impaciento, no sé qué diablos hace en mi casa, pero menos aún dentro de mi cuarto de baño mientras yo estoy aquí, medio desnuda, solo ataviada por una maldita toalla rosa que no me tapa más abajo de los muslos.

—Has dicho que no me querías dar tu número de teléfono, creo que el karma ha querido colocarme en tu vida solo para fastidiarte.

Vuelve a sonreír de una forma muy seductora. Me quiero golpear en la cabeza por pensar eso pero no lo hago, no mientras él me pueda ver. No quiero que sepa que tiene la situación bajo control.

—¿Y crees que así ya conseguirás algo conmigo? —Le dedico una sonrisa de autosuficiencia. Lo tiene complicado. Yo no soy como las chicas con las que, sin ninguna duda, él acostumbra a salir.

—No tengo ningún tipo de interés en ti, querida. No te confundas. — Escucho como chasquea la lengua, con una tilde de humor en sus ojos.

—Claro, por eso me estabas comiendo con la mirada, ¿verdad?

No sé ni de dónde salen todas esas palabras. Una nueva sonrisa se dibuja en sus delgados labios rosados, y no puedo evitar sentir un revoloteo dentro de mí. ¿Pero qué me pasa?

—No tiene nada que ver, simplemente si tengo a una chica medio desnuda delante la miro. Es un mero instinto.

Hace un gesto con los labios que yo no llego a interpretar. Suelto un pequeño bufido.

Dirijo una mirada alrededor y me doy cuenta de que estoy totalmente perdida. Sería una ridiculez echarlo del baño, y quedaría como una imbécil, ya que no se me pasó por la cabeza la idea de que un degenerado pudiera adueñarse de mi casa, y por ello me había olvidado de lo esencial. Ni ropa interior ni pijama. ¡Perfecto! Siento ganas de golpearme una y otra vez mi maldita cabeza de chorlito. ¡Ah!

—¿Te importaría dejarme salir? —Veo como me observa, un tanto curioso —. No me apetece seguir compartiendo el mismo aire que un idiota condescendiente.

Sin más se aparta de mi camino, aunque no borra esa estúpida sonrisa de sus labios.

Salgo a toda velocidad hacia mi habitación y, cuando entro, doy un débil portazo. ¿Se puede tener más mala suerte? Me acerco sin pensar demasiado a mi armario, sacando de él la ropa interior y me apresuro a ponérmela, como si temiera que de un momento a otro la puerta de mi habitación se fuera a abrir y pudiera entrar por ella el idiota de Daniel.

Agarro mi teléfono móvil, necesito cortar cabezas. Entro en la aplicación del Whatsapp y busco el número de teléfono de Patricia. La mataré por no haberme avisado.

«¿Desde cuando necesito compañero de piso?»

La estoy odiando a muerte. No espero a qué responda y, con una necesidad sobrehumana de desahogo, busco la conversación de Gema. Escribo lo primero que me pasa por la cabeza, sin tan siquiera procesarlo.

«Ni te imaginas quién es mi nuevo compañero de piso»

Sé que no tardará en contestar, nunca lo hace. Aun así dejo el móvil sobre la cama para así poder terminar de vestirme con el pijama azul que había

dejado preparado. Tan pronto termino de ponerme la camiseta me acerco al móvil que, en efecto, tiene una nueva notificación.

«Dime que es Cristiano Ronaldo y me pongo en tu casa en diez minutos»

En cualquier otro momento ese comentario me habría hecho gracia, pero en este ni me molesto en hacer algún tipo de mueca.

«El imbécil, gilipollas y arrogante de Daniel, el idiota del nuevo»

Tiro de nuevo el móvil sobre la cama. Tengo ganas de gritar, de saltar, de insultarlo a los cuatro vientos, ¿pero de qué serviría?

Me llevo las manos a la cabeza con frustración. Posiblemente me había tocado el peor compañero de piso en la tómbola de la vida. El peor de los peores. Arrogante. Imbécil. Creído.

Escucho una pequeña vibración sobre la cama, no sé ni si quiero leerlo ya que estoy segura de que Gema me dirá que tengo una suerte que no me la creo, ¿por qué no puede entenderme y ponerse en mi situación ni una vez? En este momento no sé por qué quiero desahogarme con ella si pienso que no me entenderá.

Escucho una nueva vibración, lo que provoca que deje de darle vueltas a mis pajas mentales para acercarme y agarrar el móvil con una de mis manos.

Tengo dos mensajes, pero solo presto atención al de Gema. Ruedo los ojos al darme cuenta de que mi mente tenía razón.

«Eres la persona con más suerte del planeta tierra, Elisa! Ese tío está buenísimo. Es como una especie de Dios o algo así»

Tuerzo los labios, pienso en decirle que está mal de la cabeza, cuando me llega otro mensaje.

«Hazlo por tu amiga, métete en su habitación y hazle una foto

desnudo»

Y, a continuación, adjunta un emoticono de dos manos juntas, como suplicando.

Suelto una fuerte carcajada, está peor de lo que creía si piensa que voy a hacer eso.

Salgo de su conversación sin decirle nada más, como ya dije antes, no sé porque pensé en ella para desahogarme.

Mi vista se posa en el otro mensaje que me había pasado desapercibido momentos antes, y una fuerte tensión se apodera de mí. Lo leo un par de veces antes de responderle.

«¿Todo bien?»

Asiento con la cabeza. ¡Por supuesto! No tengo motivo para estar molesta, por lo menos no con él. Maldigo al recordar que no le he contestado a ninguno de los mensajes anteriores, aunque lo había hecho únicamente por dejarle espacio.

«Por supuesto»

Respondo sin más, aunque la duda de antes vuelve a mi mente y no lo pienso, lo escribo sin darle vueltas.

«¿Dónde trabajas?»

Estoy bastante segura de que hablar con él hará que este cabreo y frustración desaparezcan de mí. Tal vez habría sido mejor opción que Gema. No tarda en llegar su respuesta.

«En un periódico pequeño, ¿y tú?»

¿No piensa decirme el nombre del periódico? En el fondo tenía la esperanza de poder seguir leyendo sus escritos, pero parece ser que él no tiene interés. Estoy tan cabreada que tengo ganas de llamarle de todo, pero respiro un par de veces antes de contestarle con un escueto:

«También»

Mejor no darle más vueltas.

Siento ganas de llorar, ¿por qué nuestra relación, que parecía haber avanzado, se había vuelto tan fría de repente? Observo que pone *escribiendo*, supongo que querrá despedirse de mí y en el fondo casi lo prefiero, así al menos podré intentar dormir.

«Perdóname por estar un poco ausente hoy, no está siendo un buen día»

Me dice en cambio. No puedo evitar sonreír al leerlo, para mí tampoco había sido un buen día, pero me alegra saber que no está enfadado ni molesto conmigo por algún extraño motivo que yo desconozca. Me apresuro a responder.

«¿Hablamos mañana mejor?»

No quiero hablar mañana, quiero que hablemos ahora, pero no serviría de nada: siento que nuestra química ha disminuido por lo menos sesenta grados.

Mi corazón se rompe en mil pedazos cuando leo su escuetísimo:

«Sí»

Detesto sentirme de esta forma. Me siento idiota.

«Qué descansas, princesa»

Siento un fuerte escalofrío al leer estas palabras, ¿qué debo de contestarle a esto? Dudo durante unos segundos, pero su mensaje se queda momentáneamente opacado por el de Patricia. Abro la notificación y veo como se disculpa, alegando que pensaba que me vendría bien compartir gastos. Le respondo con un simple «ya hablaremos» antes de volver de nuevo al mensaje de Edward.

Lo cierto es que estoy tan cabreada que sé de sobra que no es el momento para hablar con nadie.

Bufo antes responderle con un demasiado conciso:

«Buenas noches».

# ¿Me estoy volviendo loco?

*DANIEL*

Todo esto tiene que ser una maldita pesadilla. Puede que parezca que me da igual, pero en el fondo me fastidia más que nada en el mundo tener que compartir piso con la desequilibrada de la redacción. ¡Es que preferiría mil veces compartir piso hasta con el mismísimo demonio!

Por Dios, parece una putada hecha por el propio destino, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí? Observo con detenimiento el reloj en el móvil y suelto un pequeño suspiro al darme cuenta de que todavía falta más de una hora para que suene el despertador. Me apresuro a apagarlo antes de levantarme de la cama y abrir la puerta, con mucho cuidado.

Cuando lo hago observo cómo está todo en un asombroso silencio y en una oscuridad pasmosa, aunque en el fondo es lo lógico debido a la hora.

Sin dudarlo un segundo salgo de mi habitación casi de puntillas para no despertar a la bestia, y me meto en el cuarto de baño. Me aseguro de que el pestillo esté pasado antes de abrir el grifo de la ducha y de despojarme del pijama y de la ropa interior.

Me llevo una mano a la cabeza al darme cuenta de que, con las prisas, he olvidado traer mis útiles de aseo, por lo que no dispongo de gel, de champú ni de ningún otro artículo de baño.

Me miro un segundo de arriba abajo. No pienso salir así, pero me parece triste tener que vestirme otra vez: una verdadera pérdida de tiempo si quiero salir de casa antes de que la tarada de Elisa se despierte.

Observo hacia la ducha y puedo ver como allí, posado sobre una esquina, se encuentra un bote de gel de un color rosado y un champú de un tono verdoso.

¿Puede ser buena idea usar sus cosas?

Una discreta sonrisa se me deposita en los labios casi sin pensarlo antes

de adentrarme debajo del chorro de agua caliente. Algo me dice que eso la va a cabrear, y por algún extraño motivo quiero hacerlo, me gusta verla enfadada.

Me acerco hasta el bote de gel y me doy cuenta de que es un frasco no demasiado grande y, al abrirlo, me llega de forma repentina un fuerte olor a frambuesa. Eso me hace recordar lo que había ocurrido el día anterior, en este mismo cuarto de baño, y no puedo evitar sonreír. El olor me recuerda a ella, a Elisa, y por lo fuerte que huele sé de sobra que ella se dará cuenta de que lo utilicé sin su permiso.

Al terminar alargo mi mano hasta el bote de champú. Al abrirlo un fuerte olor a cítricos me perfora las fosas nasales.

Esbozo una amplia sonrisa de nuevo, a esta chica no le gusta pasar desapercibida desde luego.

Comienzo a tararear con tono desafinado la primera canción que cruza mi mente. Es el único momento de relax que tengo a lo largo del día, así que aprovecho para disfrutarlo al máximo. Nunca me importó eso de desafinar, no obligo a nadie a qué me escuche, así que si lo hacen tendrán que aguantarse.

Termino de aclararme y, cuando voy a salir, me doy cuenta de que no se me habían olvidado solo los artículos de higiene, sino también la toalla. Tuerzo el gesto, y una sonrisa maliciosa se va depositando poco a poco en mis labios. No debo de hacerlo, claro que no, pero no puedo evitarlo. Y tampoco me queda mucha más opción, es eso o salir como Dios me trajo al mundo, cosa que no pienso hacer jamás.

Alargo mi mano hasta su toalla rosa —la que la rodeaba completa ayer—, y la coloco alrededor de mi cuerpo, enrollándola a la altura de la cintura. Me observo en el espejo con una sonrisa ladeada, sin duda parece más larga puesta sobre su cuerpo.

Suelto una pequeña carcajada imaginando su cara de cabreo en estos instantes justo antes de abrir la puerta del baño y salir, totalmente descalzo y llenando el suelo de diminutas gotitas cuando, para mi desgracia, la puerta de su habitación se abre. Pienso en dar la vuelta pero, ¡qué diablos! ¿No lo hago para molestarla?

Continúo caminando destino a mi habitación hasta que su figura hace acto de presencia. La observo de arriba abajo. Va ataviada todavía con un pijama, y el pelo lo lleva atado en un moño mal hecho. Esbozo una amplia sonrisa al verla, sobre todo al ver su rostro desencajado.

—¿Se puede saber qué haces?

Mantiene su vista fija en la toalla. Ladeo una pequeña sonrisa al

percatarme de que estamos viviendo una situación parecida a la del día anterior, aunque con la diferencia del cabreo presente en sus ojos, claro está.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta lo que ves? —Le devuelvo la pregunta. Veo como eleva su vista, dirigiéndome una mirada de más bien pocos amigos—. ¿O es que también tienes el instinto de observar con detenimiento a los hombres medio desnudos que se presentan delante de ti?

—Eres un imbécil —me dice, de forma tajante. Se acerca a donde estoy yo, alargando su brazo para quitarme la toalla, pero soy mucho más rápido que ella, separándome de forma brusca.

—Vaya, qué directa eres. —Escucho como suelta un pequeño resoplido y se lleva una mano al pelo, despeinándolo todavía más si eso es posible—. ¿No me piensas invitar a una cenita, o al menos a una copa o algo? Me estoy empezando a sentir como un trozo de carne, y yo también tengo sentimientos.

Sé que me estoy pasando cuando observo su rostro contrariado, pero aun así no pienso parar. No sé qué me pasa, yo no soy así, pero por algún extraño motivo me divierte un montón meterme con esa tarada mujer con la que, por desgracia, tendré que compartir demasiadas horas de mi vida.

—Dudo mucho que alguien como tú tenga algún tipo de sentimiento. —Se cruza de brazos a la vez que arquea una de sus cejas.

Lo cierto es que la situación me hace mucha gracia y no sé cómo consigo mantener la compostura, pero me llevo una mano al pecho, de forma teatral, para después acercar la otra a la toalla. Siento sus ojos puestos sobre mí de forma un tanto desorientada y no puedo evitar sonreír ante esa imagen.

—Venga, no discutamos más —le digo con una diminuta sonrisa en los labios—. Yo te devuelvo lo que es tuyo y tan amigos, ¿vale?

Comienzo a desenroscar la toalla y, antes de que me dé cuenta, la tengo toda en la mano. Veo como se tapa la cara y comienza a soltar una serie de improperios que no llego a entender con exactitud.

—Eres un guarro —espeta, apartándose de mí—. Te la regalo, toda tuya. No me pienso secar con algo que rozó tus genitales. Por favor ¡qué asco!

Dicho esto, sale a toda velocidad hacia el baño y se encierra dentro de él.

Suelto una fuerte carcajada. La verdad es que no sabría decir por qué, pero me encanta provocar estas situaciones con ella. Me encanta cabrearla.

Me meto con rapidez en mi habitación y me apresuro a secarme con la toalla que Elisa al final no había querido que le devolviera. Sonrío como un idiota al recordar su cara, totalmente roja, no sabría decir si de la vergüenza por la situación o del cabreo del momento, pero no me la puedo sacar de la

cabeza.

Niego. ¿Acaso me estoy volviendo loco? Me gusta cabrearla, ponerla en situaciones límites pero nunca, jamás, podría llegar a sentir algún otro tipo de cosa por ella. Por favor, es una tarada, una exagerada, y podría decir mil adjetivos más que la definieran, pero me limito a morderme la lengua.

Comienzo a vestirme a toda prisa con la única intención de salir de ese apartamento antes de que ella esté lista, creo que eso solo podría empeorar todavía más nuestra tan peculiar relación.

Me pongo unos pantalones vaqueros y una camisa informal, me peino delante del espejo y me apresuro a salir por la puerta de mi habitación.

Agradezco no encontrarme con mi nueva compañera de piso y salgo por la puerta principal sin despedirme de nadie.

# No pienso caer en su estúpido juego

*ELISA*

Apresuro el paso como cada mañana, aunque esta vez me había levantado con tiempo más que suficiente, más bien prácticamente no había pegado ojo en toda la noche.

Me acerco a toda prisa a la puerta de la redacción cuando veo a Gema, con una amplia sonrisa en los labios y ese vaso de cartón repleto de café que me regala la energía suficiente para soportar la mañana. Intento esbozar una pequeña sonrisa cuando llego a su encuentro, pero creo que me queda todo en un simple gesto un tanto extraño.

—Quiero todos los detalles —ruega tan pronto me ve. La observo con el ceño fruncido—. Vamos, Elisa, no seas así. ¡Vives con un puto bombón!

—Buenos días a ti también, guapa. —Suelto un fuerte resoplido—. Y no, vivo con un puto depravado.

Elevo la voz, lo que provoca que mi amiga me mire arqueando una de sus cejas con gesto gracioso.

—Tú no lo conoces, no tienes ni idea de cómo es. Aquí puede parecer un buen chico, pero no es así. ¡Está loco!

Elevo las manos en el aire, dándole énfasis a mis palabras. Gema me observa con una pequeña risa asomándose por la comisura de sus labios.

—¿Te puedes creer que utilizó mi gel de baño, mi champú y hasta mi toalla esta mañana? —Abre la boca, con claro gesto de sorpresa—. ¡Y después me la dio!, ¿cómo voy a querer secarme yo con la toalla con la que...? ¡Dios!

Qué asco. Me pica todo el cuerpo sólo de pensarlo. ¡Agg!

—Por favor, Elisa, dámela a mí. —Me mira suplicante, aunque puedo entrever un gesto gracioso en sus ojos—. Yo estaría encantada de secarme con ella todas las mañanas.

Se muerde el labio inferior y dibuja un gesto en el rostro que me provoca repulsión. Gema está mal de la cabeza, comprobado.

—¿Sabes si ya llegó? Salió mucho antes que yo de casa. —Veo como se encoje de hombros antes de girarse sobre sí misma, comenzando a emprender el camino de cada mañana.

Al entrar nos encontramos con Paloma, pendiente como siempre de forma incansable del teléfono, quien nos dedica una diminuta sonrisa antes de continuar con su amena conversación. Siempre me pregunto con quién tendrá tanto que hablar esta mujer si tampoco es que tengamos tanto trabajo.

—Buenos días, chicas.

Mi pesadilla. No tengo que darme la vuelta para saber que es él. Tuerzo el gesto antes de girarme y ver que no llega solo. Tomás nos saluda con una amplia sonrisa y no puedo evitar sonreírle a él también. Siempre me pareció un chico muy curioso: no es demasiado hablador pero parece buena gente. No me pasa desapercibo el hecho de que Gema saluda a Daniel de forma exclusiva, pasando por completo del otro chico, y le guiña el ojo coqueta

—Hablando del rey de Roma... —le dice con una amplia sonrisa. La observo entre confundida y cabreada. Entreabro los labios para hablar pero finalmente me quedo callada. ¿De verdad dijo eso?

—¿Ah sí? —Noto los ojos de Daniel puestos sobre mí. La mataré, juro que lo haré.

—Sí, la muy pesada no habla de otro tema —me apresuro a responder yo. Gema me mira un tanto contrariada—. Pero eso es porque todavía no te ha visto saliendo de la ducha. —Le dedico una sonrisa ladeada antes de girarme sobre mí misma, con la única intención de comenzar con mis tareas y olvidarme de ese idiota.

La presencia de Ricardo siempre parece llenar todo el local de frío y silencio ya que así se queda todo de un momento para otro. Tomás apresura el paso y se deja caer delante de su mesa, mientras que los demás nos quedamos estáticos, esperando indicaciones.

Ricardo nos observa un tanto confundido antes de acercarse a la mesa de Gema, que es la primera, y deja sobre ella su famosa carpeta.

—Buenos días. Albán, Romero, aquí les dejo el trabajo para hoy. —Dirige la vista hacia Gema y Tomás respectivamente, que están en puntos contrarios de la redacción. Después de recibir el asentimiento de ambos se acerca a mi mesa a paso rápido—. ¿Qué pasó ayer, señorita García? Le envié un mensaje con un artículo de vital importancia a última hora.

—Vaya, ¿sí? —Intento sonar sorprendida, y creo que lo consigo al apreciar el gesto de Ricardo—. Cuanto lo siento, he tenido un problema con el móvil, pero con lo que cobro tendré que esperar por lo menos un año para poder comprarme uno nuevo. —Le arranco de la mano la carpeta que tiene para mí. No tengo ganas de andarme con tonterías. Aprecio el gesto un tanto desorientado de Ricardo, pero no dice nada.

Veo como se aclara la garganta antes de llamar a Daniel con una de sus manos, pidiéndole que se acerque a mi mesa. Maldigo interiormente a la vez que siento una fuerte punzada en el estómago. ¿Es tan complicado entender que no lo quiero cerca de mí?

—Como ya sabéis el viernes sale el especial de cine y teatro del mes. —Asiento con la cabeza. No puedo observar a Daniel pero me imagino que no pudo realizar el mismo gesto que yo, aun así Ricardo prosigue—. Todavía queda mucho por hacer. Tenemos mucho trabajo pendiente todavía y es una de las ediciones más importantes que sacamos.

—Pensé que ya estaría terminado —respondo. Sé quienes se dedican a escribir este especial, en su día yo estuve entre ellos, y a estas alturas del mes siempre estaba terminado e impreso sin falta.

Ricardo niega con un gesto que no me gusta nada.

—Le he estado echando un vistazo por encima y no se puede sacar así. —Se lleva la mano a la cabeza, alborotando su canoso y escaso cabello—. Necesito que trabajéis juntos y me enviéis los artículos corregidos. Sé que sois los adecuados para hacerlo. —Asiento, totalmente a contra gusto, pero lo hago. Al fin y al cabo es lo que hago siempre: obedecer y callar.

Sin pensarlo me giro hacia Daniel, quien parece un tanto desorientado por lo que no puedo evitar que una sonrisa se deposite en mis labios, ¿qué se cree que es esto? ¿El *New York Times*? Aquí todos hacemos el trabajo de todos. Es un descontrol pero es lo que hay. Punto.

—¿Para cuándo? —le pregunto yo después de esperar un tiempo prudencial para que Daniel procese la noticia y, por otro lado, yo poder recrearme en su gesto confuso.

—Para mañana —sentencia, observándonos con autoridad—. Se los he enviado al correo, señorita García —completa, justo antes de dar media vuelta y desaparecer.

Resoplo, esta parece una puñetera pesadilla hecha realidad. Estoy tan metida en mis pensamientos que ni recuerdo que Daniel está a mi lado, observando el mismo punto de la redacción que yo, por donde acaba de

desaparecer Ricardo, alias El idiota.

—¿Esto es normal? —Lo miro con el ceño fruncido, aunque finalmente me giro, acercándome a mi ordenador.

—Te acostumbrarás —sentencio.

Es frecuente que Ricardo nos pida estos favores, y cuanto antes lo entienda, mejor.

—Está bien, te pasaré un par de artículos para que los revises —digo, a la vez que entro en mi cuenta de correo. Lo que menos quiero en el mundo es tener que trabajar con él, además así todo será mucho más rápido y terminaremos antes.

—Juraría que Ricardo mencionó la palabra: «juntos». ¿Desde cuándo desobedeces la orden de un superior? —Presiono un labio contra el otro. No pienso caer en su juego, claro que no pienso hacerlo, soy demasiado madura como para caer en su estúpido juego de niño pequeño—. Ah sí, ya sé: Ayer. —Me giro hacia él y aprecio como tiene esa maldita sonrisa dibujada en el rostro. ¿Es qué no sabe hacer otra cosa que no sea sonreír de esa manera?

Lo odio, lo odio, lo odio mucho. Suelto un pequeño bufido antes de girarme de nuevo, prosiguiendo con mi trabajo.

—¿Y sabes por qué? —continúa el muy idiota.

¿No se da cuenta de que lo estoy ignorando? ¿Qué tengo que hacer para que se dé cuenta que no quiero seguir hablando con él? ¿Ponerme un cartel luminoso en la frente?

—Porque estabas demasiado alterada sabiendo que vas a tener que compartir demasiadas horas con un *idiota condescendiente*. —Intenta manipularme repitiendo las mismas palabras que utilicé yo para definirlo, y lo hace con muy mala leche. Me giro hacia él pero finalmente niego con la cabeza.

No pienso caer en su juego, me repito una vez más. Solo es un maldito idiota que me quiere alterar el día y no lo va a conseguir. ¡Por supuesto que no!

—¿Te preocupa no poder controlar tus impulsos si trabajas conmigo, Elisa? —Siento su aliento pegado a mi oreja y un fuerte escalofrío me sacude entera. ¿Está de broma? No vas a caer. ¡Contrólate!

Me giro hacia él, con la única intención de mandarlo a freír espárragos o alguna otra cosa similar y menos bonita, cuando me doy cuenta de que tengo sus labios más cerca de lo que me gustaría.

—Eres un idiota —respondo, quedando yo como tal. Se supone que yo tengo vocabulario, ¿por qué no aparece en mi mente cuando lo necesito? La

idiota soy yo, desde luego. Sé que no gané la partida, y menos con esa respuesta tan poco original, pero me basta con que se calle.

—Está bien, cuando termines pásamelo al correo. —Veo como coge un pequeño papel y comienza a garabatear algo en él—. No tengo ganas de discutir contigo.

Después de decir esto se gira sobre sus talones y se sienta delante de la mesa de su ordenador, comenzando a teclear algo en él. En el fondo no sé lo que puede estar haciendo pero me da exactamente igual.

Alargo la mano hasta el papel que me había dejado Daniel sobre la mesa y leo su contenido. Al hacerlo no puedo evitar que una sonrisa surque mi rostro, en el fondo creí que sería la única aburrida que no tendría nombres raros en mi correo —el de adulta, claro, ya dije que el otro es mejor no mencionarlo—. Su dirección consiste en la composición de su nombre y sus dos apellidos con un número al final. ¿Será el día de su cumpleaños? O tal vez el número de neuronas que tiene pululando por la cabeza.

—¿Sabes qué, Daniel? —espeto en voz alta sin pensarlo, girándome hacia él—. Yo no soy ninguna cobarde, y te aseguro que si alguien tiene la situación bajo control, esa soy yo. —Me observa un tanto contrariado, pero para mi suerte no dice nada—. ¿O es que igual eres tú el que no puede soportar trabajar conmigo?

# ¡Venga ya! Soy un hombre hecho y derecho

*DANIEL*

Trabajar con Elisa es una maldita tortura. Y lo cierto es que no sé ni por qué me empeñé en hacerlo. Bueno, claro que lo sé: por fastidiarla. Está claro que ella es lo que último que quiere y yo en el fondo quiero hacerla sufrir. Madre mía, si me escuchara mi madre me mandaría rezar diez *Padre nuestro* o algo por el estilo. Hasta a mí mismo me asustan estos pensamientos. ¿En quién me he convertido?

—¿No son muchos artículos? —le pregunto, a la vez que observo la pantalla de su ordenador. Al momento comienza a asentir con la cabeza.

—Demasiados, y tenemos que tenerlo todo listo para mañana. —Suspira.

Desde luego vamos a ir mucho más lentos de esta forma. Tal vez debería de irme para mi sitio y... ¡bah! Me da igual, como si me tengo que pasar toda la noche en vela, todo sea por molestarla, y está más que claro que mi presencia le incomoda. Le incomoda muchísimo.

—Esto es un puto horno. —Escucho la voz de Gema y no puedo evitar soltar un pequeño respingo. Esta mujer es demasiado silenciosa. ¡Venga, otra más a la que le tengo que comprar un collar gatuno! ¿Harán precio por pares? —. Deberíamos de exigirle a Ricardo que nos ponga aire acondicionado.

—Vale, Gema, ve yendo tú a decírselo —le responde Elisa con desinterés, haciéndole un gesto con su mano derecha—. Y de paso le comentas que necesitamos ordenadores nuevos. ¡Igual monta una fiesta para celebrarlo!

Aprecio como Gema suelta una pequeña risa y yo no puedo evitar secundarla.

—En fin, voy a por un café. ¿Queréis uno? —pregunta. Fijo mi vista sobre ella, ¿acaba de decir que tiene calor y se va a tomar un café? En definitiva, ya puedo asegurar que no comprendo a las mujeres. Parecen seres de otro

planeta.

Para mi sorpresa Elisa asiente después de lanzar un fuerte suspiro, ¿es que están locas? Gema posa sus ojos azules sobre los míos y me mira interrogante.

—No, gracias. No necesito estimulantes que me ayuden a rendir — bromeo. Al momento observo como Gema me mira con una media sonrisa en los labios mientras que su amiga tuerce el gesto.

—Qué vanidoso eres, chaval. —Escucho la voz de Elisa, que ni se gira a observarme.

—¿Vanidoso por decir que no necesito cafeína para rendir en mi trabajo? —Me río, sobre todo al ver su expresión—. Por cierto: ¿chaval? Te creía más seria, pensaba que utilizarías palabras como muchacho, no tío o chaval. No te pega.

—¿Y tú que sabes qué me pega o no? —Se gira hacia mí, enarcando una ceja—. ¿Acaso me conoces de algo?

Siento su mirada taladrarme y un pequeño escalofrío me recorre la espina dorsal, aunque por suerte lo consigo disimular a tiempo.

—La verdad es que pude conocerte más de lo que te gustaría. —Noto como se ruboriza. Adoro provocar todas esas cosas en ella, me encanta ponerla en aprietos como estos.

—Está bien, entonces solo os traigo un café, ¿verdad? —Ambos ponemos la vista en Gema, yo al menos había olvidado por completo su presencia. Elisa no hace ningún gesto y soy yo el que asiento con la cabeza.

La situación parece volver a la normalidad. Observo como Elisa se muerde de forma persistente el labio inferior, a la vez que suelta pequeños resoplidos cargados de frustración.

Abre uno de los primeros artículos y lo empieza a ojear con detenimiento. Al apreciar su gesto me acerco un poco a la mesa y comienzo a hacer lo mismo.

Me sorprendo al darme cuenta de que el artículo no tiene lógica ninguna, parece escrito por alguien que no tiene maldita idea de nada, incluido ortografía. En cierto modo estoy comenzando a entender los resoplidos continuos de mi compañera.

—Esto está fatal —protesto—. No tiene ni pies ni cabeza.

—Bienvenido al club —murmura entre dientes—. Ricardo dice que quiere que lo corriamos pero es mentira. Tenemos que escribirlo de cero.

—Pero... —intento hablar, pasando la vista por el artículo una y otra vez. Es que por más que lo intente eso no tiene sentido ninguno. ¿Quién pudo haber

escrito algo así?

—La empresa tiene a varias personas en prácticas, gente que terminó la carrera este año —comienza a explicarme, sin quitar la vista de la pantalla de su ordenador—, y a varios becarios que llevan como mucho un par de años aquí.

—Sigo sin comprender —confieso. Escucho como suelta un pequeño bufido antes de girarse hacia mí.

—No vienen a la redacción a nada, trabajan desde casa en tres proyectos que lanzamos al mes: el de cine y teatro, que es el que estamos corrigiendo ahora. —Asiento con la cabeza—; uno sobre música y espectáculos; y el último sobre deporte.

Vale, creo que empiezo a comprender un poco las cosas.

—Entonces esto está escrito por...

—Lo más seguro es que por alguien que no tiene mucha idea. Además según tengo entendido la empresa está contratando a gente sin estudios, así que me imagino que de ahí viene el problema.

Todo tiene sentido, pero no entiendo cómo es posible que contraten a gente sin credenciales. Aunque, pensándolo bien, ¿qué fue lo que hicieron conmigo? Al momento una duda sacude mi mente: ¿qué será de la amiga de mi madre que me había recomendado para el empleo?

—Oye, Elisa, te quería hacer una pregunta. —Al momento siento los ojos castaños de ella puestos sobre mí, lo que me produce de nuevo un pequeño escalofrío, ¿pero qué diablos me pasa?—. ¿Sabes si Maribel trabaja entre el grupo de personas de las que me hablas? Es que me han dicho que trabaja aquí pero como no la he visto nunca...

—¿Maribel? —Presiona un labio contra el otro y tuerce el gesto, como pensando—. ¿Una mujer de unos cincuenta años con una sonrisa permanente? —Asiento. A decir verdad no la recuerdo tanto como para saber si lleva una sonrisa por uniforme a todos lados, pero deduzco que sí. La recuerdo como una mujer amable y simpática—. No la has visto nunca porque trabaja por las noches —sentencia, a la vez que se gira para continuar con su cometido.

¿Por las noches? No comprendo nada. Elisa parece darse cuenta porque al momento prosigue.

—Es trabajadora de la empresa de limpieza que Ricardo contrató el año pasado, yo he coincidido alguna vez con ella, es muy agradable. Un día me tuvo que echar a patadas porque me negaba a dejar de trabajar. —Escucho como suelta una pequeña carcajada—. Ojalá todos los trabajadores fueran así

como ella.

No dice nada más, pero sé que en parte eso va por mí y, en el fondo, me molesta, aunque no sé por qué, ¿acaso mi intención no es únicamente sacarla de sus casillas?

—Madre mía, me avergüenza pensar que algún día pude escribir algún artículo así cuando era becaria —susurra, aunque la escucho a la perfección.

Siento un fuerte revuelo en mi interior al escucharla y no puedo evitar sonreír. En el fondo me parece una chica muy tierna, pero me encanta ponerla en aprietos, es algo que no puedo controlar.

—Tal vez fueras peor, imagínate que igual tus artículos no servían ni para ser corregidos. —No sé ni por qué lo digo, pero lo hago. Al momento siento su mirada sobre mí cargada de odio.

—Casi que prefiero que trabajemos por separado —me dice, apretando un labio contra el otro—. Siento decirte que no me dejas trabajar, si hace falta se lo comento a Ricardo para que me libere de tal responsabilidad contigo.

Me muerdo el labio inferior con fuerza. Para qué negarlo, me lo tengo más que merecido.

—Y más te vale hacerlo bien, Daniel, que tu trabajo nos afectará a los dos —me dice, con tono inquisidor. No puedo más que sonreír al escucharla.

—No te preocupes, maestra. Te enviaré mi trabajo para que le des el visto bueno. —Se gira hacia mí y no puedo más que guiñarle un ojo antes de levantarme y acercarme a mi mesa.



El día pasa más rápido de lo que en un principio creía. Como ya había deducido desde un principio, trabajar por separado había resultado muchísimo más productivo, además de lo cómodo que resulta no tener que escuchar cada dos por tres los quejidos insoportables de Elisa.

Levanto la vista y no tardo en verla. Lleva en la misma posición al menos durante las últimas cinco horas. Juraría que no se levantó en ningún momento.

Dudo durante un segundo, pero al final entro en mi cuenta de correo y le adjunto la mayor parte de los artículos corregidos. No me preocupa que no le gusten, en el fondo tengo la confianza suficiente para saber que no soy un mal periodista, o eso es lo que dicen todos los malditos galardones y premios que tengo bien guardados en una maleta bajo llave. Pero por algún motivo siento como el corazón me comienza a bombear más sangre de lo normal.

No necesito su maldita aprobación, parezco nuevo, maldita sea.

Dejo pasar un tiempo más que prudencial, no tengo idea de si los ha recibido ya que no dice nada, pero las piernas me comienzan a temblar y siento que debo de hacer algo. O me acerco a ella o salgo de esta maldita redacción a tomar el aire porque me estoy ahogando.

Comienzo a dirigirme en su dirección. Me aclaro la garganta un par de veces. Al darse cuenta se gira hacia mí.

—Tienes un correo —le digo intentando sonar gracioso, pero cuando aprecio su gesto me doy cuenta de que fracasé.

—Ajá —dice, como si nada, sin despegar la vista de su estúpido ordenador. ¿Es que no piensa hacerme caso?—. Oh, Daniel, no pensé que te importara tanto mi opinión —dice, girándose hacia mí.

Bufo. Su opinión me importa un comino, o tal vez menos, solo me limito a cumplir con mi palabra.

—Para nada, corazón, solo hago mi trabajo —respondo, quitándole toda la importancia que puedo al asunto.

Elisa suelta una pequeña carcajada antes de abrir una nueva página. En ella puedo observar en primera plana uno de mis artículos, prácticamente por el final. Sonrío.

—A ver cómo te digo esto. —Se lleva una mano a la frente y la acaricia con cuidado—. Tus artículos son bastante buenos.

Levanta la vista, fijándola en mí y puedo notar un ligero brillo en sus ojos, supongo que le divierte intentar sacarme de mis casillas. Pues no lo conseguirá, claro que no.

—¿Me das el aprobado entonces? ¿Puedo seguir por ese camino?

Carraspea un par de veces, todavía manteniendo la mirada sobre mí, como buscando las palabras.

—Daniel, no quiero que esto que te voy a decir sirva de precedente. —Se levanta de su mesa y se acerca a mí. Se acerca mucho a mí, más de lo que me gustaría. Casi puedo sentir su respiración sobre mis labios—. Me gustas más con el traje que como te vi esta mañana —murmura muy cerca de mi oído.

No puedo evitar sentir un pequeño escalofrío pero, al momento me recompongo. ¡Venga ya! No puedo sentirme de esa manera, soy un hombre hecho y derecho. Dibujo una sonrisa en los labios, como si tal cosa, antes de hacer un gesto con la cabeza y desaparecer de ahí.

Necesito centrarme en mi trabajo. Definitivamente me estoy volviendo loco.

# ME MUERO POR ESCUCHAR CANTAR A ESTE BOMBÓN

*ELISA*

Gema me observa interrogante. Para ser totalmente sincera no tengo idea de lo que me acaba de preguntar, pero en el fondo me da igual. Muevo la cabeza de arriba para abajo sin más. No me doy cuenta de qué metí la pata hasta que la veo dar pequeños saltitos de alegría. ¡Maldito Daniel! Por su culpa acabo de aceptar algún plan loco de Gema.

En fin, en el fondo la culpa solo es mía. Me quedé tonta con su maldito artículo. Por más que quiero no puedo encontrar ni un puto problema: ni uno.

Gema me agarra por el brazo derecho, obligándome a cerrar todo. Encima no llevo ropa apropiada para ir a ningún lado. Me odio mucho a mí misma, muchísimo.

—Menos mal, ya pensé que nunca aceptarías salir a tomar una copa con tu mejor amiga.

Me pasa el brazo por detrás de la espalda. No puedo evitar soltar un fuerte resoplido. Venga, en el fondo se lo debo. Me obligo mentalmente a situar una tonta sonrisa en los labios.

—Pero no hasta muy tarde, ¿vale? —acepto.

Al momento Gema comienza a dar palmadas como una niña pequeña y una diminuta risa se escapa de mis labios. Para que voy a engañarme, en el fondo la adoro y la admiro a partes iguales.

Salimos de la redacción ante la atenta mirada de Ricardo quien, aunque nos había otorgado el permiso, parece molesto. Estoy bastante segura de que esperaba que le hiciera algún maldito artículo sorpresa. ¡Pues esta noche va listo!

—Oye, ¿qué tal te fue con Daniel hoy? —Chasqueo la lengua, lo último que quiero es hablar de ese ser tan desagradable. Me quedo callada, contando

los pasos en silencio, pero al momento noto que Gema me observa esperando una respuesta.

—Bien, tengo que decir que es bueno en su trabajo.

Lo odio, eso es un hecho, pero tengo que reconocer que el chico es bueno. Decir cualquier otra cosa sería mentir, y no es mi estilo.

—Es el mejor, es una locura lo bien que escribe. A mí me tiene loca — dice sin más.

Aminorara el paso, parando delante de un bar bastante cutre para mi gusto. No puedo más que torcer el gesto.

—¿A dónde vamos? —Lanzo un fuerte suspiro, maldita la hora en que le hice caso. Ni siquiera sé porque lo hice. Bueno, sí que lo sé: acepté por alejarme del idiota de Daniel.

Desde luego no sé lo que es, pero ese hombre tiene algo que me pone enferma.

—No sé, no he visto ningún otro local abierto. —Se encoge de hombros. ¿Pero es que acaso se esperaba otra cosa? ¿Sabe qué hora es? y, sobre todo, ¿sabe en qué día vivimos? A decir verdad no estoy segura de saberlo ni yo, tal vez... ¿martes?

—Paso. Prefiero irme para casa.

Miro hacia dentro y siento un pequeño escalofrío recorrer toda mi espina dorsal. No quiero, por nada del mundo, entrar ahí.

¿Hay alguna mujer dentro? No lo creo. Y también tengo mis serias dudas de que cumplan con la normativa higiénica que te exige el Estado para poder abrir un local, sobre todo de hostelería. Porque digo yo que exigirán unos mínimos de higiene, ¿no?

—Vale, está bien, busquemos otro sitio entonces.

Se encoge de hombros al decir esto, pero sé de sobra que no lo hace por mí. Su rostro demuestra que se quedó tan estática como yo al apreciar el interior del bendito local.

—Mi hermano se casa, me llegó la invitación ayer —me dice con voz neutra—. ¿Sabes lo que eso significa? Soportar a mi madre con sus paranoias y con sus comidas grasientas. Demasiado para mí.

Sé que odia irse de Madrid, al contrario que me ocurre a mí. Ella adora la capital y si pudiera se pasaría la vida entera viviendo aquí.

—Eso está bien, sino a este paso no conocerás a tus sobrinos cuando vayas. —Suelta un fuerte suspiro.

—Pero si sabes que odio a los críos, Eli. ¡Nos llevamos fatal! —Tuerce el

gesto—. Se pasan la vida corriendo por todos lados, con sus juguetes por el suelo... ¡Y yo eso no lo soporto!

—¿Pero cuántos años tienen? —pregunto. Admito que yo siempre tuve una buena vibra con los niños. Me encantan y ellos a mí me adoran también. No sé bien por qué.

—Pues calculo que Brais tendrá unos catorce y Antía unos once, tal vez — responde. No puedo evitar estallar en una fuerte carcajada.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad crees que tus sobrinos todavía corren por los pasillos y juegan por el suelo? ¡Madre mía, hace demasiado que no los ves! —Se encoge de hombros como si le diera todo igual—. Estoy segura de que ahora se meterán hostias contra la pared por ir empanados con su teléfono móvil. —Con esto parece reaccionar y suelta una fuerte carcajada.

Nos pasamos un rato más hablando de tonterías, hasta que el tema tabú surge sin saber bien cómo.

—¿Qué tal con el periodista desconocido? —pregunta elevando las cejas como una idiota.

Un fuerte escalofrío me recorre entera cuando la escucho. Llevo todo el día sin pensar en él. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué es lo que me produce Daniel que me olvido de todo lo demás?

No respondo, en el fondo no quiero hablar del tema. Lo cierto es que no quiero hablar de nada. Solo quiero que el silencio se haga dueño de la situación. Tal vez la compañía de Gema no me venga mal, ya que es la diversión en persona y me hará olvidar todos los problemas que me inundan, pero prefiero dejar las conversaciones para otro momento.

Ella parece entenderlo porque tampoco lo vuelve a intentar, aunque tal vez se deba a que parece haber encontrado el lugar donde quiere que pasemos la noche: un karaoke.

Odio cantar, lo hago fatal, además de que soy terriblemente vergonzosa. Me muero de la vergüenza solo de pensar que voy a tener que entonar alguna canción. Pero bueno, pase lo que pase, no pienso salir a ese maldito escenario.

Gema se acerca a la barra y se pide una copa mientras que yo me decanto por algo más sencillo: un refresco de limón sin hielo, ya que creo que un café no me lo servirán. Al menos no sin dirigirme una de esas miradas de: «¿es que te has vuelto loca?».

Por suerte encontramos una mesa libre. Parece ser que los martes — aunque sigo sin estar segura al cien por cien de que lo sea— es día de salir al karaoke y yo todavía no lo sabía. Tendré que apuntarlo en el calendario de

cosas que me importan una mierda y que no repetiré jamás. En fin.

No tardo en fijar la vista en el escenario. Una pareja entona la canción *El mismo sol* de Álvaro Soler y Jennifer López. Me llama la atención la voz de la chica. No sé quién es, pero sin duda podría dedicarse a esto. No tengo ni idea hasta qué punto es frecuente encontrar a gente con voces así de melódicas en estos lugares, pero pensándolo bien yo jamás saldría ahí, y eso es porque voy a dar el cante. Si al menos pudiera entonar alguna mísera nota estoy segura de que me encantaría subirme a ese maldito escenario y demostrarle al mundo lo que se pierde sin mí.

Al momento pongo la vista en la entrada de aquel local. No sé ni por qué lo hago, pero tan pronto veo el cabello negro de Daniel despeinado, y esa estúpida sonrisa que lleva puesta a todas horas, siento un fuerte revuelo en mi interior.

—¿Qué hace él aquí? —susurro. Creo que Gema puede apreciar mi cara de espanto porque la muy idiota se ríe, ¿se ríe de mí?

—¿Daniel? Le avisé yo. Ya que lo de la cena parece haber quedado medio olvidado ya, pensé que sería divertido invitarlo a venir aquí —dice como si nada—. ¿Te parece mal?

¿Desde cuándo tiene su número de teléfono? ¿Desde cuándo son tan amigos? ¡Maldita sea!

—¡Pues claro que me molesta, Gema! —espeto con cabreo—. ¿Qué te hace pensar que no? ¿Crees que no es suficiente tener que compartir techo y trabajo con él? ¿Tú me quieres matar de un exceso de idiotez, verdad?

Suelto un fuerte bufido. Lo que menos me apetece es tener que tolerarlo también ahora, parece una maldita broma.

—Venga, Eli, eres una exagerada. ¡Lo pasaremos bien! —enfatisa mucho en las últimas palabras. Lo dicho, está de broma.

—No, no lo pasaremos bien. ¡Tú lo pasarás bien! —Me comienzo a levantar, decidida a salir del local.

¿De verdad se creen que me voy a quedar aquí, compartiendo aire con ellos dos? Qué se olviden. ¿Qué pinto yo en el medio de una parejita tan bien formada? ¡Si ya hasta tienen sus números de teléfono!

Rápidamente me llama la atención que Daniel clava su vista en mí y dice algo. No consigo escuchar nada debido a la música, pero tampoco me voy a quedar para averiguarlo.

Bajo la cabeza, solo quiero salir de aquí sin que nadie más me vea. Escucho la risa de Gema pero no se levanta para agarrarme. No sé qué pensar

sobre nada. Creo que me estoy comportando como una idiota. Soy una mujer adulta, por el amor de Dios.

—¿Te vas? —Esta vez sí lo escucho. Al parecer tarda menos él en hacerse hueco entre la gente para acercarse a mí, que yo para huir del maldito local. Genial.

—¿Yo? —Observo su estúpida sonrisa en sus estúpidos labios. ¿Es que no sabe más que sonreír? Y, sobre todo, ¿por qué solo sabe sonreír de esa maldita forma?—. ¡Para nada! Voy a la barra a por algo de beber —respondo.

¿Por qué digo eso? Solo quiero irme. ¡Joder!

—Ya te lo pido yo, ¿qué quieres?

¿Qué que quiero? Que desaparezcas de mi vida de una vez por todas.

—Vodka.

¡¿Pero qué mierda digo?! ¿Desde cuándo bebo vodka? ¡Idiota! Sé de sobra que se me subirá a la cabeza y pareceré un puto pato mareado.

—Con limón —añado al ver su gesto. ¿La gente lo bebe con limón o habré dicho alguna barbaridad?

Daniel no dice nada y se gira hacia la barra. Al momento, y con pocas ganas, retomo el camino hacia la mesa de Gema.

Todo me sale mal. Todo. ¿Ahora qué puedo hacer? Observo el gesto gracioso de mi amiga tan pronto me acerco a ella. Esta noche promete ser un puñetero desastre.

—Hola de nuevo —me saluda con efusividad.

Suelta una pequeña carcajada al verme. No puedo evitar morderme el labio inferior pero me niego a responder. Me dejo caer en el sofá justo al lado de Gema. Solo quiero desaparecer.

—Hola, chicas. —Me giro al escuchar una voz masculina. No es Daniel, eso lo tengo claro. Sonrío al apreciar su gesto tímido.

—Hola, Tomás. ¿Y tú por aquí? —Me levanto, acercándome a darle dos besos. El chico me los responde de igual forma. No sé por qué nunca tuve trato con él, la verdad me parece muy majó.

—Daniel me mandó un mensaje obligándome a venir. No me gusta mucho salir de casa, pero tal vez no me venga mal del todo. —Sonrío.

Pues parece que todos tienen el número de Daniel. Todos son coleguitas ya y yo no sé muy bien qué pinto aquí.

—Qué bien que al final te animaste. —La voz de Daniel me produce un fuerte escalofrío, no sé ni por qué me pasa. Me giro hacia él y observo cómo le aprieta el hombro a Tomás —. Hola, Gema —saluda a mi amiga.

Me ofrece el vaso con un gesto tan amable, que al momento me hace sentir miserable.

Una pequeña tregua, Elisa. Me intento mentalizar cerrando los ojos.

—Gracias —susurro, aunque sé que me escucha cuando vuelvo a divisar esa estúpida sonrisa en sus labios. Buf.

No sé ni lo que hago cuando me acerco la pajita a la boca y le doy un pequeño trago al líquido. Al momento siento como me quema la garganta. Hago un esfuerzo para que no se me note y creo que lo he conseguido ya que ninguno de los tres me observa. Gema y Daniel hablan entre ellos de algo a la vez que miran hacia la barra.

—Solo hay que ver cómo se miran —dice Gema, con ojos soñadores. Daniel suelta una pequeña risa.

—No tiene por qué tener nada que ver. Eres una mal pensada.

¿En serio? Ni me lo imaginaba. En todos estos años ni me había percatado de que es una mal pensada. Acabas de descubrir la pólvora, colega.

—Venga, hagamos una apuesta —expone Gema, a quien sin ninguna duda ya le están comenzando a hacer efecto las copas. La observo espantada—: Yo voy con Elisa, y vosotros dos juntos. El que pierda sale a cantar.

Me atraganto con el vodka que mantengo en la boca. ¿Está mal de la cabeza? Vaya pregunta, ni que no supiera que no tengo una amiga muy cuerda.

—Vale, acepto. —Daniel alarga el brazo por encima de la mesa y, con un breve apretón de manos, sellan el acuerdo.

¿Pero es que nadie piensa decir nada? Yo me niego a salir a cantar. Gema no está en sus cabales, ¿pero Daniel por qué diablos acepta ese trato del demonio? Pongo la vista en Tomás quien, para mi desgracia, parece abstraído. ¿Está de acuerdo con esta locura?

—Yo te digo que son novios, o al menos están liados —dice Gema, observando a la pareja en cuestión.

—Y yo te digo que no se dan un beso en toda la noche. —Esboza una amplia sonrisa.

Pongo la vista en la pareja tema de conversación y apuesta y, por primera vez en toda la noche, me relajo.

Es que no sé en qué momento Daniel pudo pensar que no son pareja. El chico la observa con un brillo especial mientras que ella sonríe como una tonta. Nunca entenderé por qué el amor los hace parecer tan idiotas.

La tensión termina cuando el chico alarga su brazo hacia ella y, en cuestión de segundos, sellan el romántico encuentro con un casto beso.

Bien, por primera vez me alegro de ir en el grupo de Gema. No es solo que me libre de cantar, es que al idiota de Daniel le toca cumplir con su parte y, sin duda, eso puede ser muy divertido.

—Venga ya, podían haber sido amigos perfectamente, o hermanos. —Se lleva las manos a la cabeza a la vez que se tira hacia atrás en la silla. Le dirige una mirada a Tomás, quien se encoge de hombros y acepta su destino.

En fin, menos mal que es un buenazo, si me llega a tocar a mí salir a cantar habría ardidado Troya.

—Me muero por escuchar cantar a este bombón —me dice Gema, acercándose a mí.

No le respondo, ¿para qué? Me limito a esperar con la copa entre las manos, dándole pequeños tragos de vez en cuando. Ya no me molesta tanto su sabor.

A los pocos minutos la música cesa y la pareja que ocupaba en ese momento el escenario se cambia por la presencia de Daniel y Tomás.

Me niego a poner la vista sobre ellos por lo que observo el contenido del vaso con mucho interés.

La música comienza a sonar y la reconozco a la primera: *Una foto en blanco y negro* de El canto del loco. Creo que es mi canción favorita del grupo. Noto al segundo como mi cuerpo se electriza.

No puedo evitar fijar la vista sobre él al pronunciar la primera estrofa de la canción. Siento una fuerte descarga eléctrica dentro de mí.

Suspiro como una puñetera adolescente. Al momento aprecio como dirige la mirada hacia nosotras, hacia nuestra mesa y le guiña un ojo a mi compañera, a Gema.

Ahora solo tengo ganas de desaparecer. Siento el impulso de levantarme y salir corriendo pero, en lugar de eso, le doy un trago largo al vaso de tubo que tengo entre manos. ¡A la mierda todo!

# ¿Desde cuándo yo soy de ese tipo de hombres?

*DANIEL*

No sé qué tiene, pero no puedo dejar de mirarla. Desde que Gema me envió el mensaje ofreciéndome la posibilidad de pasar la noche con ellas en un karaoke, lo vi claro: tenía que ir aunque solo fuera por incordiarla con mi presencia. Y lo había hecho, claro que sí. Desde el mismo momento en que cruzamos la primera mirada, supe que estaba incómoda conmigo ahí.

Veo como se lleva el vaso practicante vacío a los labios y suelta una pequeña carcajada a continuación. Me imagino que esa no es la primera copa que bebe esta noche.

—Gracias por seguirme en esto —le digo a Tomás en un pequeño susurro. Se gira hacia mí sonriente.

—Al fin y al cabo habíamos hecho un trato, ¿no? —expone. Asiento.

—Exacto, disfrutar de la noche.

El brillo de sus ojos me dice que conseguí lo que pretendía exactamente. Casi no lo conozco, pero sé que le cuesta bastante relacionarse con los demás. Tal vez esto le ayude a abrirse, sobre todo con ellas.

Nos comenzamos a acercarnos a la mesa intentando sortear a toda la gente que se encuentra dentro del local. Parece increíble que un martes pueda estar tan lleno. ¿Es que la gente no trabaja? Aunque igual ellos están pensando lo mismo de nosotros que sí, sin ninguna duda o excusa que sirva para librarnos, mañana trabajamos. Y muy temprano además.

—Lo habéis hecho genial, chicos. ¡Como unos verdaderos profesionales! —exclama Gema con una amplia sonrisa.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada. Cantar no es lo mío, desafino más notas de las que entono, pero en cierto modo me da igual. Nunca me importó hacer el ridículo. Me pasa lo mismo con el baile, parece que tengo

dos pies izquierdos pero me divierto tanto que eso pasa a segundo plano.

—Venga, vamos a cantar nosotras también. —Escucho decir a Gema. Fijo de nuevo la vista en Elisa. No parece con ganas de aceptar, aun así una buena carcajada surge de sus cuerdas vocales.

Puedo decir, totalmente seguro de mis palabras, que nunca antes la había visto tan suelta. ¿Puede ser todo cosa del alcohol?

—Creo que paso, gracias —declina su oferta. Nada que no me hubiera imaginado.

—Oh, venga, Eli. ¡Quiero cantar! —Hace un pequeño puchero y no puedo más que sonreír ante la situación. Parecen madre e hija.

—Venga, *Eli*. —Enfatizo mucho el apodo por el que la conoce Gema. Sé que, sin duda, le molestará. Se gira hacia mí con el ceño fruncido—. ¿No ves que le hace ilusión? ¿O es que no te atreves?

No tengo idea de si voy a conseguir que acepte o no con mi peculiar forma de retarla, pero salgo de dudas tan pronto se gira hacia Gema con gesto decidido.

—Solo si cantamos *No puedo vivir sin ti* —dice. Sonrío satisfecho.

—¡Por supuesto! Es nuestra canción.

Gema se levanta dando un pequeño salto, seguida por Elisa, y comienza a bailar al ritmo de la música que resuena en este momento. No puedo más que sonreír. Esa chica tiene un ángel especial.

—Gema es increíble. —Escucho la voz de Tomás y me giro hacia él. No tardo en ver como la mira, atento a cada movimiento que ejecuta.

—Te gusta —afirmo. No necesito ni preguntarlo.

Tomás pone los ojos sobre mí, con gesto desesperado, como si acabara de decir la mayor tontería del mundo.

—Para nada, pero es una chica envidiable. Tiene una forma de ser que a cualquiera le cautivaría, ¿no crees?

—Por supuesto —respondo, totalmente de acuerdo.

Siento su mirada sobre mí antes de encogerse de hombros. Entiendo perfectamente su situación, y la de cosas que le deben de estar rondando la cabeza en este preciso instante.

—Por mí ni te preocupes. No tengo pensado acercarme a ella —le digo.

Por mucho que lo niegue está claro que está más que interesado en la rubia. Y no necesito ser muy listo para percatarme de las miradas de la chica sobre mí. No es que me lo tenga creído pero esas cosas, me guste o no, se notan.

No puedo negar que Gema es guapa. Tiene unos ojos y una sonrisa que le quitan la respiración a cualquiera, y una personalidad tan natural y pletórica que cautivaría hasta al tío menos receptivo. Pero no. No me atrae. No me gusta en ningún aspecto. Al menos no como mujer, pero tengo claro que me encantaría tenerla en mi vida. Es una chica grandiosa.

Escucho como suelta una fuerte bocanada de aire y no puedo evitar sonreír. Con rapidez, busco a las chicas con la mirada una vez más. Están sobre el mini escenario preparado para la ocasión.

Sonrío, no sé por qué pero no puedo evitar hacerlo. Al momento escucho como la música de la canción de Los Ronaldos comienza a resonar por todo el local.

Esta canción me trae tantos recuerdos de mi infancia que no puedo más que sonreír. Recuerdo cantarla con mi hermana a los cuatro vientos, incluso haberla tocado alguna vez con la guitarra y lo cierto es que no, no sé tocarla, ni Flor tampoco, de ahí la gracia del asunto. Lo único que hacíamos era aporrearla como dos viejos desquiciados a la vez que cantábamos la canción a voz de grito. Un auténtico desastre muy divertido.

La primera que comienza a cantar es Gema, y lo hace de una forma muy entonada, casi como una auténtica profesional. Ahora me comienzo a sentir un poco idiota, estoy seguro de haber desafinado antes por todos lados.

Elisa acerca el micrófono a ella y comienza a entonar su parte. No sé por qué pero mis ojos buscan sus labios y un fuerte escalofrío me recorre entero cuando la veo entreabrirlos para pronunciar las estrofas que le corresponden.

Me encantaría decir que su voz es afinada, o que tal vez lo hace de pena —a mi estilo, vamos—, pero mis malditos nervios no me permiten escuchar más que la bendita música. No sé ni qué me pasa.

Me fijo en sus labios, que se abren y cierran para pronunciar cada una de las palabras; me fijo en su sonrisa, que se ensancha constantemente, tanto como nunca antes la había visto; y, sobre todo, me fijo en sus ojos, repletos de un brillo especial. Me encanta Elisa, me encanta esa Elisa, ¿por qué no puede comportarse siempre así?

Siento sus ojos puestos sobre nuestra mesa. Trago con dificultad. ¿Se habrá percatado de mis pensamientos? ¿Me habrá descubierto? ¿Se habrá dado cuenta de qué...? Al momento sonrío, me sonrío a mí.

Siento que el corazón me late a una velocidad fuera de lo normal. No sé ni qué me pasa. Pero en este momento aterrizo y escucho la voz de ambas chicas al unísono, mientras la mirada de Elisa se fusiona con la mía.

Vamos a ser coherentes, no puedo sentirme atraído por ella. Vale que es una chica guapa pero, ¿de qué la conozco? ¿Desde cuándo yo soy de ese tipo de hombres?

La canción termina y me llama la atención que hay un par de tipos rondando el escenario y comiéndoselas con la mirada. Fijo la vista en Tomás, quien parece haberse dado cuenta del mismo detalle, ya que no quita ojo a la situación. Suspiro, en el fondo no es de mi incumbencia, pueden hacer lo que les venga en gana.

Vuelvo a poner mi vista en Elisa, quien sonrío sin parar. Vale, ahora ya empieza a importarme, no pienso permitir que se aprovechen de ninguna de ellas, y menos en esta situación. Le dirijo una mirada a Tomás y no necesito alegar nada, ya que se levanta detrás de mí.

—Lo habéis hecho genial, preciosas. —Escucho como le dice uno de ellos a Elisa, demasiado cerca de ella para mi gusto.

Intento controlar el impulso de pegarle un fuerte puñetazo en la mandíbula a ese idiota. ¿Qué cojones pretende? ¡Qué se olvide!

Me comienzo a acercar tan rápido como puedo, alargando el brazo y tirando de ella hacia mí. Al segundo noto los ojos del chico puestos sobre nosotros. Me da igual, exactamente igual.

—Oye, *pringao*, ¿qué haces? Yo la vi antes —me dice el muy cretino. Le dirijo la mirada por primera vez en todo el rato.

—Creo que no, *pringao* —lo defino, utilizando la misma palabra que había utilizado él. Le dedico una sonrisa cínica al pronunciarlo—. Ella ya estaba conmigo, ¿o no es verdad, cariño?

Fijo la vista en Elisa, que me mira con los ojos muy abiertos. Sin más estalla en una fuerte carcajada. Mierda, en el fondo pensé que me seguiría el juego.

—Pues claro que sí. —Enrolla sus brazos en mi cuello y comienza a acercar su rostro al mío.

En cuestión de segundos el corazón se me paraliza, quiero separarme de ella, pero no lo hago. Si lo hiciera toda la mentira se iría al traste.

Después de la parada cardíaca inicial, el corazón me comienza a latir a una velocidad descomunal cuando, para mi sorpresa, siento los labios de Elisa posados en mi nariz. Me da un pequeño beso antes de girarse hacia el chico de nuevo.

—Hasta otra —se despide con un pequeño movimiento de mano.  
No consigo asimilar lo que acaba de pasar.

—Gema, tu novio te espera —le dice a su amiga.

Me giro hacia ella, quien parece tontear con el chico de forma descarada ante la mirada atónica de Tomás, quien no sabe qué hacer. Creo que debería de enseñarle a echarle morro a la vida, algo que no hay duda de que a mí me sobra.

—Hacía años que no disfrutaba tanto cantando. —Escucho decir a Elisa. Me giro hacia ella y esa sonrisa me vuelve a remover algo por dentro.

Madre mía, juro que parezco un niño de seis años observando los juguetes de Lego desde un escaparate; o tal vez un adolescente con las hormonas revolucionadas.

—¡Y hasta hemos ligado! —dice Gema, a voz de grito. Por suerte los chicos parecen estar entretenidos con otras. Suspiro, gracias a tíos así nos ganamos la fama los demás.

—Tú siempre ligas, petarda —dice Elisa, dándole un pequeño golpe en el hombro.

—Y tú no lo haces porque no quieres —digo sin pensar.

Siento la mirada de Gema puesta sobre mí. Sin duda tendría que empezar a controlar un poco más mis palabras, y por regla general lo hago. Me gustaría poder echarle la culpa al alcohol, pero ni eso puedo hacer.

Me hago el tonto, sentándome de nuevo en el sofá delante de la mesa. Tomás hace lo mismo que yo, ocupando el que había sido su sitio desde que llegamos. Al segundo siento que Elisa ocupa el espacio vacío a mi lado. No la miro, me niego a hacerlo y no sé por qué, ni siquiera quiero molestarla. A decir verdad me encantaría poder irme, ¡en menudo lío me metí yo solito!

—Daniel, cariño. ¿Me vas a por otra copa? —Escucho su voz muy cerca de mí. Al momento estalla en una carcajada. Todo esto le resulta muy gracioso, y a mí en el fondo también.

Niego con la cabeza, no es que no quiera ir a buscársela, o que me cueste mucho hacerlo, sino que me niego a que beba más.

—Deberías tratar mejor a tu novia —me dice, observándome. Está bien, me lo tengo más que merecido.

—Y yo creo que deberías dejar de beber —susurro. Me mira entornando los ojos.

—No sé en qué momento pasaste de ser mi novio a ser mi padre. —Tuerce los labios. No puedo evitar sonreír, parece una niña pequeña—. Prefería la primera versión.

Trago con dificultad. Intento no procesar esas palabras ya que sé que está

demasiado afectada por el vodka.

—¿Y qué te parece, hija mía, si nos vamos para casa? —La observo intentando mantener el rostro sin expresión alguna. Veo como suelta un pequeño bufido.

—¿Tan pronto? —No puedo evitar estallar en una fuerte carcajada.

Desde luego esa no es la Elisa a la que estoy acostumbrado. ¿Puede ser todo cosa del alcohol?

—¡Bailemos! —dice Gema, agarrando a Elisa de la mano.

Cierro los ojos y tiro la cabeza hacia atrás, ¡a la mierda todo! A ver cómo consigo convencerla ahora de que tiene que dejar de beber y que se debe de comportar como una persona adulta. Al final va a ser verdad que parezco su padre.

Me levanto y me acerco a ellas a paso lento. No quiero que, por un casual, esos buitres vuelvan a intentar aprovecharse de la situación.

—Elisa, tenemos que irnos —le digo, agarrándola por la cintura. Gema me observa con una media sonrisa tatuada en los labios, pero no dice nada. Se gira sobre sí misma y comienza a bailar con uno de los chicos de antes.

—No lo creo. —Me reta, observándome con picardía—. Puedo quedarme con cualquiera de ellos, no te preocupes. Me llevarán a casa.

—Sí, seguro —mascullo entre dientes. Creo que debido a la música no llega a escucharme—. La verdad es que tienes razón. —Me rindo, dejando caer los brazos a mis costados—, eres mayorcita y puedes hacer lo que te venga en gana.

Esa es la única verdad. Si no quiere no vendrá conmigo por mucho que yo me empeñe. Observo como tuerce los labios antes de hablar.

—Está bien, acepto —sentencia, observándome fijamente y dejándome alucinado.

—¿Cual es el truco? —pregunto dudoso.

Como respuesta se acerca a mí y comienza a moverse al ritmo de la música. No tengo ni idea de que canción puede ser, lo cierto es que la cantan de pena, pero a Elisa eso parece darle lo mismo.

—Baila conmigo —me dice.

La observo perplejo. Lo cierto es que no me importa bailar, pero no quiero hacerlo con ella, y menos en esta situación.

—Venga, muermo. Un baile y te juro que acepto lo que tú quieras, ¿vale?

Agradezco que nadie más la escuche. No puedo más que soltar una fuerte risotada.

—Está bien, pero después nos vamos para casa y duermes todo lo que queda de noche como un angelito. —Asiente, mordiéndose el labio inferior.

Sin duda al que más me va a costar soportar esto es a mí. Al momento siento como me agarra por el cuello y su respiración se fusiona con la mía.

Intento todo lo que puedo mantener la distancia con ella. No quiero hacer nada de lo que mañana alguno de los dos se pueda arrepentir, pero ella no me deja. Se vuelve a unir a mí y se mueve al ritmo de la música.

La falta de aire me está comenzando a afectar demasiado. Siento sus manos sobre mi cuello y un pequeño escalofrío recorre mi espina dorsal. Sube la mirada y por algún motivo la fija en mis ojos.

Sin pensarlo bajo la vista y la mantengo en sus labios. Quiero besarla, maldita sea, ¿quiero hacerlo? Comienzo a mover la cabeza de un lado para otro.

Necesito salir y que el aire fresco me congele por completo las ideas, me estoy volviendo loco, loco de remate.

—Deberíamos irnos —susurro, muy cerca de sus labios.

Observo como los entreabre. Sé que debería de hacerlo pero no puedo apartar la mirada, parezco un idiota masoquista.

—Está bien —acepta.

Al momento veo como se despide de Gema, quien parece muy entretenida con el chico en cuestión, aunque me llama la atención que todavía no hayan pasado a otro terreno. Con lo que me había costado a mí, y eso que había hecho todo lo posible por evitarlo.

Gema se despide de mí con una hermosa sonrisa y un leve movimiento de mano. Siento el impulso de acercarme a ella y apartarla de ese idiota, pero ahora mismo tengo otra preocupación en mente.

Le dirijo una mirada a Tomás, quien parece abstraído de todo metido dentro de la pantalla de su teléfono móvil.

—Cuídala, tío —le digo en un susurro, acercándome a él. Veo como se encoge de hombros, con disgusto—. No dejes que se vaya con él, llévala a casa. Si quieres dile que sigues mis instrucciones. No está capacitada para saber al cien por cien lo que hace.

Asiente, a la vez que se levanta del sofá. Elisa me observa un tanto contrariada.

—Mucho te preocupas por Gema —me dice, con el ceño fruncido—. Es mayorcita. Sabe lo que hace.

—Sí, igual que tú. —Suelto una carcajada al decirlo. Veo como se queda

parada de repente por lo que me giro hacia ella.

—¿Te gusta Gema? —me pregunta sin rodeos. Sonrío, por algún motivo me encanta apreciar esta escena.

No respondo, solo me limito a caminar hacia la salida. Al momento me comienza a seguir a regañadientes.

Por suerte para ambos, el edificio no está lejos del bendito Karaoke. Siento los pasos de Elisa cada vez más lentos, y el silencio se adueña de la situación por completo.

En poco más de cinco minutos llegamos. Dejo que entre y se acomode, no quiero intervenir en nada. Ahora al menos ya sé que está en casa sana y salva, y ese era mi trabajo.

Me quedo un par de minutos con la espalda pegada a la puerta de la entrada. Suspiro como un idiota, así es como me siento después de todo lo ocurrido hoy.

No me puedo creer que haya sentido el impulso de besarla, que haya sentido algo por ella. Presiono un labio contra el otro a la vez que comienzo a caminar hacia mi habitación.

Su forma de ser me abruma, me desespera. Tiene que ser eso. Solo necesito dejar pasar el tiempo, las cosas seguirán su propio camino. Mañana Elisa volverá a ser la insoportable de siempre y yo dejaré de sentirme atraído por su sonrisa.

Y no debo olvidarme de que otra persona se está adueñando de mi corazón. No puedo olvidarme de ella.

Al momento busco mi teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón y entro en la aplicación del Whatsapp. Me sorprendo al darme cuenta de que no se conectó en todo el día y suelto un fuerte suspiro.

«Espero que hayas tenido un bonito día»

Le escribo. Estoy seguro de que, por las horas, ya estará durmiendo.

Sé que no es momento de mandarle un mensaje a nadie pero me da igual, necesito hacerlo. Necesito centrar mis pensamientos y sentimientos de una maldita vez.

Ella es perfecta para mí, no Elisa.

# ¡Sueno como una maldita borracha!

*ELISA*

El dolor me taladra por completo la cabeza.

Maldito despertador, ¿te parecen horas? Y, sobre todo, ¿crees que son las formas correctas de destrozar una amistad tan bonita? ¡Yo te quería!

Me levanto, arrastrando los pies, y fijo la vista en mi reflejo: tengo un aspecto terrible, parece que llevo sin dormir meses. Sin duda parezco uno de los zombis del videoclip de Michael Jackson, ¿cómo se llamaba? En fin, como si ahora eso me importara.

Hago el amago de entrar en el baño, pero el imbécil de Daniel se me adelanta. Dice un par de tonterías que ni llego a escuchar y me cierra la puerta en las narices. ¡Idiota!

Me quedo paralizada allí delante, agotada, y me sorprendo al darme cuenta de que la manilla se gira. La observo como si todo fuera un elaborado truco de magia, sin parpadear. Tanto que no sé en qué momento se abre de todo.

—Pasa tú, pero date prisa —dice finalmente el idiota de mi compañero, con gesto derrotado. Sin pensarlo me acerco a él y le estampo un sonoro beso en la mejilla con una energía que ni yo sé de dónde diablos sale. Al hacerlo me raspo con la poca barba que parece haberle crecido desde ayer.

Se separa de mí con un gesto que no puedo ni quiero interpretar. En el fondo me da lo mismo. ¡Tengo el baño para mí solita!

Me lavo la cara, con la tonta intención de borrar todo rastro del día anterior. ¿Quién me mandó a mí hacerle caso a Gema y salir con ellos? Ni siquiera soy capaz de recordar cómo carajo llegué a casa. Me maquillo para evitar parecer una muerta y salgo del cuarto de baño con rapidez. Ni me molesto en comprobar si Daniel se entera de que ya tiene pista libre o no. Me visto con lo primero que pillo con una desgana brutal.

Las ganas que tengo de ir a trabajar son nulas, y tengo que decir que esto pocas veces me ha ocurrido. Normalmente me apasiona mi trabajo, pero hoy lo único que quiero es quedarme en casa y dormir, dormir muchas horas.

Salgo en un silencio sepulcral y me acerco a la redacción a paso lento, ya que las neuronas no me dan para apresurarlo más. A cada paso, un nuevo pinchazo en la cabeza. ¡Qué dolor!

—¡Buenos días! —Escucho la voz cantarina de Gema. ¿Cómo puede estar tan despierta? Es algo que yo, al menos, no concibo.

—¿Es que te fuiste a dormir antes que yo y no me enteré?

Me dedica una diminuta sonrisa a la vez que me ofrece uno de los dos cafés que tiene en la mano. Sin dudarlo llevo el vaso a los labios y le doy un pequeño trago. No puedo evitar torcer el gesto. ¿Qué diablos es esto?

—Me fui poco después que tú, Gabriel me llevó a casa.

Quiero corregirla pero las fuerzas no me dan para eso. La observo con el ceño fruncido mirando hacia el vaso de café.

—¡Ah! Pensé que te vendría bien, te lo pedí corto de leche.

—Está muy fuerte.

Gema asiente. Lo sabe, pero como buena experta en la materia también sabe que para poder sobrevivir al duro día de trabajo me conviene ingerir ese estúpido brebaje, así que, aunque me pese, le doy un largo trago.

Siento un fuerte pinchazo en la cabeza. Juro que no volveré a beber jamás.

Madre mía, ¡sueno como una maldita borracha! ¿Me habré convertido en una de ellas? Por un puñetero día de fiesta. Dios, estoy peor de lo que creía.

—Tenemos que repetir lo de ayer. —Tuerzo el gesto de nuevo, pero esta vez poco tiene que ver con el líquido intragable del que prácticamente no queda nada en el vaso.

—Estás mal de la cabeza —sentencio, a la vez que pongo un pie dentro de la redacción.

El entorno está bastante frío, lo cual es de agradecer, ya que a estas horas de la mañana el termómetro ya no baja de los dieciocho grados, y el ambiente en la calle es insoportable.

Después de saludar a Paloma como cada mañana, intentando que no se percate del sueño y de las pocas ganas de vivir que tengo, me acerco a mi mesa, seguida de cerca por Gema.

Al momento la figura de Ricardo nos pone en alerta. Lo que más detesto de trabajar aquí es su presencia. Lo odio.

—Habéis hecho un buen trabajo, García. —Le sonrío de la forma más

falsa con la que puedo sonreírle a una persona. Comienzo a sentir como la mandíbula se me desencaja del sitio. Me siento patética—. Son unos artículos estupendos.

—Muchas gracias, señor Delgado. —Sigo con mi cínica sonrisa en los labios. Sé que ya debería de quitarla pero ¡bah! Qué más da. Veo como Gema observa la situación curiosa.

—Ah, Suárez, estaba hablando de su trabajo de ayer. —Me giro para observar el rostro de Daniel. Para mi sorpresa él no lleva tatuada su sonrisa de todos los días, al contrario que yo. ¿Es que el mundo está al revés? Veo como asiente con la cabeza a la vez que se acerca a nosotros—. Les dejo aquí el trabajo para hoy.

—¿Individual? —pregunto, espantada. Creo que ya he tenido suficiente dosis de Daniel para un mes.

Ricardo asiente antes de salir dirección a su despacho.

Al momento noto la presencia de Gema, que agarra la carpeta con su nombre y se va con rapidez. Creo que tal vez no fue todo tan rápido como mi mente lo procesa. Puede que la falta de sueño afecte a mi percepción de la vida.

—¿Te importaría? —Escucho la voz de Daniel. Me aparto un poco para permitir que alargue el brazo y capture de esa forma su carpeta.

Al hacerlo siento como el olor de su crema hidratante me perfora las fosas nasales y no puedo más que sonreír, pero esta vez de verdad.

—Veo que finalmente te dio tiempo a afeitarte —digo, aunque no sé por qué lo hago.

Al segundo siento como se gira hacia mí, fijando sus ojos en los míos, y un fuerte torbellino me sacude entera. Sobre todo al percatarme de la poca distancia que existe entre nosotros.

—Si llega a ser por ti, vengo como un vagabundo —susurra, de una forma que me electriza la piel. Aunque no sé por qué.

—En el fondo te haría un favor, te verías más adulto. Así pareces un crío —señalo sin pensar. ¿Pero por qué me cuesta tanto controlar las palabras? Parezco imbécil.

Veo como sonrío. Desde que había entrado por esa puerta la sonrisa no había hecho acto de presencia en su rostro pero, de un momento para otro, se vuelve a tatuar en él.

No entiendo el porqué, pero comienzo a sentir una fuerte descarga eléctrica por todo el cuerpo, sobre todo cuando aprecio el leve contacto de sus

dedos sobre mi piel.

Me toca el brazo derecho con cuidado y, a decir verdad, no quiero que deje de hacerlo. Observo su sonrisa una vez más y, de un momento para otro, desaparece. Me hace un gesto extraño y no tardo en darme cuenta de que quiere pasar, y no puede hacerlo porque yo estoy en el medio. Dios... ¡soy patética!

Me aparto con brusquedad y me dejo caer en la silla muerta de la vergüenza.

—Estoy harta de esto. —Escucho la voz de Gema, que es como un pequeño puñal para mí. A ver, la adoro, pero tiene una voz tan penetrante que un día como hoy solo consigue perforarme los tímpanos.

—¿Qué pasa? —pregunto, con la cabeza en otra cosa. Me giro hacia ella.

—Qué me quiero ir de vacaciones a la playa —expone con naturalidad.

Esbozo una discreta sonrisa en los labios que solo provoca que el dolor de cabeza de acentúe otra vez. ¡Au!

Al momento Tomás hace acto de presencia y, con una radiante sonrisa en los labios, nos saluda a todos. Daniel se gira hacia él y le sonrío con complicidad.

—¿Cómo pueden estar tan despiertos? —pregunto, aunque sin pensarlo. Gema levanta la mirada y la fija sobre Daniel y, a los pocos segundos, se encoge de hombros.

—A mí no me preguntes, yo llevo medio litro de café y un red bull en vena. —Hace un gesto de orgullo, como si eso fuera lo más natural del mundo.

—¿Es que estás loca? No sé cuantas veces te tendré que decir que...

—Mamá Elisa, ya soy mayorcita. —Sonríe como una niña pequeña.

En fin, no sé cuantas veces le habré dicho que debe de cuidar más su salud, aunque en el fondo yo no soy quien para hablar. No después de la noche de ayer.

—Por cierto, Eli —dice Gema, bajando considerablemente la voz. Elevo la vista, suponiendo lo que vendrá a continuación, y mi respuesta será un rotundo «ni lo sueñes». No pienso, ni de broma, organizarle una cena al idiota de Daniel. Ya tengo las palabras en la boca para brotar de mí, cuando Gema prosigue—. Ayer pasó algo.

Maldita sea, claro. ¡Hice el ridículo! Lo último que recuerdo es salir a cantar. ¿Por qué tuve que beber?

—No sigas —expongo apenada—, ¿había alguien conocido?

Espero que no, porque lo último que necesito ahora mismo es perder la

poca dignidad que me puede quedar.

—Ni idea. —Se encoge de hombros, como si no entendiera nada de lo que le quiero decir. Claro que no lo entiende... ¡si a ella le da todo igual!—. Mira, Eli. Yo sé que tú sueles vivir en los mundos de Yupi<sup>6</sup> porque bueno... estás muy ocupada con tus cosas de mujer adulta, con el trabajo y eso —dice, supongo que intentando evitar la palabra *obsesionada*. Yo misma lo reconozco, no entiendo qué problema hay. Le hago un gesto para que prosiga—. Pero necesito hablarte de algo que vi ayer, porque sé que con lo poco observadora que eres, tú no te darás cuenta en la vida.

—Gema, por favor, no tengo el cuerpo para adivinanzas.

—Daniel —dice sin más, observándome con severidad. Suelto un fuerte bufido al escuchar su nombre, lo último que quiero es hablar sobre él. Ya he tenido demasiada dosis por mucho tiempo.

—Oh, ya sé que pasó algo. —Me llevo ambas manos al rostro, intentando borrar todo rastro del día anterior de nuevo—. Pero no quiero saberlo, es tu vida y con ella puedes hacer lo que quieras.

Al momento veo como me mira perpleja, como si no estuviera comprendiendo ni una palabra de lo que digo. Tanto que me hace dudar de que haya dicho algo o solo haya balbuceado un par de tonterías. Con el sueño que tengo no sería de extrañar.

—¿Pero qué dices? Yo no tuve nada con Daniel, *so idiota*. —Me observa con un gesto que no había visto nunca en sus ojos—. ¿Es que de verdad no te das cuenta? ¡Yo no le intereso ni un poquito!

—¡Anda ya! Si durante la canción no te quitaba ojo de encima. —Me cruzo de brazos, creo que Gema definitivamente se volvió loca.

—Sí, es cierto, pero porque yo lo había retado a subir al escenario, no porque esté interesado en mí. Él está... joder, no sé por qué me cuesta tanto hablar contigo de esto. —Se acaricia el pelo con nerviosismo—. Él está interesado en alguien más.

—¿En otra persona? ¿Pero en quien puede estar...? —comienzo, aunque a medio camino me doy cuenta de la respuesta.

Me giro hacia atrás y fijo mi vista sobre él. Permanece tranquilo, leyendo algo en su ordenador, como si el resto del mundo le diera lo mismo.

—Tomás —digo entre dientes. Escucho como Gema suelta un pequeño bufido y vuelvo a poner la vista sobre ella.

—¿Eso crees, Eli? ¿De verdad crees que Daniel está interesado en el clon de Gabriel? —Se frota la cabeza—. ¿Pues sabes qué? Que tienes razón, le

gusta Tomás. Espero que algún día despiertes de ese largo sueño en el que llevas tantos años.

Y, después de decirme esto, se levanta y sale disparada hacia su mesa.

No entiendo su enfado. No consigo entender nada aunque culpo de todo ello al absurdo dolor que me taladra la cabeza a cada momento.

No sé ni cómo pienso trabajar, lo cierto es que solo quiero irme para casa.

Abro la carpeta y observo por encima el tema de mi trabajo: animales marinos. Qué bien, justo en esto soy experta, claro. ¿Cómo no voy a ser experta en animales marinos si soy periodista de sucesos? ¡Es que cae de cajón!

Me tiro sobre la silla que poco tiempo antes había ocupado Gema, con desgana, a la vez que cierro los ojos. Necesito un buen descanso.

Sin saber por qué algo me viene a la mente. No sé ni cómo lo hago pero abro los ojos y busco mi pequeño móvil en el interior del viejo bolso negro, y no tardo en encontrarlo.

Siento una fuerte opresión en el pecho cuando descubro un mensaje suyo. Prácticamente me había olvidado de él, ¿pero qué diablos me pasa?

Quiero gritar, gritar fuerte. Sin pensarlo dos veces comienzo a escribirle un mensaje.

«Buenos días. Espero que tengas una buena mañana»

Después de ver que no se había conectado desde la noche anterior salgo de la aplicación. ¿Cómo había podido dar tantas vueltas mi vida? Antes yo era una persona responsable, que disfrutaba con su ligera y enfermiza obsesión por el trabajo, y ahora soy... no sé, otra.

Sin pensarlo giro la cabeza con toda la discreción que puedo y observo con impaciencia al chico del cabello negro que trastocó toda mi vida. Está buscando algo de forma impaciente en su ordenador. ¿A quién diablos pretendo engañar? Jamás lo diría en voz alta, pero Daniel es mono. No sé con exactitud qué es lo que capta mi atención: tal vez sea su mirada, de un azul intenso; o puede que se trate de su pelo, siempre perfecto; o esa sonrisa que mantiene presente en el rostro las veinticuatro horas del día.

¿Pero qué me pasa? ¿Qué me pasa cuando estoy cerca de él?

Por regla general soy una persona respetuosa con los demás, tolerante y, sobre todas las cosas, adulta. Pero el muy idiota de Daniel consigue sacar mi

peor cara. Consigue convertirme en una niña de doce años con tan solo una de sus maravillosas sonrisas prepotentes.

¡Se acabó! Tengo que comenzar a comportarme como una adulta. Inhalo todo el aire que puedo y, poco a poco, lo voy soltando, como para conseguir la fuerza que necesito para dar el paso de enfrentarlo.

Sin pensarlo más comienzo a arrastrar la silla, tal vez pedirle una tregua no sea una mala idea, y así al menos podremos sobrellevar el día a día como un par de adultos civilizados.

Según me levanto observo como Daniel hace lo mismo, pero a toda velocidad, y desaparece de mi vista en un abrir y cerrar de ojos, saliendo por la puerta principal. No me lo puedo creer. ¡Si es que me saca de quicio aún cuando pienso pedirle disculpas!

A regañadientes vuelvo a mi sitio, aunque con una sensación un tanto extraña en la boca del estómago. Me siento frustrada por no haber podido aclarar un poco las cosas con él, aunque no sabría decir con exactitud el motivo.

Me siento delante de la pantalla y me pongo a teclear sin sentido. Escribo. Borro. Escribo. Borro. ¡Agg! Siento ganas de gritar, gritar como una loca. ¿Por qué no soy capaz de sentirme bien con nada? ¿Por qué me siento tan bloqueada?

Una pequeña luz proveniente de mi teléfono móvil hace que altere mi foco de atención; lo desbloqueo y veo que se trata de una notificación de Whatsapp. Comienzo a ponerme muy nerviosa, pero esos nervios van desapareciendo conforme leo el contenido del mensaje.

«Buenos días, preciosa. Perdona por haber estado estos días tan distante pero te prometo que, si tú quieres, esta noche seré todo tuyo»

Y, a continuación, un emoticono de un guiño.

Siento un fuerte torbellino dentro de mí, ¿qué significa «todo tuyo»? ¿En qué punto está nuestra relación? No le contesto. ¿Qué se supone que le debo de responder a eso? ¿«Yo también seré toda tuya»? Parecería una proposición indecente. Suelto un fuerte resoplido. ¿Se supone que no lo es, no?

—¡Listo! —La voz de Gema provoca que levante la vista de mi teléfono móvil—. Ya he terminado el puto artículo, me importa un pepino que le guste o no. ¡Hoy tengo la tarde libre!

Hace un gesto con las manos en el aire, no me importaría a mí tampoco tener la tarde libre, ¿pero cómo voy a tenerla si, en más de una hora, no tengo ni una mísera frase escrita?

# Soy insoportable, pero cocino de puta madre

*DANIEL*

Creo que, sin ninguna duda, necesitaba una sesión así. Hacía siglos que no me pasaba por un gimnasio o realizaba algún tipo de ejercicio físico, por lo que esta mañana me vino genial para soltar toda la adrenalina que tenía acumulada de todos estos días.

Sin duda me encanta el deporte, eso es algo que no podré negar jamás. Desde pequeño he participado en campeonatos de fútbol, baloncesto e incluso llegué a jugar un par de años en un equipo de rugby. En definitiva, me gusta cualquier tipo de deporte de equipo, pero odio los demás.

A ver, no es que tenga nada en contra de la natación o el golf, por ejemplo. De hecho suelo ver todos los deportes en las olimpiadas, esos entre todos, pero nunca llegué a entenderlos completamente, y mucho menos los he jugado alguna vez.

El tenis es uno de esos deportes que no me disgustan, aunque nunca me llegó a llamar tanto la atención como para controlarlo al cien por cien. Sí es cierto que recuerdo pasarme horas delante del televisor viendo partidos de Nadal, pero mi curiosidad nunca pasó de eso y, como buen periodista, sé que eso no basta para escribir un buen reportaje.

Por eso, cuando vi el contenido del artículo que debía de escribir, no tardé en comenzar a buscar una buena academia donde poder aprender lo básico de este magnífico deporte para, por lo menos, poder escribir un artículo decente.

Está claro que el tiempo va en mi contra, por lo que temía que se negaran a darme clases, pero no fue así. Por suerte para mí, no pusieron ningún inconveniente y aceptaron hacerme un hueco esta misma mañana.

El club de tenis se encuentra a las afueras de la ciudad, en una zona amplia y soleada. Por fortuna los monitores entendieron a la perfección mi necesidad

y se apresuraron a enseñarme algunas normas y golpes que ahora me atrevo a decir que ya podría reconocer, al menos con más facilidad que antes.

Metó la llave en la cerradura y suelto un pequeño suspiro al entrar y darme cuenta de que estoy solo. No me apetece en absoluto enfrentarme a Elisa. No ahora.

Me observo de arriba abajo: sin ninguna duda necesito una buena ducha, así que me meto en el baño sin preámbulos. Por suerte ya había dejado mis artículos de higiene esta misma mañana, por lo que no tengo que apresurarme a buscarlos, ni tampoco me siento obligado a utilizar los suyos una vez más.

Tan pronto termino, me pongo ropa cómoda y me dispongo a dar una vuelta por la casa. No sé por qué, pero hasta este momento no había tenido tiempo de hacerlo. Solo puedo decir que conozco mi habitación y el cuarto de baño. A ver, no es que sea mucho más grande, pero ni la cocina me molesté en visitar.

Por primera vez me permito prestarle atención. Es amplia y muy luminosa. Sonríó al darme cuenta de que tiene unas vistas espectaculares dentro de lo que cabe.

Abro los armarios y observo que Elisa tiene bastantes alimentos ahí dentro como harina, azúcar, sal, leche o café. Bastante básicos, la verdad, no tiene mucha pinta de comer en casa a diario. Me acerco a la nevera y veo que tiene artículos necesarios también como queso o huevos. Puede que, en definitiva, sí coma en casa, aunque prefiera complicarse poco.

No sé bien lo que hago, pero comienzo a buscar ciertos alimentos con la mirada. Nunca fui un experto cocinero, pero mi madre me enseñó a hacer ciertos platos que me salen buenísimos, aunque no esté bien que yo lo diga. Compruebo que tengo todo lo necesario antes de comenzar a hacer unos raviolis a la carbonara rellenos de queso. La receta original de mi madre lleva muchas más cosas, pero para salir del paso servirá.

Para ser sincero conmigo mismo, estoy harto de esta situación con ella. En todos estos años, nunca tuve una relación tan tirante con nadie, sobre todo teniendo que compartir tanto tiempo a su lado.

La Elisa que conocí ayer consiguió despertar más en mí de lo que jamás había conseguido nadie. Estoy seguro de que tiene que estar oculta en algún lado, y desde luego, pienso hacer lo que sea para que resurja.

—¿Me estás quemando la cocina? —Pego un salto al escuchar su voz desde la puerta. Estaba tan ensimismado en mis cosas, que ni me había percatado de su presencia.

Observo cómo tiene el ceño fruncido. Me tomé la libertad de ponerme su

delantal por delante de la ropa, espero que ese detalle no le incomode tanto como el de su toalla, aunque viendo su mirada puedo interpretarlo como un sí.

—¿Me vas a decir que no huele de vicio? —Veo que tuerce los labios para después arquear una de sus cejas. Se acerca despacio a mí, observando con el ceño fruncido lo que tengo dentro de la cazuela—. De eso nada. ¡Nada de cotillear! Vete a cambiar y vienes a comer.

No hay duda de que la sorprenden mis palabras. Me observa con un gesto contrariado que me obliga a controlar una pequeña sonrisa.

—¿El ingrediente secreto es cianuro, no?

Ahora no puedo evitarlo más, sonrío a la vez que niego con la cabeza.

—Vete a cambiar, y apura, qué esto se enfría.

Cambio mi expresión por una mucho más seria. Observo cómo se gira, un tanto extrañada, y se dirige a su habitación.

A los pocos minutos reaparece, con la misma ropa aunque con el pelo recogido en una coleta alta.

—¿Tengo que suponer que tu ropa cómoda es una falda que te llega por las rodillas y una camisa ajustada? —Veo como rueda los ojos—. Vale que quieras estar arreglada para nuestro primer acto oficial como compañeros, pero esto me parece excesivo.

Escucho como chasquea la lengua con molestia, y con ello una nueva sonrisa inunda mi rostro. Menos mal que pretendo hacer las paces con ella porque desde luego todo parece salir al revés.

Parece meditar durante unos segundos pero finalmente veo por el rabillo de ojo como se acerca a la nevera y saca una jarra de agua, y dos vasos de Doraemon del armario.

—Patricia era adicta a la Nocilla —me dice, como justificándose. No puedo evitar soltar una pequeña carcajada. Me siento tentado a preguntarle quién es Patricia, pero desisto, continuando con mi labor.

Saco los raviolis de la cazuela y los pongo sobre los platos. A continuación los decoro con la salsa que ya tengo preparada y los dejo sobre la mesa. Observo como Elisa intenta inundarse en el aroma que desprenden. Estoy seguro de que no pueden oler mejor. Es, sin duda, uno de mis platos estrella.

—Espero que disfrutes de la comida. —Me siento frente a ella, levantando el vaso—. Supongo que... ¿por una larga y buena convivencia juntos?

Le muestro el vaso en alto, al verlo ella hace lo propio, levanta el suyo y lo junta con el mío.

—¿Me tengo que tomar esto como una disculpa? —Tuerzo los labios, de modo gracioso.

—No lo estropees, Elisa. Iba muy bien. —Le dedico una media sonrisa a la vez que vuelvo mi mirada hacia el plato.

—¿No estarán envenenados, no? —pregunta otra vez. Levanto la vista y veo que me mira con el ceño fruncido. No puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

Estiro el brazo por encima de la mesa y agarro uno de sus raviolis con mi tenedor para, posteriormente, llevármelo a la boca. Suelto un pequeño ronroneo con la única intención de cabrearla —al fin y al cabo le había robado parte de su comida—, pero veo como dibuja una media sonrisa antes de comenzar a degustar el manjar de dioses que acabo de preparar.

Nos pasamos un buen rato en silencio. Sé que ambos necesitamos esta tregua, un poco de paz.

Observo cómo se relame cada vez que una pequeña gota de salsa cae encima de sus labios y no puedo evitar sentir un cosquilleo dentro de mí. Sin duda tengo que dejar de mirarla.

—¿Ya te sientes mejor? —pregunto, más que nada por dejar de centrar mi atención en sus labios. Veo como asiente con la cabeza.

—Después de cuatro cafés, creo que ya soy persona —admite. Suelta una pequeña carcajada. Sin duda me encanta poder estar así con ella. ¿Por qué normalmente no podemos hacerlo?

—Tal vez ayer nos pasamos un poco —digo, aunque tengo que contener lo que quiero decir para seguir manteniendo la paz. No puedo olvidar que era ella la que quería quedarse en el karaoke y, si no fuera por mí, no habría vuelto esa noche para casa.

—La culpa es mía, sé que no debo dejarme llevar por Gema. La adoro pero siempre me lleva por el camino de la perversión. —Sonríe una vez más.

Me encanta esa sonrisa. Me quedo mirando hacia ella como un bobo hasta que, por algún motivo, noto la mirada de Elisa sobre mí un tanto curiosa y comienzo a mover la cabeza hacia los lados. ¡Idiota!

—Bueno, nunca está de más divertirse un rato —digo, a la vez que me llevo un trozo de ravioli a la boca y lo saboreo.

El silencio se vuelve a adueñar de la situación. Pienso en sacar algún tema pero no se me ocurre nada, absolutamente nada. Levanto la mirada y la fijo de nuevo en ella. Sin duda está tan o más incómoda que yo, tal vez esto no sea una buena idea. Puede que no estemos hechos para ser amigos y punto.

—Oye, Daniel —balbucea. Fijo de nuevo la vista en sus labios sin pensarlo y la desvío al segundo—. Ayer... ¿hice mucho el ridículo?

La observo con detenimiento. Por un momento quiero decirle que no, que por una vez pude ver a la verdadera Elisa y me encantó. Presiono un labio contra el otro, intentando controlar mis palabras.

—No lo sé, a decir verdad no me enteré de nada —respondo. Veo como me observa interrogante—. Supongo que no estaba pendiente de ti.

¿Pero por qué digo esto? Al momento fijo la vista en los raviolis y comienzo a moverlos por el plato. Sin duda debería de comenzar a pensar antes de hablar. Escucho como masculla algo entre dientes aunque no consigo escucharlo con claridad, de todas formas supongo que no será nada bueno.

—No tenía ni idea de que cocinaras tan bien —dice, como intentando cambiar de tema.

—Bueno, tengo que compensar mis carencias con alguna que otra virtud. —Veo como me observa con curiosidad—. Ya sabes, soy insoportable, pero cocino de puta madre.

Escucho como suelta una pequeña risa y no puedo más que reír yo con ella también. Sin duda tiene algo que la hace especial.

—Pero por favor dime que no te fuiste de la redacción temprano para hacerlos. —Veo como observa los raviolis de su plato con desconfianza. Muevo la cabeza hacia los lados, quitándole importancia.

—No, ¡qué va! Fui a clase de tenis —respondo, aunque al momento me fijo en el rostro desencajado de Elisa—. No, no te equivoques, es que tengo que escribir un artículo sobre la final de Montreal que se juega esta tarde, ¿y crees que se puede escribir sobre algo de lo que no tienes ni pajolera idea?

Veo como agarra la servilleta y se limpia de esta manera la comisura de los labios. Maldita sea, ¿no podía haber hecho eso antes?

—Yo lo hago a diario —dice, encogiéndose de hombros.

—Pues no deberías —respondo, intentando recuperar la compostura—. Siempre puedes moverte en un terreno más amplio si sabes de lo que hablas. Yo no podía comentar un partido de tenis sin diferenciar la volea de la derecha, por ejemplo, y antes no sabía ni que existían, y por mucho que entre en páginas de internet no los voy a diferenciar. —Observo cómo se lleva el vaso a los labios y le da un pequeño trago—. ¿Hoy sobre qué te tocó escribir?

—Pues... —Veo que duda, mirando hacia su plato—. Sobre los animales marinos —dice finalmente.

—Pues perfecto. Nos vamos al *aquarium* hoy por la tarde —le digo de

forma tajante, no admito ningún tipo de negación. Escucho como suelta un pequeño bufido.

Entreabre los labios para protestar, pero sé de sobra lo que va a decir, así que me adelanto.

—Tómalo como un tratado de paz entre nosotros.

Veo como asiente con la cabeza antes de sonreír. Perfecto, ahora a ver cómo consigo soportar una tarde entera con ella.

# ¡Pero si es que es más adorable que los pingüinos!

*ELISA*

No me lo puedo creer, ¿pero es que están tirando bolas de fuego desde el cielo? Este calor es insoportable, insufrible. Ahora recuerdo porque nunca salgo a las cuatro de la tarde de casa en pleno mes de agosto. Menos mal que había optado por cambiarme de ropa, aunque siento que los pantalones largos que había escogido me van a cocer las piernas.

No me pongo pantalones cortos, jamás. Tengo las piernas demasiado blancas, tanto que dan hasta miedo. Pero por otro lado es normal, ¿cómo me van a coger color si, justo en los días de sol absoluto como hoy, las escondo detrás de unos vaqueros?

En un silencio total nos acercamos a la boca de metro y nos adentramos en ella. Después de mirar el plano me doy cuenta de que nos tenemos que subir a uno hasta Puerta del Sur y nos aproximamos al andén.

Lo mejor de viajar en metro es que te olvidas de soportar, durante el trayecto y el tiempo que lo tengas que esperar en la estación, ese sofocante calor con el que sin duda tendremos que convivir todo el día de hoy en el zoo. Al menos nos da un poco de tregua.

Nos aproximamos a una esquina al observar que todavía faltan cuatro minutos para que nuestro transporte llegue a la estación y el silencio se adueña de nuevo de la escena. En un momento dado me giro hacia él y me fijo que tiene la mirada perdida en una valla publicitaria de esas que yo creía que nadie miraba. Al parecer estaba equivocada. Suelta un pequeño suspiro y se acaricia el pelo con gesto nervioso. Algo le preocupa.

—¿Estás bien? —Me animo a preguntar. Se gira hacia mí, observándome perplejo, como si no se acordara de mi presencia pero, casi al momento, dibuja una casi inapreciable sonrisa en los labios.

—Claro —dice sin más, antes de volver a observar algún punto del infinito.

¿Por qué mierda pensé que iba a sincerarse conmigo? Siento ganas de golpearme en la cabeza una y mil veces con lo que sea. Busco algo con la mirada pero, para mi sorpresa, el metro al que nos tenemos que subir llega en ese preciso instante.

Tan pronto se para, Daniel me hace un gesto para que pase delante de él y no puedo evitar sonreírle. Por algún motivo quiero que confíe en mí y me cuente qué mierdas le pasan por la cabeza. ¿Pero es que soy idiota? Si me da igual. ¡Me da igual! Exactamente igual.

Al entrar observo que, para nuestra desgracia, el vagón está lleno. Pero por suerte solo debemos de aguantar allí dentro dos paradas. Sin darle más importancia al asunto me acerco a uno de los extremos y me agarro en una zona a la que llego sin mayor dificultad. Sé que no soy una chica de las más bajas, pero tampoco es que sea altísima. Más bien de una estatura media.

El metro se comienza a mover y, por ello, veo como Daniel se agarra con rapidez al mismo sitio que yo, de modo que su mano roza la mía, aunque es un contacto casi inapreciable.

Me giro hacia él y observo como continúa con ese gesto en el rostro. Por favor, ¿por qué me intriga tanto saber qué le pasa? ¿Es simple cotilleo? ¡Pero si yo no soy así!

Al llegar a Puerta del Sur nos bajamos y nos disponemos a coger el enlace hasta Casa de Campo. Siento que ese silencio se puede cortar con un cuchillo, casi es como si viajáramos por separado, o así puede sentirlo cualquiera.

Prefiero no hacerme más preguntas y dejarlo pasar. Está raro y eso me molesta. Ya no tiene depositada en el rostro esa sonrisa permanente y el brillo de sus ojos también ha desaparecido por completo. Está como en *off*. Pero me niego a volver a preguntarle. ¿Para qué? ¿Para qué me diga que está mejor que nunca? Para que luego digan que las mujeres somos complicadas, oye.

En poco más de dos minutos estamos dentro del nuevo metro en dirección al zoo. Esta vez, por suerte, sí que ay algún que otro sitio vacío aunque —y ahora no sé si decir que es una fortuna o tal vez una desgracia— cada uno está en una esquina diferente del vagón.

En cierto modo prefiero tenerlo lejos. ¿Para qué quiero que se siente a mi lado si, en el fondo, no me va hablar? ¡Pero quiero saber qué diablos pasa por su cabeza, joder!

Suelto un fuerte resoplido a la vez que me llevo la mano al bolso y saco de

él mi teléfono móvil. Veo como Daniel hace lo mismo, y no pienso parecer una idiota sin vida social —aunque lo sea, para que nos vamos a engañar—, ¿pero qué puedo hacer? Estoy segura de que él estará navegando por su Facebook, Instagram, Twitter... pero yo no tengo nada de eso. Como mucho puedo entrar en la aplicación del correo a ver si los de Amazon me enviaron el libro que llevo esperando una semana. ¡Qué divertido!

Me muerdo el labio inferior a la vez que abro el Whatsapp. Tal vez enviarle algo a Gema consiga al menos alegrarme el viaje. Si es que lo que esa chica no consiga...

Cuando estoy a punto de abrir su conversación me percató de que tengo otra justo encima de la suya. Una a la que todavía no había dado respuesta. Suspiro, tal vez hablar con él también me pueda ayudar a sobrellevar el viaje.

Al abrirlo me doy cuenta de que está en línea y una fuerte punzada me ataca el estómago. ¿Pueden ser celos? ¡Pero si ni lo conozco! Comienzo a mover la cabeza de un lado para otro ante la atenta mirada de una señora que está sentada frente a mí. Perfecto, ahora la gente piensa que soy idiota.

Sin darle más vueltas al tema me apresuro a responder.

«No te preocupes, yo llevo unos días horribles también. Estaré encantada de hablar contigo cuando tú quieras»

Y, a continuación, añado el mismo emoticono del guiño que había utilizado él.

Está claro que está conectado, porque casi al momento el móvil me avisa de que lo acaba de leer. Suelto una fuerte bocanada de aire. ¿Me contestará? No lo creo, pero para mi sorpresa a los pocos segundos me comienza a vibrar el móvil.

«¿Ahora te vendría bien?»

Sonrío de forma instintiva. ¿Si me viene bien? ¡Mejor imposible! Le respondo con un: «Claro».

Me quedo a la espera de que él me diga algo más, y no tarda en hacerlo.

«Creo que tú y yo tenemos pendiente una conversación como es debido»

Estoy de acuerdo, totalmente de acuerdo. Aunque no consigo descifrar en qué sentido lo dice. Tengo la intención de contestarle cuando me aparece debajo de su nombre que está escribiendo, y me decido a esperar.

«Me apetece verte»

Siento un calor interno que me sube por todo el cuerpo. Busco de pronto el rostro de Daniel, que parece estar absorto con su teléfono móvil. ¿Qué se supone que le debo de contestar? Quiero verlo, sí, por supuesto que quiero, ¿pero qué ocurre si, al verme, se da cuenta de que no soy lo que creía y termina pasando de mí?

«¿No dices nada?»

Se está comenzando a impacientar. Suspiro. Yo me estaría subiendo por las paredes en ese mismo momento. Me muerdo el labio inferior.

«¿No crees que es un poco pronto?»

Lo es, claro que lo es. ¡Por el amor de Dios, si casi ni nos conocemos! Escucho por megafonía que la próxima es nuestra parada y siento de repente la mirada de Daniel sobre mí.

Guardo el aparato en el bolso con rapidez, no me apetece que nadie, y mucho menos Daniel, se enteren de que hablo con puros desconocidos, ¿qué pensaría de mí? Al momento veo como teclea algo en su móvil y, sin más, lo guarda dentro de su bolsillo.

Chasqueo la lengua, me parece que yo voy a tener que esperar a llegar a casa para leer lo que el desconocido periodista me quiera contestar, aunque igual ni siquiera se molesta en hacerlo.

—Hacía años que no viajaba en metro —murmura Daniel según ponemos un pie fuera de la estación, aunque no me cuesta demasiado escucharlo.

De repente ese calor insoportable nos ataca de nuevo. Detesto el calor seco de la capital, aunque en el fondo ya tendría que estar acostumbrada.

—Yo también. —Asiento con la cabeza. Fija su vista sobre mí y no puedo evitar sonreír—. Supongo que es lo que tiene vivir al lado del trabajo.

Por desgracia, desde la boca de metro hasta el zoo nos esperan unos diez minutos caminando bajo un manto de sol horrible, por lo que agradezco que finalmente se anime a hablar.

—¿Siempre viviste ahí? —pregunta, observándome con curiosidad. Me muerdo el labio inferior, como dudando. ¿Debo de sincerarme con él? Él antes bien que se había negado a hacerlo conmigo. Suspiro a la vez que asiento con la cabeza.

—Desde que llegué a Madrid, sí —respondo, fijando la vista en la acera—. Creo que me aventuré a coger el metro en dos ocasiones desde que estoy aquí, y ambas para enseñarle la ciudad a mi familia.

Suelto una pequeña carcajada, aunque en el fondo el tema no me hace gracia ninguna. Después de llevar tantos años en Madrid, mi madre solo se había molestado en venir a visitarme en dos ocasiones, y ambas veces un simple fin de semana.

—¿Y tú? —pregunto sin pensar. Al momento veo como fija su vista en mí, como si no comprendiera mi pregunta—. ¿Eres de Madrid?

—No —responde, mirando hacia el suelo de nuevo—. Estudié aquí la carrera, y viví esos años en un piso compartido, pero no nací aquí.

No dice nada más, y al momento siento como su mirada se vuelve a perder, su sonrisa desaparece y el silencio se puede cortar con un cuchillo. De nuevo volvemos a empezar. Suspiro, con resignación. Creo que prefería la situación cuando nos llevábamos mal.

Siento el impulso de decir algo que lo pueda estropear, así al menos lo vería sonreír de nuevo, con esa sonrisa que le quita el hipo a cualquiera, con ese gesto que roba miradas y que me pone enferma.

Pero si odio su maldita sonrisa, ¿por qué quiero que lo haga? Ni yo misma me entiendo.

Según llegamos observo como Daniel se apresura a acercarse a las taquillas. Intento protestar, más que nada porque veo mi oportunidad de fastidiar el momento y que la situación vuelva a resultar cómoda, pero al final me aparto. Siendo sincera conmigo misma no quiero discutir con él. Hoy no.

—Nunca había venido al zoo —digo, tan pronto ponemos un pie dentro del recinto. Al momento siento como clava sus ojos en mí.

—¿De verdad? —pregunta incrédulo. Asiento con la cabeza. Este sitio parece inmenso—. Pues acabas de cambiar mis planes. —Me giro, mirándolo interrogante—. Si nunca viniste al zoo me niego a que te vayas de aquí yendo solo al *aquarium*.

Señala hacia el mapa, supongo que me muestra la zona donde están los animales marinos.

De forma inconsciente comienzo a pasear la vista por todo el lugar. Creo que, sin duda, me podría pasar aquí todo el día, disfrutando como una niña pequeña.

—Recuerdo la última vez que vine, fue con mi hermana. Todavía correteábamos por todos lados. Mis padres se pasaron toda la tarde corriendo detrás de nosotros. —Suelta una pequeña carcajada. Al fin puedo observar como ese brillo vuelve a sus ojos y tengo que decir que me embriaga la felicidad al darme cuenta—. Supongo que pronto podré venir con mi sobrina.

—¿Tienes una sobrina? —pregunto, fijando mi vista en él.

Para mi sorpresa algo parece atraer toda la atención de Daniel. Dibuja una mueca tierna en el rostro y no puedo evitar girarme y observar con la misma cara de boba la escena. ¡Los pingüinos son una monada! Nunca antes había visto ninguno. Bueno, sí, en *Ice Age*.

—Aún no —responde, al fin. Aunque todavía observando a los pequeños animales con una sonrisa—. Pero tan pronto la tenga y pueda venir, la traeré para que disfrute con todo esto. —Sonríe con ganas.

No sé porque pero me gusta su sonrisa mucho más de lo que creía. Me encanta verlo sonreír de esa manera. Me encanta apreciar el brillo de sus ojos. ¡Pero si es que es más adorable que los pingüinos!

Oh, no. ¿Me gusta Daniel? Niego con la cabeza, no puede gustarme. Al momento introduzco la mano en el bolso y saco mi teléfono móvil. Necesito poner mis sentimientos en orden de una puñetera vez.

Siento un fuerte escalofrío cuando leo su mensaje. Al momento noto la mirada de Daniel puesta sobre mí, pero me da igual, tengo que reaccionar.

«Sólo sé que me muero de ganas de hablar contigo a cada momento»

Y yo con él, ¿pero por qué cuando estoy con Daniel mis intenciones

cambian? ¿Por qué me olvido por completo de él?  
Esto tiene que terminarse de una vez por todas.

# Quiero estudiarte a ti, de arriba abajo

*DANIEL*

El partido ya está a punto de finalizar. Me gustaría decir que mis planes de verlo después de volver del zoo habían funcionado, que lo había entendido todo a la perfección y que tenía la cabeza centrada en él, pero lo cierto es que no. Pienso en todo menos en el maldito partido que tengo delante.

Suelto un fuerte resoplido a la vez que me tiro hacia atrás, intentando centrarme de una vez por todas, ¡pero es que por más que quiero no puedo! Tal vez había sido mala idea querer hacer las paces con Elisa y acompañarla al *aquarium*. Tendría que haber dejado que fuera ella sola y yo quedarme escribiendo este asqueroso artículo.

Tengo un popurrí de sentimientos dentro de mi cabeza que ni yo mismo soy capaz de describir. Por un lado está Elisa, la insoportable, loca y exagerada de mi compañera de trabajo —y ahora mismo de piso también— que, finalmente, después de pasarme un día estupendo con ella, había descubierto que no está tan loca, que no es tan exagerada y que, al parecer, también es un poco soportable; y, por otro lado, está esa desconocida periodista amante de Harry Potter la cual me pone de los nervios cada vez que me envía un simple mensaje.

Deseo hablar con ella a todas horas. Sé que estoy comenzando a sentir cosas dentro de mí que ni yo puedo definir con exactitud. Suelto un pequeño bufido a la vez que me tiro hacia atrás en la silla y observo de nuevo la pantalla de mi portátil. El partido está a punto de terminar, por lo que tendré que verlo una segunda vez.

De un momento para otro comienzo a sentir una fuerte angustia en el corazón. Con todo el lío del día de hoy había olvidado por completo hablar con mis padres: ¿estará todo bien?

Estiro el brazo para agarrar mi teléfono móvil y observo como tengo una

notificación, pero paso de ella. Busco el número de Flor y le doy a llamar sin darme cuenta de que ya pasan de las doce de la noche. Mi hermana está acostumbrada a su anterior ritmo de vida, y no consigue acostarse más tarde de las once. Me resigno a esperar. En el fondo sé que si hubiera pasado algo me habrían avisado así que me vuelvo a tirar hacia atrás, a la vez que observo con más bien poca paciencia el mensaje que me acababa de llegar.

«Acepto»

Siento como el corazón me deja de latir por un segundo para, posteriormente, comenzar a hacerlo a toda velocidad.

Lo cierto es que se lo había propuesto en un arranque de locura. Me sentí como un idiota observando los labios de Elisa durante la comida y disfrutando con su simple compañía, ¡no quiero comenzar a confundir sentimientos, maldita sea! Y sin duda quería verla en ese momento. Quería ponerle cara y aclararme de una maldita vez mis malditos sentimientos. Para ser sincero, se lo había pedido en un ataque de puro egoísmo.

«¿Estás segura? Antes no parecías muy convencida»

No tengo claro de si lo digo por ella o por mí. Espero impaciente su respuesta con el teléfono móvil en la mano, siento como me tiembla la pierna derecha sin control, ¿qué cojones me está pasando? Veo que está *en línea* y, al poco tiempo, me llega un nuevo mensaje. Escueto pero claro: «Sí». Debería de estar contento, pero algo dentro de mí está temblando. Yo entero estoy temblando.

«¿Y ese cambio de opinión? Si es que puedo saberlo. ¿Me has echado mucho de menos esta tarde?»

Y, a continuación, le pongo un emoticono con un guiño.

Necesito desconectar con ella para conseguir olvidar ciertas imágenes que están comenzando a perturbarme. No me debería de sentir así, no cuando

siento las dichas mariposas de las que hablan en las películas cuando ella me habla, cuando recibo un maldito mensaje suyo.

Pongo por segunda vez el partido sabiendo que ni así me servirá de nada. Hace un calor dentro de esas cuatro paredes fuera de lo normal. En estos momentos echo muchísimo de menos el clima de Londres. Me quito la camiseta del pijama antes de volver mi vista al ordenador.

Observo con impaciencia mi teléfono móvil y veo que no tengo todavía ninguna notificación. No me quiero martirizar así que no entro para ver si lo leyó, solo me limito a pensar que no lo hizo.

Ese sofoco provoca que todavía me cueste más concentrarme en lo que, en teoría, tengo que hacer. Sin darle más vueltas me levanto de la silla y comienzo a caminar hacia la puerta de la habitación.

Me acerco a la cocina arrastrando los pies, abro la nevera sin ni siquiera molestarme en encender la luz, y saco de ella una jarra con agua. Busco uno de los vasos que había lavado después de la comida, y echo el líquido transparente dentro de él.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Siento como el corazón me da un vuelco, más por el susto que por otra cosa, cuando aprecio su silueta junto a la puerta gracias a la mínima claridad que entra por la ventana. Veo como se acerca a la llave de la luz y la presiona. Niego con la cabeza.

—Este calor es insoportable. —Asiente, aunque parece más acostumbrada que yo, que por otro lado es normal.

Clavo la vista en ella durante unos segundos, tiempo en que mi cerebro tarda en reaccionar, y comienzo a observar el fondo del vaso.

Escucho como carraspea, supongo que en cierto modo está tan incómoda como yo. Para ser sincero, nunca conviví con una mujer que no fuera mi madre o mi hermana, ni con Laura había llegado a ese punto, y todo esto no ayuda.

Por el rabillo del ojo observo como ella mira en mi dirección, pero yo no quiero verla, por supuesto que no. Me siento tan débil que creo que podría perder la cabeza de un momento para otro, y eso que jamás me había ocurrido algo así, al menos nunca más después de Laura.

A pesar de todos los esfuerzos que hago por soportarlo termino cediendo a mis instintos más primarios y me giro hacia ella, quien parece estar examinándome con la mirada de la misma manera que me encantaría hacer a mí con ella, pero me contengo. Suelto una pequeña risa, sobre todo al darme cuenta de que ni se percató de que la pillé en su escrutinio.

—¿Te gusta lo que ves, pequeña?

No sé ni de donde me salen esas palabras, pero algo dentro de mí me pide cabrearla otra vez. Al momento sube la mirada hacia mi rostro y siento como los colores se le suben de forma bastante llamativa y graciosa. No puedo evitar sonreír.

—¿Volvemos otra vez con ese jueguito, Daniel? —Comienza a negar con la cabeza como si hubiese dicho una tontería a la vez que se gira, buscando el otro vaso y llenándolo del líquido transparente que había dejado yo sobre la mesa.

—¿Qué jueguito, Elisa? —La observo con una sonrisa ladeada en el rostro—. Esto no es ningún juego, solo me interesa saber hasta qué punto te resulto atractivo. Ya sabes, como una especie de estudio.

Lo que necesito es hacerme un estudio a mí mismo, porque no es normal lo mucho que me atrae.

Sin darme cuenta había comenzado a acercarme a ella a una velocidad muy lenta, pero existente. Siento como ella se pone nerviosa, da un trago a su vaso de agua y después baja la mirada.

—¿Qué es lo que pretendes estudiar, Daniel? —me pregunta.

Quiero estudiarte a ti, de arriba abajo. Suspiro, por suerte me contengo a decir nada ya que observo como entreabre los labios para seguir hablando ella.

—¿Un estudio como el del número de teléfono, verdad? —Mi sonrisa se ensancha más en cuestión de segundos. Asiento con la cabeza—. ¿Tengo que recordarte que tú me recorriste entera con la mirada en el cuarto de baño?

—Y te expliqué el motivo —defiendo mi postura. La distancia entre nosotros cada vez es más corta. Casi puedo sentir su aliento sobre mis labios, y eso hace que me estremezca—. Tú en cambio es la segunda vez que lo haces y todavía no me has dado una buena excusa.

—Puede que sea porque... —Observo cómo se muerde el labio inferior con gesto nervioso y no puedo evitar sentir unas ganas sobrehumanas de capturar sus labios con los míos—. Me parece curioso.

—¿Curioso? ¿Es una nueva forma de llamarme guapo? —Mueve la cabeza hacia los lados con rotundidad.

—Yo jamás he dicho eso, solo... decente, digamos. —Suelto una pequeña carcajada aunque parece que ella no se da cuenta, o al menos no lo demuestra de ninguna manera.

—¿Me estás diciendo que, si yo quisiera, tú no te acostarías conmigo?

Aprecio el palpitar de mi corazón a mil por hora, y juraría que también escucho el suyo, aunque es, con casi total seguridad, el mío que resuena y hasta hace eco. Nuestros cuerpos están a escasos centímetros de rozarse. Siento su mirada puesta sobre mis labios.

—Eso ni lo sueñes —me dice en un pequeño susurro que provoca que su aliento roce con sutileza mi boca. Siento un fuerte escalofrío en todo mi interior, no entiendo lo que me pasa, pero tampoco le busco explicación—. Yo jamás me acostaría contigo.

Sin saber muy bien por qué me comienzo a acercarme un poco más a ella, y cuando el beso parece inevitable me separo con brusquedad. No sé ni cómo soy capaz de hacerlo, pero consigo mantenerme. Consigo utilizar la cabeza por primera vez en todo el día, parece ser.

—No sabes cuánto me alegro —digo, elevando un poco más la voz—. Sería un poco incómodo saber que te mueres por mis huesos, la verdad. —Y, diciendo esto, salgo de la cocina sin mirar atrás.

Intento llegar a mi habitación lo más rápido que mis piernas me lo permiten, sobre todo porque me tiemblan como si fuera de gelatina. Al llegar me tiro sobre la cama. ¿Qué había estado a punto de pasar? ¿Qué había estado a punto de hacer? Esto tiene que terminarse de una vez por todas.

Busco el móvil y lo desbloqueo, observo que tengo un mensaje y eso hace que me sienta como el peor ser del planeta. No había pensado en ella en todo el rato, sino jamás habría estado a punto de besar a otra chica, y su mensaje hace que todavía me sienta peor.

«Siempre te echo de menos»

Y yo a ella también, por el amor de Dios, pero por algún extraño motivo Elisa me hace perder la cabeza, la cordura. Me comporto como un adolescente al que todo le da lo mismo. ¿Por qué me tiene que estar pasando todo esto justo ahora? Sin dudarle ni un segundo comienzo a escribir.

«Necesito verte cuanto antes. ¿Mañana te vendría bien?»

# ¡Esto es un desastre total!

*ELISA*

*Tic, tac.*

Así llevo dos horas, observando el reloj de la pantalla de mi ordenador sin pestañear. ¿Trabajar? Ojalá pudiera. No consigo concentrarme ni por medio segundo.

Siento la necesidad de buscar mi teléfono móvil dentro del bolso, pero sé que voy a terminar gastándolo. Llevo haciéndolo durante las últimas horas sin parar y nunca tengo nada. ¡Nada!

Tal vez se haya olvidado, es posible que no recuerde que hoy es el día en el que al fin hemos decidido vernos, y en el fondo creo que es lo que quiero.

—Ricardo me ha pedido que te dé esto. —Escucho la voz de Daniel y no puedo evitar elevar la vista hacia él. Está más serio que de costumbre.

—G-Gracias —titubeo como una auténtica imbécil.

Clavo la vista a sus ojos, en sus hermosos ojos azules, y siento un brillo especial en ellos. A pesar de que su sonrisa está desaparecida en combate, ese brillo siempre está presente.

No quiero más trabajo, y está claro que esta carpeta me va a impedir ver a Edward esta tarde. Aunque tal vez sea la excusa perfecta: «Lo siento, estoy de trabajo hasta las orejas». Es una excusa mejor que todas las otras que había pensado como: «Mi mejor amiga acaba de tener un accidente y necesita apretar mi mano en su lecho de muerte». Pobre Gema, si algún día lo llego a conocer la situación sería incómoda. Ya me lo imagino: «¿Al final sobreviviste de ese accidente mortal? ¿No te quedaron secuelas? ¿Me puedes enseñar tus cicatrices?».

Creo que se da cuenta de que lo observo porque dibuja una media sonrisa en los labios justo antes de desaparecer.

Estoy segura de que este chico tiene que ser bipolar. ¿Cómo puede

cambiar tanto de parecer? Tal vez sea Géminis. ¿No dicen que los Géminis tienen dos personalidades y cambian de opinión cada dos minutos? En fin, yo también lo soy. Malditos horóscopos, menuda tontería. Yo nunca creí en ellos y ahora estoy aquí cavilando y pensando sandeces.

—Por fin es viernes —canturrea Gema justo a mi lado, lo que me provoca un pequeño vuelco en el estómago—. ¡Ya lo extrañaba tanto!

Hace gestos con las manos exagerando mucho su expresión. Qué teatrera es, por Dios. Pero eso es lo que más me gusta de ella.

—Creo que estoy enamorada de los fines de semana —murmura.

Sí, yo también lo pienso. Cada fin de semana se enamora de uno diferente.

Suelto una pequeña carcajada a la vez que fijo la vista en la carpeta que me acababa de dejar Daniel sobre la mesa. Gema permanece a mi lado sin decir nada.

—Perdonad, estaba buscando a alguien pero no sé a quién tengo que preguntarle. —Escucho una voz detrás de mí. ¿Es que todo el mundo tiene pensado que es una buena idea provocarme un infarto hoy?

Me giro hacia ella y no puedo evitar fijar la mirada en sus ojos azules. Tan intensos como los de Daniel. Siento un pequeño escalofrío en mi interior antes de negar con la cabeza.

La chica me observa curiosa. Genial, piensa que estoy chalada.

—Claro, perdona —digo, buscando a Paloma con la mirada, pero no está en su puesto de trabajo. Qué extraño—. ¿A quién buscas?

No puedo verla pero me imagino que Gema la tiene que estar observando de arriba abajo con más bien poca discreción. Es algo que suele hacer a menudo con las chicas que le pueden hacer sombra, pero en el fondo ¿quién le puede hacer sombra a ella?

—A Daniel, no sé si sabrás quién es. Lleva poco tiempo trabajando aquí —dice, con una pequeña sonrisa.

Siento un fuerte retortijón en el estómago. Busca a Daniel, a Daniel, a *mi* Daniel. Presiono los labios con fuerza. No sé por qué pero me siento engañada, aunque no tengo motivos.

—Claro, esa es su mesa —respondo, dirigiendo la vista hacia ella. En ese momento el susodicho eleva la mirada, fijándola en la chica, y siento como su sonrisa se esfuma por completo.

No sé quién es, pero su expresión no me da confianza ninguna.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, levantándose y acercándose a ella. Intento buscar en su rostro algún gesto, sea bueno o malo, pero no percibo nada.

Absolutamente nada.

Sea su novia o no, no es de mi incumbencia, pero yo pensaba que estaba interesado en Tomás. Alguna pieza me sobra en este rompecabezas.

—¿Puedes venir un momento a la calle conmigo, Elisa? —me dice Gema, con una sonrisa fingida dibujada en el rostro—. Necesito fumar un cigarro.

La observo con el ceño fruncido. Veo como agarra con rapidez mi bolso y el suyo, y tira con poca sutileza de mí hacia la puerta.

—¿Qué dices? —le reprocho, una vez fuera—. ¿Por qué querías salir? ¡¿Ya vuelves a fumar?! —Se encoge de hombros, con gesto inocente, a la vez que me ofrece el bolso.

Veo como se muerde el labio inferior y, en un abrir y cerrar de ojos me agarra de nuevo, tirando de mí, y comienza a correr como una niña pequeña.

Intento zafarme pero es imposible, ¿pero cómo diablos puede tener tanta fuerza? ¿Qué carajo come? ¿Será verdad lo de las espinacas de Popeye? Porque que yo sepa esta mujer se pasa la vida dieta tras dieta.

—¿A dónde vamos? —pregunto tan pronto como para de correr. Se gira hacia mí, entornando la mirada.

—Al Starbucks, claro —responde, como si fuera obvio.

—Gema, son las cinco de la tarde. —La miro con un gesto reprobatorio. Por el amor de Dios, ¿es que no tiene cabeza? ¿Qué pasará cuando Ricardo se dé cuenta de que no estamos en la redacción?—. ¿Eres consciente de lo que acabamos de hacer? —Gema se encoje de hombros ante mi pregunta—. ¡Nos acabamos de escapar del trabajo!

—Madre mía, Eli, ni que fueras una cría que hace pellas<sup>7</sup> por primera vez. —Escucho como suelta una fuerte carcajada. Estoy segura de que ella está acostumbrada, lo haría a diario, ¡pero yo no!

Jamás. Siempre fui una alumna aplicada. ¿Acaso eso es malo?

—Siempre hay una primera vez para todo —dice, guiñándome un ojo—. Además te va a venir bien un café, que tienes una cara hoy.. —masculla entre dientes a la vez que me observa curiosa.

¿Mala cara? ¿Está hablando en serio? Siento que entro en pánico en ese mismo momento. Justo hoy no, no puedo tener mala cara. ¡No me la puedo permitir!

—¿Qué me pasa? ¿Qué tengo de raro? —Me apresuro a buscar el espejo de viaje en el bolso y, cuando no lo encuentro, suelto un fuerte resoplido. Nada parece querer salir bien hoy.

—Relájate, colega —me dice, depositando una pequeña sonrisa en los

labios—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondo, tajante. Claro que me ocurre algo, eso es obvio, pero no pienso hablarlo con nadie. No ahora. Gema se encoge de hombros y se limita a no decir nada más, casi mejor.

—¿Sabes qué? Gabriel me agregó a Facebook ayer. Me quedé pasmada cuando lo vi, no me lo esperaba.

—Tomás, Gema, se llama Tomás —la corrijo una vez más. ¿Es que nunca se piensa aprender su nombre?

—No, pedazo de boba. Me refiero a Gabriel, al de verdad, ¿no es gracioso? —La observo entornando los ojos—. Hace siglos que no sé de él, justo hablamos, lo mencionamos y... ¡Tachán!

No es gracioso, nada gracioso. Es terrorífico. A veces creo que la vida nos guarda esas cosas para que nos caguemos por la pata abajo de miedo. Yo no creo en casualidades, ni tampoco en el destino. Solo creo que la vida nos juega malas pasadas.

—Muy bien, Gema —respondo, sin más, intentando quitarle importancia a la situación.

Ahora mismo lo único que no necesito es preocuparme por algún otro tema, ya tengo bastante con lo mío.

—A ver, Elisa, eres mi mejor amiga —me dice, aminorando el paso y fijando la vista sobre mí—. Y te conozco como si te pariera, así que confiesa: ¿qué cojones te pasa?

Al momento subo la vista, depositándola en sus ojos azules. Tuerzo los labios.

Todavía no lo tengo asimilado en su totalidad. Siento que si no lo digo en voz alta, todo se esfumará. Como si todo fueran imaginaciones de mi creativa mente.

Lanzo un fuerte suspiro, intentando llenarme de fuerzas para pronunciarlo al fin en voz alta.

—Quedé con él —respondo, presionando un labio contra el otro—. Esta tarde.

Suena tan raro, tan extraño, que parece que quien lo está pronunciando es otra y no yo. A decir verdad todavía lo siento como si fuera mentira.

—¿Con Daniel? —La observo con el ceño fruncido, ¿a santo de qué saca a Daniel en la conversación?—. Oh, dioses, no. ¿Con Edward?—Asiento, a la vez que muerdo el labio inferior con un nerviosismo muy poco típico de mí—. Pero... ¿estás segura?

¿De verdad me ve segura? Porque si lo parece tal vez debería de apuntarme a clases de interpretación, o igual saltármelas y directamente presentarme al casting por el que logre un puñetero Oscar, porque no... ¡No estoy para nada segura! Estoy muerta de miedo.

Presiono los labios con fuerza. De un momento para otro me siento tentada a enviarle un mensaje y decirle que no, que paso, que no quiero conocerlo, que no es el momento.

Siento como me tiemblan hasta las pestañas de los nervios. ¡Esto es un desastre total!

—¿Y si no es quien tú crees? —pregunta Gema, pero es como si me lo preguntara mi propia conciencia. Llevo haciéndome la misma pregunta desde que me lo propuso.

Suelto un fuerte bufido. No lo sé, y tampoco estoy segura de querer saberlo.

—Imagínate que es un violador, o peor, un asesino de mujeres. Puede que tú te parezcas a su exnovia y por ello está interesado en conocerte para...

—Dios, Gema, deja de ver Mentes criminales. Te está afectando.

Suelta una fuerte carcajada. Yo no estoy para bromas, querida amiga, no ahora.

Aunque parezca que no, adoro a Gema. No sé ni por qué me empeño en negarlo, es la mejor amiga que podría tener. Demasiado loca para mi gusto, pero perfecta. Siempre tiene la palabra ideal para sacarme una carcajada y conseguir que olvide mis problemas.

Pero hoy parece no querer hacerlo, solo necesito que me diga que no estoy loca, que es una buena idea, que tengo que conocerlo, ponerle cara. Quiero que me contagie un poco de su falta de cordura, pero parece que, por un día, la racional tiene que ser ella.

Una pequeña vibración en el bolso provoca que me ponga en alerta otra vez. En el fondo llevo todo el día pensando que me va a cancelar la cita pero, ¿y si no lo hace?

Suspiro. Al momento veo como Gema fija su vista en mí, con preocupación. Madre mía, ¿soy tan evidente?

«Hola, princesa»

Siento como se me ponen todos los pelos de punta. Malditos nervios,

maldito poco autocontrol el que tengo sobre mi cuerpo y sobre mis propios sentimientos.

Quiero responder, pero no me sale nada. Creía que me cancelaría, pero tiene pinta de que no lo va a hacer. Quiere verme, maldita sea. ¡Quiere hacerlo!

Gema se acerca a mí y comienza a ojear el móvil. Giro la mirada y la veo sonriendo como una idiota.

Pienso en comenzar a escribir cuando veo que él lo está haciendo, así que me decido a esperar.

«Me surgió un problema esta tarde»

Leo, una y otra vez, sin creermelo sus palabras. En el fondo lo sabía, sabía que me cancelaría la cita.

Suspiro. No sé si aliviada o tal vez decepcionada. Gema acerca su mano a mi hombro y lo acaricia con ternura. Siento unas ganas ingentes de llorar, aunque en el fondo no sé por qué, ya que sabía que eso iba a pasar.

Pero por Dios, ¿cuántos años tengo? ¿Quince? Si me cancela la cita no pasa nada. Quiero decirle que me da igual, que está todo bien, pero no soy capaz ni de escribir.

De un plumazo siento como Gema me quita el móvil y comienza a mover los dedos por el teclado. Quiero impedirlo pero en lugar de eso me quedo estática como una idiota.

Al momento aprecio como abre sus ojos como platos y una discreta sonrisa se sitúa en su rostro.

—Si no te lo quedas tú, me lo pido yo —murmura. Al momento, sin pensarlo, le arranco el móvil de las manos.

Me fijo en como, por suerte, Gema todavía no había enviado su mensaje, que apostaría que es de todo menos amable. Paso de leerlo y me fijo en el suyo.

«Pero quiero verte. No sé si te viene bien pero esta noche iré al Melon Lux. Si te animas te espero en la entrada a las 12 y media»

—Dile que sí, pedazo de idiota —me dice Gema, a la vez que intenta agarrar mi móvil una vez más.

Me aparto con rapidez, esta vez necesito pensar yo lo que le voy a decir.

—¿Melon Lux? Me suena. —Gema frunce el ceño.

—Claro que te suena, vives a dos calles. Ese sitio es una maravilla —dice con voz soñadora—. Gabriel me comentó que hay una fiesta hoy.

—¿Tu amigo del Facebook? —pregunto, más por enfocar el tema en otro punto que porque realmente me interese.

—No, idiota, tu compañero de trabajo. —Quiero corregirla pero, ¿para qué?

Pienso, pienso rápidamente. Creía que lo vería esta tarde, que nos tomaríamos una coca-cola o tal vez un helado, y que todo terminaría ahí.

Aprecio la mirada de Gema sobre mí. Por el amor de Dios, sé que tiene razón, pero no sé si quiero hacerlo. Cierro los ojos y me dejo llevar.

«Está bien, allí nos vemos»

Respondo sin darle más vueltas al asunto. No me lo puedo creer, esta vez es oficial. Ya no es: tal vez quedamos. No, esta vez es un: quedamos y punto.

Al momento siento como Gema tira de mí hacia la boca de metro. La observo con el ceño fruncido.

—Cambio de planes, princesa —dice, remarcando la palabra. Sé que se ríe de mí, lo que no sé es qué le hace tanta gracia—. Nos vamos de compras. Ese chico tiene que quedarse con la boca abierta tan pronto te vea.

# ¿Es tan difícil pasar página de una maldita vez?

*DANIEL*

Siento como los nervios se adueñan de mí. En estos momentos no tengo claro que la idea de vernos sea la mejor. Ahora mismo ya no tengo claro ni mi nombre.

—¿Crees que conseguiré algo con Gema si la invito a esta fiesta? — Escucho la voz de Tomás y no puedo evitar girarme hacia él. Al menos parece que él está más decidido que yo a hacer algo con su vida. Por mi parte, si pudiera, mandaría todas mis posibilidades a la mierda cancelando la cita con un sencillo clic.

Veo como me muestra el folleto de uno de los locales de moda de la zona y no puedo más que asentir. Está claro que a Gema le encantaría ir a cualquier fiesta, y al menos así da un par de pasos a su favor, aunque no sean muchos. Gema no es una chica fácil, al menos no para chicos como Tomás.

—Pero me moriré de la vergüenza. Tal vez ni aparezca. —Tuerzo los labios, puede que tenga razón.

—Si no aparece pasaremos una buena noche de chicos, ya verás. —Veo como me dedica una sincera sonrisa.

Desde lo ocurrido con Laura y mi exmejor amigo Guille, había mantenido considerablemente las distancias con todo el mundo. Me negaba a enamorarme porque no quería sufrir, y tampoco quería hacer amigos, ya que consideraba que me terminarían clavando un puñal por la espalda. Al menos esa parte de mí está comenzando a cambiar, tanto gracias a Tomás, con su sincera amistad, como por la anónima que me envía mensajes cada día.

Qué idiota soy. ¿Cómo voy a cancelarle una cita a ella? Pero si me muero por verla, por conocerla, por sentirla.

Sonrío como un idiota frente a la pantalla de mi ordenador cuando escucho

a lo lejos la voz de Elisa.

Elisa, ¿cómo puede trastocar tanto mis planes una mujer tan insoportable? Aunque puede que tenga que agradecerle que me haya obligado a dar el paso tan pronto. Estoy seguro de que si no llega a ser por su sonrisa sincera, y por lo muchísimo que me atrae, aún no lo habría hecho. Posiblemente no lo diera jamás y la desconocida y yo nos pasaríamos meses, o tal vez años, hablando por simples mensajes como dos idiotas, hasta que por algún motivo la conexión se extinguiera. Puede que ella conociera a alguien a quien besar y abrazar cada noche, con quien compartir cada momento de su vida, y decidiera que la relación platónica que, en teoría nos uniría, no le resultaría suficiente. Sería lógico y tendría que entenderlo. Podría pasarme también a mí, quién sabe.

Elevo la mirada, totalmente sin pensar, pero mi gesto cambia cuando observo a otra persona a su lado.

Trago un par de veces con dificultad antes de levantarme de la silla y acercarme a ella.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, observándola con un gesto nervioso.

Clava su vista en mí y sonrío. En ese momento los miedos se desvanecen en cuestión de segundos. Noto como el aire que me faltaba comienza a adueñarse de mis pulmones. A veces me siento un puto paranoico.

—Solo venía a visitar a mi hermano. ¿Es un delito? —pregunta, ampliando más su sonrisa—. Ayer me llamaste y yo ya estaba dormida. ¿Qué tal todo, Dani? ¿Te acomodas bien en tu nuevo hogar?

Se sienta en mi silla sin pedir permiso, lo cual me hace reír. Aborrezco profundamente que me llamen por el diminutivo de mi nombre. Puede parecer una ridiculez, pero como todo, tiene una razón de ser. Solo una persona me llamaba así además de mi hermana. Y esa persona está vetada en mi propia conciencia, y cuando alguien me llama de esa forma, inevitablemente los recuerdos vuelven a mí en forma de puñales que se me clavan sin piedad.

Aun así sonrío y le quito importancia mentalmente.

—¿Sabes que estoy trabajando, verdad?

Chasquea la lengua y mueve la mano como si le diera exactamente igual. Mi hermana es increíble.

—Se me antojó un chocolate con una de esas deliciosas galletas —dice sin más—. ¡Ah! Y no sabes a quién me encontré esta mañana de la forma más casual: ¡A Laura! —exclama.

En ese momento mi cerebro hace cortocircuito. Sé que mi hermana sigue

hablando porque mueve los labios sin parar, y hace aspavientos con los brazos, pero yo ya no puedo escucharla. O tal vez no quiero.

Me apoyo en la mesa e intento recuperar la compostura. No puede ser, no ahora. No quiero que reaparezca y me haga dudar de lo que siento.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto, rezando para que se trate de otra persona. Flor me mira extrañada antes de depositar una mueca culpable en el rostro.

—Que se me antojo un chocolate con una galleta. ¡Ay, sí, Daniel, ya lo sé! Me voy a poner como una foca, pero me da igual. Quiero ese condenado chocolate y punto.

—No, no, sabes que no me refiero a eso —digo, ignorando la barbaridad que acaba de salir de su boquita—. ¿Qué acabas de decir de Laura?

—Ah, eso —responde, mirando hacia el fondo de la redacción. Veo como saluda a Tomás con una pequeña sonrisa—. Pues nada, la vi. Oye, ¿quiénes son estas chicas que estaban aquí? Una te miraba mucho, ¿tienes algo que contarle a tu hermana?

—No cambies de tema —digo entre dientes, intentando hacer caso omiso a sus palabras. Lo último que me falta es incrementar un poco más las dudas con respecto a mis locos sentimientos—. ¿Me puedes explicar que tiene que hablar esa víbora contigo? —Se gira hacia mí, clavando sus ojos sobre los míos con un claro gesto reprobatorio.

—¡Daniel! Sigo siendo tu hermana mayor, no lo olvides —declara, elevando el dedo índice de modo inquisidor—. ¡Y me muero por un maldito chocolate!

Veo como se muerde el labio inferior y no puedo más que esbozar una discreta sonrisa en los labios.

—¿Por qué das por hecho que no tengo planes? —pregunto con guasa.

—No hay plan mejor que pasar la tarde con tu hermana —sentencia.

Por primera vez me alegro de tener un jefe como Ricardo, que no se entere si me ausento unos minutos para cumplir un absurdo capricho de mi hermana.

Pero por desgracia, aunque no lo crea, Flor se acaba de cargar de un plumazo todos mis planes.

Me llevo una mano a la cabeza antes de buscar mi teléfono móvil. Le envío un escueto mensaje a mi periodista con una tonta excusa, más que nada para que no crea que no quiero verla.

Ahora mismo, cancelarle la cita es lo último que quiero hacer, pero no me queda mucho más remedio.

Me acerco a Tomás, quien parece muy entretenido metido en su ordenador y, tras llamar su atención un par de veces, posa sus ojos sobre mí. Qué hombre.

—Quedamos esta noche. —Busco a las chicas con la mirada pero ya no las encuentro.

Asiente nervioso. Suelta una fuerte bocanada de aire antes de regresar a la pantalla de su ordenador.

Sonrío. Lo envidio. Puede que lo tenga complicado con Gema, pero por lo menos tiene claros sus malditos sentimientos, no como yo. Algo que sin duda solucionaré esta misma noche.

Antes de acercarme a mi hermana prosigo escribiéndole un mensaje a la periodista. Le digo que voy a estar en el Melon Lux esta noche, y que me encantaría verla. Será como una especie de cita doble, o eso espero. Significaría que Tomás logró lo que quería. Tras enviárselo, y antes de que me responda, guardo el móvil en el bolsillo.

Me despido de Paloma, deseándole un feliz día, antes de salir detrás de Flor, quien me espera fuera impaciente.

Después de echarme en cara que se muere de hambre una vez más, y que soy un tardón, saca su tema favorito:

—El chico también es mono.

No puedo evitar esbozar una discreta sonrisa.

—Puede ser, Flor, no te lo niego. No es mucho mi tipo —expongo entre risas.

Sé que no soporta no conocer las batallas que se libra mi corazón, pero es que hasta este momento tampoco es que haya tenido mucho que confesar.

Tras este pequeño divague, en que me echa en cara que soy un muermo, y que debería de intentar formalizar una relación con alguien para vivir feliz como una perdiz como ella y Peter, se pone a parlotear de mil cosas que a mí me traen sin cuidado. Desconecto de su conversación. Mi mente vuela sin cesar y los nervios se vuelven a adueñar de mi estómago. Ya no sé si tiene que ver con Laura, con la periodista o tal vez con mi extraña obsesión por Elisa. Tal vez todo junto me esté comenzando a perturbar demasiado.

—Aquí es —dice, como si esa fuera la cafetería que lleva visitando toda la vida. La miro extrañado—. ¿Qué pasa?, me han dicho que hacen un chocolate de vicio.

Tuerzo el gesto. No sé ni por qué me espero otra cosa, seguro que hasta se estuvo documentando en Google donde poder cumplir su antojo y, a la vez,

fastidiar a su hermano hasta hartarse.

Nos apropiamos de una mesa. Flor se agencia la carta y comienza a pasear la vista sin descanso por todos los chocolates que hay.

—¿Cuál piensas que estará más bueno? —me pregunta, mostrándomela durante escasos segundos.

—El que no lleve chocolate, supongo —mascullo entre risas.

No me gusta, así que dudo que sea la persona adecuada para hacerle esa pregunta. Veo como tuerce los labios, pasando la vista por absolutamente todos los de la carta, y me río sin poder evitarlo.

Tan pronto ve como el camarero se aproxima cierra la carta de un plumazo y estoy seguro de que suelta lo último que vio. En el fondo todos le encantarían.

—Yo quiero un agua fría —le pido.

El chico lo apunta todo con rapidez antes de salir hacia la barra.

—Vaya, sí que eres un aguafiestas, hijo —dice, observándome con el ceño fruncido.

Tras eso comienza a hablarme de tonterías hasta que el camarero regresa y entonces yo paso a un segundo plano... o tercero, ya ni sé. Mi hermana degusta su chocolate con pasión, y yo me limito a pensar en lo que me espera esa noche. Los nervios me vuelven a subir y bajar por el estómago a su libre albedrío. ¡Claro que sí!

—Me preocupas —expone al fin, observándome de un modo que no me gusta en absoluto—. ¡No me mires así! Soy tu hermana mayor, y hace mucho que no te veo feliz.

—¿Todo esto viene a que viste a Laura esta mañana? —pregunto molesto.

—Sí y no. A mí ella me da lo mismo, no me malinterpretes, pero es verdad que desde que terminaste con ella, no volví a verte sonreír. No del mismo modo.

Normal, nunca nada me hizo tanto daño como encontrarme a esos dos idiotas revolcándose sobre el sofá. No es una estampa atractiva para nadie, eso lo puedo asegurar.

Veo como abre y cierra los labios, emite palabras que no llego a escuchar porque realmente no puedo oír nada más que mis propios pensamientos y en lo que estoy a punto de confesar.

—Laura se enrolló con Guille. Por eso lo dejamos —digo, al fin. Suelto un fuerte suspiro después de confesarlo. Creo que nunca, jamás, había sido tan sincero con nadie. Al menos no con este tema.

Se queda patitiesa, observando un punto desconocido de la pared. Veo como traga saliva y niega con la cabeza.

—¿En serio?

No, me divierte bromear con un tema así.

—Pero si Guille era...

—Era mi mejor amigo de la infancia, sí. Y Laura la estúpida que me robó el corazón y por la que luché durante dos años. Cuando por fin parece que las cosas nos van bien, ¡bum! Sorpresita. —Le doy un trago al vaso de agua antes de proseguir—. Por eso me fui para Londres, necesitaba distanciarme y mira... me fue de puta madre sin ellos.

Asiente con la cabeza, aunque con la mente todavía perdida en lo que le acabo de contar, no me cabe la menor duda.

—Ya no están juntos —murmura—, de hecho ella está sola ahora mismo. Y bastante destrozada.

Ojalá pudiera alegrarme.

—La verdad me da lo mismo —expongo finalmente—. Y reconozco que confesarlo en voz alta me ayudó a quitarme un gran peso de encima.

Lanzo un fuerte suspiro y escucho como Flor se ríe con discreción.

—Conocí a una chica que me gusta bastante —reconozco al fin—. La conocí de un modo un poco inusual, pero creo que puede funcionar. Por lo menos me gusta.

—¿La chica que no te quitaba ojo en el periódico?

Niego. Sinceramente espero que esa persona fuera Gemma y no Elisa, porque sino mis dudas resucitarían otra vez.

—La conocí por internet. Sé que igual es una locura, pero...

—Oh. —Me observa con gesto soñador. Flor siempre fue una romántica patológica, lo cual me hace reír. Sinceramente pensé que me echaría una bronca por confiar en alguien a quien realmente nunca vi en persona—. ¡Quiero detalles!

—No tengo muchos. —Me río—. Tiene veintiséis años, vive en Madrid y es periodista.

Me encojo de hombros. Ella asiente dándole un trago a su taza de chocolate.

—Y quedamos esta noche, así que deséame suerte con ella.

—No la necesitas. La enamoras seguro.

Ojalá yo pudiera tener las cosas tan claras como ella. Pero por lo menos toda esta locura me había servido para darme cuenta de que la página de Laura

no es que esté pasada, sino que está rota, totalmente destrozada. Y me siento preparado para dar un paso más.

# ¡ESTE HOMBRE ME SACA DE QUICIO!

*ELISA*

Me miro en el espejo del baño una vez más, desde luego esa no parezco yo. ¿Quién me había mandado dejarme llevar por Gema? Llevo años negándome a todas sus propuestas, a todas sus locuras, pero esta noche es diferente. Muy diferente.

Saco mi móvil del bolso y releo el mensaje que me había enviado Edward horas antes. Solo me faltan dos horas, dos míseras horas para encontrarme con él.

Siento como el corazón me bombea a una velocidad pasmosa, tengo ganas de llorar pero, a la vez, solo quiero sonreír. Niego con la cabeza al darme cuenta de los dilemas más tontos que atraviesan mi cabeza a la vez que presiono los labios con fuerza. Vuelvo a fijar la vista en mi rostro reflejado en el espejo. Sin duda Gema me ha maquillado más de lo debido, para qué nos vamos a engañar. El tono oscuro de mi base no se asemeja nada a mi tono real; mis ojos están demasiado marcados gracias al lápiz negro que le había permitido a Gema ponerme bajo los ojos; y mi pelo, totalmente liso, cae por mi espalda.

En definitiva, la persona que está delante de ese espejo no soy yo, esta no es Elisa García. ¿De verdad quiero que ese periodista me conozca así? En el fondo temo que si me conoce a mí: a la chica con el pelo enredado que suele ponerse simples coletas para no peinarse cada mañana, con ojeras bajo los ojos debido a las pocas horas de sueño y mi ropa del trabajo —que de sexi tiene más bien poco— se dé a la fuga en un abrir y cerrar de ojos. Y por ese estúpido motivo había confiado en el criterio de Gema.

Me miro una vez más, pero sigo sin verme a mí. No digo que no me vea bien, solo digo que, en ese espejo, no estoy yo. Punto y final.

Salgo del baño con más bien poco convencimiento, intentando que los altos tacones no provoquen que termine en el suelo cuando, no muy lejos, observo la melena rubia al viento de Gema. Parece estar comenzando a entablar conversación con un chico. No me molesto en fijarme en quién es, a decir verdad me da lo mismo, está claro que a mi amiga no le cuesta demasiado hacer nuevas amistades.

Chasqueo la lengua pero me quedo a unos cuantos metros de distancia, no quiero interrumpir nada, aunque tampoco me apetece quedarme allí parada como una estatua. Me giro y observo con más bien pocas ganas la pista de baile, que está prácticamente vacía. Solo un par de personas mueven las caderas al ritmo de *Sofía* de Álvaro Soler.

Sin darme cuenta comienzo a moverme al ritmo de la música y siento un par de ojos puestos sobre mí. No sé quién es pero la verdad tampoco tengo interés real en conocerlo, aunque me doy cuenta de que sus intenciones se quedan truncadas cuando da un paso hacia atrás. De forma inconsciente suelto un fuerte suspiro, lo último que quiero esta noche es tener que lidiar con algún estúpido borracho. Pero casi al momento siento una mano rodeándome la cintura y un fuerte escalofrío me recorre de cabeza a pies, quiero girarme y pegarle un grito al susodicho cuando noto su aliento pegado a mi oreja:

—Me gustas más un día normal —murmura, con una voz que me deja sin aliento— con tu pelo recogido y sin maquillar.

Me quedo paralizada durante unos segundos, como saboreando el momento. Siento como el corazón me late sin control. No necesito darme la vuelta para saber quién se esconde detrás de esa voz rasgada, no necesito verle a los ojos para saber que es él. Trago con dificultad.

—Y tú a mí con el pantalón del pijama y sin camiseta —digo sin pensar.

No puedo verlo pero me lo imagino haciendo el mismo gesto que la noche anterior cuando, por una idiotez de mi cabeza, me había permitido observarlo de cabeza a pies. Sé que decir eso me va a traer consecuencias. Siento como el rubor se me comienza a depositar en las mejillas y por fin me alegro de estar dentro de un local con tan poca luz.

—Por fin lo admites. —Vuelve a pronunciar cerca de mí, provocando que su aliento roce el lóbulo de mi oreja y, de esta manera, un escalofrío me recorra entera—. ¿Te has puesto así de guapa para mí?

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada, este tío me desespera más a cada momento. Me giro como puedo hacia él y la cercanía me deja pasmada. No sé por qué, pero sus labios ocupan todo mi campo de visión. Sin pensarlo

subo la vista hasta sus ojos y eso hace que sienta un fuerte nudo en el estómago. Él también parece entretenerse observando mis labios con parsimonia.

Quiero romper el momento, quiero empujarlo y dejarlo en ridículo delante de todo el mundo, pero, ¿por qué no lo hago? ¿Por qué no tengo fuerzas para separarme de él? Siento como me tiemblan las piernas. Noto su respiración muy cerca de mí. Vuelvo mi vista a sus labios y una pequeña y ladeada sonrisa provoca que salga de mi ensoñación.

—Supongo que eso es un sí, ¿verdad? —Me separo de él con brusquedad. ¿Puede ser más idiota?

Dios. ¡Este hombre me saca de quicio!

Entreabro los labios para contestarle, básicamente para mandarlo a la mismísima mierda o tal vez a donde amargan los pepinos, cuando siento una mano sobre mi cintura y me giro para encontrarme con los ojos azules de Gema y una radiante sonrisa en su rostro. En la mano lleva dos vasos, ambos cargados de hielo y algún líquido indescifrable.

—¡Qué casualidad! —Se acerca con rapidez a Daniel, dándole dos besos con cuidado de no derramarle ninguna copa por encima, ¡lástima! Se lo tendría más que merecido por insoportable—. ¿Has venido solo?

Fijo de nuevo mi vista sobre él y lo examino con la mirada con más bien poco disimulo. A decir verdad, y pocas veces lo he negado, Daniel me parece un hombre atractivo, pero nunca tendría nada con él, me parece un tipo demasiado creído.

Veo como niega con la cabeza, señalando a un punto de la barra que no llego a apreciar, lo más seguro es que el muy idiota esté con la guapísima chica que lo vino a recoger a la redacción.

Me giro de nuevo, observando la pista vacía de baile. ¿Por qué motivo me molesta la sola idea de imaginarme al idiota y engreído de Daniel con novia?

—¿Estás nerviosa? —Escucho la voz de Gema detrás de mí y me giro entornando los ojos. ¿Está hablando en serio? Comienzo a negar con la cabeza de una forma muy enérgica.

—¿Pero qué dices? A mí ese tío me da igual. ¡Es un puñetero imbécil! Es verdad que me saca un poco de mis casillas, pero...

Veo como Gema me mira con el ceño fruncido y es en ese mismo instante cuando me doy cuenta de que no hablamos de lo mismo. Dirijo una rápida mirada a los vasos que todavía tiene en las manos, y agarro uno sin preguntarle ni si es para mí antes de llevármelo a los labios, dándole un largo trago.

—Estoy cagada, Gema. Estoy muerta de miedo. —Y digo la verdad, aunque no podría decir con exactitud cuál es el motivo.

Me hace un gesto con la cabeza y nos acercamos a una de las mesas vacías. Sin pensarlo dos veces, me dejo caer sobre uno de los sillones. Busco el móvil en el pequeño bolso rosa que me había dejado Gema —que me hace juego con sus hermosos, altísimos e insoportables zapatos de tacón—, y observo que todavía falta bastante más de una hora para la supuesta cita. ¿Por qué es una cita, no? Igual me estoy creando demasiadas ilusiones, y para él no es más que un encuentro entre colegas de profesión. ¡Qué lío tengo!

¿Existe la posibilidad de adelantar las agujas del reloj para así poder aclararme de una maldita vez? Lanzo un breve suspiro antes de entrar en el Whatsapp, concretamente en su conversación, para comenzar a escribir un mensaje:

«Me muero de ganas de conocerte por fin»

Lo releo una vez más antes de enviarlo. Es verdad, quiero conocerlo, aunque en el fondo esté muerta de miedo.

—¿Pensaste qué vas a hacer si al final tu mejor amiga tiene razón y es un viejo de sesenta años? —pregunta con voz chillona—. ¿O si, por el contrario, tiene los años que te dijo pero más entradas que Ricardo? —Suelta una fuerte carcajada al decir esto, pero yo no soy capaz de secundarla.

Pues la verdad es que no. En ningún momento me había planteado el hecho de que me hubiese mentido con su edad, y la verdad creo que no podría soportarlo. Es decir, antes de saberlo sí, pero ahora la historia es diferente.

Chasqueo la lengua a la vez que me llevo el vaso de nuevo a los labios, totalmente confusa. Desbloqueo la pantalla del móvil y me percató de que tengo un mensaje nuevo. Siento como el corazón se me paraliza en cuestión de segundos.

«En poco más de una hora, princesa»

Siento un revoloteo continuo en mi interior, ¿y si Gema tiene razón? No, no puede ser. Le doy un trago largo a la copa. Sé que no es el día ideal para

emborracharme, desde luego, pero es lo único que parece relajar a la bestia que se adueñó de mis entrañas.

Mis pensamientos se ven truncados por dos figuras que se acercan a la mesa con una amplia sonrisa y una copa cada uno en las manos. Gema les hace un gesto para que se sienten pero se desilusiona al darse cuenta de que el que ocupa el espacio vacío a su lado es Tomás. Al parecer con la persona con la que había venido mi nuevo e insoportable compañero de piso es el chico majo y despistado de la redacción, con lo cual vuelvo a no comprender nada de nuevo. En fin.

Al momento me doy cuenta de que, si Tomás se sienta al lado de Gema, Daniel tiene que haber ocupado su lugar a mi lado. Chasqueo la lengua con disgusto a la vez que me acerco todo lo que puedo a la pared, para mantener las distancias.

En ese momento comienza a resonar la canción *Antes que no* de David Bisbal. No sé si lo habré dicho en alguna ocasión, intuyo que no ya que no lo considero importante, pero mi amiga Gema tiene una cierta obsesión por el andaluz, por lo que suelta un pequeño grito a la vez que le hace un gesto a Daniel con la cabeza. Escucho como él se ríe pero niega, lo sé porque lo veo por el rabillo del ojo. El chico le hace un gesto a su compañero que, sin decir nada más —y sin muchas ganas— se levanta y desaparece detrás de Gema.

—¿Tú no quieres bailar? —Escucho su voz a la perfección a pesar de la música. No sé si es mi subconsciente, que está demasiado pendiente de él, o que la música no está tan alta como yo creo.

Tuerzo los labios. ¿Por qué no se había ido a bailar con Gema? Así habría sido todo mucho más sencillo.

—No me gusta Bisbal —me justifico. Vaya excusa más tonta.

Quiero pegarme una buena bofetada mental, pero en lugar de eso levanto la cabeza y me giro hacia él. Me sorprende al ver cómo me mira con una tilde de humor en sus ojos. No sé ni cómo soy capaz de verlo con tan poca luz, pero lo aprecio perfectamente.

—Vaya, pero si está buenísimo.

¿Me está diciendo que a él le pone Bisbal? Chasqueo la lengua.

—Tú también lo estás y no me gustas. —Ladea una sonrisa y no tardo en darme cuenta como se acerca a mí, despacio. Siento una fuerte opresión en el pecho, ¿qué diablos me hace? ¿Por qué consigue ponerme de los nervios en cualquier momento? ¿Y por qué no hace más que acercarse a mí?

—Yo creo que sí te gusto, Elisa —me dice en un pequeño susurro,

aproximándose más de lo moralmente permitido. Como no se aparte en tres segundos lo estamparé contra la pared—. Sólo necesito ver cómo me miras, como te comportas cuando estoy cerca de ti. ¿Por qué no lo admites?

Su aliento se fusiona con el mío de un modo que, lejos de incomodarme, me reconforta. Y en ese momento me doy cuenta de que o pongo una barrera entre nosotros, o estoy perdida.

# Me preocupa mi extraña obsesión por Elisa

*DANIEL*

Observo hacia todos lados con confusión. No sé si habrá sido buena idea proponerle quedar aquí delante. El sitio parece bastante pijo, y eso hace que esté cargado de una gran multitud de personas. Exhalo todo el aire que tengo acumulado a la vez que observo el gesto confundido de mi amigo.

—Venga, no me vas a decir que te has rajado, ¿no? —Fijo mi vista en él.

—Esto es un error, Daniel. Antes de fijarse en mí se enrolla contigo. —No puedo evitar soltar una débil carcajada a la vez que muevo la cabeza hacia los lados.

—Yo estoy fuera del mercado, por mí ni te preocupes —lo tranquilizo.

De nuevo mi mente vuela hacia esa periodista con la que en algo más de dos horas tendré mi primer encuentro y no puedo evitar volver a ponerme nervioso.

Le hago un gesto con la cabeza que capta a la perfección: no es momento de echarse atrás. Los dos sabemos que tenemos que dar un paso al frente: él con Gema y yo a saber con quién. Nervios otra vez... ¡maldita sea!

Si por fuera el local parece pequeño por dentro lo es todavía más, pero en el fondo me gusta. Tiene algo que lo hace especial.

—Si Gema está aquí, dudo que la encontremos —digo sin pensarlo, fijando la vista en la multitud de gente que se agolpa allí dentro.

Tomás asiente con pesar. Sería como encontrar una aguja en un pajar.

Me acerco como puedo a la barra. Veo como Tomás niega con la cabeza pero de igual modo pido dos copas de una de sus mejores ginebras con tónica. Desde luego no voy a permitir que esté sereno porque sé que, si lo está, no va a ser capaz ni de mirarla a los ojos durante medio segundo.

Un grupito de chicas se acercan a la barra y una de ellas nos guiña un ojo

de forma descarada, lo que provoca que mi amigo se ponga más nervioso que un adolescente. Se lleva el vaso a los labios y, de un solo trago, se bebe la mitad del líquido.

No puedo evitar ladear una sonrisa ante la situación. La chica, de pelo negro brillante, se acerca a nosotros con más bien poca discreción y, tan pronto llega, nos rodea a ambos con sus brazos detrás del cuello. No puedo ver a Tomás, pero me imagino su gesto de confusión, por lo que no puedo evitar sonreír.

—Hola, bombones. Me llamo María. —Observo como clava sus ojos negros sobre los míos.

A ver, para ser sincero la chica no está nada mal, pero no tengo ningún tipo de intención de quedarme aquí con ella ni medio segundo más. Giro la cabeza, observando a Tomás, antes de justificarme tontamente, dejándolo en sus garras.

Sé que igual la idea no es la más brillante que he tenido en toda mi vida, pero sé que necesita ganar confianza y supongo que esta es una buena forma de hacerlo... o más bien la única que se me ocurre.

Me adentro un poco más en aquel pub. Como ya he dicho, no tiene un gran tamaño, pero la multitud de gente no permiten atravesarlo en un abrir y cerrar de ojos.

Me fijo en que la mayor parte se agolpa junto a la barra y en las pocas mesas que hay alrededor. Puede que sea por la hora —que todavía es temprano o que, por lo mismo, todavía no están tan borrachos como para salir a bailar—, pero la pista está desierta.

La música de *Sofía* de Álvaro Soler resuena por todo el local. Exhalo de nuevo todo el aire que llevo acumulado en mi interior antes de llevar la copa a mis labios y darle un pequeño trago. Cuando siento el ardor de la ginebra por mi garganta me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo sin beber, y que no hay duda de que esta no es la mejor noche para hacerlo.

Sin saber por qué mis ojos se posan en la curvatura perfecta de una silueta ataviada con un vestido blanco. La observo de arriba abajo como no lo había hecho con ninguna otra, y no es hasta que se gira cuando me doy cuenta de quién es.

Siento una fuerte punzada en el estómago, un cosquilleo por todo el cuerpo, aunque lo achaco a ese líquido intragable que tengo entre las manos. Sin dudarle dos veces le doy un fuerte y último trago antes de dejarlo sobre una de las mesas y comienzo a acercarme a ella.

No sé ni por qué lo hago, pero no lo dudo. Me aproximo a ella lo más rápido que los pies me lo permiten, sobre todo al percatarme de que tiene más de un par de ojos observando su leve, pero sexi, movimiento de caderas.

Le agarro la cintura con cuidado. Sé que es muy posible que se gire y me dé un guantazo, pero el rostro compungido del idiota que tenía pensado acercarse a ella compensa hasta el riesgo.

—Me gustas más un día normal —murmuro, intentando sonar seductor— con tu pelo recogido y sin maquillar. —No sé ni de donde me salen las palabras, ni tampoco sé si lo digo en serio o solo por fastidiarla.

Está guapa, muy guapa, aunque no es ella. Está muy diferente a como suele verse todos los días. Siento como tiembla entre mis brazos y eso hace que una diminuta sonrisa cruce mi rostro.

—Y tú a mí con el pantalón del pijama y sin camiseta. —La sonrisa se hace mayor cuando la escucho.

Siento un fuerte hormigueo por todo el cuerpo, pero creo que consigo ocultarlo con facilidad, o al menos lo intento con todas mis fuerzas.

—Por fin lo admites —pronunció lo más cerca de ella que puedo con la única intención de provocarla. Me encanta cabrearla, sacarla de sus casillas. Presiono un labio contra el otro—. ¿Te has puesto así de guapa para mí?

Suelta una pequeña carcajada al escucharme antes de girarse y encararme, pero al hacerlo puedo observar en primera plana sus labios: esos labios que me quitan la respiración aunque no consiga descifrar el porqué. En esa ocasión los lleva decorados con un pequeño brillo labial que los hace todavía más apetecibles, si eso es posible.

No puedo evitar observarlos con más bien poco disimulo. Me da igual que se dé cuenta. Por un extraño motivo quiero romper esa pequeña distancia que hay entre nosotros en ese momento y besarla. Besarla como llevo deseando hacerlo desde el primer día en que vi. Y sí, lo reconozco: me muero por probar sus labios. Me gusta de una forma que jamás sabría explicar con palabras.

Pero sé que no debo, sé de sobra que no estaría reaccionando de esta forma si la maldita ginebra no estuviera recorriéndome por dentro. Tengo que parecer un exagerado, pero igual me quedo corto si digo que llevaba más de un año sin probar nada de alcohol.

Por primera vez me concedo el placer de observar sus ojos y, cuando me doy cuenta de que también están puestos en mis labios, no puedo más que esbozar una sonrisa.

—Supongo que eso es un sí, ¿verdad? —Se separa de mí con brusquedad.

¿Por qué me gusta tanto cabrearla? ¿Por qué me gusta sentirla así conmigo? Observo como entreabre los labios para contestar, pero antes de que lo haga Gema aparece a su lado.

—¡Qué casualidad! —Se acerca con rapidez a mí, dándome dos besos—. ¿Has venido solo?

Bingo, esta es mi oportunidad. Me giro hacia atrás, buscando a Tomás con la mirada y, cuando lo encuentro, le hago un gesto para que se acerque. Pero cuando lo hace me doy cuenta de que ya estoy solo, y al apreciar las pintas de Tomás casi lo agradezco.

—No es lo que parece, Daniel, pero esa tía está loca. ¿Por qué me dejaste con ella?

Me encojo de hombros como respuesta. Al momento le señalo con la cabeza la mesa donde se habían acomodado ambas chicas y escucho como suelta un fuerte resoplido. Comienza a vestirse bien a toda velocidad y, tan pronto termina, se coloca el pelo lo mejor que puede.

—Necesito otra copa. —Y, diciendo esto, se acerca a la barra pidiendo de nuevo una copa para cada uno, aunque yo tengo claro que no debo beber más en toda la noche.

No sé ni cómo me doy cuenta de una pequeña vibración en mi bolsillo derecho, pero me apresuro a buscar el móvil a toda velocidad, y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa cuando leo el mensaje.

«Me muero de ganas de conocerte por fin»

¿Yo tengo ganas de conocerla? ¡Por supuesto que sí! ¿Entonces por qué estuve a punto de besar a Elisa? Me quedo paralizado, con el móvil en la mano y el mensaje a la vista de cualquiera. Noto como se acerca Tomás por detrás y me ofrece una de las dos copas.

—¿Qué te preocupa? —Claramente leyó el mensaje. No lo culpo, no me había molestado demasiado en ocultarlo.

Suspiro antes de encogerme de hombros.

—Que me haya mentado, supongo.

Me preocupa que sea un hombre, o que tenga más años que Matusalén. Aunque suene fuerte sí, me preocupa eso; y a la vez me preocupa mi extraña obsesión por Elisa y, sobre todo, por sus labios.

A pesar de todo comienzo a escribir lo más rápido que puedo un nuevo mensaje.

«En poco más de una hora, princesa»

Solo falta una hora, poco más de una hora y saldré de dudas. Intento esbozar una amplia sonrisa para relajar un poco los ánimos, sobre todo los de Tomás —que está que se sube por las paredes a causa de los nervios—, y le hago un gesto con la cabeza.

Cuando llegamos a la mesa que comparten las chicas me apresuro a sentarme junto a Elisa, más que nada porque, conociendo las dudas de Tomás, estoy seguro de que se separará de Gema todo lo que pueda.

Veo como me mira de mala gana para después ocupar su sitio a su lado. Pero poco dura ya que, al comienzo de una canción que no conozco de nada, Gema se levanta como si tuviera un resorte en el trasero, invitándome a bailar *ipso facto*. Suelto una pequeña risa a la vez que niego y le hago un gesto con la cabeza a Tomás. Es su oportunidad. Tuerce los labios pero, finalmente —y de mala gana— me hace caso.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de la situación. Me giro hacia el lado izquierdo y la veo allí, a ella, a Elisa pegada a la pared con las piernas cruzadas y la mirada perdida en la pista. No sé qué debo hacer, si huir de ahí o enfrentar las cosas.

Presiono los labios. A veces me siento como un crío. Tengo que aprender a mirar a los problemas de frente. Esa estúpida manía por cabrearla tiene que cesar, sobre todo si tengo pensado compartir piso y trabajo con ella.

—¿Tú no quieres bailar? —pregunto, con la única intención de comenzar un tema de conversación.

Está claro que si quisiera ya se habría ido. Observo como sigue con la mirada perdida y pienso en volver a repetirle la pregunta cuando, de repente, se gira hacia mí.

—No me gusta Bisbal.

No sé cuál es el motivo, si es alcohol o tal vez que no puedo comportarme como un adulto estando con ella. La observo a la vez que ladeo una sonrisa.

—Vaya, pero si está buenísimo. —Veo como me observa con el ceño fruncido, confundida.

—Tú también lo estás y no me gustas.

Siento una fuerte punzada dentro de mí cuando escucho esto, aunque no me impresiona. Lo cierto es que creo que quiere ponerme de los nervios, cabrearme, igual que me pasa a mí en cada maldito momento que compartimos.

En consecuencia decido seguir con ese estúpido juego y me acerco a ella, dejándola acorralada entre mi cuerpo y la pared.

—Yo creo que sí te gusto, Elisa. —Siento como se tensa, y eso solo provoca que continúe con más seguridad—. Sólo necesito ver cómo me miras, como te comportas cuando estoy cerca de ti, ¿por qué no lo admites? —expongo en un pequeño susurro.

Se estremece y eso hace que mi sonrisa se ensanche. Se gira hacia mí. Sé que tengo la situación bajo control. Sé que va a confesarlo.

—¿Y por qué no lo admites tú? —me dice en cambio, observándome con un brillo especial en la mirada—. Está claro que no paras de intentar provocarme. ¿Me vas a decir por qué lo haces?

Me paso la lengua por el labio inferior intentando buscar una buena respuesta a su pregunta, simplemente me gusta provocarla. Eso es todo.

—No sé qué cojones te pasa conmigo, no paras de intentar tocarme las narices —dice, elevando la voz, aunque todavía muy cerca de mí. Veo como presiona un labio contra el otro, con impotencia, y yo no puedo más que prestar atención a cada detalle con detenimiento—. Es que o me odias o...

Me quedo observándola en silencio. Sé que dice algo más porque veo como sus labios se mueven, formando palabras, pero no soy capaz de escucharla. Me quedo bobo observándola como nunca antes me había pasado. Clavo la mirada en sus labios sin descanso. Supongo que se da cuenta, ya que cesa en su intento de que la escuche, y ahora solo permanece ahí, paralizada.

¿Desde cuándo me pasa esto? No lo sé, pero tampoco tengo pensado quedarme esperando a que alguien me dé la respuesta. Elisa me gusta, no entiendo por qué le doy tantas vueltas a un tema que está tan claro. Y, lo reconozca o no, estoy bastante seguro de que es recíproco.

Elevo la vista y no tardo en localizar sus ojos, que juegan también con mis labios. Con temor, pero decidido a terminar con esta situación de una vez por todas, acerco mi mano a su rostro. No pone impedimento, lo que me da más confianza. Suspiro, decidido por fin a dar el paso definitivo. Siento que, por primera vez en mucho tiempo, estoy siendo totalmente sincero conmigo mismo.

# ¿Así funciona este juego?

*ELISA*

Me besa... ¡Daniel me está besando! Me quedo paralizada y, tras cruzárame algún cable suelto, le respondo al beso.

Aprisiono con fuerza una de mis manos contra su cintura, lo que hace que el contacto pase de ser un simple roce de labios, a algo mucho más profundo.

Siento millones de mariposas recorrerme de arriba abajo sin descanso. Tensa la mano con la que me tiene agarrado el rostro y no puedo evitar sentir un escalofrío por toda la columna vertebral. No sé qué me pasa, pero no quiero que este beso termine nunca.

Cuando la conciencia parece volver a mí corto la conexión entre nosotros con brusquedad, como si los cables que antes tenía sueltos hubieran encontrado a su alma gemela y ya pudiera volver a pensar con sensatez.

—¿Se puede saber que haces? —Observo su rostro y me llevo la mano derecha a los labios, como intentando borrar todo rastro de aquel beso que me volvió totalmente loca segundos antes.

—No parecías muy molesta tú tampoco, ¿eh? —me dice con el ceño fruncido.

Ese no es el punto.

—Eres un maldito crío, Daniel. Siempre tienes que ganar, ¿verdad? —Veo como se lleva las manos a la cabeza, alborotándose el pelo—. Pues que sepas que yo no soy un maldito trofeo.

Quiero salir de ahí, pero no puedo. Daniel me corta el paso. Escucho como suelta un pequeño resoplido a la vez que se tira hacia atrás.

—Te juro que cuando creo que te entiendo, me sorprendes con algo nuevo.

Pienso protestar, pero alguien se me adelanta. Una chica rubia —y bien mona, por cierto— se acerca y le dice algo a Daniel de forma muy melosa. Por supuesto él se levanta para seguir con ese maldito tonto. ¿Ahora la va a besar

a ella? ¿Así funciona este juego?

Genial, pues ahora me buscaré yo a otro para besuquearme con él hasta el amanecer. ¡O hasta que me dé la gana!

Me levanto, dando un leve traspié, y comienzo a caminar hacia la salida. Por el rabillo del ojo veo como Daniel se despide de la idiota rubita y sale corriendo detrás de mí, pero por algún motivo, mis pies, con tacones incluidos, apuran más que él. Cuando estoy fuera no puedo evitar retener una fuerte cantidad de aire, como si intentara llenar mis pulmones con el aire contaminado de la ciudad.

—P-perdón. —Escucho una voz detrás de mí. Me giro para comprobar quién es y a qué se refiere cuando, de un momento para otro, siento como algo me empapa la espalda. Maldita sea, ¿se puede tener más mala suerte?

Levanto la vista pero, para mi desgracia, la chica ya desapareció de mi campo de visión.

Maldita idiota, pienso, aunque no lo digo. Para qué, si la chica no podría escucharme. No serviría de nada.

Suelto un fuerte resoplido a la vez que comienzo a caminar hacia el lado contrario al que transita todo el mundo. Por suerte ese maldito local no está demasiado lejos del apartamento que, por desgracia, comparto con Daniel.

Daniel..., por el amor de Dios, parezco una cría con las hormonas revolucionadas. Lo único que necesito es darme una buena ducha para sacarme este insoportable olor a... ¿cerveza? Perfecto, ahora todo el mundo pensará que soy una alcohólica perdida.

—Oye, guapa, ¿necesitas que te lleve a algún lado?

Me giro hacia el destinatario de la voz. No creo que pueda tener mucho más de dieciséis años, o puede que sí, pero desde luego tiene un grave problema de crecimiento, sobre todo mental.

Tengo pensado responder algo, pero él no me permite hacerlo ya que, de un momento para otro, sale corriendo hacia el lado opuesto.

Tal vez tengo una mirada demasiado intimidatoria, pero ahora mismo me alegro. Lo último que quiero es meterme en una pelea tonta con unos idiotas adolescentes.

Al llegar al portal me doy cuenta de que, no sé cómo, pero he olvidado el bolso en algún lado. No puedo evitar sentirme fatal, no sé si a causa del alcohol o de lo tonta que me siento en este momento. Me dejo caer de espaldas, ocultando la cara con mis manos, como si así pudiera desaparecer del mundo, a la vez que mi rostro se comienza a llenar de lágrimas sin

respuesta.

No sabría decir cuánto tiempo pasa desde que me dejo caer en el frío suelo, hasta que siento una mano cálida sobre mi hombro, pero posiblemente más del que me gustaría—¿Se puede saber qué pasó?—Quito la protección de mi rostro y observo los ojos azules de Daniel antes de torcer el gesto, ¿no podría haber aparecido cualquier otra persona?

—¿Por qué hueles a cerveza? —pregunta con un gesto inocente en la mirada.

¡Vaya pregunta! Pues porque mi vestido tenía sed. Al parecer más que yo.

Maldigo entre dientes pero opto por no responder a su pregunta. Total para qué.

—Venga. Entra. Te vas a morir de frío. —Hasta ese momento no me había dado cuenta, pero la verdad es que estoy temblando. Está claro que es cosa del alcohol: o del que llevo ingerido yo, o del que se empeñó en beber mi vestido, qué más da.

Me apoyo contra la pared mientras esperamos que llegue el ascensor, siento como me observa, pero me avergüenza devolverle la mirada. Me parece más sencillo hacerme la loca mirando el infinito o, como estoy haciendo ahora, el asqueroso suelo —y digo asqueroso porque, literalmente, lo está—.

Un pequeño ruido me sobresalta y me meto dentro del aparato sin mirar atrás. Veo como pulsa la tecla indicada —aunque para ser sincera ni la diferencio—, y al momento vuelvo a sentir sus ojos sobre mí, pero me niego a devolverle el gesto.

No sé por qué me gusta tanto. No sé que tiene para atraerme de esa manera tan brutal. Yo no soy así. Si lo miro sé que vuelvo a caer como una estúpida colegiala en sus brazos. ¡Es lo que más deseo!

Sin pensarlo más elevo la mirada, pero por suerte él ya no parece observarme. Se limita a presionar un labio contra el otro, con gesto nervioso. Está inquieto, no soy la única que se encuentra entre la espada y la pared.

No puedo decir con exactitud el tiempo que tardamos en entrar en el apartamento, porque mi cálculo de tiempo en esta situación es básicamente malo.

—Elisa, yo... —Escucho como comienza, acercándose hacia mí a pasos lentos.

—No digas nada, Daniel. Todo esto ya lo sé —pronuncio a duras penas.

En ese momento noto como posa sus ojos sobre los míos. Tengo que decir que nunca, jamás, me había observado así. No puedo describir qué noto en

ellos, pero siento un brillo especial —mucho más que de costumbre— que me deja sin aliento.

—Vas a decir que fue un error, que no pensaste en las consecuencias y...

—¿Por qué no me dejas hablar a mí? —susurra, demasiado cerca de mis labios. Aunque no me molesta. ¿A quién pretendo engañar? Estoy encantada con ese acercamiento. Muevo la cabeza de arriba abajo sin pensar demasiado—. No me arrepiento de nada. Hace mucho que quería besarte.

Siento como me observa de nuevo con ese brillo desconocido para mí. Noto que sus ojos pasean por mis labios y un fuerte escalofrío me recorre de cabeza a pies.

—Esto no está bien —digo, interceptando sus intenciones. Escucho como chasquea la lengua y comienza a mover las manos de forma nerviosa.

—¿Por qué haces que todo sea tan complicado? —No puedo evitar abrir los ojos con asombro—. Esto es mucho más sencillo de lo que tú crees: te gusto, ya está. No hay más vueltas que darle. —Se lleva de nuevo una mano a la cabeza, alborotándose todavía más el pelo.

—¿Y yo a ti no, verdad? —pregunto, observándolo contrariada.

—Qué sí, joder. ¡Qué sí! —Se acaricia la nuca a la vez que presiona un labio contra el otro—. Pensé que eso ya había quedado claro desde el primer día.

—¡Venga ya! —Lo empujo despacio, recobrando de repente la cordura—. ¿Y tu novia? —Veo como tuerce el gesto, confundido—. La preciosa chica que te vino a buscar esta tarde a la redacción, ¿o me lo vas a negar?

De un momento para otro veo como comienza a reírse. ¿Se está riendo de mí?

—Es preciosa, es verdad —dice en un pequeño susurro—, pero es mi hermana y no tengo pensado tener ningún tipo de relación enfermiza con ella. —Suelta una fuerte carcajada.

¿Su hermana? No me lo creo, tiene que ser mentira. Aunque su rostro me dice lo contrario. Dios, me siento muy patética. Pienso en dejar la conversación ahí, pero otra idea cruza mi mente. Lanzo un fuerte suspiro.

—¿Y Tomás? ¿Te gusta Tomás? Porque según creo también...

—Dios, Elisa, deja de alejarme de ti de una maldita vez —protesta—. No me interesa Tomás, ni tampoco Gema, ni muchísimo menos Ricardo. ¿Es que estás ciega?

Siento como clava sus ojos en mis labios y un breve escalofrío me recorre de cabeza a pies. ¿Todo esto puede ser cierto o estaré viviendo un estúpido

sueño? «Despierta, Elisa, despierta de una puñetera vez» pienso, a la vez que me doy pequeños pellizcos en la pierna. Parece ser que no: esto no es un sueño.

Noto como se acerca a mí y por un momento pienso en alejarlo, pero no quiero. No quiero que se separe de mí. Permanezco paralizada en la misma posición sin saber ni qué hacer, ni qué decir.

Creo que va a besarme de nuevo. Siento como me tiemblan los labios, y sé que lo nota porque esboza una amplia sonrisa. Pero al contrario de lo que pienso —y quiero, para qué engañarme— se queda así, observándome y acariciando mi mejilla de una forma que solo provoca que una fuerte electricidad me recorra entera.

—Fui un idiota desde el principio —me dice, muy cerca de mis labios—. Nunca fui justo contigo.

Me muerdo con persistencia el labio inferior, como si de esa forma las palabras pudieran surgir de mis labios. No sé qué decir, ni tampoco cómo reaccionar.

—Por una vez en la que tienes razón no te la pienso quitar —digo, bajando la cabeza. Escucho como suelta una pequeña risa.

—Eres tan hermosa —susurra de un modo que consigue ponerme todos los pelos de punta.

Siento un fuerte escalofrío por todo el cuerpo. Tal vez sea la primera vez que alguien me hace sentir así: como una princesa de cuento, algo en lo que hace mucho que no creo.

De un momento a otro vuelve a aprisionar sus labios sobre los míos con mucho cariño, como si estuviera intentando saborear el momento, como si pudiera terminarse en un abrir y cerrar de ojos.

Poco a poco siento como su brazo me recorre la cintura y me presiona contra él en un cálido abrazo y es ahí, en ese instante, cuando pierdo la cordura. Siento que estoy flotando en alguna galaxia muy lejana. Lo último que quiero es aterrizar.

Sé que el corazón se me va a salir del pecho de un momento para otro. O tal vez es el suyo. O los dos. Yo que sé, solo sé que lo siento, lo siento latir a una velocidad descontrolada.

Poco a poco noto como el beso se va haciendo más lento y, de un momento para otro, sus labios se separan de los míos. No puedo evitar soltar un breve quejido. Veo como sonrío, lo que me hace temblar por dentro de nuevo y me obliga a querer acortar la distancia otra vez.

# ¿Realmente puede ser ella?

*DANIEL*

Un pequeño hilo de luz provoca que comience a abrir los ojos. Me estiro hacia atrás, olvidándome por completo de la figura que tengo durmiendo a mi lado. Esbozo una amplia sonrisa al apreciar su pelo castaño extendido por toda mi almohada y su gesto sereno respirando con tranquilidad.

¿De verdad Elisa puede ser ella? No puedo evitar esbozar una sonrisa de idiota, de lo que soy. Pensaba que mi obsesión por Elisa no era normal, y con un cacao de emociones que ni yo mismo podía definir. Quién me iba a decir que todos esos locos sentimientos se concentraban en una sola persona. Elisa. ¿Cómo pude no haberme dado cuenta antes?

Vuelvo a dirigir la mirada hacia ella. Tan tranquila, respirando de forma suave y relajada, parece un ángel. No puedo evitar acercar mi mano derecha a su rostro y apartarle un pequeño mechón de pelo que impide que la pueda observar en su plenitud.

Todavía tiene el pelo liso, liso como no se lo había visto jamás, aunque tampoco es que haya tenido mucha oportunidad. Prácticamente es una desconocida para mí.

¿De verdad es posible enamorarse de una persona en tan poco tiempo?

Una pequeña vibración me saca de mis pensamientos y, de nuevo, esa sonrisa se vuelve a depositar en mis labios. Por primera vez sé que no puede ser ella, porque la tengo al lado, durmiendo como una princesa. Como lo que es.

Me siento como un idiota. Nunca jamás me había sentido así, tan bien, tan cómodo. Y tampoco nunca me había llegado a imaginar a una Elisa tan tranquila, durmiendo entre mis brazos.

El móvil continúa vibrando por lo que, me guste o no, me veo en la obligación de estirar el brazo lo más despacio que puedo. Lo último que

quiero es despertarla. Son tres mensajes con un único remitente: Flor. Al momento me viene a la mente la conversación que tuvimos en la cafetería. Lo más seguro es que solo quiera cotillear, saber qué tal me fue con mi desconocida periodista —no tan desconocida como yo creía—; pero definitivamente no es eso.

No puedo evitar sentir un fuerte dolor en el corazón, tan fuerte como no lo había sentido jamás, y me levanto con rapidez de la cama sin tener ningún tipo de cuidado. No tengo ni idea de si la he despertado, pero no vuelvo mi vista atrás.

Me agacho para recoger la ropa de la noche anterior y ponérmela. Sé que tiene que apestar a alcohol y también a humo, y a quién sabe cuántas cosas más, pero me da igual. Salgo de la habitación a toda prisa, peinándome con ambas manos, y abandono el apartamento.

En el mensaje mi hermana me adjunta la dirección de un hospital así que me apresuro a llegar lo más rápido que las piernas me lo permiten a la parada de taxis, y le doy la dirección. Resoplo a la vez que entro y salgo de la conversación del Whatsapp una y otra vez. Mi hermana no me vuelve a contestar, y yo no tengo ni idea de lo que pudo pasar en realidad. Tan pronto llegamos —más tarde que pronto, a decir verdad, ya que el viaje se me hace eterno—, le ofrezco un billete al taxista y, sin esperar el cambio, salgo a toda velocidad.

Por suerte no tardo en encontrar a mi hermana. Está sentada en la sala de espera de urgencias, con las piernas cruzadas y la mirada perdida en algún punto del suelo. Me acerco a ella con rapidez.

—¿Qué pasó? —Observo cómo tiene los ojos llorosos y levanta la vista al escucharme.

—Se pondrá bien —me tranquiliza. Escucho como se sorbe la nariz a la vez que una lágrima comienza a brotar de sus ojos azules.

—Joder, Flor, ya no tengo cinco años, ¿sabes? Ya no soy ese niño al que le tienes que mentir —expongo, llevándome ambas manos a la cabeza—. Quiero saber qué cojones está pasando aquí. —Veo como se muerde el labio inferior, dubitativa—. ¿No se va a recuperar, verdad?

Presiona un labio contra el otro. No soy médico, ni tampoco tengo idea alguna de medicina, pero desde el momento en que mi hermana me había pedido que regresara a Madrid me temí lo peor.

—Le han estado dando una medicación, pero saben que eso no es suficiente —reconoce. Por su gesto sé que es la primera vez que lo pronuncia

en voz alta. Suelto un fuerte resoplido a la vez que me llevo las manos a la cabeza. Siento como me comienza a temblar el labio inferior. En el fondo tenía la tonta esperanza de que todo tendría solución, maldita sea—. Tendrían que operarla.

—¿Y por qué no lo hacen? —Flor eleva la vista, depositando sus ojos azules en los míos. Nunca los había visto tan tristes.

—Lleva dos años en lista de espera. —Baja de nuevo la mirada, como si de ese modo el dolor pudiera menguar. Ojalá—, pero el médico dice que su corazón no puede esperar más, Daniel, que no va a soportarlo más... —susurra justo antes de romper en llanto. Suelto una fuerte bocanada de aire.

—¡Joder! —maldigo por lo bajo. Mi hermana continúa con la mirada perdida en el suelo—. ¿Y por lo privado? —Niega con la cabeza, despacio.

—Lo hemos mirado mil veces ya, Daniel, es imposible. La operación es carísima. —Me llevo las manos al cuello, presionándolo con fuerza—. Peter está intentando cerrar un acuerdo por el que recibirá bastante dinero, pero va para largo, y yo casi ni puedo trabajar por el embarazo. Es una mierda todo. —Me observa con los ojos cargados de dolor, de tantos sentimientos que jamás podría descifrar.

—¿Por qué no me habías dicho todo esto antes? —Veo como se encoge de hombros a la vez que una nueva lágrima recorre su rostro. Me siento a su lado, agarrándola con cuidado por la barbilla con una de mis manos—. Flor, escúchame. No voy a permitir que a mamá le pase nada, ¿entiendes? —Eleva la vista hacia mí, ladeando una pequeña sonrisa llena de dolor.

—No puedes hacer nada. Ya se intentó hacer de todo.

—De todo no. —Bajo la mirada, soltando un fuerte resoplido—. Escúchame, Flor. Estos años he estado trabajando en el *Current Importance*. —Veo como asiente con la cabeza, confundida.

—Sí, de becario. —Niego a la vez que le pido con la mano que me deje hablar.

—De becario trabajé un tiempo, pero después me contrataron como periodista, y no me fue mal del todo, la verdad. —Me muerdo el labio inferior. Nunca había querido contarles nada y realmente me preocupa que mi hermana me odie por ello—. ¿Sabes que Peter muchas veces hablaba de un tal Edward Parker? —Veo como se encoje de hombros.

—Decía que era un imbécil que ni se dignaba en acudir a recoger los premios que le otorgaban los críticos. —Tuerce los labios—. Pero también decía que era muy bueno.

Peter es uno de los socios capitalistas en una de las mayores imprentas de Londres, y sin duda es un empresario muy prestigioso, tanto que, en multitud de ocasiones, le piden que otorgue alguno de los premios literarios anuales. En más de una ocasión tuvo que otorgármelo a mí y llegó echando pestes sobre el triple C, como él me conocía, «Capullo, ceporro y cretino». Porque sí, puede que Peter no tenga un amplio conocimiento del español en líneas generales, pero para estas ocasiones se supera.

Recuerdo como siempre me preguntaba por él, si lo conocía o si sabía quién era ese idiota que los consideraba escoria.

«Yo que sé, Peter, hay tantos idiotas en la redacción» era mi respuesta habitual. Tengo que decir que disfrutaba muchísimo con sus comentarios y preguntas desesperadas.

—Pues ese imbécil soy yo, Flor. —Veo como abre los ojos con incredulidad—. Si no acudía a recoger los premios es porque realmente no quería ser famoso, quería seguir siendo yo, sin más.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Presiono un labio contra el otro, con fuerza—. Joder, Daniel. Soy tu hermana y no sé nada de tu vida.

—Ahora lo importante es que gracias a esos malditos premios y muchas otras cosas puedo pagar la operación de mamá. —Escucho como suelta un fuerte resoplido—. Entre lo que vosotros podáis aportar y lo mío seguro que nos da para la operación.

—¿Estás seguro de que quieres gastarte todo el dinero que te ganaste en...?

—¿Estás de broma?! Joder, Flor, también es mi madre, ¿sabes? Y haría lo mismo por ti, o por papá, o por cualquiera. ¡Joder! —Me llevo las manos a la cabeza con frustración—. Puedo entender que estés cabreada conmigo, yo también lo estaría, pero mamá... mamá es lo más importante ahora.

Veo como asiente con la cabeza y dibuja una discreta sonrisa en los labios. Sé que no se va a quedar contenta, que me espera una buena bronca por no haber confiado en ella a tiempo, pero ahora mismo eso me da igual.

# ¿CÓMO PUDE OLVIDARME DE ÉL?

*ELISA*

Emprendo camino a la redacción lo más rápido que puedo, como cada mañana. Lanzo pequeños resoplidos a la vez que fijo la vista en Gema, que me espera delante de la puerta, como lleva haciendo estos dos últimos años. Es ya todo un ritual. Al acercarme veo como tiene una sonrisa depositada en el rostro. ¿De verdad voy a ser la única destrozada? ¿De qué pasta está hecha?

—Desembucha, cara de hucha —me dice con una radiante sonrisa en los labios—. ¿Qué tal es? —Me llevo la mano a la cabeza, creo que nunca me había dolido tanto.

—Buenos días —respondo de mala gana, entrando en la redacción. Observo por el rabillo del ojo como sigue mis pasos—. Y no sé de qué hablas, Gema. Tengo un dolor de cabeza horroroso.

—Pues que yo sepa tampoco bebiste tanto. —Se encoje de hombros después de decir esto. No recuerdo con exactitud cuánto bebí, solo sé que con tan solo el recuerdo me entran ganas de vomitar. Intento borrar la imagen de mi mente—. ¿Está bueno?

—Si te refieres al alcohol: no. Tengo que dejar de beber. Ni siquiera sé cuando empecé a hacerlo.

Me acerco a mi mesa, y con pocas ganas me dejo caer sobre la silla.

—¿Pero qué dices, loca? Hablo del periodista. De tu Edward.

Al momento siento como si un cubo enorme de agua congelada se me cayera por encima. Por todos los dioses, ¿cómo pude haberme olvidado de él? Me llevo las manos a la cabeza a la vez que comienzo a dar vueltas como una tonta de un lado para otro. Veamos, hay dos posibilidades: a) que directamente no haya aparecido por ahí y que, en consecuencia, él se haya enfadado conmigo; o b) que con unas cuantas copas encima me acercara a él y le vomitara en los zapatos y que, por supuesto, él se haya molestado conmigo.

¡Dios! Tierra, trágame. Cada una de las opciones es peor que la anterior.

—¿Te dejó tirada? —pregunta, mirándome con preocupación.

—Creo que lo dejé tirado yo a él —admito. Rebusco con rapidez mi teléfono móvil dentro del bolso ante la mirada atenta y confundida de Gema y, para mi sorpresa, observo que no tengo ningún mensaje nuevo. Siento una fuerte presión en el estómago.

Entro en el Whatsapp y me sorprendo al darme cuenta de que tengo un mensaje suyo, supuestamente enviado ayer por la noche, unos diez minutos antes de la cita. Lo más extraño de todo no es el mensaje en sí, sino que está leído a pesar de que yo estoy casi segura de no haberlo hecho.

Aunque yo que sé, con el alcohol que llevaba encima igual ni lo recuerdo.

«¿Nos podemos ver mejor otro día?»

Y eso es todo, ni un solo mensaje más. Nada de nada.

—¿Qué es lo que está pasando, Elisa?

Me encojo de hombros ante la pregunta de Gema. No tengo ni idea, ni la más remota idea. Se supone que no lo vi, y doy gracias al cielo de que no me viera en esas circunstancias, pero entonces, ¿cuándo había leído ese mensaje?

—Mierda —mascullo entre dientes—. Ya lo entiendo todo. Ayer me olvidé el bolso en el pub, y hoy por la mañana, de forma milagrosa, estaba en casa, así que deduzco que Daniel me lo recogió. —Observo como Gema me mira sin entender ni una sola palabra de lo que le digo—. ¡El muy hijo de puta leyó el mensaje! ¡Sabe lo de Edward!

—¿Cómo iba a leer tus mensajes? —Suelta una pequeña carcajada—. Eso sería invadir tu intimidad, Elisa. Yo lo habría hecho, sí, pero él es diferente.

—Estamos hablando del mismo tío que se duchó con mi gel, utilizó mi champú y, cuando terminó, se tapó sus partes con mi toalla rosa favorita. —La observo con un hilo de superioridad en los ojos. Sé que tengo razón, y esta vez, sin que sirva de precedente, me jode.

—Vale, supongamos que tienes razón, ¿qué más da eso? —Veo como tuerce los labios, quitándole importancia.

—No lo entiendes, Gema. Ayer por la noche pasó algo entre nosotros. —Me tiro en la silla con gesto cansado. Ya no sé si reír o llorar—. Esta mañana me desperté en la cama de Daniel. —Gema abre los ojos, totalmente asombrada.

—¡No me lo puedo creer! —dice elevando más la voz de lo que me gustaría—. ¿Os habéis acostado? —Le hago un gesto con las manos para que baje la voz pero, en lugar de hacerme caso, suelta una fuerte carcajada.

—Pues yo creo que no, pero no lo sé. Espero que no. —Oculto la cara entre mis manos, muerta de la vergüenza—. Lo espero por mí pero, sobre todo, lo espero por él. Porque si sabía lo de Edward y...

—Igual era lo que necesitaba para lanzarse. —Aparto las manos y la miro con el ceño fruncido—. Sí, quiero decir: pensar que tienes a otro, que no estás libre. Yo que sé, los tíos son muy complicados. Luego hablan de nosotras. —Chasqueo la lengua disconforme, no sé si con las palabras de Gema o con la vida en general.

Observo el móvil durante unos segundos sin saber qué decir, hacer o cómo actuar. Tal vez debería de escribirle un mensaje disculpándome por no haberle dicho nada, o quizá...

—¿Crees en el destino? —pregunta Gema. Al momento comienzo a negar con la cabeza, aunque sin hacerle caso alguno a sus palabras—. Tal vez no era vuestro día para conoceros, eso es todo. O tal vez gracias a eso descubriste a tu verdadero amor. —Dibuja una mueca soñadora en el rostro y siento ganas de tirarle el móvil a la cara.

Suspiro derrotada. ¿Qué debo de hacer ahora? La he cagado pero bien. No tiene sentido alguno. Llevo meses obsesionada con él, y cuando al fin tengo la oportunidad de conocerlo... ¿lo tiro todo al retrete? Esta no soy yo. No sé en quién me he convertido, pero no me gusta en absoluto.

«Claro. Cuando tú quieras»

Envío. No le doy vueltas al tema. No quiero pensar en si Daniel lo leyó, o si él me vio y se decepcionó. No quiero saber nada de nada.

Siento ganas de abofetearme, si es que lo peor de todo es que Daniel está desaparecido por completo de la faz de la tierra. Al despertarme me encontré sola, ¿y ahora? Ahora no está tampoco por ningún lado.

Noto un fuerte escalofrío por toda la espina dorsal cuando escucho como se abre la puerta de la redacción. Pero mis ilusiones caen en picado cuando veo a Tomás, el chico majo, callado —y al parecer, ahora nuevo amigo de Daniel—, entrar por la puerta. No puedo evitar soltar un fuerte suspiro que creo que llega a oídos de todos los presentes que, por otro lado, no son

muchos.

—Buenos días. —Escucho como un pequeño hilo de voz. Observo como Gema clava sus ojos en el chico a la vez que esboza una pequeña sonrisa, y eso me pone repentinamente en alerta.

Supongo que ya lo habré dicho más veces pero Gema, jamás de los jamases, desde que la conozco, había sido simpática con Tomás. Veo como el chico baja la mirada azorado, a la vez que comienza a acercarse a su sitio lo más rápido que puede. Fijo los ojos en Gema quien, para mi sorpresa, solo se limita a hacer un gesto con los labios.

—Creo que lo juzgué demasiado pronto —me dice en cambio—. No es mal chico, y la verdad es que sabe divertirse. —Se encoge de nuevo de hombros al decir esto.

No me lo puedo creer... ¡se liaron! Me río sin poder evitarlo, y ni siquiera sé por qué lo hago.

—Eres incorregible —mascullo.

Sonríe y asiente orgullosa. ¡Qué mujer!

Al momento una pequeña vibración provoca que me olvide de Gema y su nuevo interés amoroso por Tomás, y centre mi atención en el aparato que tengo sobre la mesa. Lo observo durante escasos segundos, sin atreverme a desbloquearlo ni a comprobar quién es el destinatario del mensaje.

Suelto una fuerte bocanada de aire y, sin dudar más, lo compruebo. En efecto, se tratan de dos mensajes, y ambos tienen el mismo remitente: Edward.

Siento como el corazón se me paraliza y los nervios se adueñan de nuevo de mi estómago. No quiero leerlos, o tal vez sí. Respiro un par de veces antes de apresurarme a abrir su conversación.

«Tal vez deberíamos de posponerlo para cuando tú seas la famosa y yo tenga que ir detrás de ti. Supongo que no estaba para nosotros»

Trago saliva, intentando centrar las ideas. Siento como los ojos se me llenan de diminutas lágrimas que me impiden seguir leyendo. Los cierro repetidas veces antes de volver a poner la vista en la pantalla.

«Espero que te vaya todo bien»

Quiero gritar, gritar hasta quedarme afónica, pero por otro lado creo que tiene razón. No sé en qué momento comencé a llorar pero cuando siento los brazos de Gema alrededor de mi cuello comienzo a desahogarme con fuerza. Como si necesitara de su apoyo para poder relajarme y llorar a gusto.

No soy capaz ni de reaccionar. Siento como Gema me quita el móvil para leer el mensaje y no le pongo impedimento alguno.

—Joder, no me lo esperaba... —dice, entregándome de nuevo el aparato—. ¿Sabes qué creo? Que el tío tenía muchos más años de los que te dijo, o que tal vez es más feo que Steve Urkel, te vio y se acojonó... Es que si tú un día normal ya eres preciosa, ¡ayer es que estabas toda cañón!

Sé que lo dice por animarme así que me limito a hacer un amago de sonrisa que se queda en eso, en un simple intento.

—Además ahora ya tienes a Daniel, ¿no? —Chasqueo la lengua ante la mención del chico. Ya casi me había olvidado de su existencia en este puñetero planeta.

—Ni me lo menciones, Gema, ni me lo menciones. —Endurezco el gesto—. No tengo ni idea de qué cojones pretende, pero no sé nada de él. Desapareció del mundo, al parecer.

—Igual le pasó algo, tú también eres muy de pensar mal de todos... —Veo como se acerca a su mesa y coge su teléfono móvil en la mano, buscando algo en él. Al momento parece que la mirada se le descompone y, cuando entreabro los labios para preguntar, veo como se acerca de nuevo a mí y me quita el móvil de un plumazo.

—¿Ocurre algo? —Dibuja una mueca un tanto extraña en el rostro que supongo que es un amago de sonrisa, aunque no se acerca demasiado a serlo.

—¿Nunca te has parado a pensar que igual Edward es alguien conocido?

# La cabeza hueca aquí soy yo

*DANIEL*

Llego tarde, llego claramente muy tarde. Comienzo a agilizar el paso todo lo que puedo hasta que llego a la puerta. Suelto un fuerte suspiro antes de abrirla para encontrarme con la perpetua sonrisa de Paloma, a quien se la devuelvo lo más sincero que puedo, aunque en el fondo no tengo ganas ningunas de sonreír.

Tan pronto entro me encuentro con la imagen desolada de Elisa, que mira un tanto interrogante a Gema, y es en ese momento cuando lo recuerdo: el mensaje. Sé que lo leyó y también sé que no me había querido responder. En el fondo no la puedo culpar.

Me apresuro a dirigirme a mi mesa lo más rápido que puedo. Me encantaría hablar con ella, pero sé de sobra que no es el momento. Me llevo la mano derecha a la cabeza, con las prisas había olvidado hasta peinarme. Estoy dispuesto a desaparecer dentro de la puerta del baño cuando siento una mano agarrándome con fuerza el brazo.

—¿Eres Edward, verdad? —La miro extrañado, con los ojos desorbitados.

—¿Cómo? —No sé ni de dónde me salen las palabras—. Lo siento, Gema, creo que te has confundido. Yo no tengo ni idea de quién..

—No me mientas, no me costó demasiado averiguarlo. —Veo como saca su teléfono del bolsillo y busca algo en él—. Elisa me enseñó el mensaje que le envió el tal Edward ese, y la verdad me pasó todo bastante desapercibido. Sobre todo porque estaba preocupada por mi amiga y por la tristeza que la inundaba en ese momento.

Suelto un resoplido a la vez que me llevo una mano a la cabeza. Sé que es inevitable que Elisa sufra con todo esto, pero joder, me duele saber que le hice daño.

—Pero cuando hablamos de ti, de que no habías llegado y me dispuse a

enviarte un mensaje... Me di cuenta de todo. —Me muestra su móvil y puedo ver, en él, mi perfil de Whatsapp abierto—. La foto del perro jugando con la pelota, el estado tan simpático que tienes y, por si eso no fuera poco, tu número de teléfono.

Me llevo la mano a los labios, jamás pensé en Gema y en que ella pudiera darse cuenta de la verdad.

—¿Ella lo sabe? —Veo como se gira hacia atrás, observando la figura de Elisa, que parece entretenida buscando algo en unos papeles que tiene sobre su mesa.

—Estuve a punto de decírselo, llegaste en el momento justo. —Resoplo con alivio. Lo último que quiero es que ella se entere de todo. No ahora, no así.

—Te juro que yo no lo sabía, me enteré ayer. —Me mira con gesto severo. Presiono un labio contra el otro como para coger fuerzas y continuar—. Ayer después de que Tomás y tú os largarais hacia la pista —comienzo, bajando todo lo que puedo la voz—, Elisa y yo tuvimos un... bueno, digamos que un problemilla. —No estoy seguro de lo que ella le habrá contado, así que omito todo tipo de detalles—. Ella se enfadó y se escapó corriendo, dejando el bolso atrás, sobre el sofá.

Me muerdo la parte interior del labio, con nerviosismo. Veo como ella me mira interrogante. Ya me siento yo bastante mal como para que aún encima Gema me observe de ese modo: como si fuera el único culpable de todo.

—Obviamente no iba a dejar que se fuera sola, así que salí tras ella pero, por el camino, me acordé de la cita y me dispuse a enviarle un mensaje. Para mi sorpresa, sonó dentro del bolso de Elisa. —Gema niega con la cabeza, como reprochándome que lo hubiera leído. Entiendo que tiene que proteger a su amiga, pero sé que ella habría hecho lo mismo. Cualquiera en mi situación—. Igual no fue lo correcto pero, ¿qué iba a hacer? Empecé a dudar. Las piezas me empezaron a cuadrar y...

Lanzo un fuerte suspiro. No creo que sea necesario continuar relatando aspectos de mi vida con alguien con quien no tengo trato alguno, pero Gema continúa observándome impaciente.

—No me juzgues, por favor —le ruego—: En ese momento lo vi, vi que era ella la chica con la que me mensajaba. La que me quitaba la razón. La chica de la que me había empezado a enamorar como un puto adolescente. —Me llevo las manos a la cabeza, alborotándome el pelo con más bien poca cautela. Veo como la expresión de Gema se va suavizando a cada paso un

poco más.

—Ella también se merece saberlo —dice con voz apagada. Niego con la cabeza desesperado.

Sé que tiene razón, que Elisa merece saber la verdad igual que lo sé yo, pero me niego a que eso ocurra.

—Ella me odia. No quiero que odie también a Edward —admito. Es en lo único que había pensado durante todo el rato.

—Eso es una puta gilipollez, Daniel. Elisa no te odia. Se limita a negarse los sentimientos al igual que hacías tú. —Tuerzo los labios ante esas palabras, ¿y si tiene razón?

—De todas formas, si Elisa y yo... bueno, ya sabes, prefiero que sea por mí, y no por lo mucho que admira a Edward. —Asiente, esta vez parece estar de acuerdo conmigo.

—Te entiendo, pero deberías de ser sincero con ella... La cabeza hueca aquí soy yo, te lo recuerdo. No me quites el puesto.

Me guiña un ojo de forma cómica, lo que me hace reír por primera vez en todo el día. Pienso que se va a ir, pero para mi sorpresa permanece paralizada en el mismo lugar. Observa algo y sonrío.

—¿Sabes qué ayer me lié con Tomás? —confiesa entre risas.

Me giro hacia mi compañero, que parece demasiado entretenido metido dentro de su ordenador. Se coloca las gafas y suelta pequeñas maldiciones.

—No tengo ni idea de cómo pasó, pero ocurrió. Cuando me di cuenta estábamos liados en el baño de la discoteca. —Se encoge de hombros—. Es buen tío.

Sí que lo es. Sonrío, contento por él. Por lo menos me alegra que a alguno de los dos le saliera redonda la noche.

Se despide con un pequeño movimiento de cabeza antes de desaparecer, en dirección a la mesa donde está Elisa, y le pasa el brazo por detrás del cuello.

¿Cómo pude hacerle daño? ¿Cómo pude ser tan idiota? Necesito pensar y dejar de hacer el gilipollas.

En el fondo sé que Gema tiene razón, ¿para qué retrasarlo más? Elisa tiene tanto derecho como yo a enterarse de la verdad, y prefiero que sea por mí. La observo a lo lejos y, siguiendo un impulso, me acerco a ella.

Presiono un labio contra el otro y carraspeo un par de veces antes de notar su vista sobre mí.

—Elisa, me gustaría hablar contigo —comienzo. Veo como asiente con la

cabeza, con pocas ganas, a la vez que arrastra la silla y se pone frente a mí.

Veo como me observa, curiosa, mientras se muerde el labio inferior. Joder, no puede ser tan complicado.

—E-esto... creo que...

—¿Ayer nos acostamos? —me pregunta, sin paños calientes. No puedo evitar observarla con los ojos abiertos, producto de la sorpresa. Eso sí que es ser directa.

—Claro que no —respondo, como si fuera obvio. Veo como resopla como si le hubiese quitado un peso de encima. Genial, esto promete—. No quería hablar de eso, quería comentarte otra cosa. —Medito las palabras que voy a pronunciar, intentando infundirme del valor suficiente. Entreabro los labios pero, cuando estoy dispuesto a dar el paso final, algo me interrumpe.

Elisa se gira y, repentinamente, cambia el gesto. Sé que algo va mal cuando siento sus ojos sobre los míos. Se despide con un pequeño movimiento de mano antes de acercarse a su mesa.

Me volteo hacia donde disparan todas las miradas, y no tardo en dar con el desencadenante de todo ese lío: un hombre joven, de mirada intimidatoria y una sonrisa que me hiela la sangre tan pronto la veo.

Aprecio como intenta coquetear con Paloma, llevándose de regalo miradas retadoras y poco amistosas de la misma. Qué bien pinta la situación.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta Gema entre murmullos. La observo sin saber bien por dónde van los tiros—. Es Juan Romero, uno de los dueños del *Prensa madrileña*, nuestro mayor rival periodístico —dice observándome a mí directamente—. Siempre que viene es para restregarnos algo y jodernos el trabajo. Es un idiota.

Ya me tiene pinta. Miro hacia todos lados y aprecio como Ricardo no está por ningún lado, parece ser que se le pegaron las sabanas al hombre. Eligió el día. Tomás deja a un lado su interés por el supuesto artículo en el que estaba inmerso segundos antes, y se levanta arrastrando los pies hasta mi lado, con el sigilo propio de un buen detective de alguna novela de Agatha Christie.

—Buenos días —rumia el hombre—, os estaréis preguntando qué hago por aquí.

Bingo. Tomás lo observa con ojos desorbitados, mientras que las chicas se remueven inquietas.

—Voy a ir al grano. Sé que no estáis pasando por el mejor momento: las ventas son muy pobres y vuestro personal... muy poco preparado —se burla—. Vuestro líder alegó durante mucho tiempo falta de recursos para mantener

esto a flote, pero la realidad es que él mismo es un incompetente.

Pues en eso no vamos a discutir. Puede que sea en lo único que esté de acuerdo con él.

—Pronto saldrán rumores muy feos, todavía peores de los que han salido hasta ahora: ¿dos empleados que mantienen relaciones sexuales en un baño? No va a ser buena propaganda.

Me giro hacia Gema quien, casi al instante, pone los ojos sobre Tomás. Ambos se encogen de hombros como si no entendieran una sola palabra de las acusaciones del hombre.

—He llegado al acuerdo con Pedro del Río para comprar la empresa antes de que todo se hunda todavía más. Haré una amplia limpieza de personal —se regodea en sus palabras el muy cínico.

Pasea la mirada sin ningún tipo de tapujo, centrándola sobre todo en una de las chicas: Gema. La observa de un modo que me dan ganas de pegarle un puñetazo en la mandíbula por baboso.

—Tú te puedes quedar, hermosura —anuncia el idiota, acercándose a ella más de lo que, sin duda, a ella le gustaría. Veo como Gema hace un gesto de incredulidad con los ojos, supongo que controlando sus instintos para no pegarle un guantazo a su posible futuro jefe.

—Eso ni lo sueñes, gilipollas —escupe con cabreo.

Pues al parecer ya ni se plantea la posibilidad de que ese hombre le pueda dar órdenes. ¡Bien por ella! El hombre se ríe con autoridad antes de girarse hacia donde nos encontramos Tomás y yo. Pasa la vista por ambos, pero solo la fija en mi compañero.

—Te salió brava la chica —se burla entre risas. Tomás traga saliva, pero no dice nada—. Está bien, no hagamos las cosas más difíciles. Esta tarde la empresa será mía y solo quiero que te quedes tú. —Señala a Tomás directamente. Me dan ganas de decirle que es cuestión de educación no señalar a la gente de ese modo, pero ya no es cosa mía. Veo como mi compañero traga saliva otra vez y asiente con la cabeza.

No quiero ser malo, pero estoy convencido de que Tomás es —muy posiblemente y sin incluirme a mí en el medio— el menos preparado de los presentes. Estoy más que seguro de que Elisa o Gema se merecerían muchísimo más esa oportunidad, pero desde luego no seré yo quien le joda el trabajo a un amigo. Nunca lo haría, a pesar de que me parece de todo menos justo.

Sin pensarlo clavo la vista en Elisa. Mira el suelo y aprecio como

murmura algo entre dientes. A pesar de que no la conozco tanto como para poder asegurarlo al cien por cien, estoy bastante seguro de que le fastidia no haber sido la elegida por el idiota. Supongo que después de trabajar con Ricardo se volvió adicta a tener jefes gilipollas.

—Me iré acomodando en mi despacho mientras recogéis todas vuestras cosas —vocifera desde las escaleras.

Menudo imbécil. Gema clava la vista en el hombre y, según llega al piso de arriba, se gira hacia nosotros. Pasa la vista por mí para depositarla sobre los ojos castaños de Tomás, y se acerca a él con una velocidad que me deja alucinado.

—¿Se puede saber cómo sabía lo del baño? —inquieta molesta. Tomás se revuelve incómodo antes de encogerse de hombros.

—No seas injusta con él —lo intento defender—, está claro que le pillo tan desprevenido como a ti.

Gema bufá, pero termina aceptando que tengo razón. Se lleva una mano a la cabeza, como si no tuviera ni idea de qué hacer, antes de sentarse sobre mi mesa.

Observo a Elisa durante unos segundos. Se deja caer en la silla y maldice, ocultando su rostro con ambas manos. Me siento el peor ser del planeta. Quiero consolarla, abrazarla y decirle que todo estará bien. Presiono los labios, decidido a dar el paso, cuando siento una mano agarrándome la muñeca.

—No es el momento —murmura Gema—. Ahora no.

Me da miedo la facilidad con la que los demás pueden acceder a mis pensamientos. Es algo nuevo para mí, ya que normalmente no voy demostrando lo que pienso o siento a los demás. Para ser sincero, la vida me fue mejor ocultando esas cosas.

Por algún motivo ahora me siento vulnerable. Gema conoce mis secretos más importante: mi seudónimo, mi amor por Elisa y ahora, al parecer, también es capaz de conocer mis intenciones. Pues perfecto, ya soy un libro abierto.

Me siento frustrado, aunque tal vez sea una prueba del destino, puede que Elisa jamás tenga que enterarse de quién soy.

Al momento aprecio una pequeña vibración encima de mi mesa. Gema se sobresalta y clava la vista en el mismo aparato que yo: el móvil de Tomás. Miro hacia todos lados, buscando a su dueño para dárselo, pero no lo encuentro.

—Subió al despacho de su nuevo jefe —responde Gema a mis dudas,

haciendo especial hincapié al cargo inmerecido que ese gilipollas se acaba de agenciar—. Supongo que querrá ponerse al tanto de su nuevo trabajo.

Niego con la cabeza a la vez que fijo la vista en la pantalla y algo capta toda mi atención. Algo que no me gusta nada. Desbloqueo el móvil —ya que parece ser que eso de poner patrón o contraseña aquí está sobrevalorado— y clavo la vista en el mensaje. A este paso me ganaré el premio a cotilla del año.

«Perfecto. En un rato llegará Juan a daros la noticia»

Una fuerte descarga eléctrica me recorre de cabeza a pies al leer esas palabras. Clavo la vista en Gema, quien observa el móvil con ojos desorbitados. Me lo arrebató y comienza a subir por la conversación.

—Será hijo de perra —vocifera, cuando aprecia en primera plana unas fotografías de ambos en el baño de señoras.

Elisa eleva la vista y se incorpora al escuchar a su amiga. Da un par de pasos y se sitúa detrás de mí. Paseo la vista por cada uno de los mensajes anteriores ante la mirada atenta de ambas chicas. La mayor parte de las cosas no las entiendo: menciona a gente y datos que no conozco, pero consigo comprender el alcance de los mensajes. Sin duda no es nada bueno.

—Tomás es quien traspasaba información —farfulla Elisa.

Me giro hacia ella, trago saliva y asiento con pesar. No me lo puedo creer, no me entra en la cabeza que Tomás pueda ser así. Eso me demuestra que tal vez no sea tan bueno volver a confiar en los demás.

—Joder, tengo un imán para los chicos malos —suelta Gema de sopetón—. ¡Y yo que pensé que había sentado cabeza por fin!

La conversación se termina cuando la puerta del despacho se abre. Bloqueo el móvil y lo dejo sobre la mesa. Gema niega, diciéndome que no está dispuesta a callarse, y yo tampoco le pienso pedir que lo haga. Yo mismo le partiré la cara tan pronto pueda.

Juan y Tomás comienzan a bajar las escaleras. Me percató de que bromean entre ellos y eso hace que mis entrañas se contraigan. Al llegar abajo, el chico busca a Gema, se acerca a ella e intenta pasarle un brazo por encima de los

hombros, pero ella se revuelve y, tras dirigirle una mirada retadora, se acerca a mí.

Pienso que va a explotar la bomba cuando algo nos obliga a volver la vista hacia atrás.

—Vaya, Pedro. Pensé que firmaríamos la venta esta tarde, no me imaginaba que te correría tanta prisa deshacerte de este desastre —se burla el hombre una vez más.

No necesito que nadie me lo diga para darme cuenta de que se trata de Pedro del Río, el dueño del *Crónica matinal*. El hombre, de unos sesenta años de edad, se lleva una mano a la frente tal como si hubiera tenido que correr los cien metros lisos. Coge aire con fuerza antes de hablar.

—Y así era —afirma—, hasta que recibí una llamada de mi amigo Walter desde el *Current Importance*. Al parecer está muy cabreado porque uno de sus periodistas lo abandonó para trabajar aquí con nosotros.

Siento un cortocircuito al escuchar sus últimas palabras. Clavo la vista en Elisa, quien observa el rostro de su jefe totalmente perpleja, tal que parece haber visto un fantasma.

—Como comprenderás el trato cambia cuando tienes entre tus filas a uno de los periodistas más importantes del momento. —Juan dibuja una mueca repulsiva antes de invitarlo a seguir—. No pienso vender el periódico, querido. Por lo menos no con Edward Parker trabajando para mí.

Esas palabras provocan que todo se haga añicos en mi interior. Busco la mirada de Gema, que traga saliva y niega con la cabeza; Elisa simplemente permanece en estado de *shock*; mientras que Pedro clava la mirada en Tomás.

—Quiero que seas el nuevo jefe, que ocupes el puesto de Ricardo. Quiero que resucites el periódico —dice sin más, con una amplia sonrisa.

Me quedo totalmente noqueado. Siento la mirada de Gema sobre mí, instándome a que arregle ese malentendido y que no consienta que Tomás se gane un puesto totalmente inmerecido, pero por algún motivo no soy capaz de hablar.

—¿T-tú? —titubea Elisa, observando directamente al nuevo cabronazo de la oficina—. ¿Tú eres Edward Parker?

Tomás se queda paralizando, como sopesando qué respuesta dar. Veo como entreabre los labios y, antes de que la cosa se complique más, me decido a dar un paso al frente. Cojo aire y, sin permitir que esas palabras circulen por

mi cerebro, comienzo a emitir sonidos. Lo voy a decir, voy a confesar delante de todos mi verdadera identidad. Elisa me odiará.

—Soy yo. —Trago saliva. Todos me observan expectantes, pero ya estoy lanzado, ya no puedo dar marcha atrás—. Yo soy Edward Parker.

Elisa clava su mirada en mí. En este momento siento como mi mundo se desmorona, se cae en pedazos y no sé si quiero huir o permanecer paralizado por el resto de mis días.

# Es mi maldito príncipe azul

*ELISA*

Edward Parker. Daniel es Edward Parker.

Siento una fuerte punzada en el estómago. A partir de ahí no consigo escuchar nada más. Fijo la vista sobre Daniel y observo que, como ya me imaginaba, él sí está al tanto de mi identidad. Me observa con un hilo de inseguridad y tristeza en la mirada que no puedo soportar ni un minuto más.

Por el amor de Dios, ¿esto puede ser real?

Siento como millones de lágrimas me vuelven a inundar de nuevo, pero no, me niego. Me niego a permitir que ese idiota, ese imbécil, ese insoportable de Daniel Suárez me vea llorar. Aguanto la respiración durante unos segundos, deseando con todas mis fuerzas que Pedro se largue de una vez por todas para poder salir de ahí. Me estoy ahogando en mis propios sentimientos. Me ahogo con mis propias lágrimas, todavía ocultas.

Siento la mirada de Daniel taladrarme una vez más, y por un momento me da la impresión de que se siente tan mal como yo ante esa situación. ¡Já! Chasqueo la lengua a la vez que intento evitar su mirada.

Al momento noto otra atención puesta sobre mí, la de Gema, y eso hace que, de un momento para otro, me sienta expuesta. Por un momento me había olvidado por completo de ella, tiene que estar tan desesperada como yo. Siendo como es, me cuesta comprender que no se haya lanzado encima de Daniel, ¿tal vez esté madurando?

No, ni de broma. La mirada triste de Gema me indica lo que más podría llegar a temer: lo sabe, lo sabía mucho antes, y la muy descarada no me dijo nada. ¡No me lo puedo creer!

Sé que Pedro está hablando, veo como se gira hacia Tomás y le dice algo. Sé que pronto llegará mi turno, también tendrá que hablarme de mi futuro en la empresa, pero ahora mismo me importa un pimiento, o tal vez incluso menos.

Solo quiero huir.

Siento como las lágrimas comienzan a hacerse un hueco, y esta vez sé que no voy a poder controlarlas. Le dirijo una última mirada a Gema antes de salir de la redacción sin decir nada. A decir verdad ni siquiera me preocupan las consecuencias de mis actos. Me da igual que Pedro me eche por haberme ido sin dar explicaciones. En este momento me da lo mismo.

No sé a ciencia cierta hacia dónde voy, solo sé que quiero irme lejos. Por fin puedo dejarles vía libre a las múltiples lágrimas que amenazaban con salir, y comienzo a llorar sin control. Me siento engañada, utilizada como un viejo trapo. ¡Había estado al tanto todo este tiempo! Seguramente se lo había pasado de lo lindo riéndose de mí.

Siento que no puedo más y me tiro de culo en una esquina. No sé ni dónde estoy porque no soy capaz ni de abrir los ojos. Suelto un fuerte suspiro a la vez que me llevo las manos al rostro, permitiéndome así llorar a gusto.

Mi control del tiempo es básicamente muy malo, y es por ello que no sabría decir cuánto pasa desde que me dejo caer hasta que siento una mano apoyada en mi hombro. La intento apartar pero, para mi desgracia, no solo no lo hace sino que, aún encima, se deja caer a mi lado.

—¿Cómo me encontraste? —pregunto, limpiándome las lágrimas de un manotazo.

No dice nada, pero a pesar de todo sé de sobra que es él. Lo sé por su olor, y porque lo siento dentro de mí. Puede que suene cursi, tal vez incluso lo sea, pero el latir descontrolado de mi corazón no me deja lugar a dudas: es Daniel.

—Me enteré ayer, te lo juro. —Siento su voz apagada pero no me giro para verlo. No quiero hacerlo—. Justo después de que te fueras del pub.

—Pero no me lo dijiste —protesto.

Para ser totalmente sincera creo que, aunque lo hubiera hecho, no lo recordaría. Pero no dice nada, por lo que supongo que estoy en lo cierto.

—Me asusté —responde, sin más—. Soy un maldito cobarde, Elisa. Soy un cobarde con todo lo que tiene que ver contigo. —Escucho como suelta un pequeño suspiro cargado de millones de sentimientos.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada que lo asusta. Tal vez no esperara esta reacción de mi parte, ¿pero es que esto es un maldito chiste, no?

—Más bien te decepcionaste, pensaste que la chica con la que hablabas sería más del estilo de Gema, ¿verdad?

Me giro hacia él por primera vez y puedo ver, sin filtros, como sus ojos

azules brillan sin control.

—Te esperabas a una chica más divertida, más guapa, más... como ella. —  
Me llevo una mano al rostro. Lo último que quiero es que me vea llorar.

Contrólate, Elisa. No eres una cría.

—¿Estás hablando en serio? —Hago un gesto de obviedad con los ojos—.  
Joder, Elisa, es increíble que lo digas en serio... ¡Llevo loco por ti desde el  
primer día en que te vi!

Se levanta del suelo y comienza a caminar delante de mí, con gesto  
desesperado. No puedo pensar, no sé ni si lo dice en serio o si es una simple  
mentira para conseguir tranquilizar la situación, pero mi mente está en pleno  
colapso.

—Pensé que me estaba volviendo loco, ¿cómo podía sentirme tan atraído  
por ti, y a la vez tan idiotizado de una desconocida con la que solo compartía  
simples mensajes? Resulta patético...

Bajo la mirada, parece que haya leído alguna especie de diario escrito por  
mi puñetera conciencia.

Se agacha de nuevo, poniéndose a mi altura.

—No actúe bien, tendría que habértelo dicho, ¿pero tú que habrías hecho?  
—Me mira a los ojos y siento como puede entrar dentro de mí y leer mis  
pensamientos. Buf, odio sentirme así. Jamás me había sentido tan expuesta.

—No quiero hablar del tema —sentencio cruzándome de brazos y  
rompiendo el contacto visual.

No puedo verlo, ni tampoco tenerlo tan cerca de mí. No quiero que  
provoque que mis intenciones cambien. No quiero que su presencia me nuble  
las ideas.

Perfecto, Elisa, compórtate como una niña de seis años, muy maduro por  
tu parte.

Escucho como chasquea la lengua antes de levantarse de nuevo, con gesto  
frustrado.

—Las cosas no pueden seguir así. No vamos a pasarnos la vida ocultando  
lo que pasa entre nosotros.

—¿Y qué es lo que pasa, Daniel? —Me levanto, poniéndome a su altura  
—. No me creo ni una sola palabra de lo que dices. Eso es lo único que pasa  
entre nosotros.

—¿Pero qué es lo que no te crees? ¿Qué Edward y Daniel son la misma  
persona? —Me agarra despacio del brazo, obligándome a mirarlo  
directamente a los ojos de nuevo—. Puede que la decepcionada entonces seas

tú. ¿Te esperabas a un chico... diferente?

¿Diferente? ¿Está de broma? No tengo ni idea de cómo lo estoy mirando, pero por su gesto supongo que muy mal.

—En cierto modo, sí —respondo, con millones de lágrimas acumuladas de nuevo.

Maldita sea, lo único que quiero es decirle que es mi maldito príncipe azul, y eso que jamás creí en ellos. Pero en vez de eso le digo que no es lo que me esperaba.

Idiota, mil veces idiota.

—Así que olvídate —sentencio, intentando apartarme de él.

—No me creo nada —dice, muy cerca de mí. Maldito presuntuoso. ¿Cómo puedo sentirme tan atraída por alguien así?

—No tienes que gustarle a todo el mundo, Daniel, lo lamento —le respondo, sin girarme—. Yo no soy como las demás.

No puedo mirarlo. Sé que las palabras se desvanecerán de un momento para otro. ¿Cómo puedo perder de un solo plumazo a Daniel, a Edward y a Gema?

Gema... no puedo imaginarme la vida sin sus risas y sus tonterías, ¿por qué tuvo que aparecer Daniel para joderme la existencia?

—¿Gema desde cuando lo sabe? —pregunto, temiendo su respuesta. Veo como suelta mi brazo con cautela.

—Se enteró dos minutos antes que tú —responde, bajando la voz—. Vino a pedirme explicaciones, creo que ella pensó lo mismo que tú, que te había estado engañando —termina, en un pequeño susurro.

Siento una punzada de dolor muy cerca del corazón. Me siento muy culpable.

Sin más me giro, permitiéndome observar por primera vez el rostro triste de Daniel.

—No la culpes a ella de nada —dice, lanzándome pequeños puñales en forma de palabras—. Gema es la menos culpable de todo esto. En todo momento se preocupó por ti.

Asiento con la cabeza, sintiéndome más idiota de lo que me había sentido jamás. ¿Cómo pude creer que me había traicionado?

Daniel mantiene la mirada fija en el suelo. Sé que quiere decir algo, ya que entreabre los labios para hablar, pero al final se queda todo en un simple intento. Los vuelve a cerrar y tuerce el gesto.

En ese momento me permito observarlo con detenimiento por primera vez

en todo ese rato. Me doy el placer de apreciar el rostro de Edward, de la persona a la que más admiré todo este tiempo. Me siento patética, o tal vez idiota.

—Ojalá supiera que decirte para que me entendieras —murmura mirando hacia el suelo. Permanece así un par de segundos hasta que algo parece cortocircuitar su mente. Eleva la vista y la fija en mis ojos de una forma que me deja sin aliento. Una vez más. Esto ya parece una maldita costumbre.

Siento de nuevo ese escalofrío recorrerme la columna vertebral, algo que solo me produce él y sus miradas tan significativas.

—No te pido que me jures amor eterno ni muchísimo menos. Solo te pido que intentes entender mi situación —me ruega. Siento como me agarra las manos con cariño y las acaricia, produciendo dentro de mí sentimientos que jamás creí que nacerían—, y que me des la oportunidad de demostrarte como soy. Solo eso.

No sé ni qué decir. Solo quiero controlar mis puñeteros sentimientos. Lo que más quiero en este momento es abrazarlo e inhalar su olor con fuerza, y no sé por qué, ya que yo nunca fui así.

—Déjame pensarlo, déjame asumir las cosas —respondo al fin. No sé realmente si quiero pensarlo o si tan solo quiero abrazarlo durante horas. Pero mi boca va por delante de mi corazón y, al parecer, es ella la que toma las decisiones transcendentales de mi vida.

Asiente con la cabeza, con una diminuta sonrisa en los labios. Su estúpida sonrisa, pero por primera vez no me molesta, al contrario. Me gusta que esté presente. Me vuelve loca con ese simple gesto. Estoy locamente pillada por él.

Sin decir nada más se separa, y es en ese momento cuando siento un fuerte vacío dentro de mí.

Comienza a caminar hacia la redacción, pero no quiero girarme hacia él. No quiero verlo, no quiero salir corriendo tras él. Llevo media vida viendo millones de comedias románticas y sé cómo funcionan las cosas. Pero no, yo no soy de esas. Yo no soy así.

Comienzo a caminar sin un destino fijo, solo quiero pensar, o tal vez no hacerlo. El sol inunda la ciudad de tal modo que siento que me quemaré. Tal vez ya parezca un puñetero cangrejo, pero qué más da eso ya. Ahora lo único que me importan son los sentimientos y las ideas que cruzan mi mente.

Noto una pequeña vibración en mi bolsillo derecho. No recordaba haber llevado el móvil. Al menos no estoy incomunicada, es una buena noticia.

Aprecio como un pequeño escalofrío me recorre entera aunque sé que no,

ni de broma es él. Tal vez sea Pedro mandándome a la porra, o al paro, por haberme escapado de esa manera de la redacción.

Lanzo un fuerte suspiro y me apresuro a comprobarlo cuando veo que es de Gema.

«Estás bien?»

Sonrío. Me había comportado como una idiota con ella. Creo que jamás podré encontrar una amiga mejor que Gema.

Me dispongo a responderle cuando una nueva notificación me nubla la vista, los pensamientos y las ideas. Siento como el corazón me palpita más rápido de lo normal. No es la primera vez que me envía un mensaje, pero sí es la primera vez que sé que Daniel está detrás de él.

Las manos me comienzan a temblar sin control, tanto que siento que de un momento a otro me caerá el móvil al suelo. Necesito controlar mis estúpidos nervios. ¡Joder!

«Solo te pido que lo pienses»

Pensar. Maldita sea. ¡Es que no necesito pensar nada! Eso es lo peor. No quiero que se aleje de mí. Quiero que se quede conmigo para el resto de mis días. Lo necesito en mi vida.

No sé que más pruebas necesito para darme cuenta de que me muero por él. Llevo toda la vida midiendo mis estúpidos pasos, controlando cada cosa que hago. Pero estas semanas hice todo lo contrario, comencé a vivir. Y puedo decir, con total seguridad, que ahora soy más feliz. Mucho más feliz que antes.

Suspiro, llevándome una mano a mi alborotado cabello.

No pienso perderlo, por supuesto que no.

# Epílogo

## *DANIEL*

Observo su cabello desparramado por la almohada una vez más, creo que jamás dejaré de disfrutar de esta imagen. Sonrío, sonrío como un adolescente. Sin duda podría acostumbrarme a despertar en sus brazos cada mañana por el resto de mi vida.

Me encanta esta sensación, este sentimiento que fue naciendo dentro de mí más rápido de lo que jamás pensé que ocurriría. Elisa se hizo hueco en mi corazón a tal velocidad, que a decir verdad me da hasta vértigo recordarlo.

Muchos pensarán que estoy loco, y la verdad es que tienen toda la razón. Creo que si estuviera cuerdo no me habría dejado llevar por una simple desconocida; no habría comenzado a entablar ridículas conversaciones con una chica a la cual nunca había visto el rostro, ni escuchado su voz. Ni siquiera podía estar totalmente seguro de que fuera una mujer. Pero lo hice, me dejé llevar por mi ridículo instinto y ella es el regalo.

No sé qué habría pasado entre nosotros si yo no hubiera regresado a Madrid justo en el momento en que lo hice; o si tal vez hubiera decidido ignorar sus mensajes; o si ella nunca se animara a ponerse en contacto conmigo. Eso es algo que siempre será un misterio.

Y para ser sincero me da lo mismo. Lo único que me importa es que el destino, la vida, el universo, o lo que sea, quiso poner a Elisa en mi vida, en mi camino. No necesito saber qué habría pasado en una u otra situación, solo sé que tomé el camino correcto: el que me lleva directo a ella.

La observo una vez más, respirando de forma lenta. No quiero moverme, no quiero ser el culpable de que abandone su hermoso sueño.

No sé por qué lo sé, pero sé que la quiero. La quiero con toda mi alma, y eso es lo único importante.

Una pequeña vibración me pone en alerta y suelto un pequeño respingo,

girándome hacia la mesita. Vuelvo a poner la vista en ella pero, para mi sorpresa, todavía sigue con los ojos cerrados, y eso provoca que una discreta sonrisa se sitúe en mi rostro. Me encanta verla así: tan feliz, tan tranquila.

Alargo el brazo como puedo y capturo el pequeño aparato con una de mis manos. Es de Flor.

«Os esperamos a las dos. Trae vino y agua fría para tu hermana, que ya sabes que está a dieta de alcohol»

Sonrío. Todavía no me creo que Elisa haya aceptado. Para mí no hay nada más importante que mi familia, y ahora ella. Mi madre se muere por conocerla.

Me apresuro a responderle con un simple «Ok». No suelo ser tan seco, y mucho menos con Flor, pero no quiero moverme más de lo necesario.

Dejo el móvil sobre la mesita y, sin pensarlo, dirijo la vista a la estantería de libros de Elisa. Desde que estamos juntos esa es la primera vez que consigo apreciar de esa forma su habitación. Sonrío e, inconscientemente, comienzo a levantarme con cuidado de no despertarla.

Sin duda le encantan los libros, los tiene de todos los géneros, colores y formas. Creo que esto es algo que ambos tenemos en común.

Sin dudarlo paso los dedos por los diferentes lomos hasta que llego a uno que capta toda mi atención. Una enorme sonrisa se me deposita en el rostro. Tengo que decir que es la primera vez que tengo uno de estos en mis manos.

—¿Qué haces? —susurra con voz entrecortada. Me giro hacia ella de nuevo, con una sonrisa en los labios.

—Cotilleando tus libros —respondo, a la vez que le muestro el que tengo entre manos. Al momento siento como un sutil rubor se sitúa en sus mejillas. Es adorable.

—¡Deja eso, Daniel! —responde, levantándose a toda prisa—. Esas cosas son mías, no tienes que meterte en todo.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada. En el fondo me encanta que lo tenga, ¿cómo podría no hacerlo?

—¿Te cuesta reconocer que me admiras profundamente? —Se acerca y me arranca el libro de las manos, escondiéndolo detrás de su cuerpo.

—Para nada, yo admiraba a Edward Parker —dice, quitándole importancia.

—Que soy yo —alego, observándola con el ceño fruncido. Bufa y yo me

río.

—Pero yo no lo sabía. Si lo supiera no te habría admirado tanto — responde, con una diminuta sonrisa en los labios.

Me vuelve loco.

—¿Sabes que es la primera vez que lo veo? —Me observa con un gesto curioso en el rostro—. Sí, nunca lo compré, ni me lo llegaron a enviar.

—Pues fue uno de los más vendidos en Inglaterra. —Asiento, esa parte sí que la sé. Y también sé que gracias al bendito libro, en parte, a mi madre le queda mucha guerra por dar, así que no puedo estar más agradecido.

—¿Quieres que te lo firme? Serías la primera, todo un honor. —Me acerco a ella, a pasos lentos. Veo como me observa contrariada, pero no dice nada.

La abrazo con cuidado e inhalo su aroma con fuerza. Jamás me cansaré de hacerlo. Tan pronto siento que baja la guardia agarro el libro y, tras escuchar un par de maldiciones por su parte, me hago con él.

Busco con la vista un bolígrafo, y no tardo en encontrarlo. La verdad es que Elisa no puede ser más ordenada. Otra cosa que me encanta de ella.

Comienzo a escribir una pequeña dedicatoria, ante su atenta mirada.

*«Por un largo camino, y un próspero futuro juntos»*

Siento como se acerca por detrás, abrazándome por la espalda. Me encanta este sentimiento, me encanta cuando mi corazón se desboca por su simple presencia. Me encanta ella.

—Yo no quiero estar con Edward, cariño, quiero estar contigo —susurra, muy cerca de mí, lo que provoca que un fuerte escalofrío me recorra entero—. Tú me hiciste ver la vida de otra forma, y por eso te quiero a ti.

Me giro hacia ella y me fijo en el brillo de sus ojos. Brillo que no me cansaré de ver jamás.

—Es increíble todo lo que ha pasado —le digo, acariciando su rostro con cuidado—. Sin duda estamos hechos el uno para el otro.

—Yo no creo en el destino —responde, torciendo el gesto—. No creo que tú estuvieras hecho para mí, y yo para ti, sino que por casualidad nuestros caminos se cruzaron y...

—Llámalo como quieras, pero no pienso dejarte ir jamás —respondo, acercando poco a poco mi rostro al suyo.

Me encanta, me encanta de una forma que no sabría explicar. Termino de acortar la distancia y la beso de una forma muy suave, con más cuidado y

cariño del que nunca había demostrado con nadie.

Con el poco tiempo que lleva en mi vida consiguió trastocar mis planes y volver mi mundo del revés.

No sé que me deparará el destino a partir de ahora, porque desde luego yo sí que creo en él, no por nada la puso en mi camino. Lo único que tengo claro es que quiero pasar el resto de mi vida con ella.

**Fin.**

# Glosario

<sup>1</sup> Fragmento de la canción *Quiero un camión*, de Loquillo y Los Trogloditas.

<sup>2</sup> Fragmento de la canción *Escuela de calor*, de Radio futura.

<sup>3</sup> Mérida es una ciudad española, capital de Extremadura, situada al oeste el país.

<sup>4</sup> Fragmento de la canción *Feliz*, de David Bustamante.

<sup>5</sup> Móstoles es un municipio perteneciente a la Comunidad de Madrid.

<sup>6</sup> Los mundo de Yupi fue una serie de la televisión española de finales de los 80 y principios de los 90, con un formato parecido a la serie americana Barrio Sésamo. De ella surgió la expresión «vivir en los mundos de Yupi», que significa vivir ajeno a la realidad y sin los pies en el suelo.

<sup>7</sup> Hacer novillos, dejar de asistir a donde debe.

# Agradecimientos

Tengo que comenzar, cómo no, dándole las gracias a la hermosa familia que tengo, porque gracias a ellos soy lo que soy. A mi madre, por apoyarme siempre en esta pasión; a mi madrina, por llenarme la vida de libros desde temprana edad; a mis abuelos por no fallarme nunca; a todos mis tíos por estar siempre a mi alrededor.

A mi novio, por darme ánimos para dar este bonito paso y estar conmigo en todo momento. Por su apoyo incondicional y por querer vivir esta experiencia conmigo. Gracias por ayudarme a superar mis propias barreras y mis inseguridades.

A Andrea, esa amiga que nunca me falla y que está siempre para alegrarse de mis victorias y llorar con mis fracasos.

Tengo que dar las gracias, en especial, a mis románticas: M. P. Southwell, Marce Madeleine y Sonia M. Fuentes, quienes están ahí para mí en todo momento, ayudándome a ser mejor y a crecer en todos los aspectos, y unas maravillosas amigas en la distancia; por supuesto a Mila Burton, la creadora de la hermosa portada de la novela, y una amiga incondicional.

A Begoña Medina y a Diana Golay, por ofrecerme su mano para comprender este complejo mundo de la auto publicación, y por animarme a dar el salto.

Quiero agradecer también a todos aquellos que le dieron una oportunidad a mi novela cuando estaba en Wattpad. A todos los que disfrutaron con ella, que se comunicaron conmigo para decirme lo mucho que les había gustado y, sobre todo, a los que me ayudaron a mejorar.

Y, por supuesto, gracias a ti por haberle dado una oportunidad. Gracias por haber confiado en mi pluma y espero sinceramente que hayas disfrutado la experiencia. Que te hayas enamorado de Elisa y Daniel tanto como yo lo hice en su momento.

Gracias a todos por tanto.

## Sobre la autora

Azaroa Sánchez nació un caluroso viernes del mes de junio en un pueblo de la costa española. Estudió derecho, aunque su pasión siempre fue la literatura.

Vivió rodeada de libros desde muy niña, comenzando a escribir sus primeros relatos a los doce años. A los quince se animó con su primera novela, la cual años más tarde fue publicada por capítulos en un blog personal.

Durante dos años publicó sus novelas de forma gratuita en la plataforma Wattpad, en la que maduró mucho como escritora y como persona. Y donde sus novelas fueron tomando forma.

A pesar de no ser su primera novela escrita, Virtualmente perfecto se convirtió en su primera obra publicada.

*www.Facebook.com/AzaroaSanchezEscritora*

*www.Twitter.com/AzaroaSanchez*

*www.Instagram.com/AzaroaSanchez*